La oscuridad acecha La Ciudadela y ella es la única esperanza.

ADRIANO MORENO



UN JURAMENTO ESCARLATA

ADRIANO MORENO

UN JURAMENTO ESCARLATA

Rocaeditorial

Para Raúl y Azahara,
por haber compartido conmigo
a fascinación por los mundos inventados


Cordilleras
Amarillas
Extenso Páramo
de Yakarta
Montaña
Que Levita
LA CIUDADELA
ESTACIÓN
MONDO
Bosque
Trémulo
Granjas
de elanthar
BOTA MÈMÈ
NITHIUM
EL ALBOR


La Ciénaga
El Abismo
Bosque Oscuro
N
LA FRONTERA
Hirlay
PUEBLOS DEL AIRE
LA CAPITAL
Antigua Porteo
Asmy
Llanuras Violetas de Amatista
Valle Escarbado
DAMASKIA
OCÉANO INMENSO
Bosque Azul
Cavernas de Cristal

Prólogo

Los tambores rompen el silencio resonando con fuerza detrás de los muros arenosos del palacio. Identifico enseguida los estandartes rojos de la Aristocracia Escarlata, sostenidos por soldados ocultos detrás de máscaras de hierro forjado. Apenas se mueven cuando el cielo desata su tormenta perfecta, mojando sus capas doradas y pulcras. Yo me encuentro justo enfrente de ellos, quieta en la otra punta del puente colgante que conecta el palacio con la muralla infinita. No sé a qué estoy esperando para echar a correr. Lo único que quiero es dar media vuelta y encerrarme en mi habitación para no escuchar el mensaje que traen desde La Capital.

Detrás de mí esperan las cortesanas, resguardadas bajo el umbral de la puerta principal. No transmiten ninguna emoción, pero no dejan de sonreír.

A simple vista, podrían pasar por chicas corrientes. Sus palabras fluyen con una cadencia similar a la mía. Siempre visten de verde, aunque es el color de los rebeldes, y lucen el mismo corte de cabello, que cae en cascada sobre sus hombros; el mismo tono caoba que el mío, la misma textura, el mismo contraste con una piel tan blanca como la porcelana. No son altas ni bajas, su estatura es media, equilibrada, exactamente igual que la mía. El único detalle que las diferencia de mí es un lunar que tengo justo encima del labio. Serían imitaciones perfectas de no ser por el lunar y que no

tienen corazón…, literalmente. Debajo de sus pequeños pechos solo hay un hueco enorme. Ah, y me olvidaba de la fuerza extraordinaria. Son casi invencibles.

Los Custodios se mueven hacia la izquierda y la derecha formando dos filas perfectamente alineadas a pesar del temporal. El ruido de sus trajes me hace reaccionar y me devuelven a ese instante.

Me doy cuenta de que tengo el pelo empapado. El vestido se pega al contorno de mi cuerpo. Está hecho de un material tan fino que se transparenta la piel. Puedo notar algunas miradas indiscretas, siempre escondidas detrás de esas máscaras tan respetadas y honorables. Pero ¿qué más da?

Aunque la lluvia cae con más fuerza, distingo a lo lejos al Alto Emisario. Al contrario que los soldados, viste con una casulla blanca y una fascia de tonos dorados. No porta la mitra, por lo que sospecho que la decisión de venir hasta La Ciudadela no ha sido discutida con sus Ruiseñores en la Sala de los Lúcidos, la cámara donde la Aristocracia Escarlata mueve los hilos de este mundo.

Camina con paso decidido a través del puente, tambaleante, ayudándose con el báculo para no resbalar. Es un hombre grande y obeso, con una cabeza desproporcionada para su cuerpo. Lo peor de él son sus ojos negros. A pesar de la oscuridad de la noche, veo en ellos la amenaza que acecha. La crueldad de la que tanto le gusta presumir a la Aristocracia Escarlata.

—No tengas miedo, Sky. No tengas miedo —me digo a mí misma cuando está a punto de alcanzarme—. Llevas toda la vida preparándote para esto, no tengas miedo… Solo tengo que escuchar el mensaje, poner buena cara y volver a mi habitación. Es un mero trámite, nada más.

Pero tengo miedo, me tiemblan las manos y las piernas. Y no es del frío. Aquí nunca hace frío. La Ciudadela es el lugar más árido e

inhóspito de Nithium. Es el Alto Emisario al que temo. A él y al mensaje dictado por la Aristocracia Escarlata que viene con él. Es mi destino lo que me aterra, y está a punto de devorarme.

—¿Milady? —Hace una reverencia profunda, repasando a su vez las transparencias de mi vestido.

—Alto Emisario… —respondo ocultando mis pechos con los brazos.

El Alto Emisario inclina la cabeza a un lado y estudia con curiosidad a las cortesanas. Quiere asegurarse de que sus mentes siguen igual de vacías que cuando salieron del taller en el que confecciona sus juguetes.

—Bien, muy bien. Todo en orden —murmura—. Salvo la lluvia, no hay mucha novedad aquí, en La Ciudadela.

Ladeo la cabeza en señal de negación.

—Salvo la lluvia —repito— y ustedes.

Una carcajada desagradable sale por su boca.

—Claro, ¡estandartes rojos aquí, en La Ciudadela! Tranquila, no hay por qué demorarnos más en el propósito. —Su sonrisa desaparece y se convierte en una mueca severa—. No hemos cruzado el Extenso Páramo de Yakarta solo para asegurarnos de que todo está en orden. Su integridad física nos preocupa, ya lo sabe, pero…

—No se van a tomar tantas molestias solo para ver que sigo entera, de una pieza.

—Grrr, es usted una chica perspicaz, milady. Le será útil allí donde se la espera para cumplir con su destino.

El Alto Emisario levanta el báculo y lo inclina, dejando la voluta a escasos centímetros de mi cara.

—¿Se puede encontrar algo útil en el infierno?

—¿Cómo dices? —pregunta con el ceño fruncido.

—Nada, solo pensaba en alto.

Rozo el báculo con el dedo y, automáticamente, desprende un destello de luz.

—Con las dos manos, milady. ¿No lo recuerda? Tiene que hacerlo igual que la última vez.

—Es solo que…

Claro que lo recuerdo, ¿cómo olvidarme?

Fue hace varios años, otra noche inusual de tormenta. Sus poderosos barcos voladores surcaron los cielos. Parecían bestias intentando abrirse paso entre la ventisca. Desembarcaron extramuros de La Ciudadela. Lanzaron sus interminables pasarelas y la comitiva enviada por la Aristocracia Escarlata desfiló ceremoniosa por los senderos que encauzan hasta la muralla. No recuerdo muy bien las caras de las personas que lo acompañaban, pero es difícil olvidarse de un hombre como el Alto Emisario y de la voz profunda que resonó en mi cabeza en cuanto toqué ese báculo.

¿Cómo se olvida el día que te dicen que tus padres han muerto y no los volverás a ver? ¿Cómo olvidar el día que te dicen que tu madre sucumbió a su don y perdió la cordura? ¿Cómo olvidarme del día que mi destino fue sellado para siempre?

No se puede, yo no he podido. He aprendido a vivir con ello y he intentado olvidar que este día llegaría en algún momento. Sin embargo, y esto es básico en Nithium, nadie olvida jamás un juramento escarlata.

—¿Milady?

La tormenta se ceba con La Ciudadela y no puedo ver nada más allá del puente.

Observo los ojos del Alto Emisario brillar cuando estoy a punto de tocar el báculo. Y la mueca de su boca, que dibuja una sonrisa espeluznante.

—Supongo que es inútil retrasarlo más.

Pongo las manos sobre la voluta en forma de espiral, y entonces todo es una luz tan brillante que me ciega por completo.

Apenas tarda en ocurrir: la voz autoritaria de la Aristocracia Escarlata irrumpe en mi cabeza, sellando inequívocamente un destino fatal para mí.

La palabra legítima de la Aristocracia Escarlata ha sido dada. Cuando la luna se tiña de rojo bermellón, la heredera original de Nithium dejará su lugar de residencia y viajará a La Capital para ser guiada en el adecuado desarrollo de su don, otorgado por la conciencia de este mundo con el fin de que, llegado el momento, cumpla con su deber. Además, a la vista de las últimas negativas emitidas desde La Ciudadela, será esposada con Dante Flich en la Magistratura Magna. La elección del nuevo Consorte ha sido aprobada por unanimidad por los Ruiseñores de nuestra élite. Este contrato es vinculante e intransferible y solo podrá rescindirse si la amenaza que crece tras la Frontera despierta, y la heredera original, desde ahora en adelante tratada como la Dama Reminiscente, debe acatar su deber de salvaguardar esta tierra que perdió a sus protectores trágicamente. La misma también se compromete a engendrar una hija en las dos semanas posteriores al enlace. El incumplimiento de este contrato está castigado con el exilio o la muerte. Este juramento escarlata es, desde ahora,

por y para siempre.

La luz mengua y se convierte en un punto que palpita en mi pupila mientras la oscuridad de la noche se abalanza sobre mí.

Tengo los ojos empañados. Tardo un rato en darme cuenta de que ha dejado de llover. Son mis lágrimas de rabia y de frustración lo que cae por mis mejillas. Quiero gritar al Alto Emisario. Quiero gritar a las cortesanas. Quiero gritar a Nithium. Quiero gritar porque necesito desenredar el nudo que se ha hecho en mi garganta. Quiero gritar hasta romperme las cuerdas vocales y, sin embargo, sigo llorando en silencio.

Parte I

1

> Dadas nuestras observaciones, tras lustros de trabajo, hemos llegado a la conclusión de que las raíces de Nithium se extienden desde La Ciudadela hasta sus confines oscuros e inexplorados. La evidencia nos dice que Nithium tiene conciencia, como un cerebro conectado a cada ser vivo. Mantiene el equilibrio entre la luz y la oscuridad, por eso creemos que, si así lo desea, puede desencadenar su furia en el día menos pensado.
>
> *Códice I: El origen de Nithium*,
> por el Primer Maestre

SKY

Todos piensan que soy débil.

Que soy como una de esas esferas que el Maestre Simon me trae de sus viajes a La Capital, de un cristal fino y reluciente que puede romperse en cualquier momento. Me pregunto si él también piensa que lo soy, si también está de acuerdo con los murmullos que se cuelan entre los pasillos de esta fortaleza a la que me cuesta llamar hogar. Dicen que no estoy preparada para recibir el don de la familia.

Y ese Dante con el que debo casarme, ¿también pensará igual? Es curioso, ni yo misma creo que exista dentro de mí un poder tan inmenso.

Vivo rodeada de murallas robustas y altas. En una jaula de arena que ideó otro Anciano para tenerme prisionera, cumpliendo una condena que no termina nunca. Mi vida está marcada porque mi destino fue escrito hace mucho, solo por el hecho de nacer con la sangre de las Reminiscentes. Solo por eso tengo el deber de adorar y defender Nithium, un lugar que no he visto y que no conozco, que no tengo muy claro si de verdad me importa.

Me pregunto qué pasaría si me negase a acatar las normas y a vivir la vida que me diera la gana. Lo primero que haría sería viajar al Océano Inmenso. Dice el Maestre que allí siempre es primavera, aunque llueve cada dos o tres soles. Sus cadenas montañosas son frondosas, de un verde intenso; y bajo ellas, flotando sobre un mar de lapislázuli, se esconden el Bosque Azul y las famosas Cavernas de Cristal. Antes tendría que ir a por mi hermana a Damaskia. Sí, lo primero que haría sería buscar a Lili. Se lo prometí. Le prometí que iríamos juntas al Océano Inmenso.

Unos volúmenes pesados me miran de reojo desde la mesa, ilustrándome con una lección básica sobre los estamentos que sostienen la pirámide de poder en la que se ha convertido Nithium.

—Por el mismísimo Khoen, Sky, ¿puedes atenderme tan siquiera un segundo? —El Maestre Simon golpea la vara sobre la madera y deja caer su mirada triste y cansada sobre mí.

—Después de la ceremonia, ¿podré visitar todos esos lugares? —pregunto señalando el fresco que hay detrás de él y que decora la pared de la biblioteca.

Es un mapa, un relieve con colores que hacen resaltar ciudades que no conozco más que en los libros y en las lecciones que recibo

del Maestre a diario. Pongo la vista sobre Bota Mëmë, la ciudad diamante, un óvalo perfecto situado al sur. Me gusta imaginarla antes de pararme en la única zona oscura de todo el mapa. Más allá de La Capital, más allá de los bosques donde habitan las Dréadas, crece una mancha negra. No viene marcada ninguna inscripción, pero no existe hombre, mujer o niño que no sepa de la existencia de La Ciénaga y tema lo que se esconde en ella.

Siempre he sentido una extraña atracción por ese lugar situado en los confines de nuestro mundo. Nunca me he atrevido a decirlo en voz alta. Se lo pondría en bandeja a todos los que desconfían de la Dama Reminiscente. Me tacharían de loca, como a mi madre. Supongo que es normal teniendo en cuenta que es allí donde se espera que vaya llegado el momento.

A luchar. A morir.

Cada día que pasa, cada año que cumplo, tengo miedo de que la Mujer sin Rostro aparezca en mis sueños y cambie mi vida para siempre. El maestre dice que nunca antes ha ocurrido. Sin embargo, se supone que, antes de despertar, se manifiesta primero en la oscuridad de los sueños que tienen las Damas Reminiscentes. No se sabe cuál es el propósito, aunque si de algo estoy segura es que lo mejor para Nithium es que permanezca atrapada en su eterno letargo. Para siempre.

Pensar en La Ciénaga me aterra y, sin embargo, hay algo en mi interior que no llego a entender y que me dice que, de alguna manera, pertenezco a ese lugar sumido en las sombras. Que allí, donde dormita el demonio, puede estar el hogar que llevo tanto tiempo buscando.

—Bueno, ya está bien. —El Maestre Simon vuelve a azotar la vara contra la mesa—. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado hoy? No estás donde tienes que estar. Concentración, Sky, concentración. No

voy a estar siempre aquí, y, aunque no lo creas, echarás de menos mis enseñanzas cuando vengan a por ti para llevarte a La Capital.

—¿Casarme me va a convertir en otra imbécil sin cerebro? ¿Tampoco me van a dejar leer? ¿Pensar en voz alta? ¿Mirar por la ventana cuando me apetezca? —pregunto con las cejas arqueadas —. Pensaba que iba a poder tener cierta independencia después de entregar mi cuerpo a un completo desconocido. No hemos hablado mucho de la cláusula que especifica que me tengo que abrir de piernas tan pronto como pruebe las sábanas suaves de La Capital. ¿Qué dirá el Alto Emisario si me niego a engendrar un precioso bebé? ¿Y su Khoen?

Pensarlo todavía me provoca náuseas.

—Sky, atiende —repite el Maestre caminando torpemente hacia la pizarra—. Como te iba diciendo, la capacidad financiera de La Capital es mayor que la de Damaskia, pues ellos controlan muchas de las granjas de elanthar que son más inaccesibles. La Aristocracia Escarlata ha conseguido grandes acuerdos con los Sembramundos afincados en las Llanuras Violetas de Amatista y…

—¿Desde cuándo se llama «acuerdos» a extorsionar deliberadamente? —suelto, con un deje de fastidio—. No me mires así… ¿Por qué no me hablas mejor de Dante Flich? Me muero de ganas de saber por qué lo llaman el Príncipe Zafiro, aunque te diré que me parece un título pretencioso y ridículo. ¿Sabes lo que dicen de él los rumores que vienen de La Capital?

—Sorpréndeme. —Me levanto de la silla y cojo una manzana de un bol—. Vuelve a tu sitio, Sky.

Le doy un mordisco y la dejo de nuevo en el recipiente con el resto de la fruta.

—Es un bastardo del Khoen, por sus venas corre sangre de una común, pero este, desobedeciendo su propia ley, lo ha criado como

si fuera un hijo más, con las mismas comodidades que han tenido Asya y Chaos. Le ha hecho creer que era igual que ellos, le ha dorado la píldora y, a la hora de la verdad, lo ha tratado como un siervo más, denigrándole y colocándolo en el escalón más bajo de su cadena de poder. Ahora lo utiliza como una pieza más en su tablero de ajedrez. Lo ha utilizado, lo ha manipulado y lo ha atado a mí, condenándolo al mismo futuro oscuro que yo. Debe de tener el corazón tan lleno de odio que vamos a terminar matándonos igual que mis…

—¿Hubieras preferido que te esposaran con el señor Chaos? Puede que sea hijo natural del Khoen, pero su historia de violencia es conocida desde las Cordilleras Amarillas hasta El Albor. Por algo lo llaman el Príncipe Carmesí. Si se trata de escoger entre un príncipe u otro, créeme, has salido ganando.

—Hubiera preferido a una persona normal y corriente. Mi padre era un Ruiseñor y era un buen hombre. ¿Cómo puedo llegar a querer a alguien que me odia?

—Desconozco la historia del muchacho, Sky. No volvamos a lo mismo. ¿Podemos continuar?

—Háblame entonces de La Ciénaga. Se supone que todo esto es por ese lugar, es por *ella*, y no sé lo que pasa más allá de la Frontera. ¿Por qué hay tanto secretismo?

—No me corresponde a mí facilitarte esa información, lo sabes. En La Capital se te formará debidamente. Entonces lo sabrás, obtendrás respuestas. Mientras tanto, si me lo permites, y deberías porque soy un señor mayor, déjame seguir haciendo mi trabajo.

—Tu trabajo es asegurarte de que no parezca una ignorante.

—Mi trabajo es intentar que esa sesera tenga la capacidad de entender por qué este mundo funciona como funciona. Para que tomes las decisiones correctas. —El Maestre Simon cruza las piernas

y me lanza una mirada de advertencia. Estoy agotando la poca paciencia que le queda—. Como iba diciendo, la producción del elanthar ha marcado la economía de Nithium desde que hay registros. Por eso, el índice de criminalidad se ha incrementado en las rutas comerciales durante los últimos soles. Mis colegas de la Montaña han notificado más de cien altercados en los caminos que conectan Damaskia con la antigua Porteo, ahora La Capital.

—No te ofendas, sabes que te quiero, pero los Ancianos de la Montaña son simples eruditos al servicio de la Aristocracia Escarlata. ¿No te das cuenta de que todo empieza y termina con ellos?

El Maestre Simon cierra los ojos con una mezcla de cansancio y resignación.

—¿Conoces la lección? Está bien, hazme el favor y termínala.

Doy un ligero brinco y me sitúo delante de la pizarra que cuelga de una estantería.

—Te empeñas en darle muchas vueltas a la historia cuando, desde mi punto de vista, es más sencillo que todo eso. Los Ancianos de la Montaña —empiezo, pasando mi mano por encima para emborronar la frase escrita sobre la lámina pedregosa—. Oficialmente son los que custodian la historia. A mi parecer, y evidentemente excluyéndote a ti, son personas ermitañas, aburridas y profundamente cobardes. La única historia que guardan allí arriba es la que les dicta la Magistratura Magna. Sigamos…, a ver qué tenemos por aquí. —Mi mano recoge de nuevo el polvo de la tiza—. Los Sembramundos, claro. ¿Qué haríamos sin aquellos que recolectan el elanthar? La energía que lo mueve todo…, ¡hasta montañas! Me pregunto si alguno todavía guarda su integridad o todos se han corrompido y han cambiado de bando. No me mires así, todo el mundo sabe que son un grupo de buitres que antes trabajaban a saldo para los barones de Damaskia y ahora lo hacen

para el Khoen. Igual que los Custodios. Se supone que son los protectores de Nithium, pero, si protegen, ¿por qué violan a las mujeres en los suburbios de La Capital? ¿Por qué matan a los hijos que engendran estas? Sus acciones están manchadas de sangre. Al menos, los Maleantes son más honrados. —El Maestre Simon se lleva las manos a la cara—. Espérate, porque… ¡por fin llegamos a la cúspide de la cadena alimentaria! La Aristocracia Escarlata, la moral personificada. La voz que transmite el querer de Nithium. La ley de nuestro pueblo, la misma que ha elegido a dedo al hombre con el que debo encontrar una forma, sea la que sea, de procrear. La misma que me quitó a mis padres y me encerró en este sitio asfixiante mientras dejaba que se mataran. Esta es mi parte favorita de la historia. Y todo por un don que nunca llega. Todo por una leyenda que algún viejo como tú se inventó un día de aburrimiento en esa montaña suspendida en el aire. ¿No es eso una locura?

Pero no, no lo es. Esta es mi historia, la que estoy condenada a vivir.

Trago saliva y siento cómo los latidos de mi corazón se aceleran como un caballo desbocado.

—Definitivamente estoy viejo. —El Maestro Simon mueve la cabeza de lado a lado y apoya la espalda en el respaldo de la silla manteniendo la mano agarrada a la empuñadura de su bastón.

—¿Y cómo se supone que voy a salvar este mundo? ¿Cómo se salva un mundo que no conoces? Es absurdo, diecinueve años y jamás he cruzado los muros de La Ciudadela. Mi vista solo alcanza a ver el mismo cielo cubierto de arena. Es una pesadilla que se repite día tras día. Y echo de menos a Lili, ha dejado de responder a mis cartas. Todo sería diferente si ella estuviera aquí conmigo y no en la Congregación de las Vástagas Eternas. Sería más fácil.

—La Aristocracia Escarlata considera que las hermanas de las

Damas Reminiscentes están mejor en una convivencia ordenadas y lejos de…

—Oh, por favor, sé perfectamente lo que piensa esa gente de mí y de mi familia. ¡El don lo pasa la madre a la primogénita!

—¿Entonces? ¿Tantos años de preguntas y todavía no tienes las respuestas, Sky? Y ni se te ocurra decirme que he estado perdiendo el tiempo. Estoy físicamente débil y los años no son buenos aliados de la paciencia, no lo podría soportar.

—Solo repítelo para que lo entienda. ¿Por qué? —Me vuelvo a sentar y pisoteo la alfombra que cubre el suelo—. ¿Por qué no puedo salir al exterior? ¿Por qué no puedo visitar a Lili de vez en cuando? ¿Por qué no puedo conocer lo que hay más allá de La Ciudadela? ¿Tan malo sería? Quiero hablar con la gente, quiero saber cómo viven. Cómo se enamoran, cómo piensan. Quiero saber lo que se siente teniendo la libertad de elegir… No quiero ser la Dama Reminiscente, que lo sea otra.

—Ahora sí que, oficialmente, me rindo.

El Maestre Simon se levanta con dificultad y aprieta su espalda con sus propias manos, tratando de aliviar el dolor que le aflige desde hace tantos años que ni él mismo recuerda cuándo empezó.

—Solo quiero tener la oportunidad de poder hacer las cosas de otra manera. No quiero vivir encerrada esperando a que… No quiero terminar como…

«Como mi madre», quiero decir, pero no acabo la frase.

Siento la mirada compasiva del Maestre Simon sobre mí. Aunque no pueda expresarlo abiertamente, no quiere que la niña a la que instruyó y preparó, la muchacha a la que crio como a su propia hija, tenga que enfrentarse a un destino tan oscuro como impredecible.

—Nada me gustaría más que el que pudieras decidir tu futuro, querida. De verdad que sí —dice guiando sus pasos lentos y pesados

hacia la puerta de la biblioteca—. Pero mi misión aquí, en La Ciudadela, está a punto de concluir. Lo sabes, la luna pronto cambiará de color y entonces mi destino volverá a estar sellado a la Montaña Que Levita hasta que deba entregar mi cuerpo a las raíces de Nithium. A partir de ahora será el señorito Dante quien tendrá que protegerte, lejos de estos muros, en La Capital. Así está decidido, así está escrito: «Preservará su vida para que la Dama Reminiscente pueda preservar Nithium».

Una lágrima resbala por mi mejilla y hago que desaparezca antes de que el Maestre Simon se dé cuenta. No es de tristeza, sino de rabia. Pensar en una vida sin él, pensar que después de ser entregada a esa organización no volveremos a estar juntos…

—No me gustan las despedidas —digo sin levantar la vista del suelo.

—No es una despedida —responde él con un tono más animado—. Aunque marche después del enlace, estarás siempre en mis pensamientos. Y espero que la vida nos vuelva a juntar antes de que mi memoria se vuelva borrosa y pueda contemplar con mis propios ojos a mi Sky siendo una perfecta y dispuesta Dama Reminiscente.

—Otra Dama a la que señalarán.

—Una Dama de la que Nithium estará orgulloso. Lo que venga después, solo las raíces de este mundo lo saben. Pero tú eres diferente. Recibirás tu don, y lo usarás con el corazón. Encontrarás la manera de sobrevivir, en estos u otros muros, y querer a tu familia. Si el mal que hay tras la Frontera despierta y amenaza este lugar, sé muy bien que lucharás con valentía, cumplirás con tu deber y encontrarás la paz que tanto anhelas.

—¿Por qué todo el mundo está convencido de que existe ese mal? Nadie lo ha visto. Nadie lo conoce. Son leyendas que solo han traído terror y muerte a mi casa.

—Así está escrito, Sky…

—¿Y si es cierto que existe? ¿Y si no consigo remediar ese mal? Solo soy…

Nadie, no soy nadie.

—Lo harás, querida. Estoy seguro de que lo harás. No se te bendijo al azar.

—La Conciencia de Nithium no me bendijo, me entregó una maldición envuelta en un bonito lazo de regalo. —Pero ya no me oye.

El silencio se extiende por la biblioteca como una sombra larga y profunda cuando el Maestre Simon cierra la puerta detrás de él. Salvo por un zumbido, un susurro que irrumpe en mi cabeza en forma de idea. La misma que va y viene cuando necesito agarrarme a un clavo ardiendo.

La Capital, con sus promesas y peligros, me espera. Podría vivir en paz, acostumbrarme a la vida con ese tal Dante en la ciudad que nunca duerme. Podría no enloquecer esperando un don que no llega; o podría pelear contra la amenaza que permanece dormida en un largo letargo si decide despertar. Podría esperar a que sucediera cualquier cosa, pero la única certeza que tengo es que estoy cansada de esperar.

Ya no soy una cría que ve cómo todo su mundo se tambalea. Estoy a punto de ser la Dama Reminiscente, y no sé muy bien qué es lo que viene después, pero no me voy a quedar esperando.

2

> La Magistratura Magna lamenta el fallecimiento del señor Comet. El Consorte designado por la Aristocracia Escarlata ha perdido la vida durante la última Luna Quemada. En uno de sus episodios de esquizofrenia, Nébula le ha arrebatado la vida, asestándole diecinueve puñaladas en el torso. Los hechos han ocurrido en el interior de su residencia, en el Edificio Corazón. Por la presente ley, desde hoy, Nébula adquiere el título póstumo de la Otra Dama y es sentenciada a muerte. Recibirá dentro de tres soles y tres lunas el Filo Mortem por el brazo ejecutor del Khoen. Su hija, la pequeña Sky, heredará *ipso facto* el legado de la Dama Reminiscente.
>
> *Códice X: Las Reminiscentes*,
> por el Gran Maestre

SKY

A la mañana siguiente, con el siguiente sol, se repite el mismo día que el anterior. Cuando el primer rayo atraviesa la cúpula de cristal, me sumerjo en las pozas del patio buscando unos instantes de paz

antes de que las cortesanas invadan mi intimidad. Se sitúan a mi alrededor, observando en silencio hasta que abandono el agua y me acompañan al comedor, donde desayuno un poco de pan, queso y una infusión bajo sus miradas inquisitivas. Tras ello, nos dirigimos al primer anillo fronterizo del palacio y caminamos aprovechando que el aire todavía es respirable.

Cuando regreso al interior, ellas se dispersan y puedo refugiarme en la biblioteca junto al Maestre Simon para continuar conociendo la apasionante historia de Nithium.

Así transcurre cada día de mi vida. Un bucle que se repite, con la única diferencia de que la luna se va transformando con el paso de las noches, perdiendo su gris habitual y adquiriendo, poco a poco, un tinte rojizo.

Hoy, sin embargo, antes de atender la llamada del Anciano, rompo la rutina por primera vez en… ¿doscientos soles? y entro al Salón de la Buena Conciencia, que queda en el ala más apartada del palacio. Rodeado de estancias vacías y otras en las que se amontonan muebles antiguos cubiertos con sábanas.

Nunca lo hago, solo con pensarlo me sudan las manos y me tiemblan las puntas de los pies. Los recuerdos dolorosos regresan, y lo más gracioso de todo es que no estoy muy segura de que sean recuerdos reales. Se ha hablado y escrito tanto de lo que pasó que ya me cuesta distinguir qué es lo que verdaderamente pertenece a mi memoria.

Dicen que en Nithium todo pasa por la pluma de un Anciano antes de que ocurra, por eso he detestado siempre los códices que el Maestre Simon se empeña en obligarme a leer. Ni todo es verdad ni todo es mentira, y tengo demasiados problemas ya como para perder el tiempo averiguando qué es una cosa y qué es la otra.

Nunca entro al Salón de la Buena Conciencia porque me recuerda

que mi futuro se resume en morir o perder completamente el juicio.

Al final de una estancia lúgubre y vacía solo queda una silla de madera modesta y olor a polvo. Ah, me olvidaba de los lienzos. Los seis retratos a tamaño real que decoran las paredes de la cámara. Uno por cada Dama Reminiscente.

Camino despacio, ojeando por encima los colores chillones de las pinturas. No me detengo a ver las caras de esas mujeres. No las conocí, se fueron cuando los soles y las lunas de Nithium giraban desde el otro lado del cielo. Cuando las cosas parecían más fáciles, o no tan difíciles como ahora. Tampoco las miro porque me siento culpable por no sentir nada cuando contemplo sus rostros. Las veo como son, jóvenes que lo perdieron todo cuando recibieron la llamada de La Capital. Murieron jóvenes porque así es la maldición Reminiscente. Ninguna de ellas tuvo la suerte de ver un nuevo amanecer después de intentar acceder al Otro Lado… sin éxito.

—Hola, mamá.

Me detengo en el último retrato.

A ella sí la miro. Las pocas veces que paso por aquí me quedo un rato observándola con curiosidad, buscando el más mínimo detalle que me recuerde a mí. Pero nunca lo encuentro. Ella era delgada como una espiga, con una larga melena negra que le cubría la cintura. Tenía los ojos más grandes, de un color marrón, muy comunes y tremendamente tristes. Yo no soy la persona más risueña de La Ciudadela, pero entre los Custodios más veteranos, los que regresaron de La Capital cuando todo terminó, todavía hablan de su mirada, perdida en alguna pesadilla sin escapatoria.

—Perdona, ya sé que llevo mucho tiempo sin venir, y el caso es que llevo días yéndome a dormir pensando que debía pasarme una vez más… —El eco de mi voz resuena en toda la sala—. ¿Sabes que el Maestre Simon se irá pronto? Se marcha, vuelve a casa, si se

puede llamar casa a un trozo de tierra suspendido en el aire. Pronto yo también marcharé, como lo hiciste tú antes que yo. Aunque dudo mucho que el próximo Consorte sea como papá.

Doy la espalda a la pared y camino de puntillas por las líneas trazadas en la madera.

—Se llama Dante, Dante Flich. ¿Qué tipo de nombre es ese? Lo sé, yo también lo he pensado. Lo pienso casi todos los días. Pero, bueno, un nombre es solo un nombre. Además, en Nithium nunca duran para siempre… Podría soportarlo. Incluso podría soportar que no fuera demasiado guapo. Me conformaría con alguien normal, alguien al que le pudiera coger algo de cariño. Con el tiempo. Pero dime, mamá, ¿cómo voy a quererlo si es hijo de la persona que más odio de Nithium? ¿Cómo se quiere a alguien que odias por inercia porque también te odia a ti?

Entrelazo los dedos de las manos y frunzo el ceño, absorta en un pensamiento recurrente.

—Dicen que su belleza es conocida desde el Océano Inmenso hasta la cúspide de las Cordilleras Amarillas. El niño bonito de La Capital —mascullo—. Papá también era guapo, pero él era bueno. Muy bueno. De eso sí me acuerdo. Bueno, es un recuerdo borroso.

Miro a un lado esperando encontrar un retrato que me devuelva el rostro desenfadado de mi padre, con su barba poblada de color castaño. Odiaba que me diera besos en la mejilla, pinchaba. Me encantaba cuando sonreía. Un montón de pelo, pero su sonrisa se veía desde cualquier esquina de La Ciudadela. Por supuesto, no hay retrato suyo en ninguna parte. No existe. En este mural no tienen cabida los hombres que acompañaron hasta el final de sus días a cada Dama Reminiscente. Se les trata como meros acompañantes, y pocos viven para contarlo.

—El caso es que se va, el Maestre Simon. Vuelve a la Montaña

Que Levita. Tiene intención de escribir las crónicas de su vida. Desde sus primeros días como escriba hasta los últimos de esta penitencia que es aguantarme a mí. —Miro fijamente el retrato de mi madre para grabarlo en la retina. No quiero más recuerdos borrosos—. También quiere escribir sobre nosotras, sobre las Damas Reminiscentes. Considera que el códice del Gran Maestre «no es lo bastante riguroso». ¿Acaso alguno lo es? —Giro la cabeza hacia el ventanal que da al gran patio de La Ciudadela—. Dime, ¿cómo se supone que se sobrevive en La Capital? Es un nido de víboras.

Cierro levemente los labios antes de hacer la siguiente pregunta.

—He estado a punto de pedirte consejo, ¿te imaginas? Puede que ya haya empezado a perder el juicio. —Río con cierto nerviosismo—. ¿Qué espero que me digas, que cómo sobreviviste? No lo hiciste, y encima arrastraste a la única persona que podría haberme hecho la vida un poco más fácil. Ni te imaginas lo difícil que es todo desde que pasó. Me miran como si me fuera a romper por la mitad en cualquier momento. Los Custodios cuchichean cuando paso por su lado. Hacen comentarios sobre ti. A veces los he escuchado decir que terminaré igual que tú.

Apoyo las rodillas en el suelo y giro la cabeza despacio.

—Todas las noches intento recordar. Me tumbo en la cama y rebusco algún recuerdo feliz contigo, pero no lo hay, ni uno. Los de papá son borrosos, como si estuvieran difuminados, pero permanecen. Sobre todo su sonrisa. Tenía una sonrisa preciosa, ¿verdad? —Respiro en silencio unos segundos más antes de decir lo que en verdad he venido a decir—. Estoy aprendiendo a no odiarte. Me lo quitaste todo y solo me dejaste un legado que seguramente me mate en cualquier momento, pero creo que en un futuro podré perdonarte. Creo…, espero no ser como tú. Sea verdad o no, sé lo suficiente para no repetir los errores que cometiste tú. De modo

que…¿gracias?

Doy un paso a un lado y me quedo frente al hueco de la pared. Se supone que ahí tendrían que colgar mi retrato cuando las raíces de Nithium reclamen mi cuerpo. Las cortesanas han intentado contactar con ese pintor famoso. ¿Galeo se llamaba? Menos mal que no dan con él, parece ser que ha abandonado su taller en La Capital. De todas formas, no dejaría que lo hiciera.

No habrá un retrato mío en este lugar triste. Pretendo hacer las cosas a mi manera, por más que todo el mundo esté empeñado en decirme que da igual lo que yo quiera. Una Dama Reminiscente no tiene espacio para pensar en lo que podría ser.

—Tengo un plan, madre. Un plan nefasto, con muchos cabos sueltos, pero no tengo nada que perder. Si sale mal, me traerán de vuelta a La Ciudadela y acataré las normas. Me casaré con el tal Dante y sortearé la locura como pueda. Si sale bien, iré a Damaskia a por Lili, cruzaré la Frontera y acudiré por mis propios medios a La Ciénaga para hundirle una espada en el pecho a la Mujer sin Rostro. No por venganza, madre. Lo haré por puro egoísmo, para vivir tranquila y asegurarme de que Lili nunca pase por lo mismo que yo. Lo más lejos que pueda de las leyes de la Aristocracia Escarlata. Si sale bien, no me casaré con ningún hombre, y mucho menos traeré a este mundo a otra Dama Reminiscente.

Un calor sofocante me araña la espalda, pero vale la pena por el olor dulzón que acaricia las fosas nasales. Sostengo con cuidado la Flor de Artemisa por el tallo, tan fino y largo como las agujas que utiliza Miss Minerva para bordar mis vestidos. Sus raíces, como garras diminutas, se retuercen al acariciar la arena. Los pétalos, antes de un amarillo intenso, adquieren un tono rosáceo y bailotean en el sentido de las agujas del reloj cuando comienzan a alimentarse.

Entonces, el olor se hace más intenso, y su fragancia se extiende por el patio de La Ciudadela con una corriente de aire.

—Disculpa, milady.

La sombra de la cortesana cubre mi cuerpo. Espero adrede en silencio, para ponerla nerviosa. Apenas pasan unos segundos cuando carraspea con impaciencia.

—¿Sí? —contesto al fin.

—Debemos regresar, milady —dice, sonriente.

—¿Tan pronto?

El sol se repliega tras los últimos muros de La Ciudadela y un ruido metálico llega desde el primer anillo fronterizo. El toque de queda se acerca y los Custodios se preparan para el cambio de guardia.

Casi me olvido de que no estoy sola. Nunca lo estoy. A la izquierda, lejos de los cercos del jardín, cuatro soldados apoyan sus manos sobre el cinto del que cuelga su espada. Siguen en la misma posición que hace unas horas. A la derecha, con la mirada fija en las puntas de sus zapatos, el servicio espera mi orden para regresar al interior del palacio.

—Podéis marchar —les digo antes de dirigirme a la cortesana—, antes visitaré al señor Alaric.

—No lo veo necesario, milady.

Contemplo al servicio retirarse.

Caminan erguidos, sin levantar la cabeza. Les avergüenza que vea sus bocas, cosidas con un cordón grueso. No se les permite hablar ni pensar por sí mismos. Los sacan de los pequeños pueblos situados al sur o de las calles maltrechas de Damaskia con la promesa de llevar una vida segura al servicio de la Aristocracia Escarlata. Los duchan, les dan de comer y un lugar en el que dormir antes de sellar sus labios para siempre.

Los hombres y mujeres que sirven en La Ciudadela jamás han intentado acercarse a mí. A juzgar por su aspecto, cansado y entrados en años, se han resignado a esta vida.

—Estas flores necesitan agua —digo desoyendo a la cortesana.

Levanto el polvo del suelo al cruzar por el sendero que separa las dos parcelas en las que crecen las flores más adultas. Azuzo la tierra con las manos e inclino la regadera para que el agua caiga como una lluvia suave y relajante. Respiro profundamente para percibir el olor de la Flor de Artemisa.

—Echarás de menos esto. —Veo por el rabillo del ojo la túnica gris del Maestre Simon arrastrando la arena—. El clima de La Capital es inestable, y ni que decir tiene que el frío se te clava en los huesos. La Flor de Artemisa posee unas cualidades poderosísimas, pero su cultivo requiere de una paciencia inmensa y es costoso sin el influjo de los bosques.

—Tranquilo, ya sé que La Capital apesta. —Me separo del suelo con un impulso suave—. ¿Ya has preparado el equipaje?

—No te pongas dramática, Sky. La luna no ha cambiado del todo, todavía tenemos por delante varios soles encerrados en la biblioteca y las últimas lecciones prometen ser apasionantes. —«No tantos», pero me guardo el pensamiento para mí—. Aunque admito que echaré de menos mirarte mientras trabajas aquí. A tu madre nunca le interesó la jardinería.

—No te hacía por un hombre sentimental.

Las arrugas se marcan en la cara del Maestre Simon cuando su boca se estira en una sonrisa.

—Será la edad —reconoce—. No prestaba mucha atención, pero también le fascinaba esta flor. Nithium está repleta de ellas, tiene cientos de variedades distintas, pero ninguna tan singular como esta.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

—¿Y por qué no?

Me resisto al impulso de abrazarle. Aunque me muero de ganas, no son nuestros códigos.

—Tengo que volver dentro, Maestre Simon.

Antes de que la emoción enrarezca el ambiente, sacudo las manos para retirar los restos de tierra y bordeo el jardín cubierto de flores.

—No vas en la dirección correcta, ese camino termina en la armería —dice a lo lejos. Me doy la vuelta y asiento con detenimiento—. Temo que tus cortesanas se arranquen los párpados si no vuelves al palacio inmediatamente.

—¿Crees que sentirían algo? —respondo elevando la voz para que todas las cortesanas que están repartidas por el patio puedan oírme.

Vuelve a sonreír.

—¿Puedo preguntar qué requieres del señorito Alaric? Sabes que lo puedes meter en un lío.

Alaric tiene algo que necesito. Pretendo robar algo que tiene en su poder.

Si voy a hacer lo que quiero, necesito defenderme. Por más que me puedan las ganas de salir corriendo lejos del complejo amurallado de La Ciudadela, he oído hablar de los peligros que esperan cuando terminan las tierras áridas y comienza el Bosque Trémulo. Necesito un arma, una espada que sea ligera, pero que corte cualquier tipo de carne. Preciosa a la vista, pero con el filo más penetrante.

—Tranquilo, solo voy a visitar a un amigo.

Mis nociones de esgrima son limitadas. Alaric ha intentado enseñarme algunos movimientos, pero, al final, siempre terminamos dejándonos llevar por otros asuntos… Tengo que colarme en la armería y robar una de las piezas de su colección, pero eso es algo

que no puedo compartir con el Maestre Simon.

3

> Todos los anillos fronterizos de La Ciudadela están dotados de arsenales de guerra. Los muros del palacio están hechos de la arcilla extraída directamente de antiguas granjas de elanthar, ya extintas. La Ciudadela es el lugar más seguro de Nithium.
>
> *Códice V: El poder de La Ciudadela*,
> por el Maestre Simon

El Cronista

—Octomilésimo tricentésimo nonagésimo quinto sol de la Edad del Glorioso Porvenir. No se intuye ningún movimiento extraño en la zona de La Ciénaga… —digo en voz baja mientras anoto en un largo pergamino las palabras que salen a trompicones de mi boca. Muevo la cabeza lentamente y guiño el ojo izquierdo para que el derecho pueda volver a mirar a través de la Lente—. Espera, me ha parecido ver algo… No, solo es un pájaro. ¡Espera! Esas bestias carroñeras estaban ayer a dos millas de La Ciénaga… ¿Qué tramarán? ¿Deberíamos informar? Es un hecho incontestable. Pero ¿y si…?

—¿Hecho incontestable?

El viejo Louis hace muchos aspavientos y me ordena que salte del

sillón de cuero que permanece incrustado entre unos hierros de metal. Quiere mirar a través del catalejo, aunque, para ser sincero, ni unos cristales fabricados por unos Ancianos exiliados en Bota Mëmë pueden remediar la ceguera de este carcamal.

—¿Necesita ayuda, Maestre Louis? —pregunto, pero la única respuesta que se cuela por los huecos que separan sus dientes es un gruñido gutural.

Se remanga la túnica gris para que le sea más fácil subir el escalón. Es tan bajito que necesita ponerse de puntillas para que sus ojos lleguen a estar a la misma altura que el objetivo.

—Veamos… —murmura con un tono lastimoso.

Mi pie zapatea el suelo con nerviosismo. El Maestre Louis se aparta del catalejo para dedicarme una mirada que, según mis años de convivencia con los Ancianos, indica malestar, enfado y, probablemente, una noche entera limpiando el cuarto de letrinas. O un empujón y lanzarme por el borde de la Montaña Que Levita.

—Está bien, ya paro. —Pero sigo moviendo el pie.

—Espero que las raíces reclamen mi cuerpo pronto, resultas ser un joven verdaderamente insufrible —protesta.

Me sorprendo pensando en su edad mientras él sigue farfullando palabras incomprensibles y onomatopeyas arcaicas. Quizá haya vivido tanto como para haber inventado su propio lenguaje. ¿Cuántos años tendrá? Más de cien seguro. ¿Ciento veinte? ¿Estará al borde de completar su segunda edad? No quiero hacerlo, pero la pregunta sale de mi boca casi sin darme cuenta.

—Maestre, usted, ¿cómo de mayor es? Quiero decir, los otros maestres dicen que llegó a la Montaña Que Levita mucho antes de que las Dréadas fueran desterradas y la región de Syval fuera próspera, y eso fue hace varias edades. También dicen que aleccionó a la Otra Dama. Y a la que estuvo antes de ella, Casandria. Seguro

que ya estaba usted aquí antes de que la Montaña se despegase de la tierra y se elevase hasta las nubes.

El Maestre Louis se aparta del catalejo con una mirada inflexible.

—Exactamente, escriba, ¿qué le ha llevado a pensar en mi edad?

—Mientras usted observaba a través de la Lente me he fijado que las líneas de expresión de su cara están muy marcadas, igual de gruesas y profundas que las raíces de uno de esos árboles puntiagudos del Bosque Trémulo. También se parece a la verdura disecada con la que preparan el estofado en las cocinas. ¿Sabe cuál le digo? —Sus ojos pequeños se hacen grandes e intuyo un rastro azul—. Además, el zafiro blanco que cuelga de su cuello ha perdido todo el brillo que algún día tuvo. No se ofenda, los años pasan para todo el mundo. Ojalá cumplir una edad completa y tener ese lustro. Y con todo lo que habrá vivido. Como dice y espero, las raíces de Nithium no tardarán en reclamar su cuerpo, ¿verdad?

El Maestre Louis baja del mirador presumiendo una flexibilidad que perdió hace años. Parece enfadado. Frunce el ceño y resopla sin parar.

—Tu hecho incontestable, Milo, es más contestable de lo que te imaginas —dice ayudándose de mi brazo para bajar los escalones de piedra—. No me hagas perder más el tiempo y anota solo información que sea relevante. Quizá me precipité al encomendarte esta tarea. Un error más y cambiarás el catalejo por el cepillo de las letrinas… una vez más.

—Al menos las letrinas están más vivas que La Ciénaga. Ese sitio lleva muerto desde antes de que usted naciera, Maestre Louis…, y eso ya es mucho decir.

—¡No soy tan viejo, pedazo de inútil! ¿Qué quieres, matarme?

—¿Ahora nos tuteamos?

—¡Claro que no!

—Usted lo ha hecho.

—¡Soy tu superior, claro que puedo tutearte! —grita, desesperado.

—Hoy no está de humor. —Encorvado, el Anciano camina por el paseo rocoso de vuelta a la torre. Maldice en voz baja al mismo tiempo que escupe al suelo sin parar—. ¿Dice que nos vemos a la hora de la comida?

—¡Por Nithium! ¡Lo que estoy diciendo es que no sé por qué ridícula razón caes en gracia al Gran Maestre. De no ser así, estarías fregando platos hasta que el mal de La Ciénaga despierte! ¡Inútil! ¡Incompetente! Este mundo no nos ha bendecido con toda la paciencia necesaria para soportar a una persona tan desesperadamente inepta como tú.

El Maestre Louis sigue despotricando mientras miro mis manos de reojo y doy las gracias por tener una piel sana y suave. No sé qué haría con unas como las del viejo Louis, sería una desgracia.

La puerta de la torre se cierra dejando al Maestre Louis al otro lado.

—Pensaba que no se iba nunca —digo para mí—. El sol está a punto de tocar el borde más alto del cielo y eso significa…

En ese instante escucho el rugir de las turbinas surcando el cielo. Justo a tiempo.

Con la misma torpeza que mi maestro, subo las escaleras irregulares del mirador. Agarro el catalejo y marco unas coordenadas que conozco de memoria: 38°49’59.7“N 1°07’28.0“W. El puerto de La Capital.

El viento se mueve con fuerza y me enfría las mejillas.

Enseguida escucho el chasquido metálico que hacen las embarcaciones al surcar las nubes. Llegan a la hora prevista. Todavía no alcanzo a verlos, pero tiene que tratarse de ellos, no pueden ser otros.

—El Escuadrón XIX ya llega —murmuro.

Fijo el catalejo en el soporte para que el aire no desvíe su posición. Noto cómo el corazón me late con fuerza y, a pesar de las corrientes heladas que agitan la Montaña, tengo que frotar las manos contra la túnica para quitarme el sudor que produzco en grandes cantidades.

—Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno…

Varias embarcaciones colorean el cielo de sombras marrones y destellos blancos y azules. Es el elanthar, la energía que propulsa y mantiene esos vehículos en el aire, la misma de la que se alimenta la Montaña Que Levita edad tras edad para mantenerse lo más cerca posible del cielo de Nithium. O lejos de las miradas indiscretas de La Capital.

Un barco lidera la comitiva, sobrevolando los edificios más altos, el complejo residencial de la Magistratura Magna, a gran velocidad. En todas las velas resplandece la silueta de dos manos unidas, en gesto de oración, sosteniendo un orbe; el emblema del Escuadrón XIX. Los Custodios corretean por la cubierta preparando el atraque en las torres de cristal y acero que se elevan hacia el cielo. Todos menos un hombre que permanece agarrado a la cuerda que cuelga del espolón, fanfarroneando. Ese debe de ser el líder del pelotón.

Varias millas más abajo, las naves portuarias despliegan sus enormes compuertas revelando muelles que se ajustan al tamaño de cada nave.

Los barcos, situados a distintas alturas, se alinean con precisión preparándose para engancharse en las plataformas flotantes que se extienden en todas direcciones. El sol se refleja en la estructura, creando destellos dorados que bailan alrededor de las embarcaciones.

Mi momento favorito del día, la única imagen interesante que me

devuelve la Lente. Desde mi posición, contemplo el ritual a diario, observando cómo cada navío encuentra su lugar en el puerto, cómo cada pieza forma un intrincado rompecabezas. Un equipo.

—¿Otra vez mirando donde no debes?

Pego un brinco, arreándole tal golpe al catalejo que empieza a girar sobre sí mismo.

—¡Martin!

—¡Milo!

Miro de reojo la silueta pequeña de mi amigo y dirijo con disimulo el catalejo hacia La Ciénaga.

—Solo estaba echando un ojo. Alguien debería vigilar lo que pasa en La Capital, se avecinan tiempos difíciles —comento.

—La Aristocracia Escarlata se ocupa bastante bien de La Capital, no hace falta que un simple aprendiz de Anciano haga nada desde aquí arriba.

—¿Y si pasa algo interesante que necesita ser registrado? Nunca se sabe cuándo se producirá un nuevo altercado en los suburbios. ¿No te has enterado? Ha habido varias revueltas en el último mes. ¿Casualidad? No lo creo. Y esos ancianos encerrados en el Archivo como si tal cosa.

—Deberías centrarte en la tarea y dejar de fantasear con Custodios que nunca vas a conocer y barcos que nunca vas a pilotar. —Martin me observa con detenimiento, me juzga con esa expresión suya tan irritante—. Nuestra vida está aquí, en la Montaña Que Levita. Nuestra tarea consiste en retener el conocimiento de Nithium, no vivirlo.

—Cada vez te pareces más al Maestre Louis, y eso es raro. ¿Qué tienes debajo del ojo? ¿Es un orzuelo? Por algo se empieza.

—Sabes que llevo razón. Además, ¿no eras tú el que querías escribir ese códice lleno de curiosidades? Aplícate el cuento y ponte

con ello.

—¿Desde aquí arriba? Lo dudo. Desde aquí arriba poco se puede hacer. Necesito ver, no mirar. Caminar por el mundo mientras pasan cosas.

Martin me releva en la Lente y dejo caer la barbilla sobre el murete de piedra que rodea el mirador.

—No tientes a la suerte. Si sigues con esa actitud rebelde, las cosas cambiarán pronto y no para bien, Milo.

—¿Lo dices por el estofado de la cena? Déjalo, no tengo hambre.

—Todavía no entiendo por qué los Ancianos te acogieron aquí, hubieras sido un tramoyista divertidísimo en el Teatro Maravilla.

—Puede que cuelgue la túnica y rellene la solicitud, todavía soy joven. Y tengo aptitudes para montar un buen espectáculo, aunque no llevaría del todo bien el tema del derramamiento de sangre. Si no es por una buena causa, de poco sirve, ¿verdad?

—Aun así, deberías plantearte la idea, he oído que el Gran Maestre convocará pronto una pequeña prueba para los aprendices —dice Martin—. Y, de paso, hará una pequeña criba para reubicar a los díscolos en tareas que requieran menos sesera. A mi juicio, mucho han tardado. Ya es hora de que se reconozcan mis facultades.

—El Khoen te castigaría si te escuchase mentir como un bellaco.

—Yo nunca miento, Milo.

—¿Una prueba? ¿Para qué? ¿Cuándo?

Mi pie comienza a golpear el suelo, cada vez más rápido.

—¿Qué te pensabas?, ¿que ibas a pasarte la vida siendo un narcisista vago, de inteligencia media y verborrea enfermiza? Las oportunidades son las que son, Milo. La meritocracia iba a alcanzarte tarde o temprano.

—Solo hay reubicaciones cuando viene una nueva remesa a la Montaña Que Levita, y, sorpresa, querido Martin, fui el último en

llegar; y hace mucho de eso. —Mis manos dibujan una sonrisa amplia y bonita, con el poder de desquiciar a mi amigo—. Ya somos muchos aquí arriba, este lugar no necesita a más muchachos atormentados. Es cruel e inhumano.

—Deja de zapatear el suelo así o vas a conseguir que la Montaña pierda gravedad. Yo de ti correría al Archivo e hincaría codos mañana, tarde y noche. ¿Quién sabe? Quizá consigas pasar la prueba y clasificarte para una disciplina de tu nivel, aunque me replantearía lo de ser bufón. Solo los más preparados la van a superar, y, entre tú y yo, Milo, no eres el alumno más aventajado…

Me he imaginado cientos de veces bajando la Escalera que conecta la Montaña Que Levita con la superficie. Todas las noches, antes de apagar el último candelabro de nuestro dormitorio, me acomodo como puedo en el jergón y fantaseo cruzando el acueducto que cerca el hemisferio norte de La Capital.

Mis años de escriba no me han enseñado a usar la lógica, a pensar por mí mismo. El arte de limpiar letrinas, vaciar orinales, duplicar códices menores, no han ayudado mucho que digamos.

Los días aquí arriba son interminables, y el aburrimiento se agarra a la espalda como uno de esos sacos de maíz. Gracias a ser un escriba despistado, y con un mundo interior riquísimo, he desarrollado el sentido común. Por eso, basándome en mi propio razonamiento, y después de muchas lunas buscando en el Archivo, sé que en este satélite que orbita alrededor de la ciudad que nunca duerme no voy a encontrar lo que busco.

Si quiero llenar los huecos en blanco de mi memoria, tengo que ir al lugar en el que se viven; en palabras del Maestro Louis, «aquellas que devuelven los recuerdos a través del tacto». Si quiero los fragmentos perdidos de mi memoria, tengo que salir de la Montaña Que Levita y buscar a una Bella Corazón.

—No puede ser tan malo —digo con las manos enrojecidas de tanto frotarlas contra la falda de mi túnica—. Hay cosas peores que limpiar letrinas, créeme. Por ejemplo, permanecer toda la vida aquí encerrado. ¿No te agobia vivir aquí el resto de tu vida? Vivir el mismo día todos los días. Te despiertas, orinas en un recipiente que va a recoger alguien más joven que tú. Desayunas arroz blanco y una infusión de manzanilla. Pasas las horas muertas en el Archivo replicando textos que no va a leer nadie nunca. Una edad después, la hora de la cena. ¡Y, oh, sorpresa! Te toca alimentarte con el arroz blanco que ha sobrado en el desayuno. Por no hablar de las noches silenciosas. Largas, sin un mísero ruido mientras intentas dormir porque, ¡oh, sorpresa!, con el nuevo sol toca volver a empezar. ¿Es eso lo que quieres? Oye…, Martin…, ¿me estás escuchando?

Hace tiempo que la sonrisa bobalicona de Martin se ha esfumado. Su cara redondeada, de pronto, ha palidecido. Está blanco, casi tanto como las barbas del Gran Maestre.

—Milo… —Su voz se quiebra.

Alzo la vista, por encima del muro que nos separa del vasto cielo. A lo lejos, en el horizonte, vislumbro una línea de luz que emerge desde los confines de nuestro mundo, en el Condado Desconocido de Elyar, con un estruendo fuerte, traspasando las nubes, abriendo una grieta en el vasto firmamento que cubre Nithium, igual que un trueno que resquebraja la montaña.

—No puede ser. —Una sensación desconocida me pega los pies al suelo. No me deja pensar con claridad. Busco rápido entre los retazos intactos de mi memoria las páginas arrugadas del *Códice VI: Manual para ser un Anciano decente*, por el Maestre Amadeus. Lo visualizo en su sección del Archivo: estantería D, fila cinco. El lomo es verdoso y tiene dos cortes en el borde porque un maestre lo utilizó una vez de plato, o eso me dijeron. ¡Concéntrate! Es grueso,

casi tres mil páginas. Imagino mi mano sacándolo de la estantería y abriéndolo. Las palabras se entremezclan confusas en mi cabeza. La tinta se corre y paso las páginas aleatoriamente—. Solo tengo que pasar una página más. Tan solo una más y…, ahí está, lo veo: «Solo si La Ciénaga presenta cualquier signo de actividad relevante se podrá accionar la campana. En ningún otro caso, bajo ninguna otra circunstancia». ¡Lo encontré!

La campana cuelga de una pequeña farola anclada en el centro del balcón pedregoso que sobresale de la Montaña. Corro hacia ella instintivamente y tiro de la cuerda con todas mis fuerzas.

El silencio solo dura unos segundos, pero parece que, en ese lapso de tiempo, el mundo entero haya dado una bocanada de aire para aguantar la respiración. Cuando inhalo para llenar los pulmones de aire frío, las sirenas suenan en toda La Capital avisando a los Comunes, al mundo entero, de que el demonio que duerme en el suelo pantanoso de La Ciénaga, la Mujer Sin Rostro, por primera vez en la historia de Nithium, ha despertado de su largo letargo.

4

> La magia de las Dréadas sigue siendo uno de los misterios más insondables de este mundo. Solo una, de las treinta y dos que murieron lapidadas en la Edad Oscura, aseguró en su último suspiro de vida que la Conciencia de Nithium le susurraba poemas que ella después convertía en conjuros absolutamente letales. Para la Aristocracia Escarlata, por supuesto, este testimonio es blasfemia, y así lo secunda la Montaña Que Levita.
>
> *Códice III: La Edad Oscura de Nithium*,
> por el Gran Maestre

SKY

Estiro el cuello por el tragaluz con cuidado de no resbalar por el tejado. Una sonrisa se me escapa en cuanto veo el pelo alborotado de Alaric moviéndose con gracia en el interior de la armería. Asesta golpes al aire con una espada. No es de las más grandes que le he visto empuñar, pero debe pesar mucho a juzgar por el ancho de la hoja. Mis ojos verdes bailan danzarines por los tirantes de su camiseta y se recrean en la tensión acumulada de sus brazos

haciendo que el calor me salpique en las mejillas.

Después de tantos años todavía sigue causando ese efecto en mí.

Me gusta observar a Alaric sin que él lo sepa. Llevo haciéndolo desde que era una niña lo bastante estúpida como para subirme a los tejados resbaladizos de La Ciudadela. Afortunadamente le cogí el truco mucho antes de caerme. Solo una vez estuve a punto de precipitarme al vacío, pero Alaric me agarró de la muñeca y me apretó contra su cuerpo. Desde entonces ha estado siempre ahí. Por si vuelvo a resbalar. Por si mi vida se complica un poco más de la cuenta.

Doy tres golpecitos en el cristal y enseguida puedo ver el hoyuelo de su barbilla.

—No deberías estar aquí, Sky —farfulla.

—Pero aquí estoy, y no hay nada que puedas hacer.

Sus brazos rodean mi cintura cuando me descuelgo del ventanal. Aunque nuestros cuerpos están separados, la ridícula distancia que hay entre los dos no evita que emane esa energía electrizante que ambos identificamos al instante. Por más que luchemos contra ella, siempre termina volviéndonos a juntar.

—¿Estás bien? Sueles ponerte a trepar por los tejados cuando estás inquieta. O nerviosa. O pensando algún plan estúpido.

La mirada de Alaric me sigue con precisión mientras avanzo entre los estantes de acero.

—¿No puedo venir cuando quiera a ver a un buen amigo? —Alaric frunce el ceño—. Te juro que, si sigo un minuto más con esas cortesanas pisándome los talones, voy a tirarme desde el claristorio de la biblioteca… No pongas esa cara, aunque no lo parezca, todavía tengo la cabeza en su sitio. Apenas me paso las noches en vela observando la luna, a ver cuándo muda de piel y el señor Dante Flich se presenta en La Ciudadela con toda su comitiva. Diría que es

hasta divertido.

—Dante… ¿Así se llama? Parece un nombre importante. —Alaric deja caer la espada sobre la mesa de trabajo y me da la espalda. No quiere que vea cómo aprieta la mandíbula, pero lo conozco demasiado bien. Ponerle un nombre al futuro Consorte implica demasiadas cosas, empezando por esta urgencia con la que nos miramos. Aunque ninguno de los dos quiera, estamos en el tiempo de descuento.

El color de la luna está cambiando, cambiando de verdad. Ya no es la misma que nos vigilaba cuando Lili, él y yo, de pequeños, jugábamos a la caza de sombras encima de los tejados. Mucho menos se parece a la que ahora nos vigila cada vez que nuestros cuerpos se reclaman.

—Es solo un nombre —digo bordeando la madera irregular—. ¿Hablamos de otra cosa? ¿Por favor?

—Está bien. ¿De qué quieres hablar?

—¿Qué tal si no hablamos? Me conformo con verte trabajar, es el tipo de silencio que me gusta.

Él busca un trozo de tela para limpiar la hoja mientras yo echo un vistazo fugaz al arsenal de armas que decoran las paredes de la galería. Puede haber más de quinientas, solo contando las espadas, los martillos y los arcos de largo alcance. A la izquierda, junto a las lanzas, guarda las ballestas que utilizan los Custodios centinelas que hacen guardia en el último anillo, el más alto e impenetrable, de La Ciudadela.

Alaric siente una devoción casi reverencial por las armas afiladas. En especial, las tres joyas que adornan la vitrina central del depósito de armas, cada una resplandeciendo con una historia de poder.

Si no recuerdo mal, la más pesada se llama Inquisidora. Ocupa el hueco más grande que hay tras el cristal. Perteneció a un

comandante que se enfrentó a una titanoboa en el Bosque Azul. La que queda a la izquierda pertenece al comandante Steiner. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Destructora de Barro. Siempre he pensado que es un nombre estúpido para una espada. El barro de La Ciudadela no se puede destruir. Cuando está líquido es escurridizo e indomable y, cuando se endurece, no hay arma capaz de atravesarlo. Por eso La Ciudadela es la fortaleza más segura de Nithium.

Mi espada favorita es la más pequeña de las tres. Igual de fina que un sable y tan ligera como la pluma de un kakapo. La empuñadura está revestida de promitio, un mineral precioso que crece en las cortezas del Bosque Oscuro, lejos de la Frontera. Alaric todavía no le ha puesto nombre, pero a mí me gusta llamarla Promesa. Porque así deben ser las promesas, con un envoltorio fino que pasa desapercibido, pero que guarda un inmenso poder de destrucción.

—Veo que sigues obsesionada con esa. —Los ojos marrones de Alaric me observan con curiosidad.

Mi dedo juega con el mechón que le cae por encima de la frente.

—Y veo que tú sigues empeñado en no dejarme utilizarla —digo con cierto desánimo.

—¿Utilizarla para qué? ¿Vas a ayudar en la cocina despellejando pichones? Aquí no corres peligro, no necesitas defenderte. En ningún sitio vas a estar mejor que en La Ciudadela.

—¿Y cuando me vaya?

—Cuando te vayas… —su expresión se oscurece tan solo un segundo, pero rápidamente vuelve a ser el chico fuerte y alegre que conozco—, tendrás a muchos Dantes siguiendo cada paso que des. Por no hablar del ejército de cortesanas que te vigilará. El mismísimo Khoen hará guardia en la puerta de tu dormitorio.

—Cualquier buitre puede colarse en la Magistratura Magna y

acabar conmigo en un santiamén. Necesito tener la capacidad de defenderme, Alaric —añado, algo dubitativa—. Además, nunca se sabe qué imprevistos puede haber. ¿Y si tengo que salir de La Ciudadela antes de tiempo? Acuérdate de las historias que nos contaba el Maestre Simon del Bosque Trémulo cuando éramos unos críos. Y eso sin mencionar las calzadas que se entrecruzan entre Damaskia y La Capital. ¿Sabes cuál es el índice de criminalidad en los caminos? Del ochenta y tres por ciento.

—¿El Maestre Simon es consciente de que no hace su trabajo en vano? —Sonríe, y se marca otra vez un hoyuelo profundo en su barbilla—. Vamos, Sky, eres el tesoro más preciado desde la Estación Mondo a la Frontera, nadie puede tocarte ni un pelo, no necesitas ningún arma. Y… Espera un segundo. —El silencio que viene a continuación me delata—. ¿Estás loca? ¿No se te habrá vuelto a pasar por la cabeza lo de…?

Alaric cierra la puerta de la armería con un sonoro golpe.

—No quiero mentirte, de modo que voy a optar por cambiar el rumbo de esta conversación. —Doy un brinco y me acomodo en el borde de la mesa—. Hablemos de ti. ¿Has conseguido la autorización? ¿Ya te han dado una respuesta?

—Sky, por favor. —Posa sus manos ásperas sobre las mías.

Ahora Sky pregunta y Alaric responde.

Alaric trabaja en las galerías armamentísticas de La Ciudadela limpiando la porquería de los Custodios. Probablemente sea uno de los mejores espadachines que ha visto La Ciudadela, pero no puede aspirar a más por ser el noveno bastardo del comandante Steiner. En lugar de entrenar en las arenas del Bastión de los Reconocidos, donde los soldados reciben la formación, se ve relegado a las sombras, a un lugar perdido en el que la vida transcurre lentamente.

La única manera que tiene de cambiar su destino es consiguiendo

que el Alto Emisario firme una autorización, una especie de indulto. Aunque eso suponga ser señalado y ridiculizado, para él sería un final feliz. Y eso nunca pasa aquí. En mi mundo no hay finales felices. Los finales felices solo pasan en las leyendas infantiles que nos contaba el Maestre Simon a Lili y a mí de pequeñas.

—Todavía no llegan noticias de la Magistratura Magna, hay que tener paciencia.

—Seguro que tarde o temprano lo conseguirás… ¿Quién sabe? Tal vez volvamos a encontrarnos en la ciudad que nunca duerme —digo reconduciendo mis pasos hacia él—. De hecho, pienso en ello todo el tiempo.

—Estarás bien, Sky. Ese chico, ese Príncipe Zafiro, te cuidará bien.

—¿No se supone que no sabías quién era ese «Dante de nombre importante»? Ese *chico* me odia —digo, cabizbaja— y, con toda probabilidad, quiere clavarme un puñal en la garganta, en el corazón o en la frente.

—Me gusta la discreción, pero tengo las orejas grandes.

Sus manos pesadas me sujetan la cara con suavidad.

Retengo el impulso de besarle, aunque me muero de ganas de hacerlo.

Si las cosas fueran diferentes, Alaric y yo viviríamos juntos un bonito cuento. Nos casaríamos en el sur, cerca de algún manantial. Tendríamos un casa modesta, sin muchas florituras, aunque llenaría el jardín de Flor de Artemisa. Eso no sería negociable; cuantas más flores, mejor, para que el olor me lleve, de vez en cuando, a los pocos momentos felices que he tenido en La Ciudadela. En ese mundo, tal vez, podríamos tener hijos. Todos varones, para que ningún legado condene a ninguna otra mujer de mi familia.

Si las cosas fueran diferentes, no tendría que dejarle aquí.

—Ya sabes que no podemos…, no debemos… —Pero su mandíbula

se tensa cuando mi dedo se vuelve a enredar en su pelo.

—No debemos, pero te mueres de ganas tanto como yo.

Abro la boca después de que sus labios rocen los míos. Nuestras lenguas se entrelazan y olvido por un momento las normas por las que debe regirse la Dama Reminiscente.

Apago el ruido de mi cabeza y me dejo llevar por el instinto. Aunque él no lo sepa, quiero que nuestro último recuerdo sea así: bonito, íntimo y fugaz. Empezamos solos en este lugar en el mundo y lo acabaremos de la misma manera. Nos merecemos una última vez antes de despedirnos para siempre.

Alaric me agarra por la espalda y me sube a la mesa con cuidado. En su mirada lo veo, también me trata igual que a una de esas dichosas esferas de cristal, delicada y frágil, siempre a punto de estallar en un millar de fragmentos brillantes.

Se deshace de la camiseta y abro las piernas mientras levanta la falda de mi vestido. Sus labios recorren ansiosos mi cuello. El calor me sube y me baja de la boca a las piernas. Necesito tomar aire, pero disfruto unos segundos más mientras Alaric recorre mis pechos con sus manos ásperas.

Inmediatamente después, desliza la lengua por debajo del ombligo. El placer me hace retroceder por la madera fría unos centímetros. Me retuerzo sobre la superficie y me agarro de los bordes cuando se recrea dentro de mí.

Se inclina y se abre el pantalón antes de unirse a mi cuerpo. Me aferro a sus hombros mientras empieza a moverse lentamente. Le muerdo el cuello para callar los gemidos que salen de mi boca y dejo que el placer me nuble la mente un instante más.

Porque, a pesar de la intimidad del momento, a pesar de esta última vez, no puedo apartar la mirada de esa Promesa afilada y absolutamente letal que estoy a punto de robar.

5

> Cualquier acto en contra del dogma que asume la Aristocracia Escarlata será considerado rebeldía y, por lo tanto, se someterá a juicio en la Magistratura Magna.
>
> Undécimo mandamiento
> de la Aristocracia Escarlata

NAIROBI

¿Otra vez, Nairobi?
¿Por qué insistes en deshonrar a este aquelarre?
¿Por qué te empeñas en ser un estorbo?
¿Otra vez castigándonos, Nairobi?

Abro los ojos de golpe.

Despierto con la súbita violencia de quien regresa de un mal sueño. El mundo parece inclinarse adrede para hacerme caer del árbol.

Calculo que entre el suelo y la rama que me sostiene hay altura suficiente para romperme algunos huesos, o quizá el cuello. Morir así sería una desgracia. Tan joven. Tan ridículamente joven. Y, sin embargo, silenciaría esas voces molestas que se cuelan en mi mente

una y otra vez.

Me incorporo y camino de puntillas, sintiendo la presión exacta del equilibrio desplazarse hacia mis tobillos. La rama se tambalea a medida que voy llegando al borde. Sé que si doy un paso más terminará cediendo y, aun así, sigo hacia delante.

Puedo ver perfectamente lo que va a pasar a continuación. No es un presagio, simplemente intuición, y una conexión visceral con cada célula viva de este lugar.

Con el siguiente paso, la rama se quiebra y resbalo.

Mi cuerpo cae, golpeándome con el follaje de los árboles que hay alrededor conforme voy perdiendo altura. Las hojas me arañan al pasar, como las garras de una bestia que intenta atraparme. Estoy a punto de impactar con el suelo. Cierro los ojos esperando el golpe. Para el crujido de los huesos. Para el final de mi agonizante vida. Y entonces…, oh, no ocurre nada.

Un brazo recubierto de corteza se enrosca alrededor de mi cintura y me deposita con cuidado sobre la tierra.

—Aguafiestas —le susurro al árbol que ha evitado que mi precioso rostro acabe desfigurado y cubierto de sangre—. No me dejáis convertirme en abono y lo necesitáis. Esta sequía no os sienta bien.

Mis pies descalzos remueven las hojas muertas que cubren el suelo como una alfombra de cadáveres. Hace apenas unos soles, solo había unas pocas. Ahora apenas se ve la tierra, como si el bosque mudara de piel y no supiera qué hacer con lo que deja atrás.

Me arrodillo y pego la oreja al suelo. Primero percibo un largo silencio antes de escuchar el pulso. El latido de los árboles es parecido al de mi corazón, aunque más profundo, más antiguo.

Las interferencias de Nithium, sus ecos, se ralentizan. Debería darme igual, y sin embargo…

—¿Estás bien? —Acaricio el tronco rugoso del árbol más cercano

—. ¿Y los demás?

No espero una respuesta, no se me está permitido hablar con los árboles. O, más bien, ellos no me consideran lo suficientemente digna para darme una respuesta. Otro privilegio reservado para las Dréadas del aquelarre que cruzaron al Ciclo Hostil.

El aquelarre tiene sus reglas, antiguas y estúpidas. En esta comunidad, el poder de una Dréada se mide por ciclos. Se supone que el Ciclo Benévolo es por el que deben transitar las más jóvenes durante sus tres primeros lustros de vida. Yo estoy a punto de cumplir el cuarto, y aun así no se me permite avanzar. No hasta que una nueva Dréada nazca en nuestra comunidad. Eso significa que no puedo lanzar más que hechizos menores. Encantamientos inofensivos. Mover chispas y provocar mínimos cambios de luz. Trucos de feria. El tipo de magia que no asusta ni a una libélula.

Y todo porque no ha nacido una nueva Dréada. Hasta que eso ocurra, estoy atascada. Encerrada en el umbral de algo que sé que podría dominar si tan solo me dejaran probar.

La Serendipia Invertida. Así es como llamamos nosotras al Ciclo Hostil. Me reclama como una herida que no cierra y sangra cada día. Y lo peor de todo es que las raíces de Nithium no están muy por la labor de hacer brotar de la tierra a otra hermana por más que lo pida.

Quizá, si sigo arrojándome desde las copas de los árboles, el bosque ceda. Me empuje al otro lado o haga de mí un bonito cadáver. Ambas opciones me parecen más interesantes que seguir siendo un completo estorbo.

—Ahora tengo que irme, pero mañana volveré a la misma hora de siempre. Traeré algo de salvia mezclada con un poco de promitio, puede que así…

Salgo corriendo y el viento levanta las hojas alrededor de mí,

como si quisieran escoltarme, guiarme entre la espesura. Odio que el bosque haga eso, que piense que me he perdido por adentrarme más de lo que me está permitido. Seguro que ya ha dado el chivatazo…

—¡Dejadme en paz! —les grito apartando las hojas con un gesto brusco.

Emprendo el camino de vuelta a casa, saltando de raíz en raíz, abriéndome paso entre la maleza y la oscuridad de la arboleda. Me envuelve como un velo fúnebre, cada vez más asfixiante, pero no me asusta. Porque es como yo: fría, constante y, casi siempre, mal ignorada.

Al cabo de un rato escucho el canto del río, que se mueve con fuerza. Mi canoa sigue junto a la orilla.

El aquelarre comienza y termina en el río, una milla más atrás, cerca de la Frontera de los Débiles Mortales. Al cruzar el desfiladero, en esa grieta natural tallada por el paso del tiempo, se distinguen las cabañas. Parecen nidos gigantes, suspendidos en los brazos de los árboles más antiguos del Bosque Oscuro. Las escaleras en espiral trepan por los troncos, ascendiendo hacia las viviendas como serpientes de astillas y raíces.

Las dos cabañas que están construidas sobre el cauce pertenecen a las Dréadas sincronizadas con el Ciclo Hostil. Por supuesto, la de mayor tamaño, la que tiene sus propias raíces plantadas en la tierra, es la de Artemia, quien ejerce la autoridad aquí, la que lleva la batuta y manda sobre nosotras, aunque anhela fervientemente extender su dominio por los lugares que se esconden detrás de la barrera que construyeron los que nos temen. Donde la magia se niega a brotar por miedo al falso dios.

Mi cabaña está oculta entre los árboles, lejos de las demás. Tengo la suerte de no compartirla con nadie, lo único bueno de ser una

completa decepción.

Viorica y Ozana están reuniendo materiales para levantar otra al otro lado del río. Como si esperaran que alguien llegara antes de que concluya esta miserable edad.

—Nairobi, llegas tarde.

—¿Tarde para qué? —pregunto sin molestarme en disimular mi tono venenoso. Briviesca frunce el ceño y me fulmina con la mirada. Lleva el pelo recogido en una trenza y la capa para las largas travesías colgando de los hombros—. ¿Vas a algún sitio? Te recuerdo que, aunque seas mi tutora, mis opciones de movimiento son igual de reducidas que las tuyas, y ya no son horas de ir a cazar.

—Deja de hablar y ven conmigo.

Se da media vuelta y sale del embarcadero en dirección al interior del bosque.

—¿Dónde están las demás?

—¿No me has oído? Vamos.

Percibo los golpes sincronizados de los tambores nada más cruzar las primeras hileras de árboles. No los oía antes, pero ahora… ahí están, como un segundo corazón latiendo bajo el nuestro.

—¿No me vas a decir por qué llevas esa capa? ¿Qué está pasando, Briviesca? —pregunto, pero ella solo me dedica un gesto severo y altivo—. ¿Tiene que ver con el latido del bosque?

—¿Tú también te has dado cuenta? —Su voz, por primera vez, suena menos firme.

—Así que es eso —musito, y Briviesca reanuda la marcha con pasos más veloces.

—No solo es el bosque, el Bosque Oscuro es solo el principio. Tenemos que actuar, y rápido.

—¿Me vas a decir de una vez qué pasa?

Briviesca se detiene.

Percibo preocupación en sus ojos, aunque intente ocultarlo con ese estoicismo teatral que todas practicamos como si fuera una virtud. Pero el miedo se filtra por las grietas de su apariencia férrea. Lo que sea que le está pasando al bosque es lo suficientemente grave como para celebrar una asamblea. No se convocan así porque sí. El código del aquelarre es claro. Deben hacerse cuando una Dréada cambia de ciclo o cuando…

No, pero no puede ser. Es imposible. Después de tantos años…

—El veneno de La Ciénaga, Nairobi. —Y sus palabras me comprimen las arterias de mi garganta—. Ha empezado a extenderse. Solo en el último sol ha cruzado el Abismo y han caído los primeros copos de nieve sobre la linde. Ahora lo vas a ver con tus propios ojos.

Por primera vez, no se me ocurre ninguna réplica ingeniosa. Me olvido del sarcasmo y de cualquier forma divertida de reventarle las sienes a Briviesca. Dejo de darle vueltas a mis aspiraciones frustradas dentro del aquelarre. Me gusta ser una Dréada egoísta, independiente y mordaz, pero el bosque, aunque me irrite y a veces me humille, lo siento como una extremidad más de mi cuerpo. Es el único lugar que he conocido en mi vida. Es mi casa, mi sangre es la misma que la suya. Y ahora corre peligro.

Con cada paso que doy, su pulso se vuelve más errático. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? El aire apesta, es un hedor más denso y rancio.

Corremos entre la espesura, como si estuviéramos en una cuenta atrás hacia lo inevitable. Las hojas siguen despegándose de las ramas, cayendo como una lluvia incontrolable. El veneno de La Ciénaga está actuando rápido y el Bosque Oscuro está llorando de dolor.

Cuando llegamos a la Simiente, el resto del aquelarre ya está allí,

esperándonos. Las Dréadas forman un círculo sobre un terreno llano en el que sobresale un altar natural. Pertenece al bosque y su material está hecho de promitio, una roca especial que solo crece aquí. Por eso brilla con destellos metálicos cuando el sol la acaricia. Es la semilla más sagrada de nuestra comunidad, el lugar en el que nace, crece y muere todo. Nuestro ciclo eterno.

—Briviesca, Nairobi, ocupad vuestro sitio —ordena Artemia colocándose la corona de espinas sobre su pelo largo y canoso con una teatralidad tan ensayada que me enfurece. Es su forma de hacernos saber que es la única capaz de soportar el peso de una corona tan pesada.

Estoy a punto de abrir la boca cuando Viorica me lanza una mirada de advertencia. Ozana, Jenica y Doina no levantan la vista del suelo. Todas llevan la misma capa cayéndoles por la espalda.

Y lloriquean.

—¿Por qué…? —Pero tengo la respuesta delante de mis narices. Desde la apertura del bosque, un haz de luz se despliega con fuerza, una corriente de energía que surge a millas de distancia dividiendo el cielo en dos partes—. Ya ha empezado…

La voz de Artemia resuena en toda la Simiente como un eco sin fin.

—Hermanas, la asamblea de hoy es extraordinaria por un motivo de peso. —Camina hasta el altar de piedra, y el promitio vibra bajo sus pies—. La catástrofe apremia y nuestro bosque necesita nuestra ayuda. Las voces de los árboles suenan cada vez más débiles, apenas puedo escuchar con nitidez lo que dicen. —Las Dréadas asienten. Todas pueden oír el bosque. Todas menos yo. Mis puños se cierran, impotentes—. El bosque tiene miedo, así lo ha expresado, pero, como lideresa del aquelarre, me he comprometido a brindarles toda la ayuda que sea posible. Es lo mínimo que podemos hacer

después de todo.

—Artemia, pido permiso para… —murmulla Viorica.

Levanta la mano para silenciarla, como si le pusiera una mordaza sobre sus labios que nadie puede ver.

—No te adelantes. —Le lanza una mirada severa antes de continuar—: Para poder ayudar tenemos que ir al origen de la enfermedad.

—Eso es un suicidio, además de una idea nefasta —protesto. De pronto, siento decenas de ojos acusadores encima de mí.

—¿Cómo dices, Nairobi? —Su voz se vuelve dulce, pero su furia permanece ahí, alerta.

—Nairobi, cállate —dice Briviesca.

—No me pienso callar.

Doy un paso al frente, rompiendo el círculo.

—Espera, Briviesca. —Artemia salta, planeando sobre la Simiente hasta que sus sandalias vuelven a rozar suelo firme, justo enfrente de mí—. Deja que Nairobi hable, que nos deleite a todas con sus conocimientos. ¿No es eso lo que quiere? Ella sabe más que las demás. Más que el propio bosque.

—¿De verdad vas a mandarlas a La Ciénaga? ¿Para qué, para que mueran? —Mis hermanas ahogan un grito—. No es a La Ciénaga donde hay que ir, allí solo encontrarán muerte. Tenemos…, tenemos que pedir ayuda. Tenemos que alertar a los Débiles Mortales y combatir este mal juntos. Los odio tanto como tú, Artemia, lo sabes, pero el bosque no sobrevivirá si no hacemos esto juntos. Lo sabes tan bien como yo.

Su risa es hueca y retumba con crueldad.

—¿Cómo te atreves a exponer semejante estupidez aquí? —escupe Artemia dándome la espalda para buscar la validación de las demás—. No se lo tengáis en cuenta. Nairobi habla desde la

inexperiencia, nunca ha vivido entre los hombres. Cree conocerlos cuando ni siquiera los ha mirado a los ojos.

—¿No cuenta el Sembramundos que…?

La yema de su dedo huesudo se posa en mis labios.

—Tengo que admitir que me decepciona saber que, después de todo, no has aprendido nada. Y tener la osadía de darnos lecciones a las demás… A mí.

—No estoy dando ninguna lección, cualquiera sabe que es un plan suicida. ¿Es que no te das cuenta?

—Tu postura ha quedado clara, Nairobi.

—¡La Dama Reminiscente! —digo—. Si el mal que habita en La Ciénaga ha despertado, la Dama puede ayudarnos. Así está escrito. Ella puede salvarnos. Debe hacerlo, ¿verdad?

—¡Basta! —retumba una voz que no es la de Artemia, ni la de ninguna de nosotras. Asciende desde las copas de los árboles que custodian la Simiente, como si el propio bosque hablara a través de ella—. Por algo Nithium no te ha permitido transitar hasta el siguiente ciclo. No estás preparada para conocer los escritos tallados en su corteza, no eres válida para asumir tal responsabilidad. Supones un peligro para todas nosotras. Es mejor que te retires y vuelvas a la soledad de tu cabaña. Tal vez allí encuentres la manera de ser racional y, sobre todo, aprender de una vez cuál es el lugar que te corresponde en este aquelarre.

Viorica, Ozana, Jenica, Doina…, todas las Dréadas, mis hermanas, me señalan, aunque no les hace falta levantar el dedo.

—Briviesca, sabes que… Por favor, no vayáis a La Ciénaga. —Pero ella no me mira.

—Nairobi, vete —articula muy lentamente.

Asiento dos veces antes de girarme mientras destellos diminutos resbalan de mis dedos.

Cuando me quiero dar cuenta, la noche cubre mi cabaña. Sin embargo, la luz que emana de La Ciénaga se filtra entre los recovecos del Bosque Oscuro.

Desde las sombras, distingo figuras moverse. Esas imbéciles no van a esperar a que amanezca. Saldrán esta misma noche, en canoa y a contracorriente. Por más que puedan ver entre las tinieblas, no es seguro surcar el río, y menos en plena mutación de la luna.

De pronto, un aullido estridente resuena fuera, no muy lejos de aquí.

—Espectros… Parecen empeñadas en que la muerte las destripe.

Me quedo en el umbral de la puerta vigilándolas. Viéndolas desaparecer una por una mientras los gritos de esas criaturas emergen entre los árboles como hilos rotos de una melodía antigua. No son gritos de muerte, están hambrientos.

Nunca he sido obediente. ¿Por qué hacerlo ahora? Incluso muertas, ellas se llevarán el mérito. Serán recordadas mientras yo me quedo mirando por la ventana. Eso es lo que me espera si no hago nada: ser una espectadora que aguarda a la muerte sentada.

Nairobi, reflexiona y espera con paciencia.

Mantén la calma y no hagas ninguna estupidez.

Nairobi, no deshonres más a este aquelarre.

Las sombras de mis hermanas no tardan en mimetizarse con la espesura. Les pierdo el rastro y susurro un «hasta pronto» ahora que nadie me escucha.

Sonrío con sarcasmo conteniendo una emoción a la que no me gusta ponerle nombre. Me provoca unas nauseas incontrolables.

Doy media vuelta y busco en el interior de la cabaña mi bolsa de viaje. Cuelga de un gancho, impoluta. La hebilla está perfecta y el cuero que la reviste mantiene el brillo del primer día. Ha llegado la hora de utilizarla.

Abandonar el Bosque Oscuro supone romper el juramento más sagrado del aquelarre. Seré una tránsfuga en un lugar en el que me consideran una amenaza y no soy bienvenida en los dominios de los hombres. Sin embargo, tengo que volver al lugar del que fuimos desterradas tiempo atrás.

Nunca he estado en sus ciudades, no conozco sus caminos, pero sí sus costumbres arcaicas y las leyes dictadas por su falso dios y que señalan a las que tienen el mismo aspecto que yo.

A los Débiles Mortales les profeso el mismo odio que ellos me profesan a mí, pero tengo que emprender el camino de vuelta por primera vez.

Debo entrar en Nithium sin ser vista.

Debo sobrevivir para regresar con honores a este aquelarre.

Debo buscar a la Dama Reminiscente antes de que otros la encuentren.

Y sé exactamente cómo llegar hasta ella.

6

> Se conoce que, originalmente, varios grupos de Sembramundos renegados se instalaron en el borde del Extenso Páramo de Yakarta creyendo en la posible existencia de granjas de elanthar. Descubrieron en su lugar que la arcilla extraída de esa tierra poseía ciertas propiedades especiales para la construcción de pequeñas viviendas y muretes para defender sus comarcas. Con sus martillos de promitio, hallaron fosas subterráneas y catacumbas en las que refugiarse de las tormentas de arena. Días antes de ser reubicados, terminaron de levantar el palacio que ahora aloja a la Dama Reminiscente.
>
> *Códice V: El poder de La Ciudadela*,
> por el Maestre Simon

SKY

La brisa alborota mi pelo y respiro profundamente mientras contemplo la luna elevarse por detrás de los muros de La Ciudadela. Su brillo rojizo todavía es tenue, pero se cuela por las balaustradas del palacio. En unas horas, cuando alcance la posición más alta en el

cielo, la Flor de Artemisa se abrirá, liberando unas motas de luz que quedarán suspendidas en el aire.

Cuando éramos niñas, Lili y yo corríamos tras esas estrellas diminutas. Habíamos leído en uno de los cuentos del Maestre Simon que si cazábamos suficientes y las guardábamos en tarros de cristal podríamos teletransportarnos a cualquier lugar de Nithium. Aquí sigo, sin embargo, otra noche, mirando el horizonte, concentrada en una misión suicida.

Cuando Lili vivía aquí todo era diferente. Con ella podía hablar de cualquier cosa sin sentirme culpable. Había un pacto inquebrantable entre nosotras. Me entendía, me entendía mucho mejor que Alaric. Se empeñaba en acatar las normas, pero comprendía, aunque su destino también estuviera atado para siempre, que mi mente viajara más allá de los muros de La Ciudadela cuando se me hacía insoportable la idea de pensar que mi futuro estaba escrito desde el día que nací.

Recuerdo el día que partió hacia Damaskia para ingresar en la Congregación de las Vástagas Eternas. Iba en uno de esos colosos flotantes, con alas de acero que cortaban las cortinas de vapor formadas por el calor.

Corrí escaleras abajo, desde el patio del palacio hasta el primer anillo de piedra que rodea el complejo, con el corazón golpeándome las costillas.

El navío se alzó tapando el sol; su sombra se esparció por La Ciudadela como una marea densa. Lo seguí con la absurda esperanza de que, desde la cubierta, arrojara una cuerda. Cualquier cosa a la que aferrarme para no quedarme atrás, sin ella. Dieron la orden de recoger las cadenas del puente levadizo, y la estructura se plegó con un fuerte crujido. Uno de los Custodios dejó escapar una sonrisa bajo la máscara, una mueca torcida de satisfacción. Sus

labios no tardaron en verbalizar las palabras que corrían como la pólvora en La Ciudadela: «La maldición de la Dama Reminiscente apremia y la locura espera».

Cierro las puertas del balcón y miro de reojo la cómoda de mi dormitorio.

—¿Estoy a punto de hacer una locura? —Arrastro el mueble a un lado y empujo con el talón la tabla de madera más desgastada que hay debajo, separándola del suelo. Extraigo varios pergaminos arrugados y algunos sobres—. Vale, sí, estoy a punto de hacer una locura.

Abro la última carta de Lili con cuidado de no doblar los bordes.

—Congregación de las Vástagas Eternas —leo el reverso de la nota en voz alta—. Algún lugar cerca de Damaskia.

La garganta se me cierra al reconocer la letra redondeada de mi hermana.

Mi queridísima (y testaruda) Sky:

Me encantaría decirte que la situación en Damaskia está mejorando, pero lo cierto es que los disturbios son cada vez más frecuentes en el centro de la antigua capital. Los ciudadanos están descontentos, y con razón. Desde que la Magistratura Magna se adueñara de las granjas de elanthar del sur, el hambre está lastrando al pueblo. Ni te imaginas la de personas que acuden a la Congregación de las Vástagas pidiendo ayuda. El Khoen nos ha abandonado.

Espero que tus pesadillas no hayan empeorado. Rezo todos los días y le pido a la Conciencia que aleje tus malos sueños y las noticias de esos innombrables tarden en llegar el mayor tiempo posible. Lo sé, la vida en La Ciudadela no es muy estimulante, pero, créeme, Sky, cuanto más lejos estés de esa gente, mucho mejor. Lo que nos dijeron sobre ellos no es nada comparado con la realidad. Todo lo que tocan lo destrozan. Todo lo que

quieren lo toman por la fuerza.

Por ahora, nuestros planes para viajar al Océano Inmenso tendrán que esperar. Tengo mucho trabajo aquí. He empezado a colaborar con una organización que quiere mejorar las cosas y voy a poner todo lo que esté en mi mano. Seré menos frecuente en la correspondencia. No pongas esa cara, será solo durante un tiempo. Avisa al Maestre Simon, por favor. Y deja de hacerle enfadar, es un hombre mayor, ¿recuerdas?

Te echo de menos, mi Sky Reminiscente.

Tu hermana, Lili

La última carta de Lili, y ya han pasado cincuenta soles sin noticia alguna de ella.

Desde entonces, once misivas han viajado a la Congregación de las Vástagas, pero ninguna ha obtenido respuesta. Creo que ya va siendo hora de cambiar las cosas.

—Ya voy a por ti, Lili. Estoy decidida a salvarte, a salvarnos a las dos.

Extiendo sobre la colcha los cuadernos de ruta de Nithium; a un lado, los planos más detallados que he encontrado de La Ciudadela. Los sujeto por las esquinas con los candelabros más pequeños que encuentro. Los documentos están plagados de anotaciones, garabatos, flechas que serpentean sin destino. Los míos, los pintarrajeados con una tinta del color de la tierra, marcan pasajes y caminos oficiales.

Las entradas principales suelen estar protegidas por tres o cuatro Custodios, y he perdido la cuenta de los centinelas que patrullan el baluarte exterior. Aquí no hay salida.

Aprovechar un cambio de guardia me daría algo de ventaja…, pero ¿qué hago con las malditas cortesanas?

Las otras pautas fueron anotadas por otra Dama Reminiscente. Tal vez sean de mi madre. O de Casandria. Tengo entendido que mi

tatarabuela pasó una larga temporada en La Ciudadela. Podría ser de cualquiera.

Encontré estos planos cogiendo polvo entre los mapamundis de la biblioteca. Está claro que, al menos, una de ellas también intentó escapar antes de que el destino la consumiera o partiera hacia La Capital, dejando La Ciudadela para siempre.

—Las tumbas de los silenciosos también son una puerta a la libertad… —leo en un susurro que hace danzar el elanthar que se está consumiendo en los candelabros. Mis ojos recorren los salones de la planta baja del palacio y siguen la línea que desciende al piso inferior—. Las cocinas son las tumbas de los silenciosos, eso está claro, pero ¿su puerta a la libertad? Tiene que haber un pasadizo. Lo he buscado cientos de veces y jamás he encontrado nada. Los trazos se pierden después. Hay líneas irregulares, casi infantiles, que entrañan una especie de laberinto en forma de zigzag—. Entrar por las entrañas de La Ciudadela para salir al páramo infinito. Cuidado con las tormentas de arena…

Todos los caminos terminan diluyéndose o chocando contra paredes que se extienden más allá de la vista. ¿Cómo se sale de una jaula diseñada con cada hierro pensado en contenerme a mí?

Apoyo la espalda sobre la cama mirando de reojo el filo puntiagudo de Promesa.

—Una espada, eso es todo lo que tengo. Y ni siquiera sé manejarla.

Si Lili estuviera aquí conmigo, me cogería de los hombros, me miraría muy fijamente, con esa mezcla de incredulidad y preocupación en sus ojos, y diría: «¿A quién en su sano juicio se le ocurre intentar escapar de la fortaleza más segura de Nithium? Además, ¿qué tipo de plan es ese? Le falta cabeza, corazón y algo más que unas fechas colocadas desordenadas en unos mapas

antiguos». Ella siempre fue la sensata de las dos.

Por Nithium, ¿a quién pretendo engañar? Todo esto es una locura. ¿Me estoy volviendo loca ya? Lo mejor que puedo hacer es ir a La Capital y casarme con ese príncipe impostado. Tal vez la Aristocracia Escarlata haga una excepción y me deje viajar a Damaskia para ver a Lili. Tal vez no sea tan malo ser la Dama Reminiscente.

Me enredo en mis pensamientos hasta que el cansancio se me clava en las sienes. Parpadeo un par de veces antes de quedarme dormida, aunque es más bien un sueño ligero. Sigo consciente. Percibo lo que pasa a mi alrededor, como si mi cuerpo se hubiera dividido y una parte de mí estuviera viajando lejos. Como si mis ojos se fundieran con los de Nithium y vieran a través de ellos.

Escucho a unos niños corriendo por debajo de un acueducto, una maravilla arquitectónica construida hace varias décadas en la antigua Porteo. Sobrevuelo la ciudad, que se extiende por la ladera de una colina. En la cima, emergen tres edificios grises, exactamente iguales. De sus fachadas caen unos estandartes largos y puntiagudos, coloreados de un rojo tan profundo como el vino que bebe el Maestre Simon a la hora de la comida.

Un cántico flota en el cielo: «Preservemos el legado de nuestros antepasados. Elijamos vivir con dignidad y no morir con el pecado…». Giro la cabeza siguiendo la melodía y, de pronto, me sumerjo en un río. La corriente arrastra mi cuerpo, siguiendo las canoas que conducen mujeres de pelo rizado y oscuro, guiándonos hacia el corazón del bosque.

Dréadas… Los ojos azules de una de ellas se clavan en los míos. Quiere que salga de sus dominios lo antes posible. Una mano me atrapa por el cuello y emite un aullido al mismo tiempo que su piel se oscurece como la noche y sus dedos se transforman en garras afiladas.

Cuando la Dréada me suelta, siento que caigo al vacío, como si me hubiera arrojado desde lo alto de una torre. El impacto contra el suelo me arranca el aire, y en ese instante el cielo y la tierra se juntan, como si estuvieran pegadas por el reverso de la misma hoja. Todo se cubre con una niebla fría que se va disipando poco a poco, dibujando la silueta de una mujer al fondo de la sala. Ella no tiene rostro y no se presenta con un nombre común. Me habla con una voz rasgada, casi metálica, para advertirme:

Sky, despierta.
Corres peligro.
Van a por ti.
Quieren matarte.

Me despierto sobresaltada, con la cama empapada de sudor. Miro hacia todas partes con angustia, con miedo de volver a ver el rostro de esa mujer carente de expresión. Me llevo las manos a la cara, como si tuviera la necesidad imperiosa de comprobar que mis ojos siguen en su sitio. Y todo está igual que antes, solo que yo no me siento de la misma forma. Algo ha cambiado. Noto una energía, una corriente que me desborda, que hace que mi respiración se agite y mi corazón galope con violencia.

Las venas de mis brazos brillan intensamente. Parecen raíces convertidas en luz, que se mueven, se retuercen y se curvan por debajo de una finísima capa de piel tan blanca como el suelo que piso cada día.

Entonces su voz resuena de nuevo. Debajo de mi cama, entre las esquinas de mi dormitorio. En todas partes.

Sky, despierta.
Corres peligro.
Van a por ti.

Quieren matarte.

Grito. Grito tanto que algo, en lo más profundo de Nithium, se estremece y rompe el equilibrio perfecto de este mundo.

7

> El diseño de las cortesanas es una de las obras más excepcionales de nuestro tiempo. Primero se las despoja de sus propias emociones y de los recuerdos que las atan a sus anteriores vidas. A continuación pasan por un remodelaje exterior. Su reflejo frente al espejo cambia para adaptarse al físico de la persona que su amo quiera. El último paso es el Vacío o, lo que es lo mismo, la extirpación del órgano más vital. Una cortesana pierde hasta el corazón para ser la creación más incorruptible.
>
> *Códice VII: Civismo*,
> por el Maestre Amadeus

Sky

Las horas pasan lentas en la noche, y no dejo de ver la expresión vacía de la Mujer sin Rostro. En lugar de ojos, dos abismos negros me observan. Su boca es grande, como una grieta infinita capaz de tragarse toda la luz que encuentre a su paso. La tez de su piel es blanca como la leche, pero en ella destellan las mismas venas brillantes que se han extendido por mi cuerpo.

Me hago un ovillo en la cama, intentando calmar los temblores. Cada vez que cierro los ojos vuelvo a verla: sin cara, sin facciones. He pasado toda mi vida preparándome para tener esta pesadilla y ahora me siento perdida. No sé qué hacer.

Sky, despierta.
Corres peligro.
Van a por ti.
Quieren matarte.

¿Y si no es real?

Tocan a la puerta y pego un grito sofocado.

Sigo con la cabeza escondida debajo de las sábanas. Las cortesanas entran en el dormitorio, aunque el sol todavía no se cuela por las ventanas.

—Milady, debe acompañarnos —dice una de ellas con una voz demasiado dulce para resultar tranquilizadora.

Corren las cortinas y tiran de la pequeña campana que cuelga de uno de los postes de la cama.

—Le hemos preparado un vestido de viaje, el azul de manga larga. Apresúrese, no hay tiempo que perder.

—¿Vestido? ¿Qué vestido? —pregunto, incrédula.

Mis ojos sobresalen por encima de la sábana. Las cortesanas esperan. Unas pocas están en el borde de la cama; otras apostadas en la puerta.

Sus labios se doblan en una sonrisa inquietante. Sus dientes blancos relucen como si fueran cuchillas, y esa expresión forzada me hiela la sangre. Mantienen sus pupilas negras clavadas en mí, sin parpadear, inmóviles. Por un maldito segundo me he olvidado de que no tienen corazón ni alma, solo ese hueco en el pecho que las convierte en copias perfectas de mí, salvo por la vida que me late

dentro. Un escalofrío me recorre la espalda y me cuesta tragar saliva. De pronto me parecen mucho más siniestras que de normal.

—Por favor, milady. Sea razonable y salga de la cama —insiste la cortesana señalando el vestido que cubre el maniquí de madera, junto a la cómoda.

Me pellizco en el muslo por si sigo atrapada en esa maldita pesadilla.

—Ni siquiera ha amanecido, es noche cerrada. No pienso vestirme, y mucho menos voy a ir a ningún lado con vosotras. Necesito hablar con el Maestre Simon, ahora mismo.

Elijo con cuidado cada palabra y el tono con el que la digo. No puedo permitirme perder autoridad, no ahora.

—Debe vestirse para la ocasión —repite otra apretando tanto los dientes que repiquetean.

—¿Acaso no me habéis escuchado?

No puede ser casualidad.

Las cortesanas se presentan en mi habitación en mitad de la noche, la misma noche en que la Mujer sin Rostro se aparece en mis sueños. Ha tenido diecinueve años para hacerlo. Podría haber despertado de su letargo en cualquier otra edad, con cualquier otra Dama Reminiscente. ¿Por qué ahora? ¿Para prevenirme, para advertirme de un peligro? ¿No se supone que ella es la mayor amenaza de Nithium? ¿No existo para asegurarme de que ella no lo haga?

Me echo hacia atrás con los brazos cruzados. Piensa, Sky. Piensa.

De pronto, un fuerte estruendo resuena en el exterior y en la habitación se cuela el reflejo intermitente de unas llamas.

Corro deprisa la cortina y mi cuerpo se queda petrificado al contemplar una lengua de fuego recorriendo la muralla más alta de La Ciudadela.

—¿Qué está pasando? —exijo saber—. Nos están atacando, no os quedéis ahí paradas como bobas. Avisad a los Custodios, ¡dad la voz de alarma!

Las cortesanas no se inmutan, ni siquiera se molestan en ocultar que están disfrutando de la situación. Forman un muro impenetrable en la puerta, por si se me pasa por la cabeza desobedecerlas. Pero ni la piedra más preciosa de Bota Mëmë es tan dura como el cuerpo de una cortesana. Son armas vivas, letales e indestructibles. No tengo ninguna posibilidad contra ellas.

—¿Dónde está…? —Busco desesperada a Promesa, pero la espada que robé de la armería no está por ninguna parte. Tampoco los mapas ni los cuadernos de ruta—. ¿Qué habéis hecho con mis cosas?

Mi última palabra se queda en la punta de la lengua cuando el filo puntiagudo de Promesa acaricia mi cuello.

—Por última vez, milady, póngase el vestido. No querrá hacerlos esperar, ¿verdad?

—¿Hacerlos esperar? —Si la Aristocracia Escarlata está aquí, en La Ciudadela, tengo serios problemas—. ¡Y una mierda!

Levanto el puño, con fuerza, pero no alcanzo a golpearla. Otra cortesana aparece detrás de mí aprisionándome las muñecas con una fuerza extraordinaria. Ahogo un grito cuando sus brazos se alargan como tentáculos envolviéndome en un abrazo de hierro.

—Milady, es mejor que no se resista, no es por su fuerza por lo que se la valora —dice con tono de condescendencia—. Estamos diseñadas para aniquilar a cualquier ser vivo que no acate las órdenes.

—Yo soy la Dama Reminiscente, ¡me deberías obedecer a mí!

Las cortesanas fueron creadas sin corazón, con un único objetivo: que yo cumpla con los mandamientos de la Aristocracia Escarlata. La

ley más absoluta de todas.

—¿Milady? Se nos acaba el tiempo.

Encuentro el tintero encima del escritorio. Meto un dedo en el recipiente y lo poso sobre el códice que hay abierto, *Mitos y leyendas de Nithium*. Dibujo una espiral temblorosa, torcida, sobre el mar de palabras y letras que se agolpan en sus páginas.

—No se lo volveré a repetir, milady.

El filo de Promesa se clava ahora en mi espalda. Me quejo al notar el pinchazo y abro los ojos, angustiada, al sentir una gota de sangre resbalar por la columna vertebral.

—¡Está bien, está bien! Me pondré el maldito vestido.

Solo espero que el Maestre Simon recuerde la lección más valiosa de todas las que me ha enseñado.

Fue una de las pocas veces que me habló de la Mujer sin Rostro sin usar metáforas ni contar cuentos infantiles. Yo era solo una niña. Apenas sabía leer con fluidez, y mucho menos escribir frases completas. Se me daban mejor las imágenes. Memorizar mapas, recordar los rostros de mis antepasados colgados en las paredes del Salón de la Buena Conciencia. Él dibujó su cara en un papel. No tenía ojos bonitos ni labios sugerentes. Tampoco lucía una tiara sobre su larga melena blanca. Solamente delineó un óvalo y, en el centro, una espiral que parecía moverse, arrastrándote a una pesadilla oscura y sin fin.

8

> Los registros solo reconocen la existencia de cinco Damas Reminiscentes: Viv, Zenza, Casandria, Nébula y la pequeña Sky.
>
> *Códice X: Las Reminiscentes*,
> por el Gran Maestre

SKY

Bajo las escaleras hacia el vestíbulo agarrada al pasamanos.

Finjo que me distraigo con los espejos que decoran las amplias paredes del vestíbulo mientras intento concentrarme en que el aire entre y salga de mis pulmones. Admito que caminar de madrugada, por el palacio y escoltada por unas cortesanas dispuestas a rebanarme el cuello, no formaba parte de mi plan suicida. Tal vez la Mujer sin Rostro siga jugando con mi mente y tenga que encontrar la manera de expulsarla y despertar. Quiero que sea eso, y, sin embargo, siento todo esto muy real. El tacto sedoso de la falda de mi vestido. El olor a humo que se cuela por los conductos de ventilación. El silencio amenazante que ha perpetrado cada esquina del palacio… Desde luego que no es *ella* la que ha asaltado La Ciudadela y me ha sacado de la cama en mitad de la noche.

—¿Dónde están todos los Custodios? Tampoco está el servicio. —Mi voz se quiebra, apenas es un susurro. Rebusco en los rincones, detrás de las cortinas, debajo de los marcos de las puertas, como si sus cuerpos pudieran fundirse con las sombras. No escucho pasos en el mármol. Solo el silencio, espeso, ocupando el lugar de los rostros cabizbajos, de las bocas mudas que, hasta hace apenas unas horas, permanecían en los salones y las cocinas de este palacio de arena—. ¿Dónde está todo el mundo?

No puedo dejar de pensar en el Maestre Simon. ¿Recibirá mi mensaje? No puedo marcharme sin verle, sin obtener respuestas. Necesito que me mire con esos ojos cansados y me diga que todo va a salir bien. Creo que no puedo dar un paso más sin saber qué se espera de mí ahora que la Mujer sin Rostro ha despertado. Ahora que el terror se ha materializado en mis malos sueños y su nombre es conocido de una punta a otra de Nithium.

—Milady, La Capital espera impaciente la llegada de la Dama Reminiscente. Es el principio de su nueva vida, ¿recuerda? Un día de júbilo y celebración que cambiará para siempre el porvenir de Nithium —dice la cortesana que camina a mi lado.

Mantén la calma, Sky. Mantén la calma… ¡A la mierda!

—¿Desde cuándo os preocupa tanto el destino de este mundo? —pregunto dejando que el veneno destile en cada una de mis palabras.

Estoy en desventaja, lo sé. Tengo muy claro que no puedo detenerlas, pero hay algo dentro de mí que está a punto de estallar. Tal vez, solo consiga enfurecerlas, desestabilizarlas lo justo para que cometan un error

—Llamadme ingenua, pero ¿desde cuándo tenéis la capacidad de pensar y tomar vuestras propias decisiones? Las cortesanas no deseáis, no decidís. Os programaron para obedecer, no para

preocuparos por un mundo que os diseñó como adorno de una empresa podrida hasta la raíz.

Una sonrisa, sutil y cortante como una cuchilla de cristal, se dibuja en los labios de la cortesana.

—Estamos aquí por obra y gracia de Nithium, milady. Para asegurarnos de hacer cumplir la ley. —Su voz suena suave, pero su tono es firme—. Es hora de que asuma sus obligaciones, por difíciles que sean.

—Solo sois… —«Una aberración, muñecas sin alma», quiero decir, pero no llego a separar los labios.

La puerta principal del palacio se abre con un estruendo que parte en dos el silencio.

A pesar del calor, me quedo helada al descubrir lo que me espera detrás del umbral.

Dos hileras de antorchas arden con una luz inquietante, delineando una alfombra de un rojo ceremonial, proyectando sombras afiladas que se extienden por el patio de La Ciudadela bajo un cielo salpicado de estrellas invocado por la Flor de Artemisa. Entre las llamas, distingo al servicio: están arrodillados, con las muñecas y los tobillos atados.

Tardo en darme cuenta de que el patio está tomado por unos intrusos, una plaga que se propaga sobre la explanada como un mar de acero.

Hay Custodios por todas partes, muchos más que los que protegen este lugar. Sostienen los estandartes del mismo color que tiñe la luna. El rojo inconfundible de la Aristocracia Escarlata.

—Camine, Milady.

—No…, no entiendo… No es la hora —digo, perdida—. Mirad la luna, todavía no ha mudado de piel. No puedo salir antes de tiempo de La Ciudadela. Debo seguir preparándome, el Maestre Simon

todavía tiene lecciones que impartirme. En La Capital solo voy a perder el tiempo, seré un estorbo. No soy lo que esperan. Eso es. El lugar de la Dama Reminiscente sigue siendo este, id y contárselo a esos hombres.

—He dicho que camine —ordena, y sus dientes suenan como si estuvieran masticando huesos.

Un dolor seco y punzante me cruza el estómago al abrir los ojos de golpe.

La Aristocracia Escarlata ha tomado La Ciudadela. Ha destruido el muro más alto que me separa del resto del mundo y mis Custodios se mimetizan con su comitiva, obedeciendo sus órdenes. Esperanzada, busco entre sus armaduras relucientes un rastro gris, una túnica ajada y una vara de madera firme. Mis ojos también escudriñan las esquinas esperando que detrás de alguna de ellas aparezca la figura corpulenta de Alaric.

—¿Dónde estáis, chicos? —Vienen a por mí, quieren llevarme a La Capital. Han venido a por mí y me sudan las manos. ¡Mierda! No puedo pensar con claridad si me sudan las manos—. Piensa, Sky. Piensa —me repito una y otra vez, como si esas escasas palabras fueran suficientes.

Pero lo único que hago es lo que me ordenan: avanzar.

Camino sobre una alfombra pisoteando los pétalos esparcidos de la Flor de Artemisa, que me guían hacia un carromato de hierro decorado con terciopelo rojo. Al final del sendero escarlata, distingo una figura voluminosa. Se me revuelven las tripas cuando reparo en el gorro acabado en punta que le cubre la frente.

Le lanzo una mirada desafiante al Alto Emisario, que me espera bajo un manto de luces y flores que bailotean con gracia a su alrededor.

—Siempre es una delicia verla, grrr, aunque las circunstancias

sean otras. —Su voz suena profunda y gangosa—. Ciertamente tiene una belleza común, pero sus ojos son arrebatadores, están llenos de fuerza y de… —Sus manos ásperas me agarran la barbilla—. ¿Es rabia lo que percibo? Grrr, es miedo por asumir finalmente la misión que se le ha encomendado. No tema, para eso hemos vuelto, milady. A partir de ahora su destino será compartido. Solo así podrá sobrellevar tremebunda carga y cumplir con sus obligaciones.

Retrocedo un paso, obligando al Alto Emisario a soltar mi rostro. Me limpio el mentón con la manga.

—¿Dónde…? ¿Dónde está el Maestre Simon? —pregunto manteniendo las manos pegadas a mi cintura para calmar los temblores.

Sus ojos ojerosos y hambrientos se clavan en el lunar que tengo pintado encima del labio.

—Tan pequeña, tan delicada —dice relamiéndose los labios—. ¡Oh, pregunta por ese viejo! Grrr, está al caer. Teníamos unos asuntos que tratar con él, pero no tardará. Querrá despedirse de él, ¿cierto? No conviene dejar cabos sueltos, tiene que centrarse en lo verdaderamente importante…

—¿Lo verdaderamente importante? Os presentáis sin avisar. Sometéis a mis criados. Destruís el cinturón principal de La Ciudadela —grito provocando que un murmullo se cuele en el patio —. Habéis roto el juramento. Decidle a vuestro Khoen lo que habéis hecho. Decidle a vuestro Dios que la Dama Reminiscente no viajará esta noche a La Capital.

—Grrr…

Doy otro paso atrás. Quiero recorrer el camino inverso de vuelta al palacio, pero dos soldados, de dimensiones enormes, me cortan el paso atravesando la alfombra con sus espadas.

—¿Cómo os atrevéis?

—Mis *chicas* ya me habían comentado que su carácter había empeorado últimamente, milady. Todavía es demasiado joven para entender que nadie escapa de su destino, y menos de la ley que dicta la Magistratura Magna. Ni siquiera la Dama Reminiscente. —El Alto Emisario me agarra del brazo con delicadeza—. Además, sería una verdadera pena volver a la ciudad sin usted después de haber dado el aviso. ¿Imagina el alboroto que se armaría? Grrr, esos viejos de la Montaña harían muchas preguntas. Hasta el mal que habita en La Ciénaga se disgustaría, y no queremos eso, ¿verdad? Sería una verdadera molestia que la que llaman la Mujer sin Rostro despertase de su eterno letargo por un cambio de parecer de una joven que no asume su destino, que no cumple con su palabra. ¡Imagine el lío!

Su boca se abre en una asquerosa sonrisa.

Lo sabe, sabe que *ella* ha vuelto. Por eso están aquí.

—Repito por si no me ha oído, Alto Emisario: volveré al cobijo de mi habitación. Solo así pasaré por alto lo que ha ocurrido aquí esta noche. Mañana escribiré a La Capital contando lo sucedido. Entiendo que algunos Sembramundos tendrán que encargarse de la reparación del…

Busco un camino libre lejos de los soldados. Un hueco por el que colarme, una madriguera en la que esconderme. Algún tejado por el que poder trepar y salir corriendo.

—¿Qué busca, milady? Ya le he dicho que el Maestre Simon está al caer.

No hay nada. No tengo adónde ir, pero echo a correr de todos modos.

Conozco La Ciudadela, podría caminar a través de sus callejones y pasadizos con los ojos vendados y seguir cualquier camino que entrelazase las estructuras arcillosas con sus pequeñas edificaciones. Y, como lo conozco, sé que no importa lo que corra. No hay salida

alguna. Este lugar está hecho de capas diminutas, cosidas unas a otras con esmero para no dejar grietas abiertas. Sin permiso, nadie entra ni nadie sale de La Ciudadela.

Apenas consigo recorrer unos metros del patio cuando choco contra algo. Contra alguien.

Me tambaleo y estoy a punto de caer al suelo cuando los brazos firmes de un hombre me atrapan al vuelo. Soy tan idiota que me tomo unos largos segundos para apreciar su belleza. Sus cabellos son de plata, cortos y finos, como los habitantes del sur, de las tierras maltrechas de Bota Mëmë. Sus ojos grises se clavan en mi boca, los míos recorren la cicatriz que parte del centro del labio superior hacia la base de la nariz.

No existe distancia entre los dos, estamos pegados como las hojas de un códice. Sus manos suaves me acarician la piel descubierta de mis brazos, haciéndome estremecer. Por un mísero instante me olvido de lo que está pasando y del peligro que espera impaciente para asestar el gran golpe. Solo es un segundo.

—¿Dónde crees que vas, pajarito? —Su voz suena segura, perfectamente modulada, con la clase de seriedad que no admite réplica—. No querrás decepcionarlos, ¿verdad?

—¿Quién… eres?

La respuesta me arde en la punta de la lengua.

Había imaginado una docena de máscaras para el Príncipe Zafiro. Casi todas con el pelo oscuro y las facciones de la cara más toscas. A veces visualizaba a un chico endeble, casi traslúcido. Otras a un chico corpulento, con un cuerpo más firme, aunque no tanto como el de Alaric. Y, sin embargo, ninguna de mis máscaras encaja con el rostro que tengo delante.

Lo tengo en la punta de la lengua y, aun así, rezo para que este hombre no sea el hombre con el que debo casarme.

—¿Todavía no lo sabes? —responde, con cierta decepción, pero manteniendo el semblante relajado—. Menuda. Completa. Decepción.

—Llegáis tarde, señorito Dante —celebra el Alto Emisario aplaudiendo con energía—. Aunque dichosos sean mis ojos, grrr, por ser testigo de un encuentro tan precioso como deseado. Por cierto, hablando de encuentros.

Chasquea los dedos y a lo lejos, entre columnas y antorchas, distingo el reflejo apagado del hierro. Más Custodios. Avanzan formando un cuadrado perfecto. Parece que protegen algo valioso…, o han acorralado a una presa. Tardo apenas un segundo en reconocer la figura encorvada del Maestre Simon. Camina al lado de Alaric, ambos maniatados. Un rastro carmesí desciende por la barbilla de Alaric. El Maestre Simon tiene el ojo derecho hinchado y apenas puede mantenerse en pie.

—¡Les habéis hecho daño!

Corro en dirección al muro humano que los rodea. Casi sin darme cuenta, una corriente de aire me azuza el pelo. Una sombra rápida se cruza en mi camino y salta por encima de los soldados con una agilidad letal. Dante aparece al otro lado, junto a Alaric. El pobre apenas puede hablar. Farfulla palabras sueltas e inconexas.

—Sky… Sky, me han concedido… Dicen que he sido admitido en…

Dante alza el brazo con un movimiento seco y veloz, hundiendo el puño en el estómago de Alaric. Me abalanzo contra la barrera de acero que me separa de ellos, pero el impacto me devuelve el golpe y pierdo el equilibrio cayendo hacia atrás, con el corazón latiendo violentamente y las palmas de mis manos ardiendo.

El hijo bastardo del Khoen levanta la pierna y la gira con violencia, golpeando con tal fuerza a Alaric que se desploma y cae con la cara contra el suelo.

—¡Para! ¡Para, monstruo! —chillo con la voz rota—. ¡Maestre! ¡Maestre Simon, haz que pare!

Si alguien puede frenar toda esta barbarie es él. El Maestre Simon es un Anciano de la Montaña, un sabio. La ley los ampara, no se les puede hacer daño. Va contra su dogma.

El Maestre agacha la cabeza. Ha perdido su semblante amable, no levanta la vista del suelo. Frente a mí ya no está mi tutor, sino un anciano derrotado, que está esperando a que aquello pase lo más rápido posible.

—No perdamos más el tiempo —dice Dante lanzándome una mirada de indiferencia.

—¿Qué vas a hacer…? ¡NO, NO, NO!

Dante desenvaina su espada con calma. No hay titubeo en sus movimientos, solo una precisión calculada y cruel. Sin mediar palabra, hunde el filo con lentitud en la espalda de Alaric, abriéndose paso entre la carne. Su camiseta blanca se tiñe en segundos empapándose de un rojo denso.

—¿Vas a portarte bien o sigo con el viejo? —Dante arrastra el cuerpo ensangrentado de Alaric como si llevara a cuestas un trofeo.

—Alaric, ¿estás bien? ¡Alaric, dime algo! —Mi voz se rompe mientras lo sujeto por los hombros, sacudiéndolo con torpeza. Su cuerpo cede, inerte, pero entonces un gruñido gutural escapa de su garganta. Me congelo. Está vivo. Por la Conciencia de Nithium, está vivo.

—¿Y bien? —pregunta con las cejas enarcadas y las comisuras de los labios estiradas, pero sin marcarle una sonrisa.

He sido una estúpida.

Tantos días pensando en un plan sin tener en cuenta qué les podía pasar a las dos únicas personas de La Ciudadela que me importan. ¿Cómo he podido ser tan idiota? La Aristocracia Escarlata nunca

dejará que me salga con la mía.

Me da igual lo que me pase a mí, pero a ellos… Ellos han estado conmigo prácticamente desde el principio.

—Está bien, iré con vosotros.

—Chica lista, has tomado la mejor decisión —responde Dante con la voz apagada, con una indiferencia que estremece.

—La única opción que me dais.

—Eso es.

Caminamos en silencio hacia el carromato. Solo el crujido metálico de algunas armaduras rompe el eco de nuestros pasos, acompañándonos durante el recorrido de la alfombra que ahora se me hace interminable.

Miro de soslayo a Dante. Su rostro, antes impenetrable, ha cambiado. Sus facciones delicadas se han endurecido adquiriendo una expresión que no consigo descifrar. Percibo una chispa de duda en su mirada, algo me dice que no está del todo de acuerdo con lo que está pasando en La Ciudadela. Por un instante, toda esa apariencia mortífera, esa seriedad que tan bien lleva puesta, se desvanece.

Una sonrisa condescendiente se dibuja en mi rostro. Él es tan prisionero como yo en este plan orquestado por la Aristocracia Escarlata. Por eso me odia, porque, como yo, tampoco tiene escapatoria. Este destino es compartido y, por supuesto, eso me hace sentir una extraña mezcla de compasión… y un frío desprecio por lo que representa.

—Me tranquiliza saber que no soy la única que no está conforme con esta situación. —Me tiembla la voz, pero consigo mantenerme firme.

—¿Acaso me ves preocupado? Llevo preparándome para esta situación toda la vida.

Abrir la boca y decir las palabras equivocadas puede ser fatal, pero un regusto de rabia me sube por la garganta y me da el valor suficiente como para desafiarlo.

—Has apretado la mandíbula y has parpadeado hasta cinco veces en una milésima de segundo. Estás tenso, con los hombros erguidos, y das pasos cortos e irregulares. Además ya no me miras. Es como si, de pronto, te hubieras dado cuenta de que estás tan condenado como yo.

Dante se detiene en seco, obligándome a hacer lo mismo. Su mirada se desvía brevemente hacia el carromato, como si estuviera buscando algo más allá de la escena que tenemos delante. Luego, con lentitud, vuelve a posarse en mí.

—Tú no sabes nada. —Casi escupe las palabras.

El cielo se tiñe de un rojo apagado. La luz es extraña, vibrante, como si el aire mismo estuviera cargado de algo a punto de estallar.

Puede ser el fuego, la luna o el preludio de una tormenta de arena.

—Hasta La Ciudadela también llegan los rumores de La Capital, me puedo hacer una idea —acierto a decir.

La mueca de Dante se tuerce.

—¿Y qué dicen esos rumores…, pajarito?

No debo decirlo. No debo decirlo. No debo, pero lo hago igualmente:

—Que eres el bastardo del Khoen. Que tu hermano pequeño intentó matarte cuando solo eráis unos críos. ¿Es cierto que lo ordenó el mismísimo Oráculo? Te enterró vivo y no te encontraron hasta pasados unos días, deshidratado, moribundo, al borde de la muerte. También dicen que te enamoraste de una funcionaria de la Magistratura Magna y el Khoen la mandó colgar de la fachada del Edificio Corazón. Otro de los rumores… —La mano de Dante rodea

mi muñeca con fuerza, apretándola tanto que casi la rompe en dos.

El coraje se esfuma con la misma rapidez que el fuego chamusca un trozo de papel.

—Cuidado, pajarito. Te conviene mostrar ahora algo de sentido común —dice retomando la marcha hacia el carruaje en el que espera impaciente el Alto Emisario—. Echa un vistazo a tu alrededor. La Ciudadela está bajo el control de la Magistratura Magna. Tus Custodios ya no responden ante ti. Ese vejestorio no es ni capaz de mirarte a los ojos por vergüenza; y la vida de ese despojo por el que lloras pende de un hilo. Nada ni nadie puede salvarte. Nadie salvo yo.

—No necesito que nadie me salve.

La sombra del Alto Emisario se alarga oscura y amenazante hacia nosotros.

—Estás condenada a mí hasta que las raíces de Nithium reclamen tu cuerpo. Claro que necesitas que te salven.

Vuelvo a notar esa energía electrizante expandirse por cada célula viva de mi cuerpo. Galopa por mi sangre erizando el vello de los brazos y concentrándose en las palmas de mis manos. No puedo lanzarles una mirada fugaz, por si han cambiado de color, por si en cualquier momento brotan chispas de las yemas de los dedos.

—¿Lista para partir, milady? —pregunta el Alto Emisario, sonriente.

—Mi hermana —me adelanto a decir—. No responde a mis cartas, creo que puede estar en peligro. Me gustaría que…

Un brillo inteligente se instala en los ojos del emisario.

—Nadie la ha visto desde hace semanas, milady. Como comprenderá, dada la situación que atraviesa la antigua capital, es probable que la encuentren muerta en una cuneta. Grrr, sería una verdadera pena. Todavía recuerdo su belleza extraordinaria.

Dante me estudia de reojo.

—Quiero ir con ella en algún momento —exijo, aunque sé que no estoy en posición de pedir nada—. Necesito saber que está bien.

—Me temo que no va a ser posible, milady. Conoce las normas. La señorita Lili dejó de ser su hermana en el momento que entró en la Congregación de las Vástagas. Esta información que le acabo de facilitar es pura cortesía. Ella está cumpliendo con su cometido igual que usted tiene que cumplir con el suyo. —El Alto Emisario abre la pequeña puerta del carruaje—. Ahora, despídase de su hogar, puede que no vuelva jamás a La Ciudadela.

Cierro los ojos y me aferro a esa energía rebosante que aún siento temblar dentro de mí. Rezo en un hilo de voz, esperando, tal vez con demasiada fe.

¿A quién intento engañar? No voy a desatar tormentas ni a incendiar el mundo con un gesto de mis manos. No voy a crear rayos centelleantes ni a provocar un fuego capaz de abrasar hasta al último soldado de la Aristocracia Escarlata. No soy una Dréada, no hago ese tipo de cosas. Lo único que está en mi mano es rendirme al rol que me toca jugar en esta historia. Desempeñar el papel de la Dama Reminiscente… y salvar al Maestre Simon y a Alaric, cueste lo que cueste.

—Solo será un momento…, Sky. Por favor, necesito hablar con ella…

Una voz rota, débil, se arrastra por mi espalda.

—¿Maestre? ¡Maestre! —Intento correr, pero Dante me agarra con fuerza el antebrazo—. Déjame despedirme de él. Al menos dame eso.

Dante titubea. Se vuelve hacia el Alto Emisario buscando su aprobación. Este asiente con un leve gesto y corro hacia los brazos del Maestre Simon. Su cuerpo se deja caer sobre mí, vencido, pero sus brazos aún tienen fuerza para rodearme.

Quiero decirle que gracias, que lo siento, que no estoy lista, pero, cuando abro la boca, las palabras se deshacen en mi garganta.

—Eres una chica muy lista. Lo sabes, ¿verdad? Aunque pintar nunca fue lo tuyo… Ellos también lo saben, Sky, saben que el mal que habita en La Ciénaga ha despertado. —Mis ojos se llenan de lágrimas al escuchar la voz quebrada del Maestre—. Un gorrión llegó al anochecer advirtiéndome de un fenómeno que ha partido el cielo en dos mitades perfectas, en los confines de nuestro mundo. El éxodo está pasando en las zonas más próximas a la Frontera. Los pueblos del norte han empezado a armarse. No tengo mucho más datos, querida, es lo único que sé.

—La he visto, Maestre Simon. —Sus manos rugosas acarician mi mejilla y una lágrima se resbala por mis pestañas—. Y mi cuerpo… Hay algo dentro de mí que ha cambiado, que no entiendo.

—No digas nada más, Sky. No digas nada y escúchame, por favor. Olvida lo que te enseñé, ¿de acuerdo? Ahora lo que me preocupa es que estés bien —farfulla, y su voz se apaga por momentos—. El miedo es peligroso, ¿sabes? El saber me ha enseñado que los hombres más afortunados son capaces de cualquier cosa con tal de preservar su orden. La experiencia me ha hecho ver que los hombres más poderosos, cuando están desesperados, cometen atrocidades para sobrevivir ante cualquier amenaza.

—¿Qué quieres decir?

El Alto Emisario golpea el suelo con el báculo dos veces.

—Milady, el tiempo ha llegado a su fin. Grrr, es hora de marcharnos —anuncia.

El Maestre Simon cubre mis manos con sus dedos arrugados.

—Nada es como pensábamos, Sky. El mundo que conocemos está a punto de cambiar para siempre. Te acabas de convertir en el valor más poderoso de Nithium. Eso te hace poderosa y a la vez

vulnerable. —Ladeo la cabeza, confusa—. ¿Crees que el movimiento rebelde de Damaskia se va a quedar de brazos cruzados sabiendo que tiene a su alcance un arma tan codiciada? ¿Qué crees que hará ahora el Dios de la Aristocracia Escarlata al ver su hegemonía amenazada? No por una, sino por varias fuerzas que no puede controlar.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —Estoy temblando, con los puños apretados a los costados, intentando contener el pánico que me sube por la garganta como una ola feroz.

—Por favor, Sky, escúchame. Solo esta vez. —Abro los ojos cuando el Maestre Simon se aferra a mis brazos con una desesperación que jamás le había visto—. Nithium te llama, eres su última esperanza. De Lili, de Alaric, de todos. Solo tú puedes detener lo que se avecina, aunque en el camino, por más que no quieras, te tocará hacer sacrificios. Así debe ser, pues eres la llave, el nexo. El centro de este delirante equilibrio. Solo tienes que dejarlo salir.

—¿El qué? ¿Cómo se supone que…? —Lo siento, esa corriente invisible que trepa desde la planta de mis pies hasta encender las palmas de mis manos—. Lo llevo dentro…, pero no sé cómo liberarlo.

Sus ojos se llenan de lágrimas cuando me aprieta las manos contra su barbilla áspera.

—Es igual que una ballesta. Solo necesitas ver el peligro cerca para accionar la llave y disparar el proyectil. —No tengo que estar entendiendo nada porque el Maestre Simon ensancha su cara en una sonrisa enorme y preciosa—. Tranquila, yo te ayudaré a entender.

La sombra del Alto Emisario se desliza sigilosamente detrás de mí.

—Te has convertido en una mujer maravillosa, mi Sky Reminiscente.

Y entonces todo pasa muy rápido.

El Maestre Simon, en un gesto desesperado, saca una daga de la túnica y corre tambaleante.

—¡No! ¡No, no, no!

La mueca desencajada del Alto Emisario no tarda en convertirse en una sonrisa de satisfacción. Se mueve despacio, más despacio que el Maestre Simon, pero empuña el báculo con destreza. Antes de que lo alcance, el Alto Emisario lo levanta y lo hace chocar contra su cara con una violencia terrible. El sonido del impacto suena como la colisión de dos buques.

El Maestre Simon cae al suelo, con la cara empapada en sangre. Antes de que pueda articular otra palabra, el Alto Emisario posa el báculo sobre su pecho, con una determinación fría y mortal.

—¡NO! ¡NO! ¡NO!

Parpadea tres veces y entonces, aunque no puedo escucharlo, sé que su corazón ha dejado de latir.

Libero un grito tan desgarrador que La Ciudadela se estremece bajo mis pies. Saco toda la rabia y el dolor a través de mi voz sin ser consciente de que mi cuerpo irradia luz, envolviendo cada rincón del patio, borrando cada figura que me rodea. Solo hay luz. Una luz cegadora que lo engulle absolutamente todo.

Un último grito de desesperación se disuelve en el aire y la luz comienza a retroceder, lentamente, recogiéndose dentro de mí.

Cuando me quiero dar cuenta, la noche cubre de nuevo el patio de La Ciudadela. Ha vuelto todo a la normalidad, solo que nada está como debería estar. Solo las lágrimas que corren por mis mejillas siguen su curso. Todo lo demás, todos los demás, han quedado congelados, atrapados en ese instante.

Yo…, yo soy la única que sigue moviéndose en ese latido atrapado entre dos mundos.

9

> De acuerdo con nuestras conclusiones, antes de que se produzca el fenómeno conocido como Luna Quemada, marcando el final interrumpido de la edad en curso, el astro nocturno pasa por una metamorfosis, perdiendo su apariencia ceniza y sometiéndose a las tres fases lunares previas antes de la quema: el rojo bermellón, el rojo escarlata y el rojo infierno.
>
> *Códice I: El origen de Nithium*,
> por el Primer Maestre

El Cronista

Las túnicas de los Ancianos colorean el anfiteatro de gris. Solo unas pocas manchas negras resaltan en la grada. Somos en total doce aprendices. Doce escribas, doce jóvenes sin memoria que buscan en el conocimiento de la Montaña Que Levita una manera de completar los huecos en blanco. También somos las únicas personas que vivimos allí y no necesitamos un bastón para movernos y una cuña para depositar la orina cuando Nithium duerme en un sueño profundo.

Hacía tiempo que no veía a los Ancianos tan inquietos. Ni siquiera cuando el viejo Maestre Sefirias perdió la cabeza y se precipitó al vacío desde el palomar. Dicen que encontraron sus restos en el Mercado Noctámbulo de la superficie, y que los carroñeros se alimentaron de él para conocer los secretos de la Montaña. Según mi teoría, fue un cuento que se inventaron los Ancianos para asustarnos. Esos viejos pueden ser realmente crueles cuando se lo proponen.

—Por el Khoen, ¿a qué viene tanto jaleo?

—Milo, ¿tú qué crees? —Martin se sienta a mi lado con los brazos cruzados—. No hay que ser ningún lince. Hasta tú eres capaz de llegar a la misma conclusión que yo. Te lo pido, usa la sesera por una vez.

—Apuesto a que el Maestre Louis ha decidido colgar la túnica. Ese hombre es demasiado mayor para gestionar todo lo que está pasando. El estrés provoca insomnio y paros cardiacos. Necesita descansar. Ah, y unos zancos para llegar a la mesa. ¿No te has fijado? Tiene que ponerse de puntillas para llegar al plato. ¿No crees que es entre divertido y humillante?

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? *Ella* ha despertado. *Ella* viene a por todos nosotros. ¡A matarnos! ¿No te das cuenta de la gravedad del asunto? Los Ancianos tienen que tomar una decisión.

—¿Eso quiere decir que el Gran Maestre se olvidará por un tiempo de esa estúpida prueba?

En la Montaña Que Levita hay dos tipos de Ancianos: los que son cuadriculados y se esconden porque tienen miedo del mundo que hay más abajo y los que son curiosos y necesitan verlo con sus propios ojos. Lo bueno de no recordar nada de mi infancia es que desarrollé una especie de interés enfermizo por cualquier cosa, y eso, a veces, no me hace ser consciente del peligro, por muy grande

que sea o por muy cerca que esté. La plana mayor de la Montaña está aterrada porque ha brotado un rayo de la tierra y ha dividido el cielo en dos partes, como si fuera una triste nuez.

—La Capital espera que la Montaña Que Levita actúe. Toda la Montaña —dice Martin con un tono de suficiencia—. Esta vez, la Magistratura Magna no se quedará de brazos cruzados si decidimos no intervenir. Son tiempos convulsos, Milo. Primero los disturbios en Damaskia. Ahora un ataque directo de La Ciénaga. Pinta mal, pinta muy mal.

—¿Y no deberíamos hacer algo? Yo voto por cruzar el Abismo si es necesario y documentarlo todo con rigor. Necesitamos un par de tarros de tinta, una montaña de pergaminos vírgenes y calzado cómodo. Importantísimo que el calzado sea ligero e impermeable. Por el barro… y la nieve.

—Eres un inconsciente, Milo.

—Imagina la información valiosísima que podríamos anotar en nuestros cuadernos. Es la oportunidad perfecta para escribir nuestros primeros códices, de nuestro puño y letra. Además, no puede ser tan peligroso, solo es un poquito de luz. No hay fuego, no hay bestias, solo luz. La luz es bella, Martin.

—¿No te llega riego al cerebro? Nuestro lugar está aquí, en la Montaña.

—Entonces ¿qué decisión tienen que tomar?

—Los Ancianos tienen que decidir si nos mantenemos al margen o si dejamos la pluma y pasamos a formar parte activa de la guerra que se avecina.

El Gran Maestre aparece en la arena y el barullo se diluye hasta quedarse en un runrún que entra y sale del anfiteatro. Hace semanas que no abandona su cámara. Los rumores dicen que no goza de buena salud, y a la vista está. Apenas puede andar por su

propio pie. La túnica tapa su cuerpo esquelético, y la larguísima barba solo acentúa sus facciones demacradas. Se ayuda de un bastón rígido, pero sus pasos son lentos y pesados; parece que vaya a desintegrarse y convertirse en polvo en cualquier momento.

El Maestre Louis, el Maestre Benedicto y el Maestre Máximo se esfuerzan por ayudar al anciano a subir a la base que hay en el centro de la arena. A pesar de los empujones y los esfuerzos, no consiguen elevarlo hasta la plataforma. La imagen es dantesca.

—Está bien, hablaré desde la arena. Quitadme las manos de encima, he dicho —protesta el Gran Maestre. Solo cuando los Ancianos se retiran recupera la calidez en su cara. Al hombre le queda poco tiempo en este plano, pero ya lo dice la sabiduría popular: mala hierba nunca muere—. Hoy, mis queridos discípulos, os he reunido aquí para compartir con vosotros el parecer de la Montaña. —La voz del Gran Maestre suena alta y clara. Los estragos de la edad no le impiden que se le escuche en todo el anfiteatro—. Como sabéis, el mal que habita en La Ciénaga ha despertado. Después de tantas edades, los cielos nos han permitido ser testigos del despertar del demonio.

—¿No va a decir nada de nosotros? Merecemos una mención, fuimos los que lo vimos. ¡Dimos el aviso!

—Calla, Milo. Calla.

El cuerpo del Gran Maestre se dobla ligeramente y se cubre la boca con un pañuelo para esconder una tos seca. El hombre está en las últimas.

—Desde la Primera Edad, incluso en la Edad Oscura, la Montaña siempre se ha limitado a cumplir con su deber. Nithium suspendió esta montaña en el aire para nosotros, para que desde la tranquilidad del cielo cuidásemos y custodiásemos su historia. Nunca hemos interferido, aunque los haya que han elegido corromperse y

deambular por caminos oscuros. Nunca nos hemos inmiscuido en los asuntos de la superficie. Y así seguirá siendo.

El murmullo va y viene como la brisa helada.

—Ese dato no es correcto, la Montaña flota gracias a los suministros de elanthar que provee la Magistratura Magna y antes el Lord Esmeralda de Damaskia. Sin ellos, habríamos volcado hace tiempo.

—¡SILENCIO! —grita el Gran Maestre.

Este, con una mano temblorosa, levanta una bota de vino gastada y la lleva a sus labios. Su rostro decrépito se contrae al sentir el alcohol quemándole la garganta. Después limpia la comisura de sus labios con el dorso de la mano y deja caer la bota sobre el suelo.

—El bebercio, ese es el elixir que toma el Gran Maestre.

—Silencio, Milo. ¡Silencio! —repite Martin.

—Debemos salvaguardar la historia de Nithium. Salvaguardarla para poder seguir escribiendo el futuro —carraspea otra vez—. Los tiempos difíciles requieren de decisiones difíciles. Por eso, a la vista de los últimos acontecimientos, la Montaña Que Levita cortará la comunicación con La Capital. Romperemos la escalera para aislarnos del mundo antes de que sea demasiado tarde y aprovecharemos para hacer una decantación de los Códices y el resto de los escritos que forman parte del Archivo. La conservación y preservación de nuestra historia se presenta ahora como el reto que debemos asumir. Me atrevería a decir que es el más importante para nosotros, los Ancianos de Nithium.

El Gran Maestre se encorva y empieza a toser violentamente. Dos de los Ancianos, Benedicto y Máximo, ayudan al vejestorio a salir de la arena. Se retiran al mismo tiempo que el jaleo revuelve las gradas del anfiteatro.

—No pueden estar hablando en serio, es injusto.

Si rompen la escalera, jamás sabré quién soy. No podré buscar respuestas, me quedaré aquí, atrapado para siempre.

—¡Para que quede claro, señores de la Montaña! —exclama el Maestre Louis con su voz aguda—. ¡Nadie podrá entrar ni salir! ¡No habrá contacto con el exterior! ¡La Lente será apagada! ¡Nos encerraremos en el interior de la Montaña, en las bibliotecas, en los salones, hasta que *ella* vuelva a dormir! Si es que lo hace…

El Maestre Louis pega un salto de la plataforma y sigue la línea dibujada en la arena tras sus compañeros, en dirección a los accesos inferiores del anfiteatro.

El aire se vuelve más denso. Los muros de piedra se cierran a mi alrededor, como si fueran a aplastarme como una pequeña cucaracha. El ruido se amplifica en mi cabeza y resuena con fuerza.

No hay barrotes, pero siento que la montaña se va encogiendo, se va reduciendo poco a poco.

—Es lo más inteligente, la mejor decisión —se atreve a decir Martin en medio del tumulto—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—No es lo más inteligente, es la mayor tontería que he escuchado jamás —digo—. Es ahora cuando tenemos que estar ahí, es ahora cuando tenemos que recopilar los hechos, difundir información a quien la necesite. Es ahora cuando Nithium más nos necesita, ¿y vamos a darle la espalda?

Martin abre los ojos, como si me hubiera escuchado por primera vez desde que fuimos condenados a compartir litera.

—No somos Custodios, Milo. Solo somos escribas. Y, si quieres llegar a vestir la túnica gris, más te vale no levantar la voz.

—Ni siquiera podremos mirar por la Lente, Martin. ¡Era nuestra única ventana al exterior!

Martin se incorpora lanzándome una mirada gélida.

—Chsss, deja de quejarte y volvamos a la habitación. No te

vendrá nada mal un periodo de reflexión.

—No me voy a callar, no estoy de acuerdo. No quiero.

—¿Y qué vas a hacer? Deja de lloriquear, Milo. De hecho, deberías estar agradecido. No te viene nada mal un poquito de disciplina para que se callen los pájaros que tienes en la cabeza.

—¿No te das cuenta? Si nos quitan nuestra curiosidad, ¿qué nos queda? No pueden romper la Escalera, nos haremos viejos aquí sin explorar el mundo que queda debajo, a nuestros pies. Sin… —No debería decir lo que estoy a punto de decir, pero, a juzgar por los hechos, por lo que se acaba de comunicar, ya no tengo nada que perder—. Sin conocer nuestra historia. Jura por el Khoen que nunca has tenido la necesidad de saber de dónde vienes. Este mundo es enorme, puedes pertenecer a cualquier parte de él. Araty, Korvan, Syval, el Albor, incluso el Condado Desconocido de Elyar. ¿Me vas a decir que no quieres saber si tienes padres? ¿Y hermanos? ¿Te entregaron a la Montaña por necesidad, porque no les quedó más remedio? De verdad, Martin, ¿no quieres saber si alguien te está echando de menos ahora mismo? ¿Nunca te has preguntado por qué todos tenemos un zafiro blanco? Maldita sea, ¡los zafiros son azules y nacen de la Flor de Záfira!

—¡Cierra el pico, Milo! No sé por qué me sigue sorprendiendo tu capacidad para sacarme de quicio. La memoria es sabia y hace bien en eliminar recuerdos que no nos ayudan a seguir adelante —asevera, cumpliendo cien años de golpe—. Si llevaras ese zafiro colgado del cuello, te acordarías de lo que se debe decir y de lo que no. Esta es una de las cosas de las que no se hablan.

Agarro de la muñeca a Martin y le obligo a que escuche lo que mi lengua está a punto de soltar.

—Me prometí a mí mismo que rellenaría un códice en blanco con lo que he vivido yo, no con lo que se le ocurre susurrar a un

Ruiseñor. Y me prometí buscar respuestas, completar mi historia. Y ningún viejo moribundo a punto de estirar la pata me lo va a impedir. ¿Entiendes lo que estoy diciendo, Martin?

—¿Y qué piensas hacer, bajar por la escalera antes de que la rompan e ir en busca de una Bella Corazón? No me hagas reír, Milo.

Mi sonrisa me delata antes de decirlo:

—Eso es exactamente lo que voy a hacer.

10

> Los kakapos son seres vivos que buscan el equilibrio. Se alimentan de los huevos que están a punto de eclosionar si son impares. También abandonan a las crías que aún no saben volar cuando migran, para no poner en riesgo al resto del grupo. Nithium, al igual que los kakapos, busca el equilibrio natural de las cosas, de ahí que, ante la presencia de un poder extraordinario sobre su territorio, tiene la necesidad de invocar otro para igualar las fuerzas de este, nuestro mundo.
>
> *Códice IX: Caos al borde del abismo*,
> por el Maestre Máximo

SKY

El silencio envuelve el patio de La Ciudadela y apenas reparo en los destellos de luz que emite la muralla, todavía cubierta por las llamas.

Tengo la cabeza apoyada sobre el pecho del Maestre Simon. Su corazón ha dejado de latir hace ya unos largos minutos, pero sigo esperando a que, de un momento a otro, abra los ojos, toque mi pelo y me diga que todo está bien, que no es más que otra horrible

pesadilla. Igual que hacía cuando entraba a mi habitación en mitad de la noche, sobresaltado por mis gritos.

El peligro acecha justo detrás, completamente congelado. La explanada se ha convertido en una especie de partida de ajedrez. Las piezas permanecen inmóviles sobre el tablero, esperando el siguiente movimiento. Las cortesanas, con los puños cerrados y sus sonrisas perversas, están preparadas para atacar; el Alto Emisario sostiene el báculo en el aire, todavía manchado de sangre; y Dante, firme y distante, con los ojos ocultos por una expresión que me es imposible leer.

El juego está en tiempo muerto.

No pienso irme, no quiero separarme del Maestre Simon. Me da igual lo que me pase. ¿Qué más pueden hacerme? Hace rato que me quedé sin lágrimas. La rabia también me ha abandonado. Por más que lo intento, no puedo alcanzarla. Solo quiero cerrar los ojos y dormir. Dormir hasta el próximo sol.

Dormir para borrarlo todo.

Dormir…

Quiero dormir… y olvidar quién soy.

Sky…,
despierta.

El sueño me aprieta las sienes y la oscuridad se abalanza sobre mí tan rápido que casi no me doy cuenta. La Ciudadela se vuelve borrosa, igual que un cristal empañado por la tormenta. De golpe, un fuerte crujido atraviesa la noche partiendo en dos el cielo y provocando un destello cegador. Cuando parpadeo y abro los ojos no reconozco el lugar en el que me encuentro, no estoy donde se supone que debo estar. La niebla lo cubre todo, apenas distingo unas lámparas de araña y unas columnas de hielo. Se alzan

impotentes en un techo que no acaba. Quiero fijar la vista en otra parte, pero todo está desenfocado. Intento dar un paso al frente, pero las piernas no me responden. Ni siquiera tirito y el frío me congela los huesos.

Te estoy esperando, aquí,
en los confines de nuestro mundo…,
solo tienes que seguir el eco de mi voz
y me encontrarás, Dama Reminiscente.

La bruma se disipa como una cortina que cae, revelando una sala esculpida en hielo.

Aunque la niebla enturbia mi vista, distingo una silueta moviéndose al fondo. Camino hacia delante, a pesar del miedo. En estos momentos, me dejo llevar más por el instinto que por otra cosa.

Conforme me voy acercando, mi vista alcanza a ver la silueta de un trono adornado con estalactitas tan afiladas como las espadas de los Custodios.

Al principio, la figura es solo un borrón entre las sombras, deslizándose con el movimiento curvilíneo de una serpiente. Pero, a medida que avanza, puedo ver una melena blanca, brillante como la escarcha, ondeando con la misma espesura que si estuviera bajo las aguas del Océano Inmenso.

—No puede ser real. —Intento hablar, pero mis palabras se transforman en un suspiro gélido—. ¿Qué es este lugar? No puede ser La Ciénaga, no puede ser el hogar de esa mujer…

O algo que finge serlo.

Cuando era niña y Lili ya estaba dormida, el Maestre Simon me leía una fábula sobre una mujer de pelo blanco que ocupaba un trono de hielo. No recuerdo exactamente dónde empezaba o

acababa la historia. Creo que era algo así como… «En los confines del mundo, en el Condado Desconocido de Elyar, habitaba una reina maldita de cabellos tan blancos como la nieve. Traicionada por amor, su corazón se pudrió en la oscuridad, y fue encadenada a un trono helado, acusada de robar a los hombres su poder más preciado: sus recuerdos. Cuando la primera Luna Quemada se alzó y la ponzoña de La Ciénaga amenazó con consumirlo todo, la reina invocó su magia ancestral. No lo hizo por compasión, sino por un deseo cruel. Deseaba salvar al hombre que quiso para condenarlo a ver morir cuanto amaba. Su imprudencia rompió el equilibrio y abrió un vórtice entre dos mundos. Ella quedó atrapada en el umbral, el Otro Lado que conecta Nithium con todo lo demás. Allí reina en silencio, entre hielo y el murmullo de los muertos. Desde entonces, su nombre se pronuncia con respeto y miedo, pues aún guarda los secretos más oscuros».

—Muéstrate, deja que te vea. ¿Quién eres? —pregunto, aunque mi voz apenas logra destensar el nudo de terror que me aprieta el pecho.

La mujer de cabello blanco inclina la cabeza y, en un parpadeo, se materializa frente a mí con una velocidad sobrenatural. Sus manos frías se agarran a mi cara y grito tan fuerte que noto cómo mis cuerdas vocales se van rompiendo una a una.

Forcejeamos, mis manos se aferran a las suyas, pero es inútil. Cuando alzo la vista, me encuentro de nuevo con *ella*. La misma cara sin expresión, y una boca tan profunda y oscura como las granjas de elanthar. No pronuncia palabra, y, sin embargo, su voz retumba en mi cabeza como un eco que me es familiar.

Las respuestas llegarán a su debido tiempo…,
ahora corre, no dejes que te atrapen.

El canto estridente de las cigarras me despierta y un grito ahogado me devuelve al patio de La Ciudadela. Las piezas del ajedrez no se han movido. Yo tampoco, sigo allí, encima del Maestre Simon, cuando la voz de la Mujer sin Rostro vuelve a entrar en mi cabeza con una claridad espeluznante.

Corre o muere.

Cruzo un anillo fronterizo detrás de otro, respirando a tirones y con la empuñadura de Promesa apretada contra la cintura.

Mis pies se detienen en el borde del puente colgante, que se tambalea con el viento. El vértigo me encoge el estómago al mirar de reojo el foso, tan profundo que la oscuridad se traga el fondo de la zanja. La última trampa mortal de La Ciudadela.

Observo de soslayo el muro que me separa del mundo exterior. Aunque el fuego lo ha dejado medio en ruinas, los fragmentos que aún resisten conservan una altura imponente, suficiente para que las sombras proyecten figuras, como centinelas que se esconden entre la tierra quemada.

De pronto, aprieto las manos en un puño al caer en la cuenta de que estoy a punto de dejar atrás diecinueve años de mi vida. Puedo ver la puerta de la jaula entreabierta y sentir la electricidad mandando señales a mis pies, ordenándoles avanzar.

Trago saliva para digerir la culpa que me sube por la garganta. No puedo separar mis labios y decirlo en voz alta, pero algo más profundo que mi corazón ha decidido. Espero que algún día me perdones, Alaric. Por ser egoísta y no elegirte a ti.

Mi mano se aferra a la cuerda del puente, desoyendo su voz, aunque la calma se ha adueñado de Nithium ahora que el fuego se ha extinguido. Me preparo para enfilar el puente, doy un paso

adelante, pero un fuerte tirón me arrastra hacia atrás, forzándome a volver.

—¿Te has perdido? —La voz de un Custodio resuena bajo la máscara. Me agarra por la muñeca y con un suave tirón me atrapa entre sus brazos de metal.

Debe ser un Custodio que permanece de guardia, velando los navíos atracados en el perímetro de La Ciudadela.

—¡Suéltame!

No tengo mucho margen, no puedo darle muchas más vueltas. Debo actuar y rápido. Debo hacerlo, aunque no quiera.

—Siento decirle que debe acompañarme de vuelta a…

Con la mano que tengo libre, extraigo a Promesa, la azuzo en el aire y, sin pensarlo, atravieso su nuez con todas mis fuerzas.

El Custodio cae primero de rodillas mientras un flujo de sangre emana de su cuello derramándose por su armadura. Convulsiona varias veces cuando su cuerpo se tumba en la arena. Pasados unos segundos, su corazón deja de latir.

Una arcada amenaza con hacerme vomitar. Trago saliva y hago un esfuerzo titánico por mantenerme en pie. Aplaco el temblor de mis dedos cerrando la mano en un puño. Levanto la cabeza, con los primeros rayos de luz ardiéndome en la piel. Respiro profundamente y cruzo el puente con paso sosegado, siguiendo el camino hacia mi próxima vida.

11

> La Edad Oscura tuvo su punto culminante con el asesinato del Alto Emisario en las inmediaciones de su residencia. Se le atribuyó el crimen a la Dréada Aseventa, quien fue condenada a pena de muerte por la Magistratura Magna. Aseventa murió en la horca ante la atenta mirada de un pueblo indignado por la prematura muerte de su guía. Con el siguiente sol, un nuevo Alto Emisario fue proclamado.
>
> *Códice III: La Edad Oscura de Nithium*,
> por el Gran Maestre

NAIROBI

Hace rato que el bosque no duerme, aunque finge hacerlo.

Un haz de luz, intenso y corrupto, rasga la oscuridad y araña las copas altas de los árboles. El canturreo de los kakapos me alcanza, rompiendo el silencio tenso que se cuela por el ojo de buey de mi cabaña. Odio a esos pajarracos. Chillan, aletean y me taladran los pensamientos.

Ajusto la bolsa de viaje y me envuelvo con la túnica, cubriéndome la cabeza por completo. El cabello rizado se escapa por la capucha,

rebelde e insufrible como siempre. Debería raparlo. Sería más práctico. No lo he hecho antes por respeto. Las Dréadas de la Edad Oscura fueron esquiladas como el ganado. El pelo de las Dréadas es nuestra señal más preciada. Un incordio, pero nuestro incordio.

Cierro la puerta detrás de mí deslizándome por la barandilla, girando por la escalera de caracol a toda prisa.

Echo la vista hacia las cabañas de Briviesca y Viorica. Apenas se intuyen las estructuras de madera, olvidadas entre los árboles. Se me encoge el estómago imaginándomelas mientras entran en El Abismo, arriesgando sus vidas por el bosque. Por el aquelarre.

—Estúpidas. Artemia las está conduciendo a su lecho de muerte y ellas, tan sumisas, obedecen. Son unas ignorantes. Creen que consiguiendo su afecto mejorará sus insignificantes vidas en el aquelarre. ¿Qué pretenden, hacerse las heroínas?

Y yo…, ¿no estoy buscando lo mismo?

Lo que estoy a punto de hacer incumple como veinte reglas. Quebrantar algunas de ellas, subrayadas con sangre y ceniza, podría costarme la vida. Y, si no, tendré que exiliarme y buscar otro lugar en el que vivir, en soledad, más al norte, más lejos que los confines de nuestro mundo. Lamentándolo mucho, no estoy capacitada para escapar tan fácilmente del drama. Y, por supuesto, no pienso quedarme de brazos cruzados mientras mis hermanas, mis queridísimas hermanas, acaparan toda la gloria.

—Capturaré a la Dama Reminiscente y la llevaré a La Ciénaga.

Aunque tenga que arrastrarla por ese secarral maldito que llaman La Ciudadela. Aunque incumpla la promesa que hice de no pisar jamás las tierras de esos hombres indeseables.

Artemia tendrá que postrarme ante mí y suplicar mi perdón delante de todas después de ridiculizarme.

Conforme me alejo de la cabaña y me interno más y más en el

bosque, las dudas germinan como hongos. Me pregunto cómo será ese mundo tras la Frontera que construyeron para no escuchar los cánticos de las Dréadas. Viorica dice que levantaron ese muro de contención para ahorrarnos el mal trago de escuchar las melodías desafinadas de los siervos del falso Dios.

¿Qué posibilidades tengo de lograrlo? Esta pregunta persiste a medida que mi cuerpo toma velocidad entre la espesura. ¿Por qué iba la Dama de Nithium a escuchar a una Dréada? No puede, nadie puede. Lo tienen prohibido.

—La convenceré —espeto sin titubeos—, o la someteré.

Apunto al cielo con el dedo índice y una llama brota quedándose suspendida por encima de la uña. A mi alrededor, una circunferencia de luz se dibuja, alumbrando mi paso hacia el corazón del Bosque Oscuro.

El veneno avanza más rápido de lo que imaginaba.

Sin la magia de las Dréadas, el terreno se vuelve más pantanoso, como si la tierra misma estuviera en proceso de pudrirse. Encuentro varios kakapos varados en el barro, batiendo las alas con un frenesí inútil. Con un suspiro resignado, rebusco en la bolsa de viaje hasta dar con unas láminas de maíz. Se las ofrezco, y uno de esos pajarracos se atreve a picotear directamente de mi mano. Alzo los ojos, asqueada.

—Este sentimentalismo barato empieza a resultarme nauseabundo —murmuro con desdén, aunque mis pies descalzos titubean antes de sumergirme entre la maleza—. Sobrevivid, ¿queda claro? Volveré pronto. Y, si no regreso, podéis instalaros en mi cabaña. Pero aseguraos de torturar a Briviesca cada amanecer con esos graznidos vuestros. Estoy segura de que lo apreciará en el alma.

El tiempo se disuelve entre los recovecos de los árboles, y pronto la Simiente se alza ante mí.

Después de la medianoche, la energía se concentra en el altar. La cara visible de la luna se refleja en el centro de la estructura arcillosa y sus runas brillan con una extraña luz. Tengo que detenerme al sentir un vértigo nauseabundo.

El poder llama al poder, y mi mera presencia lo convoca como un imán atrae al rayo. El aire vibra, saturado de una fuerza densa. Soy lo que Artemia, con ese desprecio disfrazado de cautela, le gusta llamar bomba de relojería…, y estoy a punto de estallar. ¿Por qué no empezar desobedeciendo la norma más sagrada del aquelarre?

Aquí está la Dréada novata y, sin embargo, no debería estar aquí…

El vello de mis orejas se eriza, alerta, y la voz gutural se desvanece.

Escudriño la Simiente, buscando entre los huecos de los árboles la sombra de una amenaza.

—¿Quién osa importunarme? —pregunto con desgana.

Dirijo la vista al frente, y todos mis músculos se ponen rígidos cuando el contorno de un ánima escurridiza se alza sobre el altar, suspendida en el aire, profanando el lugar con un grito desgarrador.

Un manto negro, hecho de retazos de tela, cubre la figura esquelética del Espectro.

Solo una hermana que viene a ofrecer su ayuda…

—¿Desde cuándo un Espectro hace gala de tanta generosidad? Pensaba que a los buitres solo les interesaba reptar por la oscuridad lamiendo los desperdicios que encontráis por las esquinas. —Las mangas de su capa se levantan y unas zarpas surgen, veloces, hacia mi cara, acompañadas de otro estridente chillido que hace retroceder al Bosque Oscuro.

La Dréada novata ofende a sus antepasadas y, sin embargo, anhela el poder que no se le proporciona.

La avaricia es un pecado que se paga caro.

Nithium castiga a las Dréadas que son tan estúpidas como para dejar que el poder las consuma. Las castiga a vagar eternamente entre tinieblas. Así nacen los Espectros. Una inmortalidad disfrazada se encarga de terminar de perfilar sus deseos más ruines y perversos. Se convierten en seres miserables, profundamente egoístas, bestias vengativas que solo buscan placer en el caos. Así las llama Artemia: las hijas del caos.

—No me hace falta entender el lenguaje del bosque para llevar a cabo mi cometido. Conozco el conjuro, de modo que… —giro mi túnica en un gesto arrogante y poso ambas manos sobre el altar— gracias por ofrecerme una ayuda que no he pedido. Ahora desaparece.

El Espectro revolotea sobre la Simiente, deslizándose como un reptil hambriento.

La Dréada conoce el conjuro porque la Dréada ha robado pensamientos que no le pertenecen. Conoces el conjuro y, sin embargo, dudas porque pesan sobre ti las consecuencias de tus actos. Pero ¿qué decidirá la Dréada, la gloria o la mediocridad?

El Espectro no se equivoca.

Transportarme entre bosques es materia avanzada. Uno de los conjuros más refinados de la Serendipia Invertida, grabado en las cortezas mohosas de los árboles milenarios por la Conciencia de Nithium. Mis ojos no tienen la capacidad de leer sus runas y mis oídos no son bienvenidos en las profundidades de esta tierra, pero el Ciclo Benévolo guarda algún truco para introducirse en mentes débiles de débiles Dréadas.

—Gracias por la ayuda, Briviesca. La próxima vez esconde tus pensamientos en un lugar más seguro que tu cabeza.

Mis manos rozan la Simiente y un calor molesto me pellizca las yemas de los dedos.

El conjuro es tuyo, bébelo de la Simiente.

El Espectro gira en círculos sobre el altar con frenesí.

El conjuro te pertenece, solo toma el poder que es tuyo por derecho. Tómalo… y realiza el cántico.

Con la misma calma que uno de esos kakapos, agarro el corazón mineral de la Simiente como si quisiera arrancarlo de la tierra. La formación arcillosa permanece intacta. No obstante, mis ojos se tiñen de un azul centelleante cuando algo me atraviesa, como una lanza hecha de raíces antiguas. Tiemblan las copas de los árboles más altos. Mis pensamientos se multiplican y una legión de voces, de antes y de ahora, irrumpe en mi cabeza.

Entonces, mis labios se separan levemente y pronuncio el conjuro, llenando el Bosque Oscuro con una melodía que el tiempo casi ha olvidado:

El hilo que se corta y sigue conectado.
La raíz que crece donde no hay tierra.
El camino invisible que se recorre de aquí y allí.
La plataforma que aparece y desaparece.
El salto que une la oscuridad y el movimiento.
La canción que dejó de cantarse.

El silencio se estira como un alambre tenso hasta quebrarse. Y, de pronto, el caos me arrebata el control.

Las ramas de los árboles dejan de moverse y noto que me falta el aire. El oxígeno se esfuma y llevo mis manos a la garganta, desesperada. Intento gritar, pero apenas un hilo de voz me rasga la tráquea. Caigo al suelo, mis rodillas se golpean contra la tierra y, arrastrando mi cuerpo pesado, me acerco al altar, luchando por levantarme.

Los latidos del bosque empiezan a latir como una tormenta,

retumbando en mi cabeza. Repto por el suelo igual que un pez que salta del río a la tierra y siento cómo estoy muriendo. Puedo ver los soles y las lunas pasar de largo, haciendo que algo dentro de mí se vacíe y se rompa.

Me quedo boca arriba, perdida en la brecha de la arboleda, esperando el inevitable final, maldiciendo al Espectro que me rodea, absorbiendo a bocanadas mi poder.

La luz en el altar parpadea, apagándose. En su lugar, una neblina comienza a tomar la Simiente.

Los tambores golpean tres veces más, profundos y lentos. Y, luego, se hace un silencio. La muerte me alcanza; es cuestión de segundos. Puedo sentir la boca hambrienta del Espectro aproximándose a la mía.

No pasa nada y, de repente, ese bum-bum, bum-bum, bum-bum.

El latido del bosque ruge, y una ventisca cae sobre el claro con tal violencia que los árboles más próximos se parten por la mitad como cañas secas. El oxígeno regresa a mi cuerpo y doy una bocanada de aire para llenar mis pulmones.

—El altar —murmuro con la voz quebrada por el poder que me rodea.

La magia fluye intensa, generando un torbellino que empieza a arrasar con todo a su paso. Me incorporo con dificultad y corro hacia la Simiente abriéndome paso a través de la ventisca.

—¡Vamos! ¡Un poco más!

Cierro los ojos esperando un golpe de suerte y, de repente, un calor me toca la punta de los dedos. Los vuelvo a abrir y una luz cegadora me atrapa. Salgo volando y empiezo a dar vueltas a través del torbellino, con violencia. Mis manos intentan agarrarse a cualquier cosa, pero no hay nada a lo que poder aferrarme, solo el vacío y el rugido ensordecedor del viento que me envuelve. Mi

cuerpo se mueve de un lado a otro, y me cubro la cara esperando el impacto.

Mi cuerpo golpea contra un suelo arenoso.

—Eso ha dolido. —Me quejo con un leve gruñido. Una línea de sangre me cruza la frente, pero sonrío aliviada. Podría haber sido peor, podría haber pasado a la historia como la Dréada más nefasta de Nithium y, en cambio…, sigo viva. Con algún rasguño, pero de una pieza y con la voz perfecta para gritar—: Lo he conseguido. ¡Lo he conseguido!

El bosque está ahí, pero no es el mío. Este es un lugar antiguo, olvidado. Cientos de enredaderas se retuercen alrededor de otro altar. Los árboles son muy diferentes a los que conozco, con su piel de corteza gris y estrecha, adornados con espinas robustas y afiladas que se proyectan hacia el cielo. Este no es el Bosque Oscuro.

Paso un dedo por la tierra y me la llevo a la boca. Este bosque no está enfermo, está abandonado, y se alimenta del rincón más estéril y tedioso de este mundo.

—Espinas afiladas. La humedad y el calor sofocante. El regusto a magia seca…, he llegado al Bosque Trémulo.

Un torreón de humo asciende al oeste.

El aire lleva consigo una vibración extraña, un canto…, ¿no? No, no es un canto, una presencia. Mis oídos se tensan, captando voces entrelazadas, pero hay una que sobresale, temblorosa, con un poder devastador. Jamás he sentido algo igual, ni siquiera en Artemia.

Me concentro para encontrar la voz que ando buscando.

La voz a cuya dueña llaman la Dama Reminiscente.

Una Dama de nombre Sky.

12

> La mayoría de los forasteros, los bienvenidos, viajan a La Capital en busca de los placeres de la carne, proporcionados por las Bella Corazón y escondidos en el Mercado Noctámbulo. Mimetizados en los bajos fondos, disfrutan de su cuestionable oferta de ocio. El Teatro Maravilla es el espectáculo favorito de los visitantes. No son frecuentes las excursiones al norte. Pasado el río Muxi, empieza un conjunto de edificaciones imponentes por las que transitan los soles y las lunas sin miradas extrañas. Allí emerge el poder más elevado de Nithium: la Magistratura Magna, sede de la Aristocracia Escarlata.
>
> *Códice VIII: La ciudad que nunca duerme*, por el Maestre Louis

El Cronista

—Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac.

Tengo la espalda apoyada sobre una montaña de libros, apilados en mitad del estrecho pasillo que separa varias filas de literas. Sigo con atención el movimiento de las manecillas del reloj de bolsillo,

colgado sobre la tabla desgastada que hace de cabecero de la cama. Lo tomé prestado de la cámara del Maestre Louis durante el turno de limpieza hace tres soles.

Otro de mis talentos ocultos es hacer desaparecer objetos. Martin insiste en utilizar el calificativo de ladrón cuando se pone pesado señalando esta habilidad que me hace destacar por encima del resto de los cronistas. Pero los ladrones roban por codicia. Yo simplemente ayudo a que se cumpla la norma más sagrada de la Montaña: dejar atrás las cargas materiales y vivir con lo mínimo para centrarse en el saber de Nithium.

Hace un rato largo que los demás han colgado sus túnicas negras del perchero y se han refugiado del frío entre las pieles de sus camastros.

El dormitorio de los cronistas queda en la entreplanta de la Montaña Que Levita, el nivel más bajo de la residencia de piedra en el que permanecemos enclaustrados. El piso de arriba está reservado a los hombres con demencia senil e incontinencia urinaria.

Los Ancianos tienen cámaras individuales, con colchones cómodos y almohadas suaves, y descansan en la intimidad. A nosotros nos toca rompernos la espalda en jubones apretados, uno encima del otro, igual que la montaña de libros que me sostiene a mí ahora. Por suerte, en el dormitorio de los cronistas suele reinar el silencio, salvo por los gritos nocturnos de Bastian. Desde que llegó a la Montaña, han transcurrido más lunas que las que nadie llega a contar y no consigue expulsar los malos sueños. Martin cree que le quedan, por lo menos, otras cien lunas para conseguirlo.

Todos los cronistas hemos pasado por ello. A mí todavía me atormentan de vez en cuando, por eso voy a bajar por la Escalera. No quiero que desaparezcan para siempre, quiero saber por qué aparecen.

—Ahí está.

Una puerta se cierra en el piso de arriba. Me quedo mirando fijamente el techo. Más allá de la piedra, puedo imaginar los movimientos cansados del Maestre Louis recorriendo su cámara. Las pisadas de ese vejestorio hacen vibrar el suelo y la mismísima Montaña. Mi imaginación le sigue. Veo cómo abre un cajón y saca el ungüento para los pies. Usa grasa de ternero para hidratarse los talones, agrietados y con durezas.

—Absolutamente repugnante —digo reprimiendo una arcada.

Cuando termina, tiende la túnica en el borde de la cama, dedica un minuto de reloj a encomendarse al Khoen y deja el orinal cerca de la cama por si toca calmar la vejiga a altas horas de la noche.

—Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac. Tic-tac. —Al cabo de unos segundos, una respiración entrecortada y profunda pisotea nuestro dormitorio —. Comienza la aventura.

Saco a rastras el baúl que guardo debajo de mi cama y recojo varios cuadernos estropeados, un par de plumas y una docena de tinteros. Dejo todo lo demás: túnicas ajadas, varios sombreros puntiagudos, de copa alta, y otros objetos sustraídos. Me quedo solo con lo que necesito para el viaje, mucho papel y tinta de sobra para redactar el códice más completo e ilustrado de Nithium.

En el fondo del baúl, debajo del montón de túnicas, algo me llama la atención: el reflejo de una piedra preciosa. Frunzo el ceño y estiro el brazo para alcanzar el zafiro blanco.

Se trata del único objeto de valor que me pertenece, el único recuerdo de mi pasado, aunque no sepa exactamente qué es ni para qué sirve. Durante un tiempo me hizo sentir especial, hasta que supe que todos los demás escribas también tenían uno. Lo escondí donde no pudiera verlo, donde tampoco pudiera enfrentarme al hecho de que, incluso aquí, en la Montaña Que Levita, era uno más;

y yo no quiero ser como todos ellos.

Ladeo la cabeza ligeramente para echar un último vistazo al dormitorio en el que he pasado todas las lunas desde que…, bueno, desde que tengo memoria. Los cronistas duermen plácidamente, a pierna suelta. No les importa que Nithium esté en guerra, están convencidos de que la amenaza que crece en La Ciénaga no puede escalar el cielo. Se aferran a la falsa seguridad que ofrece la Montaña, a cambio, claro está, de servir a esa panda de reliquias con barba.

Prefieren vivir en la ignorancia. Temen rascar en la corteza del cerebro, no vaya a ser que sus pasados sean más aterradores que los malos sueños que los rondan mientras duermen. Unos cobardes, según mi razonamiento objetivo.

Escucho las manecillas del reloj advirtiéndome de que el tiempo corre. Vuelvo a mi camastro, retiro el aparato y escalo sigilosamente la escalerilla de la litera.

Encuentro a Martin con la boca abierta y los brazos retorcidos en una postura ridícula.

—Buena suerte, amigo. —Estiro los brazos y ato el reloj en su somier—. La vas a necesitar.

Doy media vuelta zapateando el suelo de camino a la salida.

Un nuevo sol está a punto de nacer en Nithium, y no pienso dejar que me pille tan arriba.

El viento sopla con fuerza y, a lo lejos, en la cara noreste de la Montaña Que Levita, los primeros rayos de luz rascan el cinturón montañoso que rodea el final de Nithium. De no ser por la corriente luminiscente que resquebraja el cielo, sería uno de los amaneceres más espectaculares que he visto en mis cortos años de cronista. El mundo celebra mi decisión de pirarme de una vez por todas de este

lugar con olor a madera y testosterona rancia.

Me asomo por la barandilla de metal y trago saliva al ver la Escalera. Apenas puede considerarse una escalera de verdad. La estructura es fina y endeble y se pierde entre un velo de nubes profundo y casi infinito. No sería el primer cronista envalentonado que pierde el equilibrio y se convierte en huesos y vísceras. Seiscientos cincuenta y dos escalones separan la Montaña del suelo. Un traspié y no lo cuento. Mis sueños se acabarían de golpe y porrazo. No podría llegar a tiempo al puerto de La Capital para contemplar el atraque de los barcos voladores de los Escuadrones VIII, IX y X. Ni perderme por las callejuelas perpendiculares que desembocan en el Teatro Maravilla. No podría pedirle a una Bella Corazón que recupere los fragmentos perdidos de mi corta memoria. Y viajar después hasta la Frontera para ver dónde acaba exactamente Nithium…

—Más me vale tener cuidado —murmuro apartando la vista de la corriente de luz antes de que me encandile.

El Despertar, así han denominado los Ancianos al fenómeno más importante de esta edad. Una amenaza que ocupará hojas y hojas de los códices que se escribirán de ahora en adelante, y escogen un nombre tan anodino. Esos vejestorios están perdiendo facultades, con un vocabulario que empieza a oler a naftalina. Me consuela pensar que no estaré aquí cuando sus corazones arrugados dejen de latir y haya que asearlos antes de que se conviertan en polvo. Contengo otra arcada que me sube por el gaznate.

Me pongo la capucha y cubro los ojos con las gafas de piloto que encontré en el Archivo.

—Estoy listo —digo terminando de anudar con fuerza las cuerdas alrededor de mi cuerpo. No puede quedar ni un solo pliegue de la túnica suelto.

Pego un brinco y me subo al murete en el que está anclada la Escalera.

Coloco los pies cuidadosamente en una barra endeble que hace de escalón. El vértigo me cosquillea las plantas de los pies. Las gachas de la cena me suben y me bajan en el estómago.

Siento una presión en la muñeca y pego un grito que se pierde entre la ventisca.

—¡¿Has perdido completamente el juicio?! —Los ojos marrones de Martin me observan desde el saliente, condenando mi acto de rebeldía desde la distancia—. Vas a perder todos tus derechos. Te llevarán al Bastión de los Ingratos a que te pudras el resto de los soles que te quedan de vida. ¿No te das cuenta de que vamos a ser castigados por tu culpa? Y todo para qué, ¿para que te maten a la primera de cambio? ¡Mírate, Milo! No sobrevivirías ni dos días ahí abajo. Eres un cronista, ¡un maldito cronista!

—¿Desde cuándo blasfemas, amigo? Vuelve al dormitorio, Martin —grito intentando que mi voz se escuche por encima de la ventolera —. Duerme y cuenta lo que has visto, no me importa. ¿De verdad crees que los Ancianos se tomarán las molestias de buscarme? Cuando el sol alcance la posición más alta romperán los barrotes y dejarán caer la Escalera. Quedaréis atrapados y yo seré libre de hacer lo que me plazca. Todos contentos.

—Sube, Milo. No tienes nada que hacer, tú lo sabes y yo lo sé. No te espera el mundo que crees. En *La Edad Oscura*, el Gran Maestre relata con riguroso detalle el día que el Escuadrón IX encontró toda una familia masacrada en el camino largo a Damaskia. A los más pequeños los quemaron. ¿La mujer? La violaron y después le rajaron el pescuezo —dice Martin sin percatarse de que sus pies ya están encima de la Escalera—. Los rebeldes están hambrientos, ya no son personas cívicas.

—Deja ya el drama. Quieres venir conmigo. Es eso, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no!

Martin abre la boca dispuesto a seguir poniéndome la cabeza como un bombo cuando las campanas suenan en toda la Montaña. Intercambiamos una mirada: la suya de pánico; la mía desafiante. Ambos sabemos lo que significa.

—Es ahora o nunca.

Y, sin decir nada más, los dos tomamos una decisión.

—Escucha lo que te voy a decir, Milo, cronista de la Montaña Que Levita. Te voy a odiar toda la vida por esto. ¿Me oyes? ¡Toda la vida!

Descendemos por la Escalera, bajamos peldaño a peldaño, ocultos entre las nubes vaporosas que se van replegando a medida que el sol se alza por detrás de la Montaña.

Martin baja con los ojos cerrados y las manos engarrotadas alrededor de la barandilla. Yo he soñado tantas veces con hacerlo que, cuando las nubes se dispersan y el viento retrocede, me quedo en mitad de la Escalera, en medio del cielo inmenso, para echar la vista atrás y contemplar, esta vez de cerca, el mundo a mis pies.

El acueducto que amuralla La Capital desaparece a medida que bajamos, pero se sigue viendo, en lo alto de la colina, el tridente robusto de la Magistratura Magna, seguido de centenares de tejados a dos aguas y del color de las cerezas. Son minúsculos a su lado, pero consiguen que los tres edificios de la Aristocracia Escarlata parezcan más intimidantes.

El viento nos da una tregua en el último tramo de la Escalera y sigo maravillado con el paisaje que tengo a mis espaldas, aunque no por mucho tiempo. La paz termina con un chirrido metálico y un movimiento brusco que provoca que Martin pierda el equilibrio por un instante.

—No puede ser, no puede ser. ¡Van a cortarla! ¡Justo ahora! —

grita, desesperado. Las nubes se arremolinan sobre nuestras cabezas ocultando la larguísima escalera por la que hemos descendido. La estructura cruje y se balancea peligrosamente.

—Son Ancianos, amigo. Necesitarán una jornada entera para cortarla —le tranquilizo, pero aun así bajamos todo lo más rápido que podemos.

No es que seamos los cronistas más atléticos, pero saltamos los peldaños de dos en dos con una agilidad pasmosa, propia de cualquier Custodio. El corazón me palpita con fuerza en el pecho y, aunque debería temer por mi vida, me gusta esta nueva sensación que tengo en el estómago.

Conozco un montón de palabras, más que cualquier persona corriente de Nithium. Sin embargo, no encuentro la adecuada para describir cómo me siento, de modo que lo primero que hago nada más tocar tierra firme es sentarme sobre una piedra, mojar la pluma y escribir en la primera página en blanco de mi códice.

> Escribo estas palabras en el octomilésimo tricentésimo nonagésimo octavo sol bajo el paraguas de la Edad del Glorioso Porvenir. Este día es el día en que yo, Milo, el cronista, y Martin, su fiel siervo y compañero de aventuras, hemos tocado la superficie de Nithium por primera vez en nuestra vida, al menos desde que alcanza la memoria de nuestro propio Archivo.
>
> No se percibe una agradable brisa, más bien un intenso olor a estiércol. Y me es imposible escuchar la melodía de los pájaros porque Martin —recuerdo: mi fiel e insufrible siervo— no cesa de maldecir y soltar improperios. Omitiré el hecho de que casi morimos aplastados por la Escalera, la única vía de comunicación con la Montaña Que Levita.
>
> Ya es oficial, la Montaña ha quedado completamente incomunicada. Por fortuna para mí, La Capital se encuentra a solo unas millas de nuestra posición. Me dispongo justo ahora a reemprender el paso hacia la ciudad. Por el momento, he decidido no contarle a Martin que no dispongo de un plan muy elaborado. No quiero que el pobre entre en pánico.

—Eres un insensato. Y un cínico. La persona más detestable que conozco. ¡Vamos a terminar en el Bastión de los Ingratos! Nos van a ahorcar. O peor, desterrados con esas mujeres salvajes. Acabas de condenarnos, maldito zoquete.

Actualización: Martin está sufriendo un episodio de pánico. Seguiré informando…

Milo el Cronista

13

> Llegará el día en que te toque enfrentarte a tu destino. Sea el que sea, cuando ocurra, que ocurrirá, no confíes en nadie. Duda de todo el mundo. Duda incluso de ti, Sky.
>
> Lección del Maestre Simon

SKY

El sol brilla con fuerza al otro lado de La Ciudadela. Dejo atrás la puerta medio derruida y me arranco las mangas vaporosas del vestido con un tirón.

El calor quema mis hombros desnudos. Me desplomo de rodillas al suelo, respirando por primera vez en mucho tiempo. Lleno los pulmones de aire y hundo las uñas en la tierra amarillenta. Su tacto áspero y desagradable funciona para saber que sigo atrapada en esta pesadilla.

Me levanto despacio, mirando La Ciudadela de frente por primera vez desde que maté a aquel Custodio y escapé. Apenas queda a una milla, pero lo que se alza ante mí es un espectro de lo que fue la fortaleza más segura de Nithium. La majestuosa silueta del palacio ha desaparecido, dejando tras de sí una montaña de escombros y

ceniza. Las llamas han consumido el primer anillo fronterizo y los puestos de vigilancia de los Custodios; las caballerizas y las galerías de armas han corrido la misma suerte.

Nada se mueve ni dentro ni fuera de La Ciudadela; es como si la tierra se hubiera tragado al Alto Emisario y a toda su comitiva. Si no fuera porque tienen a Alaric, la idea de verlos enterrados calmaría un poco la angustia que me oprime el pecho.

—Después de todo, el lugar más seguro de Nithium ha caído —murmuro, y mi propia voz se pierde cuando un runrún metálico retumba en el cielo.

Niego con la cabeza, inquieta, y doy vueltas por el extenso secarral que separa La Ciudadela del enredado Bosque Trémulo buscando entre las nubes, detrás de la cortina de humo que cubre la fortaleza, el origen de un ruido que me es conocido. Apenas tengo tiempo de entender qué ocurre. En cuestión de segundos, cuatro buques de la Aristocracia Escarlata desgarran la espesura negra cruzando el cielo a toda velocidad. Sus velas, teñidas de rojo carmesí, ondean al viento como lenguas de fuego, y en cada una brilla su insignia, bordada con hilo metálico que resplandece bajo la luz.

Vienen a por mí. Con toda su fuerza.

Desde el principio, el plan del Alto Emisario pasaba por destruir La Ciudadela y capturarme, para que el Khoen pudiera exhibirme en uno de sus espectáculos sangrientos. Jamás contemplaron llevarme a los confines de Nithium para hacer frente a la Mujer sin Rostro. ¿Por qué? ¿Qué valor tengo realmente para ellos? ¿Pretendían matarme en público? ¿Exhibirme como un trofeo? ¿O usarme para algo aún peor, algo que no alcanzo a imaginar? La pregunta revolotea en mi cabeza desde que comenzó este infierno. Y, cuanto más lo pienso, más se multiplican las dudas, como si la verdad

estuviera oculta tras un velo denso que tengo delante de mis narices, pero que no lo puedo arrancar de una maldita vez.

Las embarcaciones dejan el rastro luminiscente del elanthar, pequeñas corrientes de espuma pintadas sobre una bóveda celeste. Descienden con cautela, con movimientos medidos para no colisionar contra la explanada de arena.

Aterrizan más allá de la fortificación, desplegando la fuerza de la Aristocracia Escarlata alrededor de la ciudad amurallada. La mitad del ejército de La Capital está trabajando a destajo para encontrarme. Me he convertido oficialmente en una fugitiva, y la idea de haberlo conseguido me estira los labios en una sonrisa que apenas dura un segundo.

Debo moverme. Ahora.

Antes de marcharme, dedico un último vistazo a la jaula de arena y arcilla que durante diecinueve años de mi vida ha sido mi casa. Debería estar triste, sentir un vacío enorme en el pecho y, sin embargo, lo que sea que ha despertado dentro de mí se mueve sin parar, como una corriente llena de rabia. Y otro sentimiento que siempre ha estado ahí, pero que ha crecido hasta convertirse en una bola enorme. Un impulso que me está arrastrando poco a poco a un rincón cubierto de tinieblas que he encontrado en mi propio corazón.

—¿Quién es…?

Una figura asoma desde la linde del bosque. Se cubre el cabello con una capucha que no termina de domar un pelo ondulado y voluminoso. Tampoco oculta su rostro de facciones oscuras y afiladas. Me observa atentamente con unos ojos tan azules como el color del Océano Inmenso, resplandecientes, con el poder de ver más allá de los árboles, los ríos y las montañas. Su boca se mueve, murmura en susurros. Parece que está diciendo algo y, de repente, echa a volar.

La mujer pega un salto y se eleva por encima de las copas arrugadas y puntiagudas del Bosque Trémulo. El corazón me da un vuelco cuando la veo. No tiene alas y, sin embargo, levita. Su pelo negro y rizado flota a su alrededor. Cae con elegancia, posando sus pies descalzos sobre la tierra seca, a escasos metros de mí.

Hasta la persona más estúpida de Nithium reconocería en un instante a la Dréada que tengo delante de mis narices.

Guiada por el instinto, desenvaino a Promesa y empuño la espada con torpeza.

—No te acerques, te lo advierto. No des un paso más.

La mujer estira levemente los labios en una sonrisa, dedicándome a continuación una mirada gélida que me provoca un escalofrío en todo el cuerpo.

—De modo que esta eres tú. —Su voz es profunda, áspera, segura, con un marcado seseo al final de cada palabra—. Admito que, después de todas las molestias que me he tomado, esperaba algo más de la Dama Reminiscente. No sé, una chica más alta, más fuerte. Con una belleza menos obvia. ¿Cómo decirlo? Alguien que no resulte ser una completa decepción.

—Eres… Eres una Dréada… —suelto finalmente, con la voz entrecortada.

—Bien visto, por lo menos muestras algo de inteligencia. Mis hermanas, por supuesto, cuestionarían tal afirmación, pero sí, a efectos prácticos, a todos los efectos, soy la última Dréada nacida de las raíces de Nithium. ¿Tienes alguna pregunta más? No deberíamos demorarnos. Cuanto antes volvamos a la Simiente, antes llegaremos al Bosque Oscuro.

—¿Al Bosque Oscuro? No voy a ir contigo a ninguna parte —digo.

Me tiemblan las manos, apenas puedo mantener la espada levantada, pero fuerzo la voz para sonar amenazante. Por supuesto,

eso no ocurre.

La Dréada aparta la vista y sus ojos se clavan en La Ciudadela, en lo que queda de ella.

—No soy la única que te busca. Tiene sentido. —El iris de sus ojos se oscurece, pasando de un azul intenso a un azul marino casi negro. Parece concentrada. La expresión de su rostro se ensombrece al reparar en el emblema de la Aristocracia Escarlata grabado en la madera, el metal y la tela que cubren sus barcos voladores—. Y pensaba que yo había tenido una noche complicada. ¿Esos… *hombres*… te han hecho daño?

—¿Cómo cruzaste la Frontera? Se supone que no deberías estar aquí. Os expulsaron de Nithium por una buena razón. Hace mucho. El Maestre Simon me lo contó. Vuestra historia está manchada de sangre… y fuego.

Retrocedo un paso, con la hoja de Promesa apuntándole al pecho.

—La historia de mi Aquelarre me aburre soberanamente, pero, como veo que te gustan las historias, te voy a contar la de tu vida… tal y como se va a escribir en los próximos minutos —dice señalándome con sus uñas, largas como cuchillas—. A la Dama Reminiscente se le presentan ahora dos senderos. El primero, aunque desaconsejable: das media vuelta y pides misericordia. No obstante, te lo advierto, las voces que llegan de La Ciudadela no velan por tu bienestar. Es curioso, pero, desde que puedo oírlas, solo hablan de las cosas horribles que quieren hacerte.

La Dréada gira la cabeza a un lado y escupe al suelo, como si estuviera deshaciéndose de un regusto amargo.

—¿Y el segundo? —me atrevo a preguntar.

Soy muy consciente de que regresar a La Ciudadela no solo es imprudente, es imposible.

La Dréada hace un leve movimiento con la cabeza y sus ojos

vuelven a adquirir ese fulgor azul.

—El otro sendero, ¡cierto! Nos adentramos en el Bosque Trémulo. La Simiente queda en el centro de este secarral. Las espinas son un incordio, pero a paso ligero llegaremos antes de la próxima luna. Para el nuevo día estaremos en el Bosque Oscuro y tu destino quedará en manos de Artemia. Esa mujer es un verdadero fastidio, créeme, pero no desaprovechará la oportunidad de… utilizarte. A fin de cuentas, estás marcada desde tu nacimiento, ¿no?

El Maestre Simon solía contarme historias sobre las Dréadas más allá de la Frontera. Decía que vivían en comunidad, agrupadas en aquelarres, gobernadas por la Dréada con la línea de tiempo más larga. Extraían su magia directamente de las raíces de Nithium, aunque nadie sabía bien hasta dónde llegaban sus poderes. No obedecen a la Aristocracia Escarlata. No cumplen con sus normas ni respetan sus mandamientos. De hecho, su odio a ellos los ha llevado a estar donde están, desterradas, alejadas de la civilización, condenadas a ser las primeras en sufrir la ira de La Ciénaga cuando la Mujer sin Rostro despierte…

—Estáis en peligro. Por eso has venido. *Ella* va a por vosotras. Recuerdo perfectamente ese extracto del *Códice III*. No solo os separaron del mundo; os desterraron al lugar más próximo a La Ciénaga. Solo sois un cebo.

La Dréada pestañea dos veces y me fulmina con la mirada.

—Su ponzoña no tardará en cruzar los muros altos que habéis construido. Nosotros caeremos las primeras, pero ¿qué pasará cuando su veneno cruce la Frontera? Solo la elegida puede detenerla, aquella con el don de las Reminiscentes. ¿Me equivoco? Estás en la obligación de parar a la Mujer Sin Rostro.

Con un suave movimiento de su túnica, la Dréada se gira con elegancia, deshaciendo el camino hacia el bosque. Yo me quedo

quieta. Todavía agarro con fuerza la empuñadura de Promesa.

—No voy a volver a La Ciudadela —respondo, menos convencida de lo que me gustaría.

—Chica lista, has tomado una buenísima deci…

—Y tampoco voy a ir contigo a ninguna parte. —La Dréada se detiene en seco—. Lo siento, pero mis días de obediencia han terminado. Me dirijo a Damaskia, mi hermana me necesita. No me malinterpretes, conozco mi destino. Pero solo cuando la encuentre consideraré la idea estúpida de morir por ese propósito decisivo que todos parecen conocer menos yo.

—Qué entrañable. —Una carcajada le tiembla en el pecho, escapando apenas como un suspiro burlón entre los labios apretados —. Te aferras a la ilusión de tener elección, como una niña estúpida que juega a ser reina en un trono hecho de madera que se cae a pedazos.

—¿Te hace gracia? —pregunto.

Gira suavemente la cabeza y me estremezco al ver que sus pupilas se han comido el iris de sus ojos, abriéndose como dos abismos negros y centelleantes.

—Dama Reminiscente —el susurro de su voz retumba en mi mente, como si se colara en mi cabeza—, ¿de verdad te ha dado la impresión de que estaba negociando contigo?

Pestañeo dos veces y, de pronto, la sombra de la Dréada se funde con el aire. Se mueve tan rápido que apenas puedo seguirla. Siento un calor sofocante en la nuca. Está justo detrás de mí, su uña afilada apuntando a mi piel, con una llama diminuta danzando en la punta.

—Por cierto, mi nombre es Nairobi. No quiero empezar esta relación accidentalmente forzada dando la impresión de que soy una maleducada… Ahora camina.

14

Los cartógrafos afirman que tres son los bosques que atesora Nithium. El inestable y puntiagudo Bosque Trémulo, situado en la comarca yerma de Arety; la arboleda flotante que custodia el Océano Inmenso, en el archipiélago del Albor, también conocida como el Bosque Azul; y el misterioso Bosque Oscuro, oculto más allá de la Frontera, casi en el último rincón de los confines de nuestro mundo, pero no perforado por el Abismo. Cabe destacar, por último, y por pura curiosidad, los datos recopilados por Floyd Muser, un cartógrafo no reconocido por los Ancianos de la Montaña Que Levita. Este asegura que Nithium esconde un cuarto bosque, un espacio ubicado en un punto inexistente. No se llega a él por tierra, aire o mar. No está en ninguna parte y, aun así, existe. O eso dijo una vez este cartógrafo renegado. Lo llamó el Bosque Reminiscente.

Códice I: El origen de Nithium,
por el Primer Maestre

—Deja de gimotear —masculla Nairobi con un deje de fastidio en la voz—. ¿Es la primera vez que pisas el bosque?

La Dréada continúa a mi lado apuntándome con su dedo ardiente. Puedo sentir el calor acariciándome el cuello mientras avanzo despacio, con cautela, por si decide abrasarme, esperando que pase cualquier cosa en cualquier momento.

—¿Es la primera vez que secuestras a una Dama Reminiscente?

Nairobi agita la mano y la llama flotante se desvanece.

—Deberías saber que no ha habido muchas como tú. Si no recuerdo mal, vuestra esperanza de vida es corta, casi efímera. ¿A qué edad empezaron a perder la cabeza las que fueron antes que tú, a los quince? ¿Cómo fue, se tiraron desde lo alto de una torre? ¿Se echaron la soga al cuello y se ahorcaron? Eres una privilegiada. Ahora que La Ciénaga se ha convertido en una molestia real, puedes ahorrarte el pensar en las diferentes maneras en las que morir.

—¿Privilegiada dices? Tú no sabes nada de mí.

—¿Crees que no lo sé? La maldición que os persigue también se conoce en el Condado Desconocido de Elyar —dice con indiferencia —. Mujeres que se sumergen en una locura interminable porque no pueden conciliar el sueño. Casi parece una broma de mal gusto. Ellas terminan enterradas bajo tierra, alimentando gusanos, mientras los hombres que las acompañan se pasean con total impunidad por vuestros hogares. Al menos tu madre mostró algo de lucidez al llevarse consigo al último Consorte.

—Cállate de una vez.

—¿Echas de menos a papá? No te ofendas, pero tu madre nos hizo un favor a todos condenándolo al mismo final que ella. Un mortal menos en este mundo tedioso.

—¡Cómo te atreves! —Levanto la mano dispuesta a golpear su

rostro, pero Nairobi es más rápida. Intercepta el golpe y sus dedos alargados se cierran alrededor de mi muñeca, estrujándola con fuerza.

—¿He herido tu pobre corazón? ¿Necesitas que hinque rodilla y te pida perdón? Pobre de ti, otra dama maldita e incomprendida. —Entorna los ojos, pestañeando con exageración y simulando un sollozo que no termina de arrancar—. ¿Crees que debería tener más tacto? Te confieso que la empatía no es la mejor de mis virtudes. Y desde luego tampoco lo es la paciencia. El mundo se acaba, Dama Reminiscente. El tiempo apremia y no vamos a malgastarlo con conversaciones insignificantes. Colabora, haz lo que te digo y pronto serás libre. Hazme caso, la palabra de una Dréada vale más que la de cualquiera que merodea por estas tierras.

—Entonces no valdrá mucho.

No volvemos a dirigirnos la palabra durante el resto del camino. Asumo que he pasado de ser una fugitiva buscada por la Aristocracia Escarlata a la cautiva de una Dréada; es mejor escuchar cómo el Bosque Trémulo respira a su manera que prestarle atención.

Las ramas se estiran como si buscaran atraparnos, coronadas de espinas largas que relucen con un brillo húmedo. De cuando en cuando, una raíz luminosa atraviesa el suelo y se hunde otra vez en la penumbra. La luz parece surgir de la nada, como si alguien hubiera atrapado pedazos de la luna antigua entre las hojas. El aire vibra con un murmullo, un zumbido que proviene del propio bosque. Agarro una hoja que flota en lugar de caer. Destila unas gotas traslúcidas, que se quedan suspendidas a media altura hasta que se disuelven en un destello fugaz.

—Nunca imaginé que el Bosque Trémulo fuera así… Es precioso.

—Es un cementerio —responde—. Camina. En silencio.

—Vale, veo que no eres una gran conversadora.

—¿En esta parte del mundo no os han enseñado el significado del silencio?

—Está bien, entendido. Cierro la boca.

A veces el terreno también se abre en grietas estrechas de las que brota un resplandor azulado, y en el interior se distinguen filamentos que laten como si fueran venas. El suelo parece esconder algo que está vivo, una criatura inmensa que se revuelve con lentitud bajo la corteza de la tierra.

—¡Debería estar aquí!

—¿No estábamos practicando el silencio?

Nairobi me lanza una mirada asesina.

—Aquí, aquí debería estar. ¡El maldito bosque se ha movido!

—Siento decirte que el Bosque Trémulo siempre ha estado aquí, en la misma posición. No sé qué buscas, pero…

Según Nairobi, tenemos que encontrar la Simiente. No me ha explicado qué demonios es, y tampoco quiero insistir. Dice que es la única manera de saltar de un bosque a otro como si atravesáramos un simple charco. «No está en sus cabales», pienso, pero no puedo evitar que un escalofrío me suba por la espalda al imaginarlo. Puede ser posible si ella está ahora aquí, delante de mis narices.

Si una Dréada es capaz de atravesar los límites del Bosque Oscuro y aparecer en cualquier rincón de Nithium, ¿qué se lo impide a otras criaturas?

—Deprisa, ponte detrás de mí.

—Ya estoy detrás de ti —respondo, irritada.

Aunque está justo frente a mí, su voz se disuelve cuando el aire cambia.

Algo lo ha contaminado.

Y, entonces, aparece de la nada.

Una figura envuelta en harapos negros y rotos desciende desde

las copas postradas del Bosque Trémulo con un grito estremecedor. Su capa, desgarrada y flotante, se agita como si tuviera vida propia.

—Definitivamente, hoy no es un buen día.

—Nairobi… ¿Qué…?, ¿qué es esa *cosa*?

La Dréada se gira y, con gesto de fastidio, dice:

—Un Espectro —responde en un susurro ronco—. Maldita sea, ha tenido que seguir el rastro del conjuro.

El Espectro emite otro chillido agudo antes de lanzarse hacia mí con una velocidad imposible. Me quedo paralizada sintiendo cómo algo, el maldito don, se mueve dentro de mí, como si tratara de escapar desesperadamente.

Nairobi gira en el aire, como una espiral, interponiéndose entre el Espectro y yo. Sus manos se alzan, y de sus palmas brota un fuego que chispea con ganas. Las llamas cortan el aire y empujan al Espectro hacia atrás.

¡La Dréada novata debe apartarse! ¡La Dréada tiene que dejarme beber de ella!

—Atrás, carroñero. —Los puños de Nairobi se encienden, subiendo todavía más la temperatura del paisaje árido—. No podías hacer tus cosas de parásito lejos de mí, tenías que complicarme la vida un poco más.

La criatura se retuerce y libera un nuevo chillido. Esta vez, apunta a Nairobi. Se abalanza sobre ella con las zarpas levantadas. Grita con tanta rabia que los árboles se tambalean.

Tan joven y, sin embargo, tan cerca de la muerte.

El Espectro sisea, clavando sus garras en los hombros de Nairobi, que profiere un grito de dolor.

Me nutriré primero de ti. Después lo beberé todo de ella.

—Y una mierda.

Sin pensarlo, corro, con Promesa ardiendo en mi mano, latiendo al

mismo compás que mi corazón. Cuando el Espectro busca abrirle un hueco en el pecho a Nairobi, doy un paso con decisión, uno solo, y clavo la hoja con todas mis fuerzas sobre su espalda, con la misma fuerza que hice horas antes con aquel Custodio.

La espada atraviesa la capa y una especie de vacío. No hay carne y tampoco se derrama sangre. Sin embargo, lanza un último grito, agudo e inhumano. El Espectro se retuerce en el aire y se deshace en una nube de sombras que se disipan, dejando atrás un rastro luminiscente.

Estoy jadeando, con los brazos temblando y Promesa aún extendida. Las piernas me tiemblan, las rodillas amenazan con ceder y la cabeza me martillea con un dolor horrible.

Nairobi se gira sacudiéndose las mangas. Me mira de arriba abajo con una expresión de asombro.

—Tus venas —me señala cuando la luz retrocede y termina apagándose en mis manos.

—No sé qué he hecho.

Nairobi sacude las manos con despreocupación.

—Salvarme el pescuezo, pero no esperes una muestra de agradecimiento. Suficiente humillación ha sido ya que una princesita se entrometa cuando estoy en apuros.

—Eres insoportable, ¿lo sabías? —Resoplo, todavía con la respiración entrecortada—. Si no hubiese intervenido esa *cosa*, te habría hecho trizas.

Mis ojos se deslizan por el cinturón de Nairobi. Los abro como platos cuando reparo en la bota de agua que cuelga de él.

—Toma, bebe. —Arranca la bota de un tirón y me la ofrece. Cuando me quiero dar cuenta, estoy bebiendo a borbotones, con el agua cayéndome por la barbilla—. No la desperdicies. Y come algo, tienes un aspecto lamentable. Lo último que quiero es que el

aquelarre piense que te he matado de hambre… ¿Te sirven unas tortas de maíz?

—Gra…, gracias.

Nairobi vuelve a abrocharse el cinturón y sacude la capa de su túnica con elegancia.

—No me las des, como has visto hay horrores peores que esos «amigos» tuyos de La Ciudadela. Aunque lo pienses, por suerte para ti, no soy ningún monstruo.

—Si no eres un monstruo, no tendrás ningún problema en dejarme marchar.

—¿Osas insultar mi inteligencia? Por supuesto que no. Sigue caminando.

Y vuelve a apuntarme con las cinco puntas de sus dedos encendidas en fuego.

Con el siguiente atardecer, el color de la tierra cambia, tan negra como el carbón. Las espinas de los arbustos crecen y se entrelazan con el follaje de los árboles, tan gruesas como los proyectiles que los Custodios disparan desde los cañones de La Ciudadela, ahora inservibles.

La temperatura baja varios grados y la bruma se levanta espesa, cubriendo el suelo y arremolinándose alrededor de las zarzas y las enredaderas que se elevan hasta el cielo en trenzas gruesas y punzantes, dificultando la entrada de los últimos rayos del sol. Parece que la oscuridad vaya a devorarnos en un abrir y cerrar los ojos.

Lo que tengo delante de mis narices no se parece en nada a La Ciudadela ni a sus atardeceres ardientes ni al polvo que respira, y eso me encanta. Un pequeño oasis de espinas en la región de Araty.

—No se escucha nada. Nada de nada. —El eco de mi voz se pierde

entre la espesura del bosque—. Solo hay silencio.

Nairobi da una zancada y se pone a mi lado. Se ha vuelto a cubrir el pelo con la capucha, apenas le veo de refilón la nariz. Sus ojos se han ensanchado y están tan azules que iluminan el sendero que tenemos que transitar.

—El bosque duerme. Duerme desde hace muchos soles y muchas lunas. Duerme desde…

—Desde que lo abandonasteis.

—Desde que nos fue arrebatado, si me permites la aclaración. Mis hermanas montarían en cólera con tal afirmación. A mí, si te soy sincera, me es indiferente. Aquello fue en otra edad. Yo ni siquiera era una semilla. Soy la última Dréada de Nithium, ¿recuerdas? No llegué a tiempo para ayudarlas antes de que vuestro Khoen convirtiera en cenizas a la anterior lideresa y nos pegara la patada.

—¿Es cierto que nacéis de la tierra? —pruebo a preguntar—. Es decir, lo sé. Os he estudiado, pero… ¿de la mismísima tierra?

—De la mismísima tierra. Nacemos jóvenes y lozanas, pero cubiertas de barro y completamente ciegas. La visión no se nos otorga hasta que aprendemos a movernos entre las sombras con cierta soltura.

—¿No veis nada de nada?

—Y mudas. El bosque solo te brinda su confianza cuando estás preparada para asumir tu rol dentro de la comunidad. Así, digamos, que se aseguran que el poder no te corrompa. —Nairobi me mira de soslayo mientras nuestros pasos se guían solos a través de un rastro que en otra época fue un camino—. ¿Sabes lo que ocurre cuando el poder consume a una Dréada?

—El Espectro.

—Muy bien, Reminiscente. Para ser una humana corriente no está nada mal tu uso de la lógica.

Nairobi estira levemente los labios para decir algo más, pero algo la distrae.

—¿Ocurre algo? —pregunto—. Dime que no es otra criatura de esas…

En el bosque, sin embargo, continúa reinando el silencio.

—Calla, no digas nada. No… digas… nada. —De pronto, suena un fuerte estruendo. Procede de las profundidades del bosque. Nairobi y yo intercambiamos una mirada de inquietud—. Rápido, cógeme la mano.

Doy un paso hacia Nairobi cuando el suelo se agita con fuerza, como si estuviera convulsionando.

—¿Qué está pasando? —pregunto, pero el rugir del Bosque Trémulo es ensordecedor.

Tiembla bajo mis pies, primero con una ligera vibración y después con sacudidas violentas. Las trenzas espinosas se balancean en el aire como serpientes aladas. La tierra cruje y los árboles se mueven de un lado a otro levantando el polvo, removiendo las raíces.

Nairobi me vuelve a ofrecer su mano, pero pierdo el equilibrio y caigo al suelo. El bosque me arrastra, igual que la resaca del mar, violenta y caótica. Entonces, igual que ha venido, retrocede, devolviendo ese silencio aparentemente inofensivo.

—No me mires así… El bosque duerme, pero hasta los árboles sueñan —dice Nairobi mientras vuelve a sacudirse la falda, espantando los restos de tierra que se le han pegado al caer—. Vamos, tenemos que encontrar la Simiente antes de que… ¡¿Otra vez?!

La senda ha desaparecido. El Bosque Trémulo no es el mismo. El desorden de la arboleda ha vuelto a cambiar. Nada está en el mismo lugar, solo prevalece el caos de espinas y trepaderas.

—No podemos seguir, nos ha cortado el paso.

—Quiere que demos un rodeo, de modo que un rodeo daremos —dice a regañadientes—. Cada bosque tiene su singularidad, una magnífica y fastidiosa singularidad.

A pesar de que el bosque ha borrado el camino, Nairobi puede traspasar obstáculos y recortar distancias con sus ojos azules. Además puede rastrear la magia a través del olfato. Dice que el lugar al que vamos es una especie de lugar sagrado. Si fuera un objeto, tendría la misma forma que la bota que le cuelga del cinturón. Y lo necesita para regresar al lugar del que viene.

—¿Cuántas Dréadas sois? Quiero decir, un aquelarre, ¿tiene un límite de personas? —pregunto, intrigada.

—Tanta palabrería me está levantando dolor de cabeza —protesta ladeando la cabeza—. No funciona así, no exactamente. Las Dréadas nacemos de la tierra, de las raíces de los árboles. Y Nithium decide cuándo. Antes el aquelarre era muy numeroso. Creo que llegaron a ser unas veinte. Las Dréadas brotaban cada lustro. Imagina el fastidio, la convivencia se me haría insoportable. Las que somos ahora somos más que suficientes.

Nairobi, sin embargo, agacha la cabeza y su expresión se oscurece. Está recordando lo que todo el mundo sabe, que el pasado de las Dréadas está manchado de sangre. Que son las que son porque muchas murieron.

—¿Sabes? Cuando mi vida era normal, y te estoy hablando de antes de ayer, peleaba mucho con el Maestre Simon por vosotras. No terminaba de entender por qué las cosas se pusieron feas. No me mires así, no me tomes por tonta, me sé la historia. Lo único que he hecho durante años ha sido leer libros, uno detrás de otro. El Maestre Simon era un buen hombre. El mejor que conozco, pero los Ancianos son de ideas fijas. No ven más allá de lo que escriben en sus códices, o les dicen que escriban.

—¿La Dama Reminiscente interesada en el bienestar del aquelarre? Quién lo diría. Al final vas a estar realmente loca. Me atrevería a decir que incluso usas la cabeza para algo más que para elegir un vestido bonito.

—¿Te parece que me interesan los vestidos bonitos? —Me detengo y le dedico una mirada vacilante.

—¡Y hasta sabes usar el sarcasmo! —celebra Nairobi.

Gruño entre dientes y reemprendo la marcha hacia las profundidades del Bosque Trémulo.

—Espera, ¿por qué has dicho «era»? —pregunta Nairobi con curiosidad.

—¿Cómo dices?

—Ese tal Maestre Simon. Has dicho que «era un buen hombre». ¿Acaso ya no lo es?

—No, no es eso.

—¿Está de regreso a esa montaña suspendida en el aire o es que se lo han tragado las raíces? Artemia dice que esos viejos se aferran a la vida como víboras.

Ahora soy yo quien agacha la cabeza.

Mi mente vuelve a recrear la escena en el patio de La Ciudadela. El cuerpo débil del Maestre Simon tendido sobre los adoquines, con la cara salpicada de su propia sangre. Con los ojos abiertos y vacíos de luz.

—El Maestre Simon se encargaba de enseñarme. Nuestra enseñanza siempre ha sido cosa de los Ancianos de la Montaña.

«Él ha estado conmigo desde siempre, desde que recuerdo», quiero decir. Desde el principio, y ya no está aquí.

—Y ha muerto.

Una punzada me atraviesa el pecho. Algo dentro de mí se ha vuelto a resquebrajar, y duele. Duele mucho.

—Lo han mata… Ellos lo…

—Entiendo, tema delicado —exclama ella de pronto haciendo muchos aspavientos—. No hace falta entrar en detalles. Eso desencadenaría en un episodio lacrimógeno que, no te ofendas, detesto. ¿Qué tal si seguimos en silencio el camino que nos queda? Para una primera toma de contacto creo que ya nos hemos conocido lo suficiente, no forcemos.

Su crueldad y total falta de humanidad me pillan por sorpresa. Pero el orgullo me empuja a seguir erguida. Me sorbo los mocos y aprieto con fuerza las pestañas, conteniendo las lágrimas que están a punto de resbalar de mis ojos.

—Necesito parar un momento.

Los labios de Nairobi se abren, preparados para replicar, pero yo ya estoy sentada en el suelo, con la espalda apoyada sobre el tronco más grueso que encuentro entre la maleza.

—¿Ahora quieres dormir? La Simiente no está lejos. Ya descansarás cuando…, cuando el destino lo vea conveniente. —Cierro los ojos y respiro hondo—. El bosque podría revolverse de nuevo, y no queremos eso, ¿verdad? Vamos, ¡levántate! —Desoigo su orden y me acomodo en la base del árbol—. ¿Quieres hacerlo por las malas? Por las malas lo haremos.

Una luz parpadea en la penumbra. Abro los ojos y contemplo con calma a Nairobi. Me está apuntando con ambas manos, jugueteando con el fuego alrededor de sus dedos. Sus ojos se clavan en los míos, desafiantes.

—Quémame si quieres, aunque espera. De poco te serviría muerta, ¿verdad?

Nairobi me lanza una mirada severa.

—Muerta no, pero no perdería nada cortándote esa lengua molesta o cosiéndote la boca. De hecho, me daría cierto placer hacer

cualquiera de las dos cosas. —Escupe las palabras como flechas, rápidas y con la intención de herir. Al cabo de un rato, se da por vencida, se sienta sobre una piedra y se descubre el rostro.

Observo las sombras en sus ojos y el sudor que le perla la frente. Las líneas de expresión le han brotado de repente, como si el bosque le hubiera impuesto diez años de golpe.

—Tú también deberías intentar descansar, no tienes buena cara.

—No eres la única que ha tenido una noche larga. Ahora aprovecha este tiempo muerto que te doy. Considéralo un regalo de parte del aquelarre —dice Nairobi antes de volver a ocultar su cara bajo la capucha de su túnica y apoyar la cabeza sobre sus rodillas—, antes de hacer lo que tienes que hacer.

La calma que me brinda el Bosque Trémulo no tarda en causar un efecto sedante sobre mí. Aunque el peligro me rodea por todas partes, mi cuerpo se relaja por puro agotamiento y enseguida se instala un sueño profundo a los dos lados de mis oídos.

No sé muy bien cuánto tiempo tardo en dormirme, pero caigo rápido.

La oscuridad me atrapa de inmediato, como el manto negro que cubría la silueta esquelética del Espectro. Me envuelve con una fuerza brutal, y, con las manos temblorosas, intento deshacerme de ella. De repente, la negrura se disuelve y me encuentro de nuevo en la sala del hielo. Ahora estoy al otro lado, justo detrás de un trono helado que se alza imponente hacia una cúpula descorchada.

—¿Eres tú? —pregunto con los brazos cruzados para calmar el frío.

Me tapo los oídos al escuchar unas uñas arañando el hielo. Las garras de la Mujer sin Rostro se aferran al borde del trono como un animal, dejando a la vista su melena blanca como la nieve y una capa transparente que la envuelve y se funde con la estancia

congelada.

No les des la espalda, ya vuelven…,
están por todas partes.

La Mujer sin Rostro suelta una carcajada que me hace estremecer.

—¡¿Quién eres?! ¡¿Qué es este lugar?!

Están en todas partes…
y van a destruirlo todo.

Aporrean el portón que se encuentra al fondo de la sala. La Mujer sin Rostro suelta un silbido estridente y se agarra al trono de hielo, preparada para saltar y atacar. La vuelven a golpear, esta vez acompañado de unos gritos que escucho, pero que no soy capaz de entender. Gritan desde el otro lado, muy cerca, pero no entiendo lo que dicen, no con nitidez. A veces son varias voces, gritos ahogados y murmullos que acompañan palabras de una lengua que no conozco. Otras, solo hay una, la de una mujer.

—Alguien llama a la puerta —digo en un murmullo.

Entonces ocurre.

Hay un gran estruendo, casi ensordecedor. El suelo tiembla violentamente y las lámparas de araña se descuelgan del techo haciéndose añicos contra el mármol congelado. Cuando el portón se abre y una luz azul cubre la sala, la Mujer sin Rostro emite un sonido extraño, metálico.

Lo primero que veo al despertar son los ojos de Nairobi, bien abiertos y fijos en mí. Ya no estoy en la sala esculpida por el hielo. He vuelto al Bosque Trémulo.

Nairobi me habla, a gritos, pero no alcanzo a escucharla por el ruido atronador que hay a mi alrededor.

Porque el suelo no deja de temblar. Porque la luz ha mutado en un

resplandor naranja y brillante que se filtra entre los huecos de los árboles. Porque el ataque viene desde las alturas. Porque el Bosque Trémulo ha despertado… y se retuerce de dolor.

15

> La Aristocracia Escarlata es la ley. La Aristocracia Escarlata educa, controla y protege. La Aristocracia Escarlata asume el poder más elevado. La Aristocracia Escarlata imparte obediencia, moral y decoro. La Aristocracia Escarlata es todo. La Aristocracia Escarlata puede con todo.
>
> *Códice IV: La Aristocracia Escarlata*,
> por el Maestre Benedicto

SKY

Sin perder un segundo, Nairobi me agarra de la mano y tira de mí con fuerza obligándome a seguirla a través del bosque. Corremos hacia el interior de la arboleda punzante mientras la misma secuencia de terror se repite una y otra vez.

Los cañones suenan primero. El ruido es tan ensordecedor que el bosque emite un leve temblor cada vez que los navíos descargan su furia por encima del mar verdoso y salpicado de espinas. Le sigue un largo estallido, el proyectil colisionando contra la superficie, y después un grito desgarrador que llega desde las entrañas, como si el propio bosque llorara de dolor.

—Lo están matando —dice Nairobi llevándose las manos al pecho. Tiene la mirada desencajada y, por primera vez desde que se ha cruzado en mi camino, la veo realmente asustada.

—Me buscan a mí —confieso, y la culpa me oprime las paredes de la garganta—. Es culpa mía.

—No seas tan estúpida. Esos… *hombres*… están quemando el bosque a propósito.

—¿Por qué iban a querer…?

Pero Nairobi no dice nada más. Traga saliva y sigue corriendo.

Mis pupilas se mueven de un lado a otro. Las llamas crecen y se expanden a nuestras espaldas lamiendo las cortezas de los árboles con rapidez, reduciendo a polvo las trenzas silvestres que hace un segundo se movían en el aire como serpentinas.

Nairobi señala hacia delante. Retira los escombros con un leve movimiento de la mano trazando una senda que se va ensanchando hasta desembocar en un rincón luminoso: la Simiente.

El claro del Bosque Trémulo es un círculo perfecto, con un altar hecho de barro y yeso que se eleva en el centro. Me fijo en las runas marcadas en la estructura, una especie de trazos que se cruzan entre sí y se deslizan hasta desaparecer en la tierra. Forman unos símbolos que desconozco. No los he visto en los tomos pesados que decoraban la extensa biblioteca de La Ciudadela.

Gasto las fuerzas que me quedan en el último sprint. Corro todo lo que puedo hacia el oasis que tengo delante de mis narices, pero algo me hace parar y retroceder. Mi instinto, o lo que sea que ha despertado dentro de mí, me avisa, me dice que pare, y noto cómo las extremidades se ponen rígidas.

—Tengo que recitar el conjuro lo antes posible. —Nairobi recupera por un instante la luz en su mirada azul.

—Espera, algo va mal —digo mientras la Dréada se tumba en el

suelo y pega la oreja en la superficie—. Levanta, Nairobi. En serio, levántate ahora mismo.

—Espera, necesito escucharlo. Solo quiero escuchar el pulso del…

Pero ya es demasiado tarde.

La sombra de un navío cubre la Simiente. Abarca el claro del bosque como una nube de tormenta, engullendo la luz solar que iluminaba este santuario escondido entre los árboles.

Nairobi y yo intercambiamos una mirada.

—Por los pelos —dice Nairobi respirando profundamente cuando el barco pasa de largo.

Sin embargo, en el último segundo, antes de perderse en el cielo, el barco de la Aristocracia Escarlata ataca de nuevo. Un fuerte crujido se come el silencio y del cielo comienzan a caer unas bolas de hierro fundido. Explotan nada más hacer contacto con el suelo de la Simiente, provocando una onda expansiva que nos empuja hacia atrás, en volandas.

El Bosque Trémulo vuelve a gritar al mismo tiempo que Nairobi se retuerce en el suelo.

—Tenemos que salir de aquí antes de que nos maten —digo levantándome con dificultad. Me duelen las costillas y tengo las manos llenas de arañazos y moratones—. Nairobi… Nairobi, ¿me estás escuchando?

Pero Nairobi no le quita los ojos de encima a la Simiente, ahora reducida a un montón de escombros y polvo suspendido en el aire.

—No podemos volver, no hay manera de regresar al Bosque Oscuro sin el altar… —Nairobi se pasa la mano por la boca limpiando la sangre que mancha sus labios negros—. ¿Qué hago? No tengo la respuesta. Esos gritos entran y salen de mi cabeza, no me dejan pensar con claridad.

Da vueltas en círculo, nerviosa.

—¡Nairobi! Nairobi, mírame, estás entrando en bucle. —Le cojo las manos intentando llamar su atención, pero su mirada se pierde en otra parte—. Tenemos que buscar una salida, ¿me oyes? Si nos quedamos aquí dentro, moriremos. Las dos. ¿No querías llevarme hasta La Ciénaga? ¿No has venido para eso?

—Artemia no me va a perdonar jamás, me castigará por esto.

—Nairobi, por favor.

—Todas me señalarán. Me recordarán cada sol y cada luna que las traicioné, y encima para nada. He fracasado.

—Está bien, no me dejas alternativa —aviso mientras me subo las mangas.

—No sé cómo volver, cómo encontrar el camino de vuelta.

En ese instante, le propino un bofetón en toda la cara. Nairobi pestañea varias veces y, de pronto, su expresión se oscurece, recuperando un gesto de amenaza.

—Eso ha dolido, pero gracias.

—Ahora tenemos problemas mayores de los que preocuparnos. ¿Crees que ha llegado el momento de echar a correr?

—Por supuesto. No sé a qué estabas esperando, Dama Reminiscente.

Sin quererlo, y exclusivamente de manera temporal, una Dréada desterrada y la dama fugitiva de Nithium se convierten en aliadas con el único propósito de escapar de las garras de la Aristocracia Escarlata y salir con vida de un bosque que arde lenta y dolorosamente. Echamos a correr, sin rumbo fijo, pero usando la lógica y la memoria. Me he pasado diecinueve años mirando al horizonte desde el balcón de mi cámara. Cualquier camino que vaya en dirección contraria a la Simiente nos llevará fuera de esta trampa de fuego.

—¡Lo veo! ¡Ahí está la salida! —grito, con el corazón en la

garganta, señalando un arco de luz entre los árboles—. ¡Rápido!

Mis piernas arden por el esfuerzo, pero no paramos. Corremos, mantenemos el ritmo sintiendo cómo las llamas nos pisan los talones.

Dejamos atrás las últimas filas de los árboles que todavía no han sido devoradas por el fuego. Cierro los ojos cuando el aire fresco entra por la nariz. Me permito respirar tan solo un minuto antes de decir:

—Lo logramos.

—En lo que a mí respecta, estamos justo donde querían que estuviésemos… Mira hacia arriba, Sky.

Todo pasa muy rápido.

Mi vista no alcanza a ver cuántos barcos tenemos encima. Tal vez cuatro o cinco. Vistos desde abajo parecen grandes ciudades fortificadas, construidas con madera y hierro. Sueltan unas larguísimas cuerdas por ambos lados de sus navíos, y por ellas se deslizan los mismos hombres con trajes de acero y capa que acompañaban al Alto Emisario.

—Sería un buen momento para que usaras uno de tus trucos —le pido a Nairobi.

Sin embargo, la Dréada que vino a por mí desde el Bosque Oscuro ya tiene la boca tapada y las manos cruzadas por la espalda mientras una gruesa cuerda va rodeando sus muñecas. Todo ha sido tan rápido que no me he dado cuenta de que el chico de pelo plateado ha caído del cielo como una sombra escurridiza, consiguiéndome cazar en tiempo récord.

—Me encargaré personalmente de hacerle saber a la Magistratura Magna que ayudaste a capturar a esta salvaje. —Dante hunde sus ojos en los míos—. Por cierto, pajarito, por más que tu compañía me resulte completamente desagradable, no vuelvas a irte de mi lado.

«Preservará su vida para que la Dama Reminiscente pueda preservar Nithium», ¿recuerdas? Por más que te pese, al igual que yo, harás honor al juramento escarlata que hiciste.

Caigo al suelo de rodillas.

Extiendo los brazos, esperando que me maniaten.

Ofrezco voluntariamente mi rendición.

Yo misma he puesto en marcha la cuenta atrás al próximo y trágico final de la Dama Reminiscente.

Parte II

16

> Entre los Ancianos no es muy común celebrar reuniones multitudinarias. El saber se busca desde el individualismo y el pensamiento crítico de cada uno, así lo estipuló el maestro de mi maestro. Sin embargo, recuerdo con claridad aquella vez en la que se convocó al claustro en el anfiteatro de la Montaña Que Levita. Fue durante el episodio más sangriento de Nithium. En mitad de la guerra, mientras la sociedad nithiana decidía si ser fiel al dogma o la redención al oscurantismo, los Ancianos se enfrentaron por primera vez a un dilema extraordinario: aislarse del mundo o permanecer en la retaguardia. Incluso entonces, la Escalera permaneció sellada a la Montaña.
>
> *Códice III: La Edad Oscura de Nithium*,
> por el Gran Maestre

EL CRONISTA

—¿Y te sientas ahí, tan tranquilo? ¿Puedes hacer el favor de mirar un segundo este desastre? —dice Martin contemplando con horror los restos de la Escalera que han quedado esparcidos por la tierra,

como si fueran fósiles de alguna bestia extinta de la Primera Edad—. ¿Cómo se supone que vamos a volver? En cualquier momento vamos a sufrir un robo, un ataque o algo mucho peor. ¿No has leído el detallado tratado del Maestre Máximo sobre los peligros de las tierras cercanas a Porteo? Los caminos están plagados de criaturas indómitas. Las describe como auténticos engendros, con extremidades kilométricas y zarpas más afiladas que las espadas de los Custodios. Por no hablar de los carroñeros rebeldes. Hay insurrectos que campan a sus anchas por la región de Korvan. ¡Y tú estás como si tal cosa!

Estiro los brazos y suelto un bostezo largo que no hace más que empeorar el carácter resentido de Martin. Ya le he dicho que debe gestionar mejor la frustración, pero ni por esas. Ha llegado el momento de decirle que nuestros caminos deben separarse. No puede venir conmigo; sería un lastre.

—Si lo deseas, puedes irte. Delante de ti se abre un mundo por explorar, un sinfín de posibilidades —le animo—. Aprovecha esta oportunidad que te ha dado la vida, Martin. Técnicamente he sido yo, pero no me importa. No le diré a nadie que un buen día te ayudé a escapar de aquel lugar con olor a meado de gato. Solo te pido una cosa antes de irte: dame el placer de oírlo de tu boca. Admítelo. Reconoce que te he hecho el favor de tu vida, y nuestros caminos se separarán para siempre.

—¿El favor de mi vida? ¡Esto es el colmo!

—Necesitas una persona que te guíe en La Capital. Es eso, ¿verdad? Tanto despotricar por esa boca cuando lo que realmente quieres es acompañarme. Te mueres de ganas por que una Bella Corazón te confiese lo que no sabes —respondo mirándome las uñas con gesto despreocupado—. Pero no sé yo si lo veo. Nuestra relación está tirante, no es una buena idea, pero si te empeñas solo tienes

que decirlo. ¿No has aprendido nada ahí arriba? La comunicación es la base de una buena relación.

—¿Te atreves a darme lecciones? ¡¿Tú?! —espeta, agotando la poca paciencia que le queda.

—Trágate tu orgullo y dilo, Martin. Que se entiendan las palabras con claridad: Mi… lo, qui… e… ro ir con… ti… go.

—¿Ir contigo? ¿Me tomas por un suicida? Estás muy equivocado si te crees que voy a dar un paso más en esta fantasía ridícula que te has empeñado en montar para hacer que tu vida parezca más interesante de lo que realmente es. Claro que no te acompañaré. —Martin habla deprisa, sin pausa, consumiendo todo el oxígeno que ambos necesitamos para sobrevivir aquí abajo—. Volveré a la Montaña por mis propios medios, tiene que haber alguna forma. Un barco, eso es. Cogeré un bote o una barquilla. El clima arriba es inestable, pero seguro que un buen samaritano no dudará en ayudarme a volver a casa. No te necesito, Milo. Es más, ¡solo quiero perderte de vista!

—Nadie te va a devolver a ese cementerio de piedra, y menos ahora que el mundo está patas arriba…, ¿o es más bien patas abajo? —le recuerdo señalando el flujo de energía que cruza los cielos tras La Capital, más allá de las cordilleras y el vasto horizonte de Nithium —. Puedes venir conmigo o esperar aquí sentado hasta que algún iluminado lance otra escalera desde la cornisa.

—¡Por el Khoen, te odio!

—Calma, Martin, respira por la nariz. Empatizo contigo porque sé que tienes la inteligencia emocional de un gato damaskiano. Por no hablar de lo que te cuesta salir de tu zona de confort. Debe de ser agotador.

Mojo la pluma en el tintero y la dejo reposar sobre el pergamino mientras una nueva idea brillante toma forma en mi cabeza.

Martin se me queda mirando con los brazos cruzados.

—¿Y exactamente cuál es el plan brillante de Milo, desde hoy desertor de la Montaña? Porque tendrás un plan, ¿verdad?

—Calla un minuto —le pido—. Mejor que sean cinco.

Tiempo soleado, aunque el viento sopla frío. ~~Tendría que haberme echado la túnica de terciopelo que encontré de casualidad en el armario del Gran Maestre~~.

La Escalera ha sido desanclada y tirada al vacío. La primera vez en toda la historia de la Montaña. Ha quedado hecha añicos. Hay partes de ella en, aproximadamente, cinco millas a la redonda. Me aventuraría a decir que las raíces de Nithium no tardarán en engullirla, pero ¿quién sería tan estúpido como para querer tragarse semejante chatarra?

Desconozco nuestra posición exacta, pero eso no me preocupa demasiado. Me preocupa más no tener ni la más pajolera idea de qué hacer a continuación. Esta información, por supuesto, me la guardo temporalmente para mí. No creo que sea capaz de soportar otra pataleta de Martin. ~~Mi fiel e insufrible siervo presenta signos de sublevación~~.

La cúspide industrial de la Magistratura Magna y el puente aéreo se ven a lo lejos, pero no podemos entrar así como así a La Capital. Desde el Despertar, hay escuadrones en todas las entradas y salidas de la ciudad. Creo que voy a optar por improvisar y dejarme llevar. No tiene que ser tan complicado dar con la casa de las Bella Corazón.

No necesito más problemas, sino soluciones. Ahora mismo solo tengo que encontrar la calzada oficial y caminar hasta que…, bueno, aparezca el típico camino que no aparece ni en los mapas ni en los itinerarios oficiales. Hasta en la Montaña hay pasadizos, ¿por qué no en la antigua Porteo?

—¿Y bien? —Martin me taladra con sus pestañas espesas después de unos minutos de silencio.

Guardo el tintero y las hojas en la bolsa y me pongo de pie de un salto, dedicándole una sonrisa bobalicona.

—Martin, querido amigo, actúas como si no tuviera ni pajolera idea de lo que estoy haciendo.

—¿Acaso la tienes? —pregunta entornando los ojos.

—Hay que ir hacia allí, justo hacia allí —respondo señalando el horizonte.

—¿No me digas? ¿Para ir a La Capital solo hay que ir hacia la maldita Capital? Y luego qué, ¿nos abren las puertas de par en par? Entramos como si nada, atravesamos el acueducto, con estas túnicas discretas seguro que nadie se da cuenta de que dos jóvenes escribas han sido tan estúpidos como para abandonar la Montaña. Espera un segundo, ¿eso nos convierte en prófugos de la justicia?

Martin siempre ha usado la lógica mejor que yo. Es un pobre chico atormentado, pero gracias a eso siempre se adelanta al peligro.

—¿De verdad te crees que no lo tengo todo controlado, que he decidido bajar sin tener un plan meditado y estudiado? Martin, amigo, ¿por quién me tomas?

—Mejor no respondo a esa última pregunta, no creo que pueda controlar mis puños después de hacerlo.

Mis ojos saltan, danzarines, de un lado a otro mientras elaboro el plan más convincente en el menor tiempo posible. Descarto el oeste, sería ir a contracorriente, en dirección a la Estación Mondo, las Cordilleras Amarillas y La Ciudadela. Nada interesante al sur, solo problemas. Nos conviene mantenernos alejados de las granjas de elanthar. El norte queda descartado por razones evidentes: Dréadas problemáticas, abismos que engullen una sombra y un demonio con el ojo medio abierto. Al este encontraríamos la calzada tarde o temprano, pero sería la peor de las ideas. Los caminos oficiales están abandonados, a merced de los rebeldes. No hay nada salvo eso y unos raíles de acero.

¡Pues claro!

—¿Estás listo, Martin? Sígueme.

Después de unas horas, dejamos atrás la sombra de la Montaña Que Levita mientras andamos despacio siguiendo el rastro marcado por la antigua locomotora. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? La vía férrea conecta Damaskia con La Capital y no está en funcionamiento desde los tiempos de la Otra Dama. Algún que otro ferrocarril se ha visto en lo que llevamos de edad. Los Sembramundos lo utilizan para transportar mercancías cuando no les queda más remedio, pero la circulación es insignificante. Mi idea es, simplemente, brillante. ¡Brillante!

—¿Has pensado ya qué vas a querer hacer cuando lleguemos a La Capital? —pregunto mientras hago equilibrios sobre el raíl, luchando por no tropezar.

—¿Tú qué crees? —gruñe Martin—. Dirigiré mis pasos a la Magistratura Magna, pediré audiencia con el mismísimo Khoen y le contaré la verdad: que he sido secuestrado y que deseo volver al refugio de mi cámara en la Montaña. Lógicamente daré tu nombre. Todo esto es culpa tuya, espero que lo entiendas.

—Te entiendo, amigo, pero ¿de verdad te piensas que esos estirados de la Aristocracia Escarlata te van a abrir sus puertas por tu cara bonita? Lo de la cara bonita es un decir, claro. —Salto al raíl derecho y tropiezo. Me reincorporo, sin dejar de caminar sobre el metal—. No después de lo que han hecho esos carcamales a los que tanto echas de menos. Romper la Escalera es un acto de rebeldía. El Khoen no tardará en enviar a sus escuadrones. Arriba, el temporal es complicado hasta para esos navíos, pero tú, al igual que yo, sabes lo que cuentan de él y de sus hijos varones. Querrá colgar al Gran Maestre. Puede que hasta le dé un empujón desde lo más alto.

—¿Y qué crees que hará contigo cuando entres a la ciudad vistiendo el negro?

Martin siempre tiene la respuesta.

—Cuando quieran atraparme ya estaré fuera de la ciudad… Entraré en La Capital y me colaré en el Mercado Noctámbulo cuando caiga el sol. Haré las preguntas pertinentes y me iré. Nadie se dará cuenta de que he pasado por allí.

Martin se para en seco en medio de la vía y me lanza una mirada severa.

—¿Preguntas pertinentes a una Bella Corazón? No sabes lo que estás haciendo, ¿verdad? —Sus ojos se abren mucho, muchísimo, casi parece que se salen de sus cuencas—. Has montado todo esto y ni siquiera sabes por qué. El pobre Milo no tiene memoria y necesita respuestas. Pero ¡ha olvidado que, oh, sorpresa, no tiene memoria! ¡Ninguno la tenemos! ¿Cuándo lo vas a superar?

—La memoria se recupera, las Bella Corazón tienen la capacidad de…

—¡No te atrevas a darme clases de historia ahora!

Doy media vuelta.

—Ya te lo he dicho, vete. Regresa a la Montaña y grita con todas tus fuerzas, rómpete las cuerdas vocales. Puede que esos viejos con sordera escuchen algo dentro de… ¡millones de soles! ¿Qué me importa? —¿Estoy enfadado? Sí, definitivamente estoy enfadado—. Puede que todavía haya algunos flecos sueltos, pero…

—¿Unos flecos sueltos? Por el mismísimo Khoen, ¡no tienes nada!

—En la vida hay que dejarse sorprender, mi querido y poco entusiasta amigo.

Martin comienza a gritar, lanzando improperios y palabras malsonantes. Sin embargo, dejo de escucharle. No puedo apartar la vista de su bocaza. Nunca me había fijado en lo grandes que son sus dientes. ¿Y desde cuándo tiene tantas pecas en la cara?

—¿Sabes? Tienes razón, me vuelvo a la Montaña. La probabilidad de que reparen la Escalera es una entre un millón, pero al menos no

colgarán mi cabeza en la fachada de la Magistratura Magna —grita con furia—. Vas a morir, Milo. Morirás lenta y dolorosamente. ¿No recuerdas lo que les pasó a los gemelos Glodys? Hacían lo que les daba la gana y por ello perdieron las manos y los pies.

—Cuentos para no dormir.

—Historia reciente, querido Milo. Y ya lo dijo el Maestre Amadeus en *Civismo*: «Quienes no recuerden la historia están condenados a repetir los pasos en falso de los errantes del pasado». Cuando tu corazón esté a punto de emitir su último latido, te acordarás de que tu amigo Martin eligió el camino correcto.

Le tapo la boca con ambas manos.

—¿Te has quedado a gusto?

—La verdad es que sí.

—Bien, porque tenemos una locomotora que coger —digo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo dices? —Martin levanta las cejas al escuchar el traqueteo de unas ruedas—. No estás hablando en serio.

Estiro los labios y contengo una sonrisa.

Los dos nos giramos al mismo tiempo cuando la locomotora hace sonar la bocina y escupe por la chimenea una densa nube de vapor azul, generada por la combustión del elanthar. La máquina no tiene más de cuatro vagones, adornados con detalles dorados en los ejes de las ruedas. A medida que se aproxima, la tierra tiembla con mayor intensidad.

—Escúchame porque solo vamos a tener una oportunidad. ¿Ves el segundo vagón? —le pido flexionando las rodillas. Pero a Martin le cuesta reaccionar—. No pongas esa cara, simplemente tenemos que pegar un pequeño salto y estaremos dentro. Es sencillo.

—No, por supuesto que no. —Martin niega con la cabeza—. ¿Has visto mis brazos? ¿Y mis piernas? Tengo carne, pero no músculos, y

mucho menos motricidad. No, no, no. Ni siquiera debería planteármelo, ¡es un tren en marcha!

—Martin, mírame. Un salto, te dejas caer y ya está.

—¡He dicho que no! Me tropezaré y moriré aplastado y… ¿Milo? ¡Milo!

El aire me revuelve el pelo cuando la locomotora pasa por delante. Echo a correr como nunca, muy concentrado en que las piernas se muevan para estar lo más cerca posible de este trasto.

El segundo vagón está cerca. Puedo sentir el soplo frío del elanthar en la cara y el rugido de la máquina destrozándome los oídos. El suelo tiembla bajo mis pies, y estoy a punto de resbalar varias veces, pero no paro de correr.

Extiendo los dedos. Casi puedo rozar la superficie metálica.

—Tengo que conseguirlo. Tengo que conseguirlo. Tengo que conseguirlo —exclamo con el sudor cayéndome por la frente.

Hago un último esfuerzo y logro agarrarme de la barandilla. Con un tirón, me impulso y subo al vagón, dejándome caer al suelo con la lengua fuera.

—Mierda, ¡Martin! —Me levanto como puedo y lo veo corriendo a duras penas, siguiendo la locomotora—. ¡Corre, tienes que correr más!

—¡No puedo, no voy a poder!

—Claro que puedes, solo tienes que creer en ti. No me mires así, yo también tengo mi corazoncito, ¿vale? —Martin sigue corriendo—. Sé que todo es culpa mía, y lo siento. ¡Pero ahora tienes que correr sin parar! —Cada vez está más cerca—. Volverás a la Montaña, ¿me oyes? —Casi lo tiene—. Esto es solo un paréntesis, podrás volver a esa vida aburrida que tanto te gusta y te convertirás en Anciano. Serás el mejor de tu promoción y terminarás tus días como Gran Maestre.

Agarro la barandilla con una mano y extiendo la otra al máximo. Martin se agarra con fuerza, y, con un último esfuerzo, lo atraigo hacia mí. Ambos caemos hacia atrás por el impulso, golpeándonos contra la superficie del vagón.

—¿De verdad piensas todo lo que me has dicho? —pregunta Martin mientras recupera el aliento.

—Por supuesto que no —le suelto apartándole de un empujón—. Me he visto obligado a regalarte los oídos. Si no lo llego a hacer, la locomotora te hubiera pasado por encima, y no soy tan mala persona.

A Martin le tiembla la mandíbula, retiene sus palabras cargadas de veneno, pero sus labios permanecen cerrados mientras su expresión se convierte en una mueca de terror.

El vagón es oscuro y está lleno de cajas y barriles que se mueven con el traqueteo de la locomotora. Al fondo, cuatro hombres nos observan con atención. Tres de ellos visten con trapos ajados: chaquetas de cuero usadas, con remaches de hierro oxidado; bajo estas llevan una camisa de lino que, en sus mejores días, fue blanca. También llevan pantalones ajustados y botas altas, con metal en las puntas.

—Son… carroñeros —farfulla Martin.

—Rebeldes damaskianos —susurro yo.

—¡Fijaos! —El último en aparecer de entre las sombras viste la inconfundible armadura de la Aristocracia Escarlata. Se quita el casco y unos hoyuelos se dibujan en sus mejillas antes de decir—: Hemos encontrado a dos conejitos fuera de la madriguera.

17

En la sección número 987 del Archivo se guarda muy cuidadosamente una carta original de Viv. En ella, la primera Reminiscente en ser adscrita en los registros oficiales expresaba lo siguiente: «Adoro la misión que se me ha encomendado, pero detesto que las noches sean tan largas y aquella que yace en el letargo no tenga la deferencia de presentarse en mis más profundos sueños».

Primer mandamiento
de la Aristocracia Escarlata

SKY

Cierro los ojos para concentrarme, pero no es tan sencillo. Las pisadas van y vienen en la cubierta del barco haciendo que el techo del camarote retumbe a cada paso. Fuera, además, las ráfagas de aire sacuden la nave con violencia, lo cual dificulta mis intentos de poner la mente en blanco. Y es necesario que despeje cualquier pensamiento si quiero encontrar lo que busco.

Rastreo entre la oscuridad de mi corazón una mota de luz, una chispa que me encienda y haga volver a parar el tiempo. Necesito

hacerlo para pensar la manera de escapar, si es posible escapar de un barco volador casi igual de grande que el palacio de arena que dejamos atrás.

—¡Maldita sea! —exclamo cuando el navío se zarandea con tal fuerza que resbalo por la superficie, estrellándome contra la pared.

El casco de este barco es de madera oscura y reseca, como si hubiera sobrevivido a tormentas enteras; sobre él se alza una maraña de torres y pasajes que recuerdan a una ciudad suspendida en el aire. Hay balcones inclinados sobre las nubes, escaleras imposibles que conectan casas encajadas unas sobre otras, pendiendo del vacío; los globos anaranjados que lo mantienen en el aire gimen con cada ráfaga, sujetos por un laberinto de cuerdas tensas que parecen a punto de reventar.

Siempre había querido volar.

En La Ciudadela, antes de que toda mi vida saltara por los aires, antes de convertirme en una renegada de la justicia de la Aristocracia Escarlata, imaginaba que viajaría a Damaskia a bordo de uno de estos navíos colosales, surcando los cielos, contemplando el nacimiento de los primeros ríos en las Cordilleras Amarillas, planeando sobre las Llanuras Violetas de Amatista. El Maestre Simon me dijo una vez que, con un catalejo, antes de cruzar el acueducto de la antigua Porteo, si sabías dónde mirar, se podía intuir el azul marino del Océano Inmenso.

Mis vistas, si es que se les puede llamar así, no merecen tanto la pena. La lámpara de elanthar apenas alumbra una mesa pequeña, un sillón añejo y algunos baúles. Todo lo demás es oscuridad y una corriente helada que se cuela por la ranura de la puerta.

—Nairobi, ¿me oyes? —pregunto en voz alta, esperando que me escuche donde quieran que la tengan encerrada—. Estoy en una habitación. Por las voces y las pisadas, debo de estar cerca de la

cubierta, aunque este mastodonte es tan grande que podría estar en cualquier parte… Nairobi, ¿me oyes? Si todavía no lo has intentado, haz lo posible por escapar. De verdad te lo digo. Contigo no tendrán piedad. Odian todo lo que representas. Has entrado sin permiso; les has dado la excusa perfecta para hacer contigo lo que quieran. Has incumplido su ley más…

Escucho unas pisadas tras la puerta. Alguien baja por la escalera.

Estiro las muñecas e intento liberarme de las cuerdas, pero el nudo se ajusta más y más con cada movimiento que hago. Mierda, mierda, mierda. Cierro los puños y doy un fuerte tirón notando la piel abrirse con el roce de la cuerda. Tengo que rechinar los dientes para no gritar. Las venas de las manos me palpitan con un escozor intenso.

—¿Se puede? —La voz de Dante se convierte en un susurro cálido cuando sus ojos grises asoman detrás de la puerta.

Recupero el aliento mientras oculto las manos, ya liberadas, detrás de la cintura.

—¿Acaso tienes que pedir permiso? Tu barco. Tu tripulación. Tu misión. —Las palabras salen de mi boca con la misma velocidad que unas dagas lanzadas al aire.

Dante cierra la puerta y se acerca a mí, moviéndose sigiloso entre la penumbra del camarote. Levanto la cabeza y le mantengo la mirada durante cinco segundos. Todo lo que puedo permitirme.

—Pareces cansada. En verdad, tienes un aspecto lamentable —dice cuidando de no acercarse demasiado.

Giro la cabeza despacio hasta que nuestros ojos vuelven a encontrarse. Tiene las cejas enarcadas y la cicatriz de su boca se estira cuando frunce los labios.

—No eres el más indicado para hablar.

Debajo de las sombras de sus ojos, su rostro se mantiene firme.

—¿No? Mis más sinceras disculpas, pajarito. Si te soy sincero, no esperaba que la misión se complicara tanto. —Sus ojos afilados vagan por mi cuerpo, deteniéndose en mi vestido. De pronto, me siento expuesta—. Has demostrado ser un completo incordio, pero reconozco que ha sido… divertido. Si hubiera sabido que guardas en la chistera tantos trucos de magia, habría insistido en conocerte antes de que las cosas se pusieran feas.

—¿A qué debo el placer de la visita?

—Necesitas un baño, no puedes llegar a La Capital hecha un asco.

—¿Cómo dices?

—Estás de mierda hasta el cuello, y no te lo digo en sentido metafórico. No tendría que estar permitido que una chica de tu posición se pasee tan a la ligera con esas pintas. Imagina lo que dirían los Comunes si te ven de esta guisa. ¿Había barrizales en el Bosque Trémulo?

—¡Eres un cretino! —Me inclino para encararle, pero retrocedo antes de que se dé cuenta de que me he liberado de las ataduras.

—Esos modales. —Dante se sienta delante de mí cruzando las rodillas—. ¿Tienes hambre? —No le contesto, pero las tripas me rugen delatándome—. ¿No? ¿Seguro que no quieres nada?

La boca de Dante se entretiene con una manzana, pero no me quita los ojos de encima. A veces me mira con simple curiosidad; otras, con una intensidad que me recorre la espalda. Es como si su mente trabajara a toda velocidad, intentando descifrarme, y su mirada gris buscara una rendija por la que colarse en mis pensamientos… o algo más.

—¿Dónde está Nairobi?

—De modo que la salvaje tiene nombre.

—Esa salvaje ha demostrado más humanidad en una mañana que muchos de vosotros en años. Y eso ya es decir bastante.

—No me digas que te has encariñado de la Dréada. ¿Un paseo por el bosque y ya sois amigas? Te creía más lista.

—La historia es curiosa. Ella también pretendía retenerme contra mi voluntad. Capturarme, arrastrarme hasta el rincón más lejano de Nithium y usarme como si fuera una flecha que puedes lanzar en el aire. Es curioso, ¿no? Debe de sonarte. La Dréada quiere exactamente lo mismo que la Aristocracia Escarlata: poner fin a la amenaza de La Ciénaga. Y, sin embargo, os da igual, no podéis mirar más allá de vuestro ombligo.

—Lo que quiera yo no importa. Ha incumplido la ley y será juzgada en la Magistratura Magna y castigada públicamente con la pena correspondiente. —Dante recupera el brillo mortífero en sus ojos—. Los Ruiseñores del Khoen anhelan los tiempos en los que las Dréadas ardían en el teatro de La Capital. Si no me equivoco, esa arderá en los próximos soles y se reencontrará con sus hermanas en el infierno del que vienen.

Me remuevo y le lanzo una mirada demoledora.

—Sois unos indeseables, ¿me oyes? —le espeto sin bajar la mirada. Sus ojos, en cambio, se deslizan lentamente hacia mis labios, como si buscaran una respuesta que no me atrevo a dar—. Destruís todo aquello que teméis y no podéis controlar. Cobardes de mierda.

Dante avanza un poco, acortando las distancias entre su cara y la mía.

—¿Cobardes? Una palabra utilizada muy a la ligera… Y tú, Sky, ¿qué eres, valiente o solo otra chica ingenua a la que se le va la fuerza por la boca? Si tanto te preocupa, acude al juicio y pide clemencia para ella. Convence a la Magistratura de que esa Dréada ha roto el tratado y burlado a nuestras defensas porque, casualmente, necesita a la Dama Reminiscente para acabar con la

bestia que espera en La Ciénaga y no contra nosotros.

—¿Y qué podría hacer yo contra la Aristocracia Escarlata? —¿Detener el tiempo? ¿Qué más se supone que puedo hacer yo con este don que no comprendo?—. Se supone que nadie puede, ¿no? Lo sois todo.

—Entonces, haz lo que te digo: defiende a la Dréada, aunque ahora que lo pienso… No creo que el juramento escarlata que asumiste te permita ponerte en plan defensora de las causas perdidas.

—¡Eres un cretino! —exclamo con seguridad.

Los ojos de Dante vuelan de mi boca a mis ojos mientras se inclina hacia mí. El pulso se me acelera cuando sus labios rozan mi oreja. Está listo para soltar un susurro impregnado en veneno:

—Además de una irresponsable, eres una estúpida, ¿me oyes? Esa Dréada solo quería tu poder para su sucio aquelarre y tú estabas dispuesta a ponérselo en bandeja. ¿Y para qué? Repito, eres una estúpida. —Dante se aparta de mí y me lanza una mirada de odio que me hace estremecer—. Estás condenada, llevas toda la vida condenada, y, en lugar de asumirlo y actuar en consecuencia, no paras de tomar malas decisiones. La salvaje va a morir en cuanto pongamos un pie en La Capital. No puedes hacer nada, no lo puedes evitar. Lo mejor que puedes hacer es pensar cómo hacer las cosas bien y saber qué muertes puedes evitar… o podrías haber evitado.

—¿Cómo dices?

—Ese viejo de la Montaña. Murió por nada y no debía morir. No se lo merecía.

—¡Murió para protegerme!

Si había una mota de luz en mi corazón, se extingue. Las palabras de Dante despiertan algo oscuro en mi interior, y el odio me arrolla como un torrente. Cierro los puños, dispuesta a lanzarme sobre él.

—¿Eso crees? —responde con calma—. Nadie fue a La Ciudadela a matarte. El Maestre creyó mal, aunque el Alto Emisario reconoce que su trágica muerte despertó ese don que, según dicen, podría salvarnos a todos. De modo que calma la furia en tus ojos. Si murió fue por tu culpa. Aquí la Aristocracia Escarlata no tuvo nada que ver. Solo cumplíamos con nuestro deber para que tú puedas cumplir el tuyo. Nada más.

Me levanto de un salto y lanzo la mano hacia su rostro con toda la ira contenida. Pero Dante es más rápido, atrapa mi muñeca en el aire antes de que la bofetada lo alcance.

—El pajarito quiere volver a escapar de la jaula —dice ladeando la cabeza de un lado a otro—. Veo que eres de repetir tus errores, lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Sin esfuerzo, Dante me sujeta y me ata por la cintura al poste del camarote.

—Te odio… Te juro que…

—Guárdate las energías. Te harán falta donde vamos.

—¿A mi funeral?

—¿A tu funeral? No, todavía es pronto para eso —dice torciendo la boca en una sonrisa—. ¿De verdad crees que la Mujer sin Rostro solo ha dado señales de vida en tus pesadillas? Te repito, Dama Reminiscente. No fuimos a La Ciudadela a matarte, fuimos a La Ciudadela a por el arma que nos pertenece por derecho. Tengo entendido que llevas toda la vida preparándote para la guerra que se avecina. —Le da forma a un pensamiento con una pausa—. Yo estoy cumpliendo con mi parte. Por la cuenta que te trae, espero que tú también lo hagas. De lo contrario, Nithium lo lamentará.

Dante dirige sus pasos hacia la salida.

—«Este contrato es vinculante e intransferible y solo podrá rescindirse si la amenaza que crece tras la Frontera despierta, y la

heredera original, desde ahora en adelante tratada como la Dama Reminiscente, debe acatar su deber de salvaguardar esta tierra». Me pregunto si, en estas circunstancias, te odias más a ti mismo que a mí —digo con la pizca exacta de seguridad—. Tanto tiempo preparándote para servir a tu padre en una misión suicida y, de la noche a la mañana, todo cambia y vales lo mismo que una de mis cortesanas sin corazón.

—¿Cómo dices?

—¿Ya se te ha olvidado? No se celebrará ninguna boda, no la mía al menos. Vuelves a ser el niño bonito de La Capital, Dante Flich. Eres libre de hacer lo que te plazca y, sin embargo, aquí estás, guardando fidelidad a un Khoen que te detesta.

Dante suelta una risa tensa, casi forzada.

—¿El mundo se acaba y tú sigues pensando en esa estúpida boda? —pregunta con la voz entrecortada—. ¿Y tan malo hubiera sido? Créeme, pajarito. Llegado el momento, habrías preferido estar conmigo, subida en un altar, antes que enfrentarte a lo que te espera.

—Y, según tú, ¿qué es lo que me espera?

—¿Una bestia? ¿Un demonio? Qué más da.

—Eso es, nadie lo sabe. Nadie la ha visto jamás. Nadie más que… —Yo, en mis sueños. Y lo único que ha hecho ella, hasta ahora, es ofrecerme su ayuda.

Dante me mira, apoyado en el marco de la puerta.

—Olvidas el Oráculo —dice agachando la cabeza—. ¿Por qué todo el mundo siempre se olvida del Oráculo?

—Porque es una farsante.

—Oh, una escéptica. Cuidado con esas afirmaciones en la Magistratura Magna, pajarito. No serías la primera Dama Reminiscente en probar las comodidades del Bastión de los Ingratos.

—¿Tú la crees? ¿Crees en sus visiones?

—Yo no creo en nada, chica Reminiscente. No creo en la ley del Khoen. No creo en el juramento escarlata. Y mucho menos creo en ti.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

—En algo tienes que creer, todo el mundo cree en algo o en alguien.

—Hace mucho que dejé de ser un entusiasta. Creo en lo que ven mis ojos, y, después de todo lo que han visto, no exagero si digo que Nithium no merece más compasión que la que tienen los Comunes.

—¿No crees en las segundas oportunidades?

—No.

«Yo tampoco», quiero contestar, pero me lo guardo para mí.

—Pero aquí estás.

—En efecto, aquí estoy. De momento.

Dante vuelve a la cubierta dejando un silencio pesado en la habitación.

—En eso también coincidimos.

Cierro los ojos para concentrarme. Entre una oscuridad inabarcable encuentro una mota de luz. Es minúscula, insignificante, pero sé que si la llamo, si la encuentro y la toco con las manos, puede hacerse inmensa y poderosa. De pronto siento que si doy con ella, si controlo esta rabia que llevo conteniendo toda la vida, seré capaz de arrasarlo todo.

18

> El poder de la Magistratura Magna es como una pirámide. El vértice, tal y como he repetido en este texto una y otra vez, lo ocupa el Khoen. No hay autoridad mayor y sus decisiones son incuestionables. Su sociedad, sin embargo, se organiza a través de una jerarquía constituida por el Alto Emisario, cuya competencia principal reside en ejecutar la palabra del Khoen; los Ruiseñores, cuya competencia principal reside en promover la palabra del Khoen; y los Ancianos, cuya competencia principal reside en guardar a buen recaudo la palabra del Khoen.
>
> *Códice II: El sistema de clases*,
> por el Maestre Amadeus

NAIROBI

Nairobi, ¿qué has hecho?
Lo saben.
Has traído la ruina a este aquelarre.
Artemisa y las demás me han descubierto.
Nos has condenado a todas.

Han escuchado mis gritos, sentido mi dolor.

Nairobi, ¿por qué?

—Grrr…, volveré a hacerte la pregunta, salvaje. ¿Dónde están las otras de tu estirpe? ¿Dónde están las otras que son como tú? —No debería reírme y, sin embargo, lo hago. No reprimo la carcajada cuando el hombre de rostro grimoso entrega la mitra a su siervo y clava sus ojos negros y diminutos en mi boca—. Grrr…, la Dréada no se lo está tomando en serio, ¿cierto? A la Dréada se le ha comido la lengua el gato y no quiere colaborar. O, tal vez, haya olvidado el idioma de los hombres después de tanto tiempo sin ser domesticada.

—Hablo perfectamente su arcaico y limitado vocabulario, mi señor —digo con un tono despreocupado—. Pero esta Dréada apenas puede prestar atención a las palabras de su excelencia. He quedado bastante impresionada con su aspecto.

—¿Mi aspecto dices? Grrr… —El hombre de cabeza minúscula y tronco grueso se relame la boca.

—Su fama le precede, mi señor. De verdad, es usted célebre entre las mías. ¿No se deshizo de sus amigos mortales para hacerse con la mitra? Eliminó a la competencia, muy inteligente por su parte. Sin embargo, por más que le miro, no logro comprender por qué mis hermanas nunca mencionaron su singular belleza.

El Alto Emisario levanta su báculo y lo aproxima a mi hombro desnudo.

—¿Singular belleza? —balbucea.

—Como lo oye, mi señor. Tantas veces apareció en mis profundos sueños que, por la Conciencia de Nithium, nunca imaginé una cara tan repulsiva. En serio, ¿qué clase de pecado ha cometido para que este mundo lo castigue con semejante aspecto? Aunque, bien mirado, no es tan extraño. Los monstruos deben lucir como tales,

¿no cree?

El Alto Emisario sonríe. No es una sonrisa humana, no una que nazca del alma.

Es la curva vacía de un rostro que conoce el poder del dolor, y lo adora.

Sus ojos se entreabren justo cuando el báculo emite un resplandor al rozar mi piel.

Aprieto los puños para no gritar. La piel se enrojece y burbujea, el olor a carne quemada lo llena todo. A su vez, un alarido desgarrador, casi animal, se me escapa; y me maldigo por darle la satisfacción a esta abominación.

—No sabes las ganas que tenía… —digo, con la voz entrecortada, recuperando el aliento mientras mis ojos observan la herida, la piel en carne viva— de tener una cicatriz decente.

Nairobi, ¿dónde te retienen?

Atravesando los cielos, atada en el mástil de una ciudad flotante que surca las nubes.

¿Qué quieren de ti?

Llegar hasta vosotras, tenderos una trampa.

Nairobi, ¿qué van a hacer contigo?

Oh, mucho me temo que van a matarme.

El Alto Emisario pega su mejilla a la mía. Su aliento fétido invade mis fosas nasales mientras sus labios se mueven en un susurro letal.

—Tendrás más cicatrices, Dréada. Tu piel desnuda quedará cubierta de cientos de ellas antes de que ardas en la hoguera.

Antes de perder el conocimiento, la voz de Sky, tenue y lejana, se abre paso como un susurro dentro de mi cabeza.

Nairobi, ¿dónde estás? Tienes que salir de aquí cuanto antes.

Me gustaría decirle a la Dama Reminiscente que no gaste sus fuerzas en mí, que las guarde para ella, porque también las va a

necesitar. No obstante, mis labios tiemblan y mi garganta se quiebra en un gemido cuando un nuevo destello del báculo del Alto Emisario me acaricia la piel. Lo último que logro retener antes de hundirme en una oscuridad sin fondo es la súplica de una chica que, desesperada, sigue preocupándose, desde alguna parte, por alguien como yo.

Resiste, Nairobi. Por favor, resiste.

19

> Se decidió trasladar la capital de Damaskia a Porteo debido a su posición territorial y su neutralidad política. Los hechos sucedieron inmediatamente después del casamiento del elegido designado por la Aristocracia Escarlata con el Oráculo, la primogénita de los barones de Damaskia. Estos, los barones y sus familias, nunca regresaron, fueron masacrados en el Océano Inmenso en manos de carroñeros. Dos soles y una luna después, la Aristocracia Escarlata pasó de ser una organización de culto a asumir el control y la dirección de toda Nithium. Su primera decisión fue convertir Porteo en la nueva capital.
>
> *Códice VIII: La ciudad que nunca duerme*, por el Maestre Louis

SKY

A la mañana siguiente, el comandante Steiner se presenta en el camarote temprano. Es un hombre ancho, con el cabello moreno peinado hacia atrás y una barbilla pronunciada. El fiel reflejo de su hijo, aunque más endurecido por los años y la falta de inocencia.

—He venido a pedirle disculpas personalmente, milady. Otros asuntos me reclamaban y no he podido atenderla antes. Espero que haya tenido un buen viaje.

—¿De verdad crees que he tenido un buen viaje, comandante Steiner? —pregunto echando la mirada a las cuerdas que me tienen maniatada a un poste.

El amo y señor de los Custodios extrae un cuchillo de su cinto, lo hace girar entre los dedos y me libera de mis ataduras con un tajo limpio. Me froto las muñecas doloridas mientras él guarda la hoja con calma.

—El señorito Dante es disciplinado. Me entristece que su futuro estuviera ligado a la Sala de los Lúcidos, hubiera sido un buen Custodio. Seguramente el mejor, aunque para este trabajo hace falta un valor especial. De eso le sobra a su hermano Chaos, a él no le gusta dejar cabos sueltos.

Su comentario me crispa la mandíbula. Sé perfectamente que Steiner estaba al tanto de los planes de la Aristocracia Escarlata. No solo lo sabía, sino que conspiró en las sombras, movió piezas para que el tablero se inclinara a favor del Khoen antes de que la luna mudara de piel. Ahora se atreve a hablarme como si fuéramos aliados, como si yo hubiera olvidado lo que ha pasado en La Ciudadela.

—El señorito Dante ha estado a punto de matar a Alaric. ¿Dónde estaba usted cuando su hijo se desangraba en las puertas del palacio de arena?

—Alaric estará bien, no tienes que preocuparte más por él. Puede que así aún tenga una oportunidad —contesta con una sombra creciendo en su rostro—. Además, ¿qué pensaría el Khoen de que la Dama Reminiscente haya entregado su virtud tan generosamente a un simple armero?

—Hijo de…

—El Khoen predica el perdón, pero el Príncipe Carmesí…, al Príncipe Carmesí no le gusta dejar cabos sueltos. ¿Lo conoce? ¿No? Chaos es un ser peculiar, ya lo verás. Nada que ver con el señorito Dante.

—¿Puedo irme?

—Por supuesto, te esperan arriba. —El comandante Steiner inclina el cuerpo en una reverencia perfecta—. Un placer volverte a ver…, Sky. —Deja que mi nombre se arrastre en sus labios, como si saboreara una verdad que yo aún no alcanzo a descifrar. Antes de marcharse, se detiene en la puerta, me dedica una última mirada cargada de intención y añade—: Seguro que coincidimos pronto.

Subo las escaleras y aparezco en una de las muchas explanadas que posee esta ciudad alada. Parpadeo varias veces para que mis ojos se acostumbren a la luz del sol. A pesar de la altura, se me eriza el vello de los brazos cuando una racha de viento me alcanza. Hace frío, la tierra no entra por mis fosas nasales al respirar y el barco cruje con cada movimiento. Definitivamente estoy muy pero que muy lejos de La Ciudadela.

Extiendo las mangas del vestido y resoplo al notar cómo el escote enmarca mi pecho con descaro. Todo esto forma parte de un plan cruel; cada pliegue, cada hilo bordado por Miss Minerva está diseñado para exhibirme como una pieza más en el espectáculo más grande de la Aristocracia Escarlata. Soy su tesoro mejor guardado. Su joya de la corona.

—Acérquese, milady. Grrr, acérquese. —El Alto Emisario me observa desde la barandilla. Sorbe saliva y lleva sus manos temblorosas a la boca para sofocar una risita inquietante—. Contempla la grandiosidad de Nithium con tus propios ojos.

Ignoro sus palabras y avanzo hacia el otro extremo.

El viento me pega en la cara cuando la embarcación coge altura. Cierro los ojos y respiro profundamente, dejando que el aire frío llene mis pulmones.

Me olvido por un instante de quién soy. Olvido que estoy maldita, que mi destino está atado a un asesino de ojos grises y a una Mujer sin Rostro que podría ser mi salvación… o mi condena. Olvido todo lo que he perdido y lo poco que estoy a punto de perder. ¿Qué importa ya? Al menos puedo darme el lujo de admirar el mundo que siempre quise conocer. La única certeza que tengo ahora es que el Nithium que se presenta delante de mis ojos es increíble.

La Montaña Que Levita se eleva a los lejos, en el horizonte, como una sombra en mitad de un sol gigante, formando una especie de eclipse. Es más grande de lo que pensaba y, por más que me han dicho, por más que he leído, me parece alucinante que un trozo de tierra no solo esté suspendido en el aire, sino que ahí, a miles de millas de altura, invernen los Ancianos durante edades enteras. Los viejos Ancianos, camaradas del Maestre Simon.

—Mierda… —Cierro las manos en un puño y me clavo las uñas para que no se escape ni una sola lágrima de mis ojos—. No puedes llorar. No puedes llorar.

El movimiento de una capa pone en pausa el drama.

Dante me aparta la vista en cuanto nuestros ojos se cruzan. Me espía desde una terraza colindante a la mía, con los pies sujetos a la cuerda de un mástil. El barco nos mantiene separados, pero a él se le ve siempre, no importa lo lejos que esté.

Se ha quitado el traje de guerra que lo distingue del resto. Ahora lleva pantalones de cuero, botas altas curtidas por el desgaste y una malla semitransparente que insinúa la fuerza de su abdomen. Por encima cae la capa, escarlata y extensa, que el viento reclama con

ferocidad; la agita, la estira, hasta hacerla danzar como a las lonas que mantienen en el aire el esqueleto de este coloso de madera.

—Grrr, una belleza divina, ¿verdad? —El aliento del Alto Emisario me revuelve el estómago.

—El niño bonito de La Capital se ha puesto sus mejores galas para volver a encandilar a las masas —suelto sin admitir lo que es más que evidente.

—Usted siempre tan peleona. —El Alto Emisario se ríe a carcajadas mientras sus garras topan con el revestimiento de cobre que cubre el pasamanos, a escasos centímetros de donde me encuentro yo.

—Él no parece muy feliz de volver a casa.

—¿Casa? ¿Hogar? Grrr, ¿se cuenta con uno por el simple hecho de tener un lugar en el que dormir cuando el sol se esconde y la luna se alza?

—Debería ser así. Perteneces al sitio en el que están los tuyos, en el que está tu familia.

El Alto Emisario cambia el báculo de mano y fija sus ojos de besugo en mi boca.

—¿Sí? Bien, déjeme hacerle una pregunta, milady: ¿consideraba La Ciudadela su hogar? Lo fue, cuando la vida todavía era sencilla, cuando la bendición de las Reminiscentes se mantenía lejos de los muros de palacio —exclama—. ¿Lo ve, milady? Tenéis más en común de lo que estáis dispuesta a admitir.

—Se equivoca, una vez más. Dante es un ser cruel. Otro asesino a sueldo de la Aristocracia Escarlata, igual que usted —digo, y mis ojos lo buscan, aunque ya no lo encuentran. No lo veo, pero puedo sentir su mirada vigilante desde algún otro rincón de la nave.

El báculo del Alto Emisario emite un pequeño destello cuando camina renqueante hacia mí.

—Déjeme decirle, milady, que hay pocos como el chico. ¿Le parece que el señorito Dante tiene un corazón oscuro? Espere a ver a su hermana Asya. Las raíces de Nithium le concedieron el aspecto de una fruta, madura y bonita por fuera pero podrida por dentro. ¿Lo considera retorcido? No se imagina los juegos escabrosos que lleva a cabo el Príncipe Carmesí. La de veces que el Khoen ha tenido que intervenir para que sus divertimentos no trascendiesen. ¿Cree que está incapacitado para ejercer de Consorte? Créame, mejor él que su hermano. No confía en mí, y lo entiendo, pero escúcheme con atención si quiere sobrevivir allá donde vamos: cualquiera es mejor que ese demente sin alma.

—¿Sabe? Tiene razón en una cosa que dice. No, no confío en usted. Ni en usted ni en nadie. Para mí sois todos iguales.

El Alto Emisario para de hablar cuando el viento levanta mi pelo y aspira con intensidad para olerme.

—Permítame el atrevimiento, milady. ¿Le odia —balbucea— o, simplemente, le desea?

La pregunta humedece mis manos y me seca la boca. Cambia mi frecuencia cardiaca haciendo que mi corazón lata más deprisa. Y la adrenalina. Esa adrenalina que sentí en La Ciudadela y más tarde en el Bosque Trémulo vuelve a apoderarse de mí.

—Le odio —respondo—. Igual que le odio a usted. Los odio a todos, a cada una de las personas que forman parte de la Aristocracia Escarlata. Los odio tanto que no dudaría un segundo en hacerlos desaparecer si pudiera con solo un chasquido de los dedos.

De repente, una luz brillante me ciega los ojos. Al principio creo que el sol nos ha deslumbrado, pero pronto me doy cuenta de que la luz proviene directamente de mis manos. Por un instante, unos guantes resplandecientes cubren mi piel, desde las puntas de los dedos hasta los antebrazos, irradiando un brillo potente y cegador.

—Parece que esta vez el truquito no ha causado el efecto deseado, milady. —La cara de asombro del Alto Emisario se torna oscura y codiciosa—. Grrr, reconozco que no es muy agradable la sensación. Quedarse congelado, digo. El tiempo transcurre con naturalidad, pero tu cuerpo no responde. Me pregunto qué otras sorpresas nos aguarda ese don suyo que tanto ha tardado en despertar. Veamos de qué es capaz una vez cruce al Otro Lado…; si es lo suficientemente buena para ser considerada por las raíces de Nithium, por supuesto.

El Alto Emisario se gira con dificultad y farfulla frases sueltas que no alcanzo a escuchar por el crujido de la madera, abriéndose paso entre la ventisca. Solo hay algo, una frase, que entiendo cuando el viento afloja y nos da una tregua: «Ese viejo supo lo que hacía hasta el final de sus días».

Reparo entonces en una pequeña pasarela, una especie de trampolín que sobresale de una terraza inferior, pegada al borde del barco.

¿Y si termino con todo esto? Sería fácil: salgo corriendo, cruzo la pasarela y me lanzo al vacío.

Tal vez sea la solución a todos mis problemas.

Tal vez sepa volar y no lo sé.

Tal vez la Mujer sin Rostro me salve.

Tal vez todo se vuelva oscuro para siempre.

La idea se escapa tan pronto como emergen en el horizonte las siluetas de una ciudad rodeada por un majestuoso acueducto que da forma a la mitad de una circunferencia. En la otra mitad se distinguen las azoteas y los tejados de unos edificios que no tienen nada que ver con el palacio de La Ciudadela. Se alzan más altos, con líneas diferentes y materiales que rompen con el color de arcilla que lucen la mayoría de las construcciones en la región de Araty.

—Ya hemos llegado. —Esta es la región de Korvan, la tierra de los devotos. En Porteo apenas tenían para comer antes de la Edad Magnísima, y ahora es la mayor representación de poder de toda Nithium—. La Capital. La ciudad que nunca duerme. El mundo moderno del que hablaba siempre el Maestre Simon.

Pero hay algo más.

Algo que no encaja y, sin embargo, mis pupilas hacen todo lo posible para descifrarlo, como si el cielo fuera una cebolla a la que le sobran muchas capas.

Lejos de La Capital, detrás de un horizonte que parece infinito, allá donde se extiende una mancha oscura lejos de los confines de nuestro mundo, se alza un haz de luz. Desde la tierra al cielo, un conjunto de rayos forman una corriente que conecta ambos vértices. Entonces lo veo: una bóveda celeste resquebrajada, hecha añicos, como una grieta en un jarrón de porcelana. Un cielo roto, dividido en dos. La causa de que toda mi vida se haya puesto patas arriba.

¿Y se supone que yo tengo que repararlo? Estamos infinitamente peor de lo que pensaba.

20

> La Magistratura Magna decretó en el séptimo sol de la Edad Oscura una ley por la cual, a diez prisioneros del Bastión de los Ingratos se les concedía la libertad a cambio de recibir formación en el arte de la guerra. El propósito de esta iniciativa no era otro que convertirlos en los responsables de la defensa de La Ciudadela y, por consiguiente, proteger la vida de la heredera de Nithium. A mi parecer, si se me permite opinar, ¿son aptos unos criminales para tan importante labor? ¿Merecen asesinos, ladrones y violadores estar a la par que los vanagloriados Custodios? ¿O también ellos cometen estas atrocidades?
>
> *Códice V: El poder de La Ciudadela*,
> por el Maestre Simon

El Cronista

—Son rebeldes… Carroña rebelde —balbucea Martin detrás de mí. Como si este fuera el mejor momento para demostrar que el valor ha pasado de largo por su estantería de virtudes.

—Lo son, y te están escuchando.

—Vamos a morir, ¿verdad? A morir jóvenes, sin haber entrado en la sección número 987 del Archivo. Ni siquiera he leído un seis por ciento de todo el conocimiento del que dispone la Montaña.

—Martin, por todos los mandamientos, ¿puedes dejar de pensar en libros por un momento? Eso también lo han escuchado, y no les suscita el menor interés —digo apartando a conciencia la mirada de los polizones—. Nadie va a morir. Déjame hablar a mí, ya sabes que la oratoria es una de mis principales habilidades.

En el *Códice VII: Civismo*, el Maestre Louis dedica toda una sección a la población insurgente de Damaskia. Describe a los rebeldes como analfabetos, terroristas codiciosos y —esta parte me encanta— «personas asalvajadas y caníbales que destripan a los Comunes más infantes para alimentar a sus hijos». Nunca había visto a uno de ellos con mis propios ojos. Y ahora que tengo frente a mí a tres confieso que esperaba… otra cosa.

El que vigila la puerta de acceso a la locomotora tiene las proporciones de un gigante. El aire que entra por la puerta mueve los pliegues de su cazadora sin mangas. Con esos brazos podría romperme el cuello en una milésima de segundo y todavía le sobraría tiempo para destripar un pichón, asarlo y pegarse un buen atracón. Tiene la cabeza rapada, cubierta de frases tatuadas que se amontonan unas sobre otras, como si alguien hubiera usado su cráneo de pergamino: «Damaskia o muerte». «Los labios sueltos hunden barcos». «El gigante verde».

En la esquina del vagón cuchichean dos más. El de la izquierda es flaco, con una cicatriz torcida que parece haber sido trazada con el pulso del Maestre Louis. Sonríe sin dientes, lo que no mejora precisamente su aspecto. A su lado está el único rebelde que lleva disfraz. Una máscara negra que le cubre la cara y una melena

atrapada en una coleta. Sus dedos están llenos de inscripciones hechas con tinta.

Falta el líder de la banda. Al contrario que sus compañeros, viste la armadura de un Custodio. Se mueve diferente, con la chulería típica de los que son de su clase. Su piel no está bronceada ni tatuada, y tampoco apesta. El que lleva la voz cantante, además de ser una persona objetivamente bella, es el que menos encaja con la descripción de «salvaje» y «caníbal» que escribió el Maestre Amadeus.

—A ti te he visto antes —suelto tentando a la suerte.

El falso Custodio tensa la mandíbula un segundo, marcándole unos hoyuelos en sus mejillas.

—¿No me digas?

—Sí —respondo mientras Martin insiste en tirar de mi túnica para hacerme saber que quiere que cierre la bocaza—. Custodio del Escuadrón IX…

—Vaya, vaya —me interrumpe apoyando el casco sobre una caja mientras se peina su melena castaña como solo lo haría alguien que ha crecido entre comodidades en La Capital—. Me pregunto cómo lo habrás adivinado.

—Milo, cierra el pico, vas a enfadar a esta amable gente.

—Sí, sí. Custodio de la Aristocracia Escarlata. Escuadrón IX… ¿Líder de tu pelotón? —Sus ojos se abren y su boca se tuerce en un gesto que no identifico como una sonrisa feliz—. Los últimos soles, de hecho, vuestras misiones os han llevado hacia el sureste de La Capital. ¿Me equivoco?

—Esto se está empezando a poner interesante. ¿No os parece, chicos?

—¿El Océano Inmenso, tal vez? No son muy frecuentes, ¿no? —digo sin dejar de mirarle, guardando un pensamiento que me

produce mucha curiosidad: ¿desde cuándo hay esta camaradería entre Custodios y rebeldes? ¿No se supone que se dan caza los unos a los otros?—. Los Custodios por aquellos lares, digo. No soy un Anciano muy aplicado, pero juraría que esos territorios todavía pertenecen al Lord de Damaskia.

El chico de melena castaña y piel hidratada da un paso hacia mí manteniendo una postura relajada.

—Los de la Montaña siempre tan curiosos. ¿Has estado mirando mucho por ese prismático?

—No es un prismático, no exactamente. La forma de la Lente es más parecida a un catalejo, aunque su mecanismo es infinitamente más sofisticado. —De pronto, el soldado da una zancada colocándose a escasos centímetros de mí. Agarra con fuerza el cuello de mi túnica y consigue que levante los pies del suelo entre un suspiro suyo y otro mío. No obstante, yo sigo a lo mío, hablando como puedo mientras noto una presión en la garganta—. Los cristales están hechos de un mineral especial. Solo se encuentran en el Bosque Oscuro, ¿sabes? Se llama promitio.

—Y sigues hablando, claro. Eres un charlatán.

—Troi, no te ablandes, que te conozco —dice el de la cicatriz mientras hurga con un cuchillo la suciedad que encuentra debajo de las uñas.

—Así que Troi… Yo soy Milo, encantado.

—¡Por el Khoen, vas a conseguir que nos maten! Es un imprudente, un bocazas, pero no dirá nada, ninguno de los dos diremos nada. Haremos como que esto no ha pasado nunca, ¿verdad, Milo? —lloriquea Martin—. En realidad, ¿sabéis lo que os digo? Matadlo, matadlo a él. Es insufrible y morirá tarde o temprano porque no puede mantener la boca cerrada. ¿Sabéis que me ha secuestrado? Yo ni siquiera debería estar aquí. Yo estaba durmiendo

tan tranquilamente, soñando con la maravillosa disertación del Primer Maestre sobre la renovación multicolor que ocurre cada edad en las Llanuras Violetas de Amatista, y, de pronto, me vi bajando por la Escalera.

Martin se pone de cuclillas y junta las palmas de las manos.

—¿Puedes dejar de avergonzarme delante de mis camaradas? —Le dedico una mirada severa antes de volver la vista hacia ellos—. Martin cree que nos vais a matar, pero ¿cómo nos vais a matar? ¡Somos Ancianos de la Montaña! Si os parece, nosotros nos quedamos en una esquina sin hacer mucho ruido y, cuando lleguemos a La Capital, cada uno por su lado. Es triste, lo sé, las despedidas nunca son fáciles, pero, por más que me duela, es lo mejor para todos.

Troi posa las manos sobre el pomo de su espada.

—¿Desde cuándo los Ancianos visten el negro? ¿Y se puede saber qué buscan en La Capital dos «Ancianos» de la Montaña?

—Respuestas, ¿qué si no?

—¿Respuestas? —Los ojos de Troi brillan con curiosidad mientras hace deslizar la espada dentro y fuera de la funda—. ¿Qué respuestas espera encontrar un escriba en la antigua Porteo? Ah, ya veo. Buscáis la buena acción de una Bella Corazón…

—No es muy habitual escuchar a ningún Custodio referirse a La Capital por su antiguo nombre —digo buscando la aprobación de Martin—. Así la llaman la gente de Damaskia que no está satisfecha con los cambios que se han producido en la Edad del Glorioso Porvenir.

Sus compañeros alzan las cejas y se reagrupan alrededor de Troi.

—Me caes bien, muchacho.

—Gracias, Troi. El sentimiento es moderadamente recíproco.

—Dile a tu amigo que se levante.

—¿De verdad? —pregunta Martin respirando por primera vez desde que nos montamos en la locomotora—. ¿Podemos irnos?

Sacudo la túnica y retrocedo, tropezando con Martin.

—¿Estamos llegando a La Capital? —pregunto sintiendo un hormigueo inquietante en el estómago.

—¿Guardo el cuchillo entonces, Troi?

—Son dos críos, Galeo. Además, ¿por qué matarlos y mancharnos las manos de sangre si pueden ayudarnos?

Troi estira los labios en una sonrisa.

—¿Ayuda? Por supuesto —me adelanto—. ¿Queréis que saquemos brillo a vuestras botas? También nos podemos ocupar de los residuos. No es lo ideal, sobre todo si hablamos de excreciones humanas, pero ya hemos lidiado con la basura de la Montaña, así que dudo que sea peor. Si tenéis algunos alimentos como patata, carne y algunas hierbas aromáticas, puedo preparar un guiso estupendo. Hasta el más desconfiado repetiría, ¿verdad, Martin?

—El despeinado me cae bien —dice el enmascarado con una voz más suave de lo que su máscara sugiere—. ¿Podemos quedarnos con él y lanzar al otro por la borda? Empiezo a aburrirme.

—Nadie va a lanzar cosas, Maniaco. Además nos bajamos en la próxima parada.

De pronto, un ruido metálico suena en el exterior y la cara de Troi se desencaja.

Unos pasos resuenan sobre nuestras cabezas, en el techo de la locomotora. Hay más pasajeros a bordo.

Troi desenfunda la espada y trago saliva al ver los dientes de Galeo, igual que una sierra, reflejados en los katares que extrae de sus mangas. Martin abre la boca para hablar, pero de ahí solo sale aire y una bocanada de pánico.

—Capas doradas, armaduras escarlatas —sesea Galeo.

—Plas, plas —exclama el grandullón.

—Bola, aguanta —le pide Troi llevándose un dedo a los labios.

Los pasos, que ya estaban cerca, cesan y la cubierta de la locomotora deja de crujir. Se hace un silencio largo que no predice nada bueno.

Troi empieza a contar, bajando los dedos de una mano. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno.

Martin suelta un grito aflautado cuando la escotilla se abre y dos Custodios caen en la cabina. Vienen armados hasta los dientes, con espadas bastas y afiladas, pero son tan inmanejables que apenas tienen tiempo de levantarlas para defenderse. Troi tarda un periquete en atravesarle el cuello al primero. Galio y Maniaco atrapan al otro por la espalda y le sujetan los brazos. Pese a la armadura, Bola perfora su abdomen con sus puños de hierro.

Los pobres Custodios tardan cinco segundos en desplomarse contra el suelo, ya sin aire en los pulmones.

—¡El muñeco se ha meado encima! —grita Galeo riéndose a carcajadas al mismo tiempo que Maniaco y Bola arrojan los cuerpos sin vida por la puerta de la locomotora.

Cuando consigo parpadear, giro el cuello hacia Martin. Efectivamente, su túnica muestra un generoso cerco húmedo en la entrepierna. Tiene la cara cubierta de sangre. Yo, al menos, mantengo la ropa seca, aunque mis pies llevan rato zapateando los tablones del vagón sin parar.

—Veo que no necesitáis nuestra ayuda —digo justo cuando la locomotora empieza a perder velocidad—. ¡Nos vemos en la ciudad!

Ayudo a Martin a levantarse. Nos arrastramos por la pared hacia la puerta de la cabina. Esta vez soy yo quien suelta un pequeño grito cuando la espada de Troi atraviesa la estructura de hierro, peligrosamente cerca de mi nariz puntiaguda.

—De eso nada, Milo —replica Troi—. ¿No habéis mencionado que sois aspirantes de la Montaña? Tú y tu amigo nos vais a acompañar. Por ahora, podéis anotar en vuestros libros que estáis invitados a presenciar el comienzo del movimiento que instaurará la siguiente edad en Nithium. El inicio de la Edad Esmeralda.

Busco en los rincones más lúcidos de mi memoria algún códice que me dé la respuesta perfecta, pero lo único que encuentro es silencio; y la certeza de que, esta vez, ni mil páginas van a salvarnos de este pequeño gran contratiempo.

21

> Basándonos en nuestros datos, la distancia que hay entre un extremo y otro de Nithium es de 605 millas, lo que equivale a 25 lunas completas y 27,21 soles a pie. Siempre y cuando, claro está, el recorrido se haga a una velocidad de tres millas por hora y dediques aproximadamente ocho horas al día a caminar. Cabe mencionar, por si fuera de su interés, que el punto más meridional corresponde a los profundas granjas de elanthar, mientras que el punto más septentrional atiende a los dominios de La Ciénaga. Se recomienda evitar el lejano norte. Se ruega no viajar tan al norte mientras la amenaza que reposa en sus entrañas no sea eliminada.
>
> *Códice I: El origen de Nithium*,
> por el Primer Maestre

SKY

Recuerdo la primera vez que el Maestre Simon me habló de La Capital.

Fue justo después de que se llevaran a Lili, así que mi estabilidad emocional pendía de un hilo absurdamente fino. Me encontró en las

caballerizas, cepillando el pelaje de una yegua —la única con manchas de color café— mientras lloraba en silencio. Una chica como yo, la Dama Reminiscente, no debía parecer débil ni montar escándalos en público. Eso me lo habían repetido una y otra vez cuando aún era lo suficientemente pequeña para ser moldeable y lo suficientemente mayor para entrar en razón.

El sol caía detrás de las Cordilleras Amarillas, de modo que nadie rondaba por allí a esas horas. El Maestre Simon, sin embargo, sabía dónde encontrarme. Digamos que, en su mente, siempre existía un mapa invisible que le marcaba el camino que seguir para llegar hasta mí. Aunque tampoco es que hubiera muchos lugares en los que esconderse dentro de La Ciudadela.

Se acababan de llevar a mi hermana, a mi mejor amiga, a mi única familia, y él solo enumeraba las maravillas de la ciudad despierta. «Da igual lo alta que esté la luna o lo mucho que brille el sol, Porteo está viva hasta cuando parece estar durmiendo», repetía una y otra vez.

Me habló durante horas de los singulares edificios de la Magistratura Magna, erguidos como un bosque de hormigón que se alzaba en líneas verticales escalonadas, semejando un relieve petrificado.

Lo que más le fascinaba eran los tejados a dos aguas de las casas que caían en cascada por el barrio de Lúmen, hogar de los Ruiseñores, hasta los primeros hierbajos del valle que colindaba con el Bastión de los Ingratos. Según él, adquirían un brillo particular con el reflejo de la luna y destacaban frente a la sobria residencia del Khoen.

El Maestre Simon fantaseaba a menudo con La Capital. Aunque cuestionara sus métodos. Aunque fuera un Anciano conflictivo para buena parte de los siervos del Khoen.

En realidad, su vida siempre estuvo programada para empezar y acabar en ese pedazo de roca flotante que llaman la Montaña Que Levita. ¿Cuántas veces visitó La Capital? ¿Tres? ¿Cuatro? ¿Cinco, con suerte? Sus ojos cansados brillaban con cada historia, aunque terminaba por volver a la misma, una que todavía no había sucedido.

La recuerdo perfectamente: «Espero estar el día que visites formalmente la vieja Porteo. La avenida presidencial estará abarrotada de gente. Seguro que alumbran el acueducto por el que fluye el río Muxi con los colores de la Aristocracia Escarlata: el rojo profundo y su dorado brillante. Da igual lo enrevesado de sus ambiciones políticas y sus problemas territoriales. No escatimarán en gastos por ti, Sky. La festividad durará varios soles, y Porteo, a tu llegada, recuperará su vieja gloria».

Entonces no comprendía que aquellas palabras no eran solo un anhelo del Maestre Simon, sino una tradición que las Reminiscentes debían soportar para seguir alimentando la propaganda de la Aristocracia Escarlata. Y ahora, al descender del barco, ataviada con un vestido impecable y un maquillaje excesivo, esa visión también comienza a hacerse realidad.

No soy más que el trofeo que ellos desean exhibir, un recordatorio que quieren lanzar al mundo: la Dama Reminiscente, el diamante más frágil y poderoso de Nithium, es de su propiedad.

—¿Preparada, milady?

El Alto Emisario es el primero en bajar del carromato. Sujeta la puerta con una mano y me ofrece la otra para ayudarme. Apenas distingo nada porque estoy a contraluz, pero el bullicio de las voces se mezcla con el retumbar constante de los tambores. Los malditos tambores.

Casi que hubiera preferido seguir en el barco surcando los cielos, sin pisar tierra firme. Sé muy bien que, en cuanto ponga un pie en la avenida presidencial, en ese suelo compuesto por grandes losas irregulares, sujetado por un acantilado tallado en piedra, mi vida cambiará para siempre. No tengo ni idea de cómo exactamente, pero puedo sentir que un reloj, en alguna parte de Nithium, ha comenzado a correr.

—Puedo hacerlo yo sola perfectamente. —Rechazo la mano del Alto Emisario y bajo del carromato sin levantar la vista del suelo pedregoso.

—Grrr, como guste. —Su lengua silba como una serpiente—. Dese un baño de masas. La Dama Reminiscente no merece menos.

El ruido ensordecedor se convierte en un silencio denso e incómodo cuando un montón de ojos se abalanzan sobre mí. Parpadeo un par de veces antes de levantar la cabeza y cruzarme con los miles de caras que me observan desde los dos laterales de la calle. La mayoría son hombres y mujeres de mediana edad, vestidos con ropajes manchados y dados de sí. La descripción encaja con la de los Comunes. Habitantes de La Capital, según los escritos; siervos y plebeyos con menos oportunidades, en mi opinión. Entre ellos también asoman las cabezas de algunos niños. Los llevan en brazos o subidos a sus hombros, con las caras sucias y las facciones marcadas por el hambre.

No me ven como a la elegida que viene a salvarlos. En sus ojos no hay admiración o respeto, sino temor. Y odio, un odio profundo.

—¿Por qué me miran así?

—¿Así cómo, milady?

—Como si fuera una bomba de elanthar que va a explotar en cualquier momento.

El Alto Emisario alza los brazos con elegancia, girando el báculo en

el aire mientras sus pies traquetean por ese suelo esculpido en piedra. El movimiento, de alguna manera que no alcanzo a entender, acciona una palanca invisible y los Comunes estallan en una ovación mecánica.

Los tambores siguen sonando con fuerza, golpe tras golpe, guiando la marcha de la formación de los Custodios que están detrás de mí, en la retaguardia. Busco entre sus armaduras relucientes la mirada gris de Dante, pero no hay ni rastro del Príncipe Zafiro. No he vuelto a verlo desde que el barco tomó tierra y se subió a otro carruaje, perdiéndose entre los callejones estrechos de la ciudad.

—Vamos, milady. Tenemos que emprender la marcha hacia el complejo.

—Y Dante…, ¿dónde está?

—Al señorito Dante le perturban los actos públicos. Por supuesto, grrr, tiene sus razones —dice—. Tranquila, milady, no tardará en reencontrarse con él.

Al final de la larga avenida, veo la monumental Magistratura Magna. Tres bloques enormes de color gris levantados en una forma escalonada y vertical. Unos edificios aparentemente inofensivos, rudimentarios. No parece un lugar desde el que redactan un contrato vinculante o una sentencia de muerte para la Dama Reminiscente. Pero allí empieza y acaba el gobierno corrupto de la Aristocracia Escarlata.

—¿Cuánto tiempo llevan sin comer? —pregunto guiando mis pasos a través de la espaciosa avenida.

—¿Cómo dice, milady?

—Mire las caras de todas esas personas, están famélicas.

—Con el debido respeto, milady. Grrr, ¿acaso usted sabe lo que es pasar hambre?

El golpeteo del báculo contra el suelo se detiene cuando me paro

en medio del desfile, con todos los ojos todavía encima de mí.

—¿Y usted sí?

—Le sorprendería descubrir algunos aspectos de mi vida, desde luego. —Sus ojos diminutos y oscuros se tornan amenazantes cuando la voluta del báculo parpadea de nuevo, emitiendo un destello fugaz—. Sin embargo, no es el foro ni el momento más idóneo para revelarle mis más profundos secretos, milady. ¿Qué tal otro día mientras tomamos una taza de té?

—Con el debido respeto, Emisario, sus secretos no me interesan. No quiero saber nada sobre su pasado, me preocupa esta gente y el estado en el que están ahora —espeto—. Me dijeron…, me hablaron de la abundancia de La Capital, de sus oportunidades. Un pueblo que cuida del prójimo. Si es la ciudad más próspera de Nithium, ¿por qué delante de mí solo veo miseria?

—Grrr, claro, claro, claro. ¿Cómo olvidarme? —La carcajada del Alto Emisario resuena por encima del tumulto—. La Dama de Nithium se debe al pueblo. La Dama sufre por los Comunes. Claro, claro, claro. Perdone mi asombro. Pensaba que, dadas las circunstancias, sus drásticas circunstancias, milady, sus preocupaciones serían otras. Vuelvo a equivocarme con usted, una vez más. Le ruego que me disculpe. Reconozco que no esperaba que usted fuera tan ingenua como para fijarse en el envoltorio y no ir más allá. —El Alto Emisario hunde sus ojos en los míos—. ¿Le dan lástima sus caras desnutridas? ¿El vestuario rancio y maloliente? Como todo lo demás aquí, en La Capital, todo es pura fachada.

Aprieto los puños con rabia.

—Es usted un ser despreciable —digo lanzándole una mirada fulminante.

—Oh, milady, no es la primera vez que lo menciona. Perdóneme por hacerla enfadar, pero confieso que la hace todavía más

irresistible. —El Alto Emisario avanza con determinación—. Déjeme darle un consejo antes de llegar a la Magistratura Magna. Una vez allí, grrr, será complicado mantener una conversación privada, aunque mi proposición, ese té, sigue en pie.

—No quiero ningún consejo tuyo, Emisario. Ahórratelo.

—¿Ahora nos tuteamos? —Su sonrisa me pone el vello de punta—. Aunque no lo crea, empatizo con su sufrimiento y, sobre todo, con su soledad. Tremebunda carga para una joven… tan frágil. ¿Se apiada de esos Comunes? Tiene que saber que este pueblo que tanta lástima le da ahora no dudaría ni medio segundo en arrancarle los ojos y dárselos a sus pequeños como si fueran los dulces del afamado pastelero del Mercado Noctámbulo. La despellejarían viva después de abusar de su cuerpo. Le quitarían la piel centímetro a centímetro, y no se tomarían la molestia de cocinarla. Se la comerían cruda. Y no lo harían por hambre, sino por el deleite de hacerle daño. A una delicia como usted.

—Son solo personas desprotegidas. Los habéis abandonado a su suerte.

—¿Usted cree? —Ríe en voz baja mientras dirige sus pasos hacia la Magistratura Magna—. Compruébelo usted misma entonces.

Los gritos cesan, se convierten en un murmullo que recorre los márgenes de la avenida, como el susurro de una tormenta que se propaga por el aire antes de desatar su furia.

—¡Una Dréada! —exclaman—. ¡Una Dréada en La Capital!

Las miradas de los Comunes se mueven rápido detrás de mí.

—¡A la hoguera!

—¡Matadla! ¡Tiene que morir!

Entre el tercer y cuarto pelotón de Custodios, varios Comunes empujan una jaula sobre ruedas. Los barrotes, de un material grisáceo como la ceniza, tienen unos zafiros blancos atados

alrededor. La luz que emanan no solo encadena su cuerpo, sino que aplasta cualquier intento de voluntad, obligando a la prisionera a permanecer con la cabeza hundida entre sus rodillas.

—Nairobi… —Su túnica está desgarrada y maltrecha, dejando al descubierto varias quemaduras en los hombros.

Uno de los Comunes se salta el perímetro y se acerca a la jaula. Le sigue por detrás otro hombre descalzo y cubierto de estiércol.

—¡Mírame, Dréada! —dice mientras se baja los pantalones—. Mira lo que tengo entre las piernas para ti.

El maleante se aferra a los barrotes de la celda de Nairobi. En cuanto sus manos los rodea, los zafiros se iluminan con un destello. El hombre pega un alarido cuando sus dedos se deshacen como la ceniza, dejándole dos muñones humeantes.

Los gritos se vuelven más fuertes cuando los zafiros se apagan y recuperan su color natural, de un blanco inmaculado. En lugar de frenarlos, esto termina de encender a la multitud. La calle se transforma en un campo de tiro en el que Nairobi es el único objetivo. Ya nadie se fija en mí. La Dréada, la mujer de melena oscura a la que toman por una salvaje, se ha convertido en el entretenimiento de los Comunes. Le arrojan piedras, comida podrida, cualquier cosa que tengan a mano y entre por los huecos de la jaula.

—¡Haz que paren! —le exijo al primer Custodio que encuentro.

Este se mantiene en su sitio, inmóvil y escondido detrás de su máscara. Corro por la calzada buscando otra mirada, una chispa de humanidad. Se lo ruego a uno que está más atrás. Luego al que espera a su lado. Pero ninguno responde. Todos sostienen el mismo gesto imperturbable, la misma frialdad mientras Nairobi es reducida a la nada.

—El desfile tiene que continuar, milady. —Escucho la voz del Alto

Emisario a mis espaldas.

—Eres un hijo de pu…

Mueve el báculo deprisa, volviendo a generar ese efecto en los Comunes, que gritan con más fuerza. El odio los ciega hasta tal punto que invaden la avenida, rodeando la jaula de Nairobi, acorralándola. Entonces me doy cuenta de que los barrotes no protegen a los Comunes, sino que la protegen a ella.

—Otro consejo, milady: el pueblo es soberano y jamás se le dice lo que tiene que hacer…, ¿o sí? —Un brillo inteligente se instala en los ojos del Alto Emisario, que da media vuelta y pisa con decisión el camino que desemboca en el complejo plomizo de la Magistratura Magna—. De todas formas, grrr, no tiene de qué preocuparse. A fin de cuentas, pueden dañarla, pero no de gravedad.

La capa inmaculada del Alto Emisario se pierde en el fondo de la vía principal, convirtiéndose en una mancha blanca en mitad del paisaje gris. Antes de seguirle, giro la cabeza.

Observo cómo Nairobi se pone de pie dentro de su jaula. Aguanta el tipo, pero no es la misma chica que me encontré en el Bosque Trémulo. Sus ojos, antes de un azul vibrante, se han convertido en dos pozos oscuros. Su boca permanece cerrada, sin decir nada, pero alcanzo a ver una lágrima deslizándose por su mejilla.

Y así, de pronto, una nueva herida se dibuja en mi corazón con una facilidad espeluznante.

22

> No debes temer a tu destino. Hay males peores que el que esconde La Ciénaga. Algunos, incluso, duermen en palacio y sonríen detrás de unos preciosos rostros. Témelas a ellas, Sky, pues son la aberración más fatal que ha creado nuestro mundo. Témelo a él, su originador, porque es su mente perturbada la que teje los hilos de su obra y gracia. No te fíes de su posición. No es un intermediario cualquiera, es el eje de la balanza.
>
> Lección del Maestre Simon

SKY

Antes de dar un paso hacia el interior del edificio, me detengo un instante y me fijo en la placa dorada que está atornillada junto a la puerta. EDIFICIO CORAZÓN, reza el cartel.

He leído poco sobre el tridente de hormigón que forja la Magistratura Magna. El *Códice VIII*, de todos, es el más tedioso, por no hablar de la propaganda descarada que se relata en las más de mil páginas que tiene. Sin embargo, no existe ni una sola persona en Nithium que no haya escuchado hablar alguna vez de las tres

construcciones donde la Aristocracia Escarlata cultiva su podredumbre.

La central es la más grande, sin florituras en la fachada, salvo por la ventana vitral que reluce sobre la entrada. Recibe el nombre de Edificio Destino y, además de ser el lugar donde el Khoen se reúne con sus Ruiseñores, es su residencia familiar.

En la Edad Oscura, las asambleas se celebraban en el Edificio Maestro. Tenía en su interior un hemiciclo con tantas butacas como Ruiseñores. Después, el fuego lo devoró tras «un accidente aislado» que no trascendió. Trasladaron sus interminables sesiones de control a la Sala de los Lúcidos, el hemiciclo del Edificio Destino. El Oráculo, por su parte, se mudó a Maestro junto a su hija Asya, escapando así de ese gallinero.

La puerta se cierra con un estruendo detrás de mí y me encuentro sola en un vestíbulo tres veces más amplio que el del palacio de La Ciudadela. Busco en las paredes, en el techo, en cualquier rincón, un objeto que le dé sentido a un nombre tan absurdo como «Edificio Corazón». En el recibidor, sin embargo, no hay nada reseñable ni ostentoso. Todo es terriblemente práctico y austero. Demasiado limpio. Demasiado luminoso, con un suelo de mármol blanco como los copos de nieve que caen en el Abismo.

Dante no aparece por ninguna parte, lo cual agradezco. Una visita guiada por este cementerio inmaculado con el hombre que me odia no es lo que necesito ahora mismo.

Cojo y suelto aire varias veces mientras camino en círculos por el vestíbulo, ordenando mi cabeza, gestionando la marabunta de emociones que empiezan a asfixiarme. Tres nombres se repiten en mi cabeza sin parar: Alaric. Lili. Nairobi.

¿A quién se supone que tengo que salvar primero? Y, joder, ¿cómo se supone que voy a hacerlo cuando he cambiado una jaula de

arena por otra con muros de cemento y una superficie de mármol?

Mis preocupaciones se esfuman de un plumazo con el retintín de unos pasos. Resuenan en todo el edificio el tac-tac de unos tacones que parecen querer atornillar el suelo.

—Tiene que ser una broma —digo, incrédula—. Tiene que tratarse de una broma pesada.

Por el corredor que hay a mi izquierda aparecen siete mujeres. Se mueven con rectitud, con mucho cuidado de no romper la fila. Todas visten con la misma prenda de terciopelo, de color bermellón y unas mangas tan anchas que apenas se les ven los dedos de las manos. Llevan la melena recogida en un moño del mismo tono castaño que mi pelo. Y sonríen. Muestran todos los dientes, aunque sus ojos sean dos pozos negros y debajo de su pecho no tengan un corazón latiendo con fuerza.

—Un placer recibirla en el Edificio Corazón, milady —dice una de ellas—. ¿Preparada para que la acompañemos a sus aposentos?

Aunque cuesta distinguir a las unas de las otras, no son las mismas cortesanas de La Ciudadela.

—Dante Flich iba a enseñarme las instalaciones. ¿Dónde está?

—Querrá cambiarse de ropa, milady. —La más esbelta rompe la fila y me lanza una mirada tan fría como el hielo.

—¿Cómo te llamas? Me gustaría dirigirme a ti por tu nombre. —A pesar de la distancia, puedo ver perfectamente cómo su labio superior palpita—. ¿No dices nada? Tal vez tú puedas decirme cómo te llamas. ¿Tampoco? ¿Y tú? Nada. Supongo que ninguna de vosotras recuerda haber sido la hija de alguien. ¿Tenéis hermanos?

Es inútil, ninguna responde. Estas cortesanas tampoco poseen ni nombre ni pasado, ni siquiera un número que las identifique. Les han arrebatado la identidad igual que a las otras. Las nuevas chicas al servicio del Alto Emisario.

—¿Nos acompaña, milady? —pregunta de nuevo.

—¿Acaso tengo elección?

—Tiene la elección de acompañarnos —sisea, como si en lugar de voz tuviera cuchillas.

Las cortesanas rearman la fila y avanzamos hacia el interior del Edificio Corazón.

Los dormitorios se encuentran resguardados en el ala este. A lo largo de una galería larga y poco acogedora se suceden muchas puertas idénticas, una tras otra, sin ningún rasgo que las distinga. Las paredes están desnudas, sin cuadros ni retratos que rompan la monotonía del pasillo. A pesar de lo espacioso del corredor, el mobiliario es casi inexistente; solo una lámpara de pie junto a la pared y, de vez en cuando, alguna butaca colocada en las esquinas, como si estuvieran ahí por obligación más que por utilidad.

—Se han tomado muchas molestias en que esta jaula parezca precisamente eso…, una jaula.

—Los adornos solo distraen del propósito.

—¿Y cuál es ese maravilloso propósito al que tantas ganas le ponéis? —disparo la pregunta, aunque ya conozco la respuesta.

La cortesana me mira con el ceño fruncido.

—El porvenir de Nithium, por supuesto.

El comentario me provoca una carcajada que exagero a propósito.

—No tenéis remedio, ninguna de vosotras.

—¿Cómo dice, milady?

Escucho un murmullo al otro lado del pasillo, un susurro que araña el silencio que se ha colado por las ventanas del Edificio Corazón. Mis labios se tensan, y retengo en la punta de la lengua otro improperio que, se supone, una chica como yo jamás debería decir en voz alta.

Me salgo de la fila, aun a riesgo de que las cortesanas colapsen.

Doblo la esquina sin mirar atrás y veo que el pasillo desemboca en un patio interior.

—Está lloviendo… —mascullo cuando una de las cortesanas me alcanza—. Nunca llueve en La Ciudadela.

Las gotas rebotan contra un lucernario creando un suave murmullo que me hace olvidar por un segundo dónde estoy. Pero no es la lluvia lo que me deja con la boca abierta. De las paredes del patio brotan cientos de piedras preciosas que se enredan entre sí, formando un tapiz de pétalos, espinas y zafiros azules. Es como si la propia naturaleza hubiera decidido infundir vida al corazón más oscuro de Nithium.

Encuentro a Dante en una esquina del patio, con unas tijeras de podar. Corta con cuidado los tallos y las hojas de algunas flores.

La camiseta de tirantes se le pega a la piel y trago saliva al recorrer las marcas de sus brazos.

—Veo que el señorito Dante estaba demasiado ocupado —protesto con la mandíbula apretada.

Su mirada se cruza con la mía un instante antes de perderse de nuevo entre su jardín vertical de zafiros.

El gesto de su cara, mostrando tanta indiferencia, me pone de mal humor, de modo que doy media vuelta y regreso al corredor.

Las cortesanas esperan sonrientes a ambos lados de una puerta. Intuyo que se trata del dormitorio que han escogido para mí. Todas hacen una exagerada reverencia cuando paso a su lado hacia el interior de mi nueva celda.

Me dejo caer sobre la cama y extiendo los brazos para agarrar una manta. Me la echo por encima, disfrutando un instante de su tacto suave y cálido.

El cansancio me pasa por encima como uno de esos buques inmensos de la Aristocracia Escarlata. Los párpados me pesan y

siento un cosquilleo en los pies cuando acarician la superficie de la cama.

Una sonrisa se extiende en mi cara cuando siento que el sueño se abalanza sobre mí. En otro momento, estaría aterrada con la sola idea de volver a la oscuridad de mis pesadillas. Ahora que vivo en una, lo abrazo con las mismas ganas que abrazaría a un viejo amigo.

Espero que ella, la Mujer sin Rostro, tenga la solución a todos mis problemas.

A la mañana siguiente, me levanto con el corazón golpeando en el pecho. La puerta de la habitación está entreabierta y la chimenea arde llenando el aire con un resplandor cálido. Tardo unos minutos en recordar que sigo en el Edificio Corazón de la Magistratura Magna. Mi cerebro es bueno dejando huecos que luego tengo que rellenar con paciencia e imaginación. Es un ejercicio frecuente; supongo que es la forma que tiene mi mente de cuidarse para no perder lo poco que le queda de cordura.

Pero eso no es lo que me preocupa.

He dormido…, ¿cuánto?, ¿diez horas? Y, aun así, la Mujer sin Rostro no me ha hablado en sueños. No he podido ver su melena blanca ni el palacio helado en el que suele caminar. No he escuchado su voz metálica resonando en mi mente.

Solo quería un poco de luz en este camino oscuro. La mujer a la que he temido toda mi vida, la misma que amenaza con destruir Nithium hasta sus cimientos y a la que debo enfrentarme por orden de la Aristocracia Escarlata, se ha convertido en la única persona que puede ayudarme y ha desaparecido en cuanto he puesto un pie dentro de La Capital.

Tocan tres veces a la puerta antes de decir:

—¿Milady? —Hundo la cara en la almohada y pego un grito que se

queda entre su plumaje acolchado—. El desayuno está servido en el gran comedor.

—No tengo hambre —respondo sin energía.

—Insisto, el Alto Emisario nos ha pedido expresamente que esté bien alimentada —dice la cortesana—. ¿Necesita ayuda para vestirse?

Reparo en el burro de ropa que hay a un lado de la cama. De la barra cuelgan una docena de vestidos pomposos y extravagantes.

—Puedo vestirme yo sola, gracias.

Muevo las perchas de un lado a otro buscando un vestido que, si no volar, me permita moverme. Escojo el de color rojo. Arranco las mangas vaporosas y bajo la falda del vestido hasta que cubre mis pies descalzos sintiendo la caricia de la tela sobre mi piel. Busco en el aparador de la esquina una horquilla o una pinza para recogerme el pelo. Lo único que encuentro en un cajón atascado es un alambre fino y retorcido. Con cierta torpeza, lo anudo varias veces hasta que una trenza uniforme cae sobre mi hombro.

—Con esto bastará —digo arrugando la nariz cuando percibo un intenso olor a café.

Tiro del pomo de la puerta y enfilo el corredor que flanquea los dormitorios como si conociera el camino, aunque no tengo ni idea de adónde voy. La residencia es desproporcionada para los pocos huéspedes que alberga; demasiados dormitorios, demasiadas puertas y demasiadas posibilidades de perderse. Aparte de eso, cuenta con un gran comedor, varios salones, un recibidor elegante y una sala de estar lo bastante amplia como para que los silencios se transformen en ecos vacíos.

Doy varios rodeos.

Paso al menos cuatro veces por el patio de luces donde anoche encontré a Dante, aunque el lucernario permanece ahora cerrado.

Finalmente, tropiezo con el gran comedor. Y con el culpable de que todo el Edificio Corazón huela a café.

Paso entre los criados con la respiración entrecortada. Permanecen con las cabezas agachadas cuando ocupo mi sitio en una mesa de cristal que cruza toda la estancia. Dante me observa con curiosidad desde la otra punta mientras olisquea su taza y sorbe con cuidado de no quemarse.

Su sonrisa se tuerce apenas al ver a las cortesanas formando una línea detrás de mí, creando un muro infranqueable.

—¿Se supone que también tenemos que desayunar juntos? —Extiendo un pañuelo de tela sobre mis muslos al tiempo que un criado me sirve un vaso de zumo—. Creía que el contrato era claro: no habrá enlace si todo se vuelve dramático. Y, si no recuerdo mal, has visto lo mismo que yo atravesando el cielo. Por lo tanto, podemos saltarnos este paso. No es necesario que probemos a vivir juntos.

—Buenos días para ti también, pajarito. ¿Peinado nuevo?

—Cierra el pico.

Dante retira un puñado de uvas del bol y las mastica una detrás de otra mientras su mirada gris me atraviesa. Desvío rápidamente la vista y me aprieto el estómago cuando otro criado me pone enfrente un plato con huevos sobre una cama de carne mechada.

—Quiero otro dormitorio, con una o dos ventanas. Si echa a arder por culpa de esa chimenea, quiero tener al menos la oportunidad de escapar por alguna parte y no morir chamuscada —protesto llevándome una uva a la boca—. Tengo entendido que en La Capital sois muy aficionados a quemar cosas… y a personas. Pero, si me lo permites, prefiero morir golpeándome la cabeza contra el pavimento de ahí fuera.

—¿No vas a probar la carne? La maceran durante varias lunas y

luego la guisan a fuego lento con verduras que crecen en la orilla del río Muxi. El plato está delicioso, créeme. Los criados estarían encantados de presentarte el plato, pero, como habrás observado, lo de hablar es una tarea que les es complicada.

—Los criados de La Ciudadela tampoco podían… hablarme. —Al igual que ellos, sus bocas están atadas con un cordón, cosidas como remiendos en una tela vieja.

Dante se recuesta en la silla con una sonrisa de satisfacción.

—¿Alguna petición más?

Carraspeo y hundo mis ojos en los suyos.

—Agradezco el detalle de las cortesanas, me hacen sentir como en casa, pero, de momento, me las apaño mejor sola. ¿No las quieres para ti? Seguro que el niño bonito de La Capital tiene un montón de caprichos que necesitan ser cubiertos. Te las regalo, a todas.

—Al contrario que tú, yo no necesito canguro. Mi integridad física no se ve comprometida cada vez que abro la boca. —Y vuelve a posar sus ojos afilados sobre mí—. Insisto, las cortesanas te servirán de mucha ayuda. ¿Crees que estás segura porque un par de Custodios vigilan la entrada del edificio? Te venderían por dos duros. Y, créeme, son muchos los que se quieren rifar a la Dama Reminiscente. Aunque, por más que lo intento, no veo el valor por ninguna parte.

—Eres un cretino.

—Gracias, supongo.

—Está bien, imagino que mejor su compañía que la tuya.

—No deberías herir sus sentimientos. ¿Sabes que pueden oírte?

—Y también sé que me están observando en este mismo instante. No importa que no las escuche respirar. Las puedo sentir ahí detrás, con los ojos pegados en mi nuca y sonrientes. ¿Me equivoco? Deberías aprender de ellas. No estaría mal que sonrieras de vez en

cuando.

Dante alza el brazo y deja caer otra uva en el aire, cazándola con la boca.

—A mí tampoco me gusta tenerlas merodeando dentro de mi casa. Una intrusa es más que suficiente.

La uva cruje en su boca con otro mordisco y tengo que acomodarme contra el respaldo de la silla.

—¿Vivías aquí… antes? —La mano me tiembla cuando intento pinchar con el tenedor un trozo de carne minúsculo.

—¿Estás sacando un tema de conversación? Esto se pone interesante…

—¿Vas a contestar o no?

Dante levanta las manos en señal de paz.

—Calma, pajarito, calma. —Bebe de su taza de café antes de responder—. El Edificio Corazón no es gran cosa comparado con Destino o Maestro, pero, créeme, es mucho mejor en todos los aspectos. En los otros siempre hay gente merodeando. Ruiseñores susurrando por las esquinas. Y mi…

—Familia —termino la frase por él.

—La familia está sobrevalorada. Aquí hay silencio. —Su boca habla más deprisa que su cabeza, y sabe que me he dado cuenta—. Oh, espera. ¿No pensarías que esta iba a ser nuestra residencia conyugal, el lugar donde íbamos a procrear a la próxima heredera?

—Solo decía…

—Tranquila, Sky, de momento, estás aquí en calidad de invitada. —Su tono se suaviza a propósito, aunque ambos sabemos que no soy ni su huésped ni su compañera. Soy su prisionera. Y me conviene tenerlo en cuenta—. No hay necesidad de compartir cama. Ahora tienes asuntos más importantes que resolver.

—¿Desde cuándo me llamas por mi nombre? —pregunto notando

cómo poco a poco el calor enciende mis mejillas.

Los criados levantan la vista del suelo.

—¿Cómo dices? —La mandíbula se le tensa y sus ojos grises se oscurecen.

—¿A qué asuntos te refieres? —Cambio de tema con rapidez, y el gran comedor entero parece contener el aliento—. ¿Te refieres a eso de salvar al mundo de la amenaza que acecha en La Ciénaga y bla, bla, bla? Bien, al menos me mantendrá ocupada.

Dante se pone de pie con soltura justo antes de que sus labios se curven con intención:

—Desde luego que sí. De hecho, espero que hayas cogido fuerzas. Tus asuntos te reclaman. En este preciso instante.

El estúpido juego de tensiones me ha hecho bajar la guardia. No me doy cuenta del movimiento torpe tras la puerta del comedor hasta que el traqueteo de un objeto pesado comienza a deslizarse sobre el suelo inmaculado.

Los criados hacen una reverencia cuando un hombre grueso aparece bajo el arco tallado de la puerta.

—Grrr, veo que ya está instalada, milady.

—Alto Emisario —digo con un tono gélido y distante.

La capa magna del Alto Emisario cruza el comedor con su peso teatral. Su color se funde con el blanco inmaculado del suelo.

—Fascinante. Realmente fascinante.

—¿Qué te resulta tan fascinante, Mayhem? —pregunta Dante, apurando su taza de café. De modo que ese es el nombre del Alto Emisario: Mayhem—. ¿Que el sol brilla en lo alto de la Montaña Que Levita? ¿Que La Capital atraviesa su peor crisis en edades? ¿Que las cortesanas son espeluznantemente parecidas a nuestra huésped? Esos Ancianos que contratas a espaldas del Khoen deberían mejorar la vida de la gente, no cumplir con tus fantasías retorcidas. —Me

mira de soslayo—. No te preocupes, Sky. Todavía eres la mejor versión de ti misma.

No debería afectarme. Es solo mi nombre lanzado con indiferencia desde su boca. Pero algo se me enciende en el pecho cuando lo pronuncia. Me tengo que recordar que lo detesto y, aun así, me descubro buscando en su voz un resquicio de verdad, que, en lo más profundo de su corazón, le importo, aunque sea incapaz de admitirlo.

El Alto Emisario dedica una mirada de indiferencia a las cortesanas y vuelve a posar sus ojos diminutos sobre Dante.

—El Oráculo no se equivocó en sus visiones, mi señor.

De pronto, el gesto divertido desaparece del rostro de Dante.

—Ah, ¿no?

—Descubrió algo valiosísimo y tengo que decir que, esta vez, con bastante acierto. Echad un ojo a vuestro alrededor, grrr. ¡Vaticinó justo lo que está ocurriendo ahora mismo, bajo este mismo techo! «El amor cortará las espinas de tan delicado tallo y hará florecer el corazón del zafiro más puro».

—Esa mujer lleva desvariando semanas. No dice más que estupideces. —Dante da un manotazo al bol, que gira violentamente, derramando las piezas de frutas a lo largo de la mesa—. Te conviene no repetir sus palabras cuando yo esté presente, Mayhem.

Dante atraviesa el gran comedor a toda velocidad abriéndose paso entre las cortesanas y quebrando su muro compacto como si no existiera. Cuando el eco de sus pasos se disuelve en los pasillos del Edificio Corazón, la atención del Alto Emisario se posa sobre mí.

—¿A qué se debe el placer de la visita, Alto Emisario? ¿Vienes a tomar ese té que tenemos pendiente?

El Alto Emisario aplaude con efusividad y pega un pequeño brinco sobre su sitio.

—Puede acabarse el desayuno si lo desea, milady.

—Perdí el apetito la noche que me sacasteis de la cama… en La Ciudadela —replico con desdén—. ¿Qué quiere?

—Grrr, siempre tan impaciente, ¿verdad? Siempre tan impulsiva. ¡Me encanta, milady, me encanta!

—¿Y bien? —pregunto perdiendo la poca paciencia que me queda.

El Alto Emisario levanta el brazo y dirige la mirada hacia el báculo.

Inmediatamente, mi mente retrocede muchas lunas, a la tormenta perfecta que dictó mi destino y selló mis últimos días en La Ciudadela.

—Un mensaje de la Magistratura Magna —murmuro, y mi lengua destila veneno en las próximas palabras que salen por mi boca—. El Khoen podría haberse tomado las molestias de tocar a mi puerta. Al fin y al cabo, soy su invitada.

—¿Qué esperaba, milady? Ahora es cuando la cosa se pone más interesante —dice—. Grrr, ya sabe, el destino no espera y nadie, ni siquiera usted, puede escapar de sus obligaciones.

Arrastro la silla hacia atrás haciendo todo el ruido posible al levantarme.

El Alto Emisario se acerca con pasos torpes. Cuando está lo suficientemente cerca, eleva el báculo, que ya emite un brillo cansado.

—Recuerda, milady. Tienes que tocar el báculo con las dos manos.

Rodeo la voluta con los dedos y el brillo se intensifica, y una voz rasga el aire del gran comedor.

—Otra vez.

> La palabra legítima de la Aristocracia Escarlata ha sido dada. Al tercer sol tras la recepción de este mensaje, la Dama Reminiscente deberá acudir en calidad de invitada a la próxima asamblea de la Magistratura Magna que tendrá lugar en la Sala de los Lúcidos. Se requiere su presencia para analizar en

común la amenaza que ha despertado detrás de la Frontera y adoptar las medidas que sean pertinentes. En otro orden de cosas, la Aristocracia Escarlata, en esta misma sesión, dictará la sentencia de la Dréada prófuga, ahora bajo la tutela del Bastión de los Ingratos.

El Alto Emisario retira el báculo mientras su sonrisa se ensancha.

—Grrr, ¿seguro que no quiere terminar de desayunar, milady?

23

Los suburbios de La Capital se extienden desde el Mercado Noctámbulo hasta el Bastión de los Ingratos. Ocupan el treinta por ciento del territorio total. Allí, hombres y mujeres de todas las edades viven bajo techados de aluminio y lonas de tela que los refugian de las intensas lluvias. Se alimentan de los restos que encuentran en las bolsas de basura de las familias que viven en el cinturón de la ciudad, aunque llevan a cabo actividades delictivas para prosperar. Los hijos e hijas de los suburbios son criaturas nacidas en las entrañas de La Capital. Son los niños y niñas que nacen en el rincón al que acuden forasteros y lugareños con poder. Por supuesto, no están reconocidos ni por los padres que frecuentan el burdel ni por las Bella Corazón que los engendran.

Códice VIII: La ciudad que nunca duerme, por el Maestre Louis

SKY

Paso los días siguientes encerrada en mi nueva habitación. Se

encuentra en el piso superior del Edificio Corazón, justo enfrente del dormitorio de Dante. La luz que entra por la ventana ayuda a que mi cabeza no piense que vivo atrapada en otra celda, pero, a casi todos los efectos, lo es.

Aunque no puedo ver las Cordilleras Amarillas desde aquí, en el horizonte se despliega una cascada de tejados y modernas construcciones. Observarlas se ha convertido en mi pasatiempo favorito mientras espero pacientemente a que llegue la asamblea. Mi trabajo ahora es ese: esperar y dormir por si a la Mujer sin Rostro se le ocurre volver. La mala noticia es que *ella* sigue sin aparecerse, como si mi subconsciente hubiera alzado un muro infranqueable entre nosotras. Tal vez sea este lugar, que la rechaza; o que está huyendo de los ojos indiscretos.

Todas las noches caigo en un pozo oscuro y sin fondo, pero no me lleva a ninguna parte y su voz no resuena en mi cabeza.

La buena noticia es que La Capital es más entretenida por la noche que por el día. Las luces de la ciudad no se apagan nunca. De madrugada, cuando me desvelo, dejo la ventana entreabierta para escuchar el barullo que se cuela por los callejones y traspasa la verja que separa la Magistratura Magna de todo lo demás.

El ruido, por muy raro que parezca, me transmite calma, me hace sentir que no estoy sola.

El resto del tiempo trato de no coincidir con Dante. Procuro desayunar más tarde de la hora establecida y paseo por el patio cuando abandona el Edificio Corazón a media mañana para reunirse con su padre.

Dante es silencioso, como un fantasma discreto que merodea por los pasillos sin ser visto. En eso nos parecemos. Ambos queremos pasar desapercibidos.

A veces se escapa en mitad de la noche. Se salta el perímetro de

seguridad, conversa con los Custodios y desaparece sin dar explicaciones. Después, su silueta se pierde por el barrio Lúmen, en dirección a los bajos fondos.

Alaric me contaba historias sobre ese lugar. Decía que los Custodios aprovechaban que la Magistratura Magna hacía la vista gorda en la hora más brillante de la luna para incumplir sus votos, perdiéndose en el alcohol de las tabernas y el aroma dulzón de los burdeles. No sé por qué me sorprende que Dante también busque la compañía de esas mujeres a las que llaman las Bella Corazón. ¿Qué razón habría para que él fuera distinto a los demás?

Hoy regreso pronto a mi habitación.

Las cortesanas se echan a un lado dejando el pasillo despejado para que pueda pasar. De pronto, la puerta del dormitorio de Dante se abre al fondo. No necesito mirar para saber de quién se trata. El destello plateado de su pelo corto se cuela en mi campo de visión. Un calor súbito me sube por las mejillas y se instala en mis manos, que empiezan a sudar. Me obligo a no perder el ritmo, a completar los pasos que quedan hasta mi cómoda celda. «No pares, Sky. Camina y no pares», pienso. Su voz, sin embargo, se clava en mi espalda después de cruzarse conmigo. Lanza el anzuelo y no tardo en morderlo.

—¿Ya te vas a la cama? Pensaba que estabas tramando alguna tontería que hacer antes de la asamblea de mañana.

Me giro con cuidado de no tropezar, y nuestras miradas se cruzan fugazmente.

—Dudo que pueda hacer mucho desde mi habitación.

La luz cándida que adorna el pasillo le otorga un aspecto misterioso al cuerpo esbelto de Dante. La amenaza persiste en sus ojos grises, pero me mira diferente. Al menos, ya no siento que

quiera asesinarme a la primera de cambio.

—Me tranquiliza saberlo.

—¿Ahora te preocupas por mí?

—Adiós, pajarito.

—Espera.

Dante vuelve a darse la vuelta.

—¿Qué pasa ahora?

—No has contestado a mi pregunta.

Sus labios se abren lentamente.

—Nos guste o no, tenemos que hacer por entendernos. Nos irá mejor si cooperamos. —Su voz suena cansada; trata de teñir las palabras con su veneno habitual, pero el filo no corta como antes—. Si crees que soy lo peor que te ha pasado en la vida, espera a conocer a la Magistratura Magna. Todavía no lo has visto todo.

—Pensaba que solo era una simple invitada. ¿No se supone que ellos discuten, deciden mi futuro y yo asiento formalmente?

Dante da un paso hacia mí entrecruzando los dedos de sus manos.

—Si fueras tan estúpida, no me molestaría en dirigirte la palabra.

—¿Y no lo soy?

—¿Por qué te empeñas siempre en darle tantas vueltas a todo?

—Tiendo a hacerlo cuando me llaman estúpida o alguien tiene la extraña manía de querer matarme.

Intento girarme, pero él me coge la mano antes de entrar en mi dormitorio. Dirijo la vista hacia el punto exacto donde su piel roza la mía. Nuestras miradas se encuentran de golpe y, por un segundo, noto que algo cambia. Aunque ninguno de los dos lo diga en voz alta, los latidos de mi corazón hacen por delatarme.

—Una última cosa.

—Esta conversación está empezando a ponerse interesante y

violenta a partes iguales.

—Esto, por mucho que le cueste procesarlo a tu intransigente cabeza, es importante. —Dante mastica cada palabra antes de soltarla—. Sin boda, sin un enlace formal, estás expuesta…; sin protección, sin amparo alguno… Mi herma… Chaos. No lo mires, no lo escuches, no dejes que te huela. Haz todo lo posible para no llamar su atención durante el concilio. Sé que parece difícil de entender, pero, si no es mucho pedir, acude con el pelo recogido, con un moño a ser posible. Ponte el vestido que las cortesanas te preparen, nada de improvisar, ¿me oyes? No te pintes los labios, ve con la cara lavada. Sé menos tú y pasa desapercibida.

—¿Ahora me tengo que vestir como a ti te dé la gana? ¡Esto es el colmo!

—Lo digo por tu bien, Sky.

—¿Desde cuándo te preocupa lo que sea bueno o malo para mí? Te da miedo que el perturbado de tu hermano ponga sus asquerosos ojos encima de mí, ¿es eso? No creo que sea peor que tú.

—Sabía que esto era un maldito error —farfulla.

Las botas de cuero de Dante resuenan con pesadez, alejándose por el pasillo.

—Que disfrutes del Mercado Noctámbulo —llego a decir—. ¿Es cierto lo que dicen de las Bella Corazón, que tienen tantos años como edades tiene Nithium?

Sus ojos, fríos y afilados, se vuelven hacia mí una última vez.

—¿Para eso querías una habitación con vistas? ¿Para espiar lo que hago? Métete en tus asuntos.

—¡Trato hecho!

Cierro la puerta de mi habitación con un portazo y me quedo detrás de ella sintiendo cómo mi pecho sube y baja sin parar.

Odio que Dante tenga ese poder sobre mí. Odio sentirme

pequeña, vulnerable frente a él. Odio que empiece a importarme lo que dice y que finja preocuparse por lo que me pueda pasar. Sé que sus intenciones no pueden ser buenas, no después de la manera en la que torturó a Alaric; y, a pesar de ello, algo en su mirada me hace dudar. Y odio que sea así.

Me pregunto si, quizá, el niño bonito de La Capital no sea más que otro peón roto en el juego sangriento que ha puesto en marcha la Aristocracia Escarlata.

¿Y si después de todo lo necesito para ganarle tiempo al tiempo? Puedo usarlo como un escudo para resistir un poco más y arañar algunos segundos al destino fijado para mí… Hasta que llegue el momento de decidir si lucho o sigo huyendo hacia delante.

24

> La Sala de los Lúcidos es una obra arquitectónica que le debe su nombre al último Khoen elegido popularmente por los Comunes. Este, que pasó una larga temporada en la Montaña Que Levita, aseguraba que los lúcidos —o sea, los Ancianos— vivían en los cielos, mientras que los desobedientes vagaban por la superficie, cansados de no encontrar un propósito. Mandó construir esta sala en el interior del Edificio Destino con la intención de bajar esa sabiduría antes de que la enajenación terminase de pudrir el último atisbo de fe.
>
> *Códice VIII: La ciudad que nunca duerme*, por el Maestre Louis

SKY

Respiro hondo para llenar los pulmones del aire frío que sopla en el patio central de la Magistratura Magna. Acostumbrada al calor sofocante de La Ciudadela, mi piel se eriza como si llevara una segunda capa de escamas, como las de una harpía oceánica.

—El señorito Dante no estará conforme —sisea la cortesana que

camina a mi lado mientras repasa de arriba abajo el vestido de terciopelo azul que llevo puesto. Se ajusta a mi silueta más de lo que me gustaría. No es lo más cómodo que he encontrado en el vestidor, pero pondrá una nota de color entre la pureza de los «Lúcidos».

—¿No estoy guapa, número siete?

El aburrimiento me ha llevado a numerarlas, como hacen los Sembramundos con las granjas de elanthar para saber cuáles son todavía fértiles. Me he fijado en pequeños detalles. Son tan parecidas que cuesta distinguirlas, pero también ellas tienen sus diferencias. La número siete, por ejemplo, tiene las pestañas tan largas como una mariposa de cristal. Calza siempre bailarinas azules, nunca las reglamentarias de color rojo, y camina con las puntas de los pies ligeramente levantadas.

—La belleza solo es una máscara, milady. El señorito Dante fue muy claro en sus intereses para el día de hoy y le ha desobedecido descaradamente.

—¿Desobedecido? No estoy de acuerdo, número siete —vacilo—. Es un día importante, ni más ni menos que una visita oficial al pleno de la Magistratura Magna. ¡Mi primera vez! ¿No te parece que la Dama Reminiscente debe estar presentable?

Su boca se ensancha y se esfuerza en ofrecerme una amplia sonrisa.

—Que así sea… —Y el silbido de la última palabra emula al de una serpiente de cascabel, a punto de clavar sus colmillos venenosos sobre su presa.

—Así es —levanto el mentón con un deje de arrogancia y me apunto la victoria—, y así va a ser.

Una alfombra roja, a juego con mis labios, se despliega por el suelo adoquinado hasta el Edificio Destino. A los lados, como torreones anexionados a una misma muralla, los Custodios guardan

sus posiciones en dos filas perfectas, sosteniendo contra sus relucientes armaduras los estandartes teñidos de la Aristocracia Escarlata. Puedo sentir cómo me atraviesan miles de miradas. Por mucho que las máscaras de hierro cubran sus rostros, no lo pueden evitar. Los más escépticos necesitan saciar su curiosidad. Quieren saber qué aspecto tiene la mujer endeble de la que tanto han oído hablar; otros, los más cobardes, no levantan la vista del suelo. Tienen miedo de quedarse congelados para siempre.

Les han advertido sobre lo ocurrido en La Ciudadela, y casi que lo prefiero. Mejor que me teman a que me subestimen.

—Aquí tiene, milady —dice la número dos sacando un fular blanco de una pequeña bolsa de tela—. Cúbrase el pelo con él. Aún estamos a tiempo de rectificar.

—Créeme, eso no va a pasar.

—Y recuerda hacer una pequeña reverencia al entrar, estamos en tierra sagrada.

—Lamentándolo mucho, mis queridas cortesanas, eso tampoco va a ocurrir —musito con una sonrisa que no llega a los ojos—. ¿Entramos de una vez?

La alfombra roja acaba en el límite de una puerta blanca, idéntica a la del Edificio Corazón. A partir de ahí, todo lo que encuentro a mi paso es radicalmente distinto.

El Edificio Destino es amplio y luminoso, con techos infinitos y paredes decoradas con molduras, frisos y cornisas elaboradas. Las ventanas, altas y estrechas, dejan entrar una luz dorada que parece danzar en el aire. Los suelos de mármol emulan un tablero de ajedrez, de color negro y blanco, y reflejan cada paso que doy creando un eco suave que resuena en todo el vestíbulo.

Mientras sigo la comparsa de las cortesanas, mis ojos curiosos repasan los murales colgados en el corredor principal. Estos narran

una historia contada en los códices que escribieron los Ancianos bajo la estricta supervisión de la Aristocracia Escarlata: el alzamiento del último Khoen, desde su casamiento con El Oráculo a la guerra civil contra Damaskia que determinó el último capítulo de la Edad Oscura de Nithium.

El estómago me da un vuelco cuando reparo en la última pintura de la exposición. Unas llamas devoran a una mujer, más adulta, pero con los mismos rasgos que Nairobi. El trazo es tan fino y los colores tan vivos que parece que la Dréada vaya a escapar del lienzo, y con ellas las llamas que la están quemando viva.

—La Dréada Aseventa. Una belleza inusual y un poder inmenso en una mente rota. —Una voz profunda me saca de golpe de mi ensimismamiento.

El hombre que me observa con detenimiento tiene la apariencia de un rey, aunque no lleva corona. Sus ojos grises están llenos de poder, con unas líneas de expresión muy marcadas. No sonríe, pero hubo un tiempo en el que lo hacía con frecuencia. Su cabellera blanca resalta sobre la túnica de aspecto ceremonial del color de un pomelo. Conozco su nombre, y odio su ley y todo lo que representa.

—El Khoen —murmuro sin ocultar mi asombro.

—Por fin nos conocemos, Sky.

—Yo… creía que…

Pero mi lengua se resbala con torpeza en mi boca.

Al igual que a Dante, inventé cientos de máscaras para el máximo líder de la Aristocracia Escarlata. El más común era el de un asesino vestido de blanco. Hubo noches en que lo imaginé levitando igual que el Espectro que nos atacó en el Bosque Trémulo. Un día escuché a los centinelas hablar de un demonio alado con los ojos negros y las sombras de unas garras. Ninguna forma que le di a su cara me vale para la persona que tengo delante. Este Khoen, este que tengo

justo enfrente de mí, parece un hombre normal y corriente, con aspecto cansado, pero afable, prudente y un iris gris que brilla con sabiduría.

—Tenía muchas ganas de conocerla.

—Pensaba…, pensaba que le vería dentro —respondo de una vez.

Las cortesanas se retiran, aguardando bajo el horror ilustrado de las paredes.

—Espero que no le moleste, quería saludarla personalmente antes de esta vista. Disculpa que no le haya dado la bienvenida antes, pero el Oráculo enfermó hace unos días y he querido acompañarla. Su don, como todos los demás, a veces exige más de lo que soporta su cuerpo, y esta vez la dejó completamente exhausta. Los Ancianos le han ordenado reposo. Tendrá que guardar cama al menos tres días, tal vez más, hasta que recupere las fuerzas.

—No se preocupe, lo entiendo. Espero que…, que se recupere lo antes posible.

El Khoen inclina la cabeza con un gesto de agradecimiento y se hace a un lado, mostrándome los murales que cuelgan del otro extremo de la pared.

—¿Le interesa el arte?

—El arte… —mascullo—. No se ofenda, pero ¿a esto lo considera arte?

—Entonces no le interesa, le desagrada —responde, pero su tono es conciliador.

Paso por delante de él y dirijo la mirada hacia el retrato que cuelga a su espalda.

—¿No le perturba tener esto en su propia casa?

La pared me devuelve una imagen espantosa, teñida de sangre y acero. Una montaña de cadáveres, docenas y docenas de Custodios caídos, se extiende en mitad de una vasta explanada verde. «Última

batalla en el Valle Escarbado, próximo a Damaskia», leo en voz baja el pequeño cartel que acompaña al mural mientras un escalofrío recorre mi espalda.

—El arte me hace recordar, Sky. A través de estas pinturas puedo ver con más claridad los errores que cometimos en el pasado; y la crueldad con la que a veces se nos ha castigado. Conviene no olvidarlo. ¿No le parece? Nithium es un lugar maravilloso en el que vivir, pero, para que sea un mundo seguro, es fundamental corregir lo que se salga de esta línea recta. Lo que ves son las consecuencias de las veces que el equilibrio se ha roto y la armonía se ha perdido. Y, créeme, nadie lo lamenta más que yo.

Sigo sin levantar la vista del suelo cuando digo:

—Le hubieran gustado entonces las obras que había expuestas en La Ciudadela. Eran simples retratos de las mujeres que forman parte de mi árbol genealógico. También eran algo retorcidos. Y también hablaban del pasado. Se las pintó malditas y se las exhibió muertas.

—¿Los mandó retirar? —El Khoen cruza los brazos y clava sus ojos grises en los míos. En su mirada hay algo que me recuerda a la de Dante, aunque sin ser tan afilada ni tan lúgubre—. No me mire así, su carácter indómito también es popular en La Capital. Igual que usted habrá oído hablar de mí, yo he oído hablar de usted. A pesar de los muros que recorren el país, visibles y no visibles, la información circula siempre con relativa facilidad.

—No hizo falta dar ninguna orden. Supongo, ahora que lo menciona, que también le habrán contado que las llamas destrozaron La Ciudadela. Ni el barro soportó el bombardeo de su ejército naval.

—Sí, he oído que hubo algunos contratiempos en esta incursión.

—¿Incursión o invasión? Un esfuerzo militar enorme para tratarse de una visita formal.

«Cuidado, Sky», pienso cuando me descubro poniendo a prueba la paciencia de la máxima autoridad de la Aristocracia Escarlata.

—*Touché*. —Su rostro se oscurece un segundo antes de soltar una larga carcajada—. Lo bueno es que ahora tenemos la oportunidad de conocernos sin dejarnos llevar por los murmullos que van y vienen. La información es importante, pero, personalmente, prefiero la comunicación bidireccional.

—¿Qué más cosas ha oído sobre mí? Ahora siento una repentina curiosidad.

—La curiosidad es vivir, aunque siempre con precaución. Déjeme pensar un segundo. Bueno, también he oído que pidió un cambio de dormitorio. ¿El nuevo está a su gusto?

—Podría ser mejor, pero ya no me siento enjaulada. —Las siete cortesanas levantan la cabeza a la vez.

En esta ocasión, la carcajada que sale de su boca es sincera.

—También me han contado que no está del todo cómoda con las cortesanas. Reconozco que su falta de conciencia puede resultar, ¿cómo decirlo?, inquietante. Pero ahora mismo su seguridad es nuestra máxima prioridad por motivos obvios. Sabe bien que nuestro futuro, el futuro de toda Nithium, está en sus manos. —Frunzo el ceño, pero no digo nada—. Ya sé, ya sé. Llevas escuchando la misma cantinela desde que eras una cría, ¿cierto? Pero no hay mayor verdad, Sky. Una verdad que puede salvarnos llegado el momento.

—¿Y cómo está tan seguro?

—Por favor, Sky, tutéame. ¿No queremos que la comunicación fluya entre nosotros? —El Khoen lanza una mirada furtiva a las cortesanas y vuelve a posar los suyos, llenos de comprensión, en mí —. ¿A qué te refieres exactamente?

—Quiere conocerme, está bien. ¿Puedo hablar con sinceridad? —

No me cuesta deshacerme de las formalidades.

—Por supuesto.

Quiero respuestas a las preguntas que siempre me he hecho. Las que tienen que ver con la maldición que me sigue como una sombra. Si deben resolverse entre murales espantosos, que así sea.

—¿Por qué estás tan convencido de que Nithium tiene que ser salvado? Tal vez no lo necesite. —Hago una pausa breve—. Tal vez no lo merezca.

—¿No crees que este mundo merece una segunda oportunidad? ¿Que todos merecemos una segunda oportunidad? Imagina que nuestra ley no infundiera esperanza.

—Todas las personas que salen en sus pinturas no la tuvieron. El Maestre Simon, mi tutor, no la tuvo. Nairobi, la Dréada que viene de más allá de la Frontera, no la va a tener. ¿Por qué todos los demás son diferentes? ¿Por qué el resto del mundo sí la merece?

—¿Te importa si terminamos la conversación de camino a la asamblea? Llegamos tarde y esos alborotadores odian la impuntualidad.

El Khoen me ofrece su brazo, pero tardo varios segundos en decidir si aceptarlo.

Dejamos atrás una galería con la forma de un triángulo y recorremos en silencio un pasillo más estrecho y en forma de zigzag. Este desemboca en un segundo vestíbulo, más grande, más alto y más ostentoso que el anterior.

Seguimos nuestros pasos hacia la escalera que baja hacia el piso inferior. Ninguno de los dos dice nada todavía. Los escalones, amplios y pulidos, están flanqueados por dos barandillas. Cuesta apreciarlo, pero, si fuerzo la vista, alcanzo a ver los ojos dorados que decoran los pasamanos.

Al llegar al primer rellano, la escalera se bifurca en dos elegantes

ramales que se abren a izquierda y derecha. El Khoen y yo nos separamos y cogemos caminos diferentes para descender al nivel inferior del Edificio Destino.

—El paseo termina y no ha respondido a mis preguntas, excelencia.

El Khoen vuelve a ofrecerme su brazo cuando en el fondo emerge la Sala de los Lúcidos.

—¿Por qué vuelves a los formalismos, Sky?

—¿Por qué vuelve a esquivar mis preguntas?

Los labios del Khoen se estiran en una sonrisa, pero esta vez no aguanta tanto tiempo en su boca.

—Entiendo su frustración, de verdad que sí —repone él con ligereza—. Pecaría de ingenua si, después de este agradable, pero corto paseo, confiara ciegamente en mí. Además, tampoco le estoy pidiendo eso… todavía. Esas preguntas que usted tiene requieren de una explicación detallada, explicación que ahora mismo no le voy a poder dar. Podría responderle cualquier cosa, mentirle o hacer un resumen de la historia, pero no quedaría satisfecha. Se lo he dicho en serio, quiero ser sincero con usted para que la comunicación fluya como es debido. Solo así podremos trabajar juntos en la misión que Nithium nos han encomendado. A usted. Y a mí.

—Una misión suicida.

Un murmullo gangoso llama nuestra atención. Los dos nos giramos al mismo tiempo para encontrarnos con los ojos minúsculos y negros del Alto Emisario. Espera impaciente en el umbral de la puerta.

—No desesperes. Estás aquí para recibir conocimiento y formación. Tienes a tu entera disposición toda la Magistratura Magna.

—¿Más lecciones? Los libros no me ayudarán a controlar lo que

sea que tengo dentro —le corto antes de que siga hablando—. En esos códices no hay un manual de instrucciones para destruir a la Mujer sin Rostro. ¿Para eso es esta asamblea? ¿Se me va a repetir la misma historia de siempre?

El Khoen se aparta de mí y atraviesa el pasillo hasta la mitad.

—Queremos escuchar sus necesidades.

—¿Y después?

—Escuchará las nuestras.

El Khoen me da la espalda y se adentra en la Sala de los Lúcidos. Cuando la luz de la estancia lo envuelve, su silueta se evapora y desaparece con la misma majestuosidad que un dios.

25

> Tal y como concluyen nuestros análisis, desde el levantamiento del Bastión de los Ingratos por orden del Khoen, la criminalidad ha disminuido varios puntos porcentuales en La Capital y en el área territorial que conecta esta con Damaskia. Aun así, los insurrectos y carroñeros siguen en la cabeza del ranking. En su larga lista de delitos destacamos el hurto, el asesinato de almas inocentes, la violación y el terrorismo contra la ley de la Aristocracia Escarlata.
>
> *Códice IX: Caos al borde del abismo*,
> por el Maestre Máximo

NAIROBI

Llevo varios días sin escuchar las insufribles voces de mis hermanas del aquelarre. Hay interferencias, solo escucho un ruido agudo y chisporroteante que a veces se intensifica y otras se atenúa. Resulta imposible oír nada con claridad desde donde estoy. No sé muy bien en qué rincón de esta ciudad maloliente han decidido encerrarme.

Estoy incomunicada y tiene que ver con este lugar, lo noto. La magia es extraña, flota por todas partes, agazapada, alimentándose

del oxígeno como una alimaña. Nos roba el aire a las almas condenadas que vagamos por estas mazmorras.

Mis ojos se abren cuando escucho el tintineo de unas gotas. En el techo, una costra calcárea se ha formado con el paso de los soles y las lunas, creando estalactitas que cuelgan como los dientes largos de un Ángel de Presa, propio de los Pueblos del Aire. Otra gota se desprende de una de las formaciones y, al llegar al suelo, resuena en toda la cavidad.

Me despego de la pared con cuidado de que la túnica no roce las heridas de mis piernas, todavía en carne viva. Aun así, tengo que apretar los puños con fuerza para no ladrar como un perro. El dolor es insoportable y el hedor que desprende me provoca náuseas.

—No bebas, no te va a sentar bien. —La voz de un hombre me sorprende. Levanto las manos en posición de ataque y me muerdo la lengua para no gritar cuando la sangre se desliza lentamente por mis piernas—. Estás sedienta, lo sé. Llevas días sin comer ni beber nada, pero espera al reparto, no tardarán. Te dan lo justo para mantenerte con vida, pero al menos no te destroza el estómago.

—¿Quién habla? —ordeno, aunque ya no reconozco mi propia voz.

Respiro profundamente, concentrándome al máximo.

Los zafiros blancos que cuelgan de los barrotes bloquean mis poderes, pero consigo abstraerme lo suficiente, puede que encuentre fisuras por las que escabullirme. El tiempo ha vuelto confiados a los hombres. Y estúpidos. Las piedras en las paredes me debilitan, pero no son tantas como las que tenía en la jaula que me trajo hasta aquí.

Extraigo las migajas que me quedan de mi fuente de maná para que mis ojos azules se abran como dos faros. Tarda más de lo habitual, pero termina funcionando. La oscuridad mengua y distingo varias aperturas en mi pequeña y simpática cueva, además de la

forma de los barrotes que separan mi celda de otras contiguas.

Me asomo con cuidado, con una de las manos lista para hacerla arder.

—Esos ojos azules…, eres una Dréada.

El hombre retrocede.

—No me acostumbro a vuestra capacidad de reconocer lo que es evidente. Yo, por ejemplo, no me equivoco. ¿Eres una rata más en esta alcantarilla de asesinos y violadores? —pregunto con desdén—. Sigo sin explicarme cómo mis hermanas perecieron contra los Débiles Mortales… Contra semejante chusma.

Siento un latigazo de rabia al comprender que he acabado igual que ellas.

—No me hables, Dréada. No quiero más problemas de los que tengo.

—¿Y por qué iba a interesarme hablar con un mortal?

—Cállate, no digas ni una palabra más si quieres mantener las manos en su sitio —me advierte—. La Libélula se acerca.

—¿Quién…?

Una puerta se abre en algún lugar, y parpadeo varias veces para borrar el fulgor de mis ojos. De rodillas, encajo el rostro entre los barrotes y distingo la figura de un hombre. Le falta uno de los brazos y tiene una estatura irrisoria. De la espalda le cuelgan unas membranas, que revolotean con fuerza, aunque apenas levanta los pies del suelo. Otra rata fuera de las alcantarillas, aunque esta, al menos, posee alas.

Se toma su tiempo para repartir las raciones al resto de los prisioneros.

El menú del día está compuesto por un suculento trozo de pan duro acompañado de un vaso pequeño de agua.

Me aparto de los barrotes cuando los pasos de este retaco se

aproximan.

—¡La salvaje! —Su aliento me revuelve las tripas—. ¿Quieres comer, puta salvaje?

Mi estómago se retuerce de dolor. Quiero tragarme el orgullo, pero soy una Dréada del Bosque Oscuro. ¿Desde cuándo negocio con la carroña?

—A decir verdad, preferiría comerme las piedras del suelo a cualquier cosa que puedas ofrecerme.

La Libélula deja caer el mendrugo de pan al suelo y lo pisa mientras profiere una risita nerviosa.

—¿Y beber? ¿Quieres un poco de agua? Eh, ¡asquerosa salvaje! —pregunta de nuevo. Antes de que responda, el hombre se desabrocha la cremallera del pantalón y orina sobre los barrotes de mi celda—. Ahí tienes tu ración diaria, aprovéchala. ¡Bruja!

Chasco los dedos y abro las palmas de mis manos esperando que el fuego revolotee por las puntas de mis dedos. Quiero incinerar a la Libélula y no dejar ni las migajas.

—No funciona… —mascullo.

No consigo ni hacer saltar unas míseras chispas.

La impotencia me pega un tortazo y me dejo caer sobre la pared mientras la risa ahogada de ese insecto se pierde por el pasillo de las mazmorras.

—Eh, tú, Dréada. Toma.

La voz del hombre se cuela de nuevo por la cavidad que une nuestras celdas y, en paralelo, arrastra su taza por el suelo. Observo el recipiente de reojo y medito muy bien si me compensa mostrarme vulnerable ante uno de ellos.

Intento agudizar el oído una vez más, por si las voces de mis hermanas se cuelan entre los recovecos de este lugar. Quizá hayan sufrido un cortocircuito en sus mentes privilegiadas y decidan,

después de todo, rescatarme en el último momento, pero no hay nada más que interferencias.

Recojo la taza con la poca dignidad que me queda y bebo hasta la última gota. A sorbos lentos, sin parecer desesperada, sin que el otro prisionero piense que soy igual de débil que él.

—No tardarás en perecer, mortal. Las personas compasivas son las primeras que se tragan las raíces.

—Lo tomaré por un «gracias».

Sin aviso, un grito ensordecedor estalla desde alguna parte.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto recuperando el fulgor azul de mis ojos.

—¿Acaso no sabes dónde estamos? —Parece que está divirtiéndose.

—Unas mazmorras. Una prisión. Una jaula. ¿Acaso importa?

El otro prisionero deja escapar una risa agotada.

—Desde luego que importa. No es una mazmorra cualquiera, sino el Bastión de los Ingratos —dice esperando a que rellene el silencio con algunas palabras de asombro que, obviamente, no salen de mi boca—. Aquí esperamos los «ingratos» de Nithium a que la Aristocracia Escarlata dicte la sentencia adecuada para cada uno de nosotros. Eres una Dréada, deberías saberlo.

Doy golpecitos al culo de la taza aguardando que caiga una última gota que no llega.

—No me interesa vuestra historia. Respecto al juicio, por más que se demoren, conozco muy bien cuál es mi sentencia.

—La espera puede durar días, incluso años. Algunos se pasan la vida esperando en esta cueva. Una Dréada no se ve todos los días por aquí. Querrán…

Pero no termina la frase.

—Exhibirme como un trofeo —digo con desprecio.

—Mientras dormías… Bueno, no importa.

—Dilo de una vez, humano. Odio que la gente se haga de rogar.

—Una de las veces que perdiste el conocimiento, la Libélula le contó a otro prisionero que la Magistratura Magna prepara un buen espectáculo. Dicen que… —se calla un instante antes de continuar— la Dama Reminiscente también se encuentra en La Capital.

—Sky… —murmuro—. Al final, se lo hemos puesto en bandeja.

El prisionero se incorpora de golpe y se aferra a los barrotes de mi jaula con desesperación.

—¿Qué acabas de decir?

—Apártate de mi jaula, animal.

—Repite lo que acabas de decir, por favor. —Su tono es de súplica, y detrás hay algo más que desesperación, hay temor. Y un anhelo perturbador—. ¿Qué sabes de Sky? Te lo imploro, responde.

Mis pupilas brillantes se cuelan por el hueco de la celda.

Al otro lado, una sombra corpulenta toma forma.

Tiene un cuerpo construido para resistir, ancho, fuerte, más que cualquier humano común. Seguramente hace muchos soles que no prueba bocado. Desde luego, la dieta aquí es estricta. Las mejillas marcan un rostro ancho, de un tono amarillento. El pelo, alborotado y grasiento, le cae sobre la cara, pero no se molesta en ocultar la mueca de tristeza ni el desconsuelo que refleja su mirada.

—¿Quién se supone que eres?

—Mi nombre es Alaric. Ahora cuéntame todo lo que sepas de la Dama Reminiscente.

26

> Siempre que un texto referencie a la primera familia de Nithium aludirá directamente a la Dama Reminiscente, a su Consorte —elegido siempre por votación en el pleno de la Magistratura Magna— y a la hija que conciban para asegurar su legado.
>
> *Códice II: El sistema de clases*,
> por el Maestre Amadeus

SKY

Me inclino sobre la barandilla que rodea el estrado y lanzo una mirada furtiva al hemiciclo.

—Me acabo de meter yo solita en la boca del lobo.

La Sala de los Lúcidos tiene la forma de una D. Los Ruiseñores ocupan sus escaños según el rango que ostentan dentro de la Aristocracia Escarlata. El Khoen se sienta en un sillón acolchado situado en la primera fila de la grada, justo en el centro. El asiento de su derecha permanece vacío; el de la izquierda lo ocupa una chica joven, más o menos de mi edad. Su pelo dorado resalta sobre las túnicas impolutas de los emisarios y su piel es tan blanca como la nieve. De sus orejas cuelgan unos pendientes brillantes que le rozan

los hombros. Debe ser Asya, la hija pequeña del Khoen. A pesar del alboroto que araña la sala, la mirada de la chica se pierde en el techo.

El Alto Emisario golpea tres veces el suelo con el extremo del báculo, pidiendo silencio.

—Grrr, es la hora —gruñe, encorvado, mientras se acerca a su señor.

Mi espalda se pone rígida y mis pupilas repasan por última vez la Sala de los Lúcidos buscando un rastro plateado entre un mar de túnicas blancas y la mota resplandeciente que otorga Asya. Aunque lo odio con todas mis fuerzas, no me vendría mal ver una cara conocida ahora mismo.

—Maldito Dante…

El báculo vuelve a retumbar contra el mármol.

—Libre sea el que no da por sentada la vida. Castigado el que muere por su falta a la moral de nuestro mundo. Cuidemos el milagro divino. Preservemos el legado de nuestros antepasados. Elijamos vivir con dignidad y no morir con el pecado. Esta es la palabra de vuestro Khoen.

La grada corea el cántico de la Aristocracia Escarlata. Menos yo, que me limito a fruncir el ceño.

Cuando el silencio es total, el Khoen se levanta ceremonioso y alza las manos recibiendo toda la atención. Incluida la mía.

—Hoy es un día de dicha en la Magistratura Magna, mis queridos amigos. —Su voz suena más contundente, menos cálida. El hombre amable y comprensivo ha cambiado la máscara por la del predicador que, con fe ciega, siguen sus siervos—. Nuestras plegarias han sido oídas. El terror que crece en las sombras pronto será erradicado y para la batalla contaremos con una poderosa aliada. Me complace anunciarles que hoy recibimos en el seno de nuestro hogar a la que

llamamos la Dama Reminiscente.

El hemiciclo al completo se agacha en una pomposa reverencia.

Trago saliva y abro la boca, pero me guardo las palabras de cortesía cuando las puertas de la Sala de los Lúcidos se deslizan revelando la llegada de dos invitados impuntuales.

—¿Ibais a empezar sin mí? Caballeros, me siento profundamente decepcionado.

Miro de refilón por curiosidad.

Un joven irrumpe por el pequeño pasillo pavoneándose. Desde la tribuna solo alcanzo a ver las cadenas que cuelgan de su cuello y un pelo rubio peinado con la raya a un lado.

—Chaos… y Dante —dice el Khoen tiñendo el nombre de su hijo bastardo de un desprecio sutil.

Chaos hace una reverencia exagerada a su padre y se gira con descaro hacia la tribuna. Cuando nuestros ojos se cruzan, una sonrisa se estira en la comisura de su boca. Sus pupilas se contraen dedicándome una mirada que logra erizarme la piel.

—Grrr, señorito Chaos, haga el favor de ocupar su asiento —farfulla el Alto Emisario—. Usted también, Dante.

Chaos se sienta a la izquierda de su padre, desgarbado y poniendo los pies encima de la barandilla que separa la grada del lugar en el que los taquígrafos rellenan sus cuadernos.

Dante se encuentra varias filas más arriba. No tarda en buscarme. Apenas nos dedicamos unos segundos, un instante breve en el que la Sala de los Lúcidos queda congelada y le da tiempo a fijarse en cómo el pelo cae en ondas sobre mis hombros. La forma en la que el vestido se ajusta a la cintura. Los labios pintados de un rojo tan oscuro como la insignia que cuelga de su pecho.

Parece molesto, lo cual me complace más que cualquier cosa.

El Alto Emisario señala a los Ancianos con la voluta del báculo y

los dos hombres impasibles, casi idénticos, dejan caer la pluma sobre sus cuadernos. Al cabo de unos segundos, sus narices se levanta a la vez, por encima de las páginas, hundiendo sus miradas cansadas sobre mí.

—¿Se supone que tengo que decir algo?

—La oración, milady —responde el Alto Emisario—. Tiene que repetir la oración.

—¿Me han traído hasta aquí para rezar sus sermones?

Una carcajada nerviosa retumba en la Sala de los Lúcidos, seguida de un murmullo que recorre las gradas como un viento susurrante. Chaos baja las piernas de la balaustrada y se inclina sobre el asiento, observándome con un interés excesivo.

El Alto Emisario deja caer una vez más la base del báculo contra el suelo.

—Grrr, milady, tal vez no conozca las costumbres que rigen la Sala de los Lúcidos, pero le conviene respetarlas igual que hacen los demás.

Saboreo el veneno en mi boca, me muero por soltarlo. Sin embargo, el Alto Emisario tiene razón. No debo provocarles si pretendo negociar con ellos. No debo hacerlo… por ahora.

—Libre sea el que no da por sentada la vida. Castigado el que muere por su falta a la moral de nuestro mundo… —Cojo aire y parpadeo un par de veces—. Cuidemos el milagro divino. Preservemos el legado de nuestros antepasados. Elijamos vivir con dignidad y no morir con el pecado… ¿Esta es la palabra de nuestro Khoen?

—¡Esta es la palabra de nuestro Khoen! —repiten todos al unísono.

—¿Ve? No ha sido tan difícil, grrr. Ahora sí, la sesión puede comenzar.

Los taquígrafos se giran hacia una esquina de la tribuna donde un emisario, joven, desgarbado y sin pelo, permanece con la mano levantada.

—¿Sí, Duncan? —pregunta el Khoen.

—Mi señor, el Escuadrón VIII atracó en el puerto aéreo al alba. No traen mejores noticias. —Le tiembla la voz y se traba al hablar—. Advierten que La Ciénaga presenta signos activos de vida, justo cuando termina la zona pantanosa y se amontonan los copos de nieve. Han divisado marcas, rastros que se pierden entre la ventisca helada. También aseguran, mi señor, que los Espectros han abandonado el Bosque Oscuro y están aprovechando las primeras fases lunares para cruzar el Abismo. Creemos que no tardarán más de dos jornadas en llegar a su destino.

Siento un ligero temblor en las manos al recordar al Espectro que casi mata a Nairobi en el Bosque Trémulo.

—¿Solo creéis? —responde, altivo—. ¿Qué va a pensar nuestra invitada si escucha respuestas basadas en creencias y no en certezas?

—Eso es, eso es. ¿Qué va a pensar, grrr, la Dama? —farfulla el Alto Emisario ahogando una risa ronca.

El joven emisario aprieta los puños y agacha la mirada, sonrojado.

—Sin la Lente de la Montaña Que Levita, nos resulta imposible rastrear los movimientos con precisión, mi señor.

—¡La culpa es de esos traidores! —grita un hombre desde el otro lado de la grada.

—Traidores, grrr. Esos viejos traidores.

—¡Rompieron la Escalera! —exclama otro—. ¿Qué mensaje estamos lanzándoles a nuestros enemigos si permitimos que los actos de esos cobardes queden impunes? Los Ancianos merecen un castigo ejemplar. ¡Propongo colgar al Gran Maestre!

La Sala de los Lúcidos se convierte en un hervidero de voces.

Los gritos de los Ruiseñores saltan de un extremo a otro del hemiciclo, formándose un caos atronador. El Alto Emisario levanta el báculo, pero, esta vez, falla en su propósito.

A pesar del alboroto, Asya continúa con la vista fija en un punto invisible del techo. Chaos, en cambio, contempla la escena con una sonrisa hambrienta. Todo es caos y desorden, dos de las cosas que más le excitan.

—Esto es una pérdida de tiempo —digo. Me apoyo en la barandilla, decidida a bajarme de la tribuna.

Las cejas del Khoen se arquean al darse cuenta. Levanta la mano mientras sus labios se mueven a toda velocidad. Al principio, no ocurre nada. El estruendo no para en la Sala de los Lúcidos. Sin embargo, a medida que el blanco de sus ojos se tiñe de negro, el frío penetra en la Sala de los Ingratos. Los Ruiseñores se llevan las manos al cuello. Intentan hablar, pero solo exhalan un vapor helado; y en sus ojos se materializa un terror absoluto. Su señor les ha arrebatado la voz con un pequeño gesto.

—Amigos, ¿de verdad tengo que enseñaros cómo hay que comportarse delante de una dama? —dice el Khoen volviendo a recuperar los dos círculos grises en sus ojos—. El Escuadrón XII se encargará de recuperar la comunicación con la Montaña y traer a los responsables a La Capital. Ahora, Duncan, por favor, continúa. Sin interrupciones.

El mismo joven vuelve a ponerse de pie, chasqueando los dedos con nerviosismo.

—Acaban de salir tres Escuadrones hacia el oeste. El número dos, el número cinco y el seis. Antes de que caiga el sol habrán cruzado la Frontera y se internarán en los confines de nuestro mundo. Se trata de otra misión de reconocimiento. Pero, de todos modos, mi

señor…

—De todos modos, ¿qué? —repite, impaciente.

El emisario me dirige una mirada fugaz.

—La palabra del Oráculo, mi señor. Sé que las últimas predicciones no han sido esclarecedoras. Pero, si está en lo cierto, el ataque contra La Capital se efectuará con la siguiente Luna Quemada, exactamente dentro de treinta soles. Deberíamos empezar a preparar la ciudad.

El Alto Emisario rodea la mesa de los taquígrafos y se arrodilla frente a su amo igual que un animal herido.

—Urge que la Dama Reminiscente reciba la formación cuanto antes, mi señor. Mucho me temo que, grrr, el Oráculo ha dado en el centro de la diana.

—¿Formación? —pregunto elevando la voz—. Pensé que había sido clara. Ya he leído suficientes libros en La Ciudadela, no necesito más lecturas de las que he tenido estos diecinueve años. Las palabras no van a detener a la Mujer Sin Rostro.

—No quieren que leas, milady. —Chaos se desliza en su asiento y pega un salto aterrizando de pie encima de la mesa de los Ancianos —. Padre. Mi señor. Su excelencia —dice con un tono burlón—, no es que desconfíe de tal delicada flor, es una auténtica delicia. Y mucho menos osaría cuestionar la palabra de madre. No obstante, por si acaso, propongo enviar toda nuestra fuerza armamentística al extremo infectado de Nithium. Yo mismo puedo capitanear las tropas si me concedes tal honor. Quemaremos La Ciénaga hasta sus cimientos, enterraremos en ceniza al demonio que se esconde allí. No es necesario molestar a la Dama Reminiscente, mejor buscarle un entretenimiento más acorde a su posición. —Gira la cabeza—. Así podrás disfrutar de los placeres de La Capital, lejos de cualquier peligro. Ni te imaginas los rincones ocultos y satisfactorios que vas a

encontrar.

—Perdóname, pero ¿por qué crees que tengo los mismos intereses que tú? —respondo—. No necesito entretenimientos, y muchos menos si vienen de tu parte.

Chaos desliza la lengua por la boca mientras una sonrisa torcida le florece en la cara y sus ojos brillan con malicia.

—¡La Dama conoce su destino! —gritan desde la grada—. ¡Las opiniones deliberadas de un demente sobran!

De improviso, tan veloz como un fantasma, Chaos salta de una barandilla a otra moviéndose como la sombra de un felino. Cae encima del Ruiseñor que ha osado soltar esas siete palabras en mitad de la Sala de los Lúcidos. Con un movimiento rápido y limpio, el hijo del Khoen hace girar dos dagas en sus manos, clavándoselas en el cuello.

—Al Príncipe Carmesí no se le desacredita en público. —Ríe Chaos mientras la sangre sale a borbotones del gaznate del hombre, tiñendo su túnica de un rojo oscuro.

Asya mira de soslayo a su hermano. Cuando se da cuenta de que se trata de otro lamentable incidente, vuelve a perderse entre los detalles ornamentales que decoran la bóveda de la sala. Dante, por su parte, no ha cambiado de postura. Sigue rígido, hundiendo sus ojos en los míos.

—Admiro tu determinación, hijo —dice el Khoen. Todos los demás permanecen impasibles mientras uno de los suyos se desangra en el asiento—. Pero el hombre al que acabas de quitarle la vida, además de ser un buen consejero, estaba en lo cierto. De nada vale atacar La Ciénaga. Una ofensiva nos dejaría indefensos contra nuestros enemigos. Los de verdad, los que ponen en peligro nuestra fe. *Ella* no es la única que viene a por nosotros. Conviene no olvidarlo, ¡a ninguno de nosotros! Los rebeldes están volviéndose a reagrupar en

las zonas rurales más próximas a Damaskia tras la revuelta en Bota Mëmë. No podemos dividir nuestras fuerzas, se lo pondríamos en bandeja a ese reducto insurreccionista. —El Khoen me busca desde su sillón—. La Dama Reminiscente conoce el propósito que la ha traído a La Capital, está aquí para una misión que asegurará nuestra supervivencia. Y no son libros lo que necesita. Conoce su don, milady. Ya lo ha puesto en práctica con acierto no hace mucho. Pero lo que hay dentro de usted es mucho más grande de lo que imagina. Un poder sin límites, la llave hacia la siguiente edad. Es de vital importancia que aprenda a dominarlo antes de la próxima Luna Quemada.

—Dentro de treinta soles —recuerdo.

El Khoen asiente y, antes de que se levante, los emisarios se anticipan a su señor regalándole una reverencia.

—El tiempo apremia, es cierto, pero estoy convencido de que estará preparada llegado el momento. En cuanto a la «formación» de la Dama Reminiscente, agradezco el recordatorio, Mayhem. Yo mismo la instruiré.

El runrún de unas voces recorre la grada como una tormenta pasajera.

—Grrr, ¿quién mejor que usted, mi señor?

Súbitamente, el peso de la Sala de los Ingratos cae sobre mí esperando una respuesta. Como si tuviera la oportunidad de elegir. Como si tuviera la capacidad de decidir.

—Lo haré —digo finalmente.

—Por supuesto que lo hará, te trae aquí un juramento, muchacha —dice la voz de otro hombre provocando las carcajadas de algunos de sus compañeros en la grada.

—¡Lo haré! —repito con firmeza—. Pero se respetarán mis condiciones.

Dante me lanza una mirada de advertencia. ¿Es preocupación lo que veo en su rostro?

El Ruiseñor tiene razón, conozco mis opciones. No puedo negarme, hice un juramento, firmé un contrato con sangre, bajo la última tormenta de La Ciudadela. No sirve de nada que me oponga ahora. Pero si soy la solución al problema, si toda Nithium depende de mí, la respuesta será sí… bajo mis reglas.

—Está bien, Sky. Exponlas ahora —pide el Khoen dedicándome una mirada enigmática.

No volveré a tener una oportunidad como esta.

Tiempo. Tiempo es todo lo que necesito. El Khoen tiene razón. Para ser útil, debo aprender a controlar lo que sea que me empuja desde dentro. En mi corazón se esconde un poder inconmensurable; lo siento recorrer mis venas como el torrente que parte el cielo de Nithium en dos.

Tengo que dejar de ser la muchacha frágil que todos miran con lástima. Tengo que convertirme en la Dama Reminiscente si quiero salvarlos… a ellos. Porque eso es lo que más deseo, salvar a los míos. Y para eso necesito poder y una distracción. El mayor espectáculo que haya presenciado Nithium jamás.

Es momento de definir mis condiciones.

—Alaric, el hombre al que heristeis gravemente en La Ciudadela, ¿dónde está?

Chaos vuelve a dedicarme toda su atención.

—¿Alaric? —pregunta con recelo—. ¿Un antiguo amor?

—Grrr, se refiere al hijo ilegítimo del comandante Steiner, su excelencia —balbucea el Alto Emisario—. La Aristocracia Escarlata tiene asuntos más importantes que atender que el futuro de un armero.

—Responde a su pregunta —exige el Khoen.

—Su amigo está a la espera de ser juzgado. Visto lo visto, le queda una larga temporada en el Bastión de los Ingratos.

Siento el estómago encogerse, pero me agarro a la barandilla de la tribuna para mantenerme firme. No puedo permitir que me vean dudar, no ahora.

—Se le soltará de inmediato y se le formará como Custodio en el otro bastión, en el Bastión de los Reconocidos. Hizo una petición por los cauces oficiales no hace mucho. No os costará formalizar el trámite, es puro papeleo. ¿Estamos de acuerdo?

—Seguiría sin tener comunicación con él, conoce las reglas —exclama un Ruiseñor de la segunda fila.

Lo sé, y la sola idea de no volver a hablar con él me rompe por dentro. Pero mejor eso que condenarle a una vida en ese lugar.

—Conozco sus leyes obsoletas —digo con frialdad—. Ahora respondan.

El Khoen asiente ligeramente.

—¿Alguna petición más, Sky?

—Quiero salir al exterior, ver más allá de las vallas de la Magistratura Magna. Sin cortesanas. Admito dos Custodios a lo sumo. Este lugar me asfixia y, como sabrán, ya he pasado demasiados años de mi vida encerrada. —Los taquígrafos, a pesar de sus largos años, escriben con rapidez cogiendo cada palabra y anotando punto por punto—. Además, dejaréis que Nairobi regrese al Bosque Oscuro. Ella solo buscaba ayudar a sus hermanas, no ha hecho nada malo. No merece ningún castigo.

—¡Qué ultraje! —gritan desde el hemiciclo.

—¡Ha enloquecido!

—Vaya, vaya. Reconozco que esto no me lo esperaba. —El Khoen deja su sillón atrás y se aproxima al estrado sin apartar la vista de mí—. ¿Intentas poner a prueba mi paciencia? ¿Acaso no he sido

amable y cortés, Sky? Sabes perfectamente que no puedo aprobar lo que me pides, incumple una de nuestras leyes más sagradas. Ella perdió su oportunidad cuando entró en nuestro país sin permiso. Ella sola se condenó.

—¿Qué haréis con ella entonces?

«A la hoguera». «La Dréada tiene que morir». «Que arda».

El caos vuelve a apoderarse de la Sala de los Lúcidos. La rabia se agarra a los rostros de los Ruiseñores, vomitando contra mí sus absurdas creencias. Ni siquiera tratan de convencerme, solo hacen ruido.

—¿Lo ves? Imagina qué dirían los Comunes. Imagina la mancha imborrable que supondría para la Aristocracia Escarlata si se nos ocurriera indultar a la Dréada. Debe pagar por el crimen cometido… y arder para expiar sus pecados. Solo así encontrará armonía cuando la Conciencia de Nithium se le presente antes de ser devorada por las raíces que la hicieron nacer.

Un destello sombrío se asoma en lo más profundo de sus ojos, algo nuevo y oscuro que no he visto antes.

—Esperad entonces.

—¿Esperar a qué, milady? El tiempo tampoco la va a salvar.

Aunque, con un poco de suerte, esto bastará para manteneros ocupados.

La idea, una idea nefasta pero consciente, va cogiendo forma en mi cabeza. Otro plan descabellado y que seguramente acabe mal. Mucho peor que el último, pero me dará tiempo y mantendrá ocupado a este gallinero mientras encajo las piezas que faltan…

Mis dedos tiemblan ligeramente mientras froto la uña del pulgar contra el índice. Ahora sí estoy nerviosa. Por lo que estoy a punto de decir. Por lo que estoy a punto de hacer.

—¡Tengo una última petición para la cámara! —exclamo—. Y este

deseo estaréis encantados de concedérmelo.

Un coro de voces se eleva en la Sala de los Lúcidos. La expectación crece entre los escaños del hemiciclo conforme mi silencio se prolonga entre los espacios que separan los asientos de los Ruiseñores. No lo hago adrede, es el vértigo, que se me pega en las sienes y me hace balancearme ligeramente.

—¿Y bien, milady? Grrr…

Dante se levanta de golpe cuando nuestras miradas se cruzan un instante. Ha descifrado el matiz que hay en mis ojos y ha conseguido llegar hasta el último rincón de mi mente.

—Dejaréis que Nairobi viva y se someta a juicio. Un juicio justo, aunque solo sea para darle una muerte más digna y en la que no sufra. Sabéis que no merece una muerte violenta. A cambio yo…

—No lo hagas. —Creo leer en los labios de Dante.

El Khoen frunce el ceño sin acabar de entender lo que estoy a punto de decir en voz alta.

—¿Puedes ser más precisa, milady?

Claro que puedo.

—Acataré hasta la última palabra del juramento escarlata y me casaré con Dante Flich en la víspera de la Luna Quemada. —Hago una pausa mientras un murmullo feroz se instala en el hemiciclo—. Sé que estoy en mi derecho de no hacerlo, así lo estipula el contrato, pero, si vienen tiempos de guerra, es mejor ofrecerle a Nithium algo mejor que malos augurios y noticias desesperanzadoras. Una boda calmará a los Comunes y a mí me ayudará a pensar que aún existe un futuro para mí… junto al Príncipe Zafiro.

El Khoen mira de soslayo a su hijo bastardo mientras el corazón me galopa en la garganta. Una corriente se mueve rápido a través de mí. Mi poder ha despertado, preparado para volver a actuar de nuevo.

—Que así sea —proclama el Khoen.
Ahora comienza el juego de verdad.

27

> La Aristocracia Escarlata sacó de la pobreza al pueblo de Porteo y limpió sus calles de corrupción, delincuencia y herejes. La Aristocracia Escarlata alimentó a la muchedumbre y dio un hogar a las personas más desfavorecidas. La Aristocracia Escarlata hizo justicia e instauró su fe. La Aristocracia Escarlata erigió la nueva Porteo como la cuna del orden y la pureza. La Aristocracia Escarlata fundó La Capital, la ciudad con mayor gloria de toda Nithium.
>
> *Códice IV: La Aristocracia Escarlata*,
> por el Maestre Benedicto

SKY

Las cortesanas esperan a los pies de la escalera, preparadas para conducirme de vuelta a mi reclusorio.

Me dejo llevar por el pasillo, todavía inquieta y asimilando lo que acaba de pasar ahí dentro.

Apenas doy unos pasos cuando la puerta de la Sala de los Lúcidos vuelve a abrirse y Dante enfila el corredor. Tiene la mandíbula más rígida de lo normal, y los ojos más afilados que de costumbre.

—¿Se puede saber qué estás tramando? —Me agarra con fuerza del antebrazo.

—Darle a la Aristocracia Escarlata el espectáculo que quiere —respondo con resignación haciendo un movimiento brusco para liberarme de sus zarpas.

Dante inclina la cabeza a un lado y dedica una mirada de desprecio a las cortesanas.

—Tramas algo, ¿verdad? Ni loca se te ocurriría montar todo esto solo para fastidiarme. Esa cabeza tuya ya está maquinando un plan estupendo, pero te diré una cosa, pajarito, no salió bien en ese palacio convertido en polvo que tenías como hogar y no saldrá bien esta vez.

—Tú mismo lo dijiste: «¿Tan malo sería casarte conmigo?».

Dante ladea la cabeza, como si pesara cada palabra en una balanza invisible. Es la tercera vez que lo veo dudar. La primera fue en La Ciudadela mientras cruzábamos juntos el patio, camino al destino que no elegimos. La segunda cuando me advirtió sobre Chaos, con esa sombra en los ojos que no supe descifrar entonces. Y ahora…, ahora está más callado que nunca. En sus iris preciosos noto algo parecido al dolor, como si quisiera decirme algo y no pudiera. No, no es dolor. Está muerto de miedo.

—¿Es que no has visto su cara? Has sido una niñata y una estúpida —suelta por fin.

—¿Ahora me faltas al respeto? Si vas a ser el Consorte, espero que de aquí en adelante seas más considerado conmigo. Al fin y al cabo, así lo marca vuestra ley: «Preservará su vida para que la Dama Reminiscente pueda preservar Nithium».

La mente de Dante sigue varada en la Sala de los Lúcidos, enredada en las consecuencias de lo que acabo de hacer. Consecuencias de las que ni yo misma soy del todo consciente.

—¿No te das cuenta? Se lo has puesto en bandeja.

—¿Poner en bandeja? No sé de qué estás hablando.

Pero lo sé perfectamente.

He llamado la atención de Chaos, el mismísimo Príncipe Carmesí, y de una forma que no creía posible. Por la manera que tenía de mirarme, por el gesto de su boca, relamiéndose los labios cada vez que hablaba. Mi presencia en la Sala de los Lúcidos lo tenía como hechizado. He entrado en su radar y la intuición me dice que volveré a verlo mucho antes de lo que me gustaría.

—Lo que ha hecho ahí dentro no es nada comparado con lo que pretende hacerte a ti. Si empiezo a narrarte una por una cada cosa que ha hecho extramuros de la Magistratura Magna. Si te cuento las atrocidades que ha cometido en los suburbios de La Capital. ¿Se te eriza la piel? Créeme, si te cuento la verdad de Chaos, no volverás a dormir tranquila nunca más.

—No me asusta él, igual que tampoco me asustas tú —respondo dando media vuelta y guiando mis pasos hacia la escalera, dispuesta a encerrarme en mi dormitorio y no salir hasta que el sol cubra el acueducto que flanquea la antigua Porteo.

—¿Crees que casarte conmigo te va a poner a salvo? —grita Dante frenándome—. Todo lo contrario. Me odia tanto como yo te odio a ti, y se lo has puesto en bandeja.

—¿Por qué? Algo habrás hecho para que te odie tanto. Nadie odia sin un motivo.

—Odia y mata por divertimento. Su mente no funciona como la tuya o como la mía. No ve el peligro cuando lo tiene delante de las narices. No razona de la misma manera que lo podemos hacer nosotros.

—¿Te odia solo para pasar un buen rato? Me parece absurdo.

—Me odia porque, aun siendo el bastardo del Khoen, recibo

atenciones que, según él, no merezco. Porque nací del pecado y, aun así, se me permitió vivir. Me odia porque se me ha puesto un plato caliente en la mesa cada día y se me ha dado la oportunidad de formarme. Me odia porque voy a ser el Consorte de la Dama Reminiscente y eso quedará para los restos en los códices de los Ancianos. Si fuera por él, habría acabado como otros tantos Comunes, otro cadáver arrastrado por la corriente del río Muxi.

—Te envidia… —digo.

—¿Sabes qué me dijo el día que la Magistratura Magna dictó el juramento que nos une a ti y a mí? Que, llegado el momento, el día que se produjese el enlace, la sangre correría como ríos en primavera, que desataría el infierno en La Capital. A Chaos le da igual lo que pasa detrás de la Frontera, le importa una mierda. Lo único que le mueve es el odio enfermizo que me profesa y, ahora que te ha visto, que sabe cómo eres, no va a parar hasta llegar a ti. Y, créeme, tomará lo que quiere. Por las buenas… o por las malas.

—Dante —frunzo apenas el ceño, retándole—, si me odias tanto, ¿por qué te has empeñado en que hoy pasara desapercibida? No tenías por qué. Podrías haber dejado que yo solita, desde el principio, me metiera en problemas. ¿A qué viene tanta preocupación?

Los ojos grises de Dante se apagan durante un instante antes de tirar la preocupación que se refleja en ellos y recuperar la fachada de hierro. Entre un segundo y otro, coloca delante un escudo que no se ve, pero que es más grueso que cualquier armadura. Que no me deja ver más allá, que me deja al otro lado para que él no me mire más.

—Morirás pronto, Sky. Y morirás por ser una idiota.

—¿Has acabado?

—He acabado, pajarito.

Y, con las mismas, subo las escaleras a toda prisa directa a mi dormitorio. Furiosa, con la tensión enroscada en el cuello y el corazón latiendo muy deprisa. Y todo por culpa de Dante Flich, el hombre con el que he tenido la magnífica idea de esposarme. Oficialmente, y de manera irrevocable, ya es el maldito Consorte de la Dama Reminiscente.

28

> Antes de iniciar su formación, los Custodios, al igual que los Ruiseñores, deben librarse de las cargas materiales y emocionales que arrastran de sus anteriores vidas. Una vez juran sus votos, estos guerreros se convierten en las manos ejecutoras de la Aristocracia Escarlata, por obra y gracia del Khoen. Por lo tanto, a partir de ese momento, no pueden relacionarse con las que fueron sus familias y, por supuesto, tienen terminantemente prohibido mantener relaciones carnales. Infringir la ley se paga con la muerte, en cualquiera de sus formas.
>
> *Códice VII: Civismo*,
> por el Maestre Amadeus

El Cronista

Mojo la pluma, limpio el exceso de tinta en el borde del frasco y clavo la punta en la superficie rugosa del pergamino.

Levanto la vista por encima del titilar nervioso del candelabro. Martin permanece recostado en una esquina del suelo. Lleva encadenando pesadillas desde que llegamos a la antigua Porteo, lo

cual, y sin que sirva de precedente, me hace sentir culpable. Para un cronista no es fácil separarse de los malos sueños. Que vuelvan después de tanto tiempo no es buena señal.

Troi se asoma por el hueco donde alguna vez hubo una puerta, vigilando de refilón si alguien merodea fuera.

Vuelvo a colocar la punta metálica y respiro el olor a cuero y polvo que desprende, aunque no es eso precisamente lo que entra por los huecos de mi nariz. Por más que lo intento, no me acostumbro al tufillo que asciende por las cañerías, y las palabras no fluyen con la misma rapidez que de costumbre si el olor a cloaca es tan intenso. Es como intentar escribir desde una letrina: sale, pero influye el olor a mierda en la bonita prosa del texto.

Escribo estas líneas en el quinto sol desde que llegamos ~~con éxito~~ a La Capital. Nuestros nuevos compañeros de viaje —todavía no se me permite desvelar sus identidades— han sido tan amables de devolverme mis pertenencias, entre ellas mis herramientas de trabajo. A cambio quieren revisar mis textos, más o menos como lo hacía el Maestre Louis. He intentado hacerles cambiar de opinión, pero no son grandes conversadores. Si algo no les gusta, ponen el machete en el cuello sin pensárselo dos veces. Supongo que son gajes del oficio.

Lector, dispongas o no de un cociente muy elevado, te habrás dado cuenta de que mi vida ha cambiado estos últimos días. Si no me equivoco, he esquivado a la muerte tres veces. La primera fue cuando casi caigo de la Escalera por las fuertes rachas de viento. La segunda al coger la locomotora y ser sorprendido por estos ~~rebeldes carroñeros~~ maravillosos compañeros de viaje que se han sumado a la expedición. La tercera no la recuerdo. Perdí el conocimiento y desperté en La Capital, pero dicen que casi morí aplastado al saltar de la locomotora y uno de ellos tuvo que cargar conmigo todo el camino. Más gajes del oficio…, supongo también.

Nos alojamos en la zona baja de la ciudad, no muy lejos del Teatro Maravilla. Calculo que nos separan siete millas del complejo de la Magistratura Magna y dos millas del Mercado Noctámbulo. He preguntado por la casa de las

—¿Siete millas? —Troi pone el dedo encima del pergamino haciendo que la tinta se corra ligeramente—. Estamos mucho más lejos de la Magistratura Magna, a diez u once millas por lo menos. Y no sé si has mirado a tu alrededor, pero el Mercado Noctámbulo no está a la vuelta de la esquina. Estos son los bajos fondos, chico. El fango de La Capital. ¿No se supone que los escribas debéis ser rigurosos? Tampoco debería sorprenderme, lleváis edades enteras manipulando la historia con vuestras plumillas y vuestros escritos ininteligibles. Una milla arriba, una milla abajo, ¿qué más da?

—¿Seguro que no tienes nada mejor que hacer que vigilar cada palabra que escribo? Aunque reconozco que me sorprende que tu vocabulario incluya la palabra «ininteligible» —digo—. Pero lo que comentas no es información relevante, amigo Troi. No estoy escribiendo lo que crees que estoy escribiendo. ¿Por quién me tomas, por uno de esos carcamales con nefasta salud uterina y vestidos con túnicas cochambrosas? Esto va a ser algo grande. Los hijos de tus hijos y los hijos de los hijos de tus hijos hablarán de mi texto. Documentaré la verdad de Nithium a través de mis ojos. La voy a vivir, la voy a ver y la voy a contar. ¿Sorprendido? No me extraña, suelo causar ese efecto en los demás.

Troi rodea la mesa y se sienta enfrente de mí.

—Además de plumilla, eres un charlatán. Supongo que allí arriba os enseñan a ser todas esas cosas —suelta, socarrón—. Deberías ser más modesto, escriba. Los fanfarrones no acaban bien en la nueva Porteo. Los chicos como tú suelen terminar en una cuneta, muertos; con la boca cosida sirviendo el té a la Aristocracia Escarlata o satisfaciendo las fantasías eróticas del Alto Emisario. Tiene especial predilección por jóvenes como tú, con poca grasa, para que sea más fácil resquebrajarte los huesos.

—¿Hablamos de unos pocos huesos? —pregunto mordiéndome un padrastro que llevo cultivando desde hace días—. Eso podría soportarlo. En cuanto a ofrecer mi cuerpo inocente y puro al Alto Emisario… Lo he visto, por la Lente, en una de esas marchas militares en lo alto del acueducto. Preferiría ahogarme en el lodazal del Abismo antes que dejar que ese hombre me ponga una mano encima.

—¿Qué digo? Con esa bocaza no tardarían en echarte a los perros.

—¿A los perros? Acabas de decir que no tengo mucha carne.

—Ni muchas luces.

—Esta conversación está dejando de ser productiva, Custodio —remarco haciendo comillas en el aire con los dedos.

Con una sonrisa perspicaz, vuelvo a sumergirme en el pergamino.

—Lo que tú digas —contesta con desgana.

Veamos, por dónde iba…

> La base de operaciones de ~~esta célula terrorista~~ la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux —el nombre es de mi propia cosecha: Liga Unida por la eXistencia— se encuentra en un edificio ~~abandonado~~ ~~antiguo~~ a medio reformar, en un punto inexacto de La Capital. Nos vendaron los ojos para no memorizar el camino, pero se olvidan de que la memoria no necesita de la visión para grabar un trayecto, basta con contar los giros, el ritmo de los pasos y el runrún de cada callejuela.
>
> Tengo entendido que los Custodios no se atreven a pisar este lado de la ciudad. Los carroñeros y los indigentes merodeaban por aquí los primeros días, atraídos por la carne fresca, pero supongo que la cabeza que clavó ~~Galeo~~ Compañero 1 en la puerta la otra noche ha surtido efecto. La cabeza, por cierto, si escuché bien, es de un hombre que intentó arrancarle una oreja a ~~Maniaco~~ Compañero 2 en los túneles. ~~Bola~~ Compañero 3 separó la cabeza de los hombros con un rápido y fácil movimiento…

—No creo que haga falta reseñar este incidente aislado. Bórralo.

La voz de Troi vuelve a sonar en mi espalda. Dejo caer la pluma y

resoplo.

—¿Incidente aislado? —respondo sin girarme, fingiendo que sigo escribiendo, aunque la tinta se escurre en una línea amorfa—. Te aseguro que en la historia de Nithium cada «incidente aislado» es un peldaño hacia el desastre. Además, no todos los días le cortan la cabeza a alguien por tocar una oreja.

—Era la de Maniaco. Digamos que a Maniaco no le gusta el tacto, y mucho menos si viene de personas que no son de su confianza. Es decir, casi nadie en este mundo.

Martin se agita en sueños, mascullando palabras incomprensibles. Se retuerce sobre sí mismo como si quisiera mimetizarse con la sombra que proyecta la pared.

—Ni en la Montaña tenía esas pesadillas —comento sin alzar mucho la voz.

Troi se cruza de brazos y lo observa durante unos segundos.

—Deberías cuidarlo. A los camaradas se les cuida. Hoy por ti, mañana por mí.

—Oh, no es mi colega, solo fuimos compañeros de litera en la Montaña.

—Déjame decirte que en este mundo, en la superficie, nadie se mantiene en pie solo por mucho tiempo. Te lo digo por experiencia.

—Lo de la experiencia lo dices porque eres bastante mayor que yo, ¿no?

—No mucho más, plumilla.

—Sin ánimo de ofender, ¿qué credibilidad le puedo dar a alguien que finge ser otra persona? No te juzgo, tus motivos tendrás. Aunque, te confieso, amigo Troi, que me siento algo decepcionado. Perteneces a uno de los Escuadrones más condecorados de la Aristocracia Escarlata y ¿para qué? ¿Qué opinarán tus compañeros de pelotón de tus líos con estos rebeldes?

—Solo fueron esos, compañeros de pelotón —contesta—. Sé que ahora mismo no lo entiendes y no pretendo que lo hagas. Pero el fin siempre justifica los medios. Eso lo aprenderás pronto, cronista de la Montaña. Muy pronto.

—¿Puedo seguir escribiendo? —respondo.

—Claro, continúa…, o mejor espera.

Justo entonces, la puerta desvencijada se abre de golpe con un crujido violento. La madera protesta como si estuviera a punto de desintegrarse.

—Fuera. Fuera. Fuera —gruñe Bola deshaciéndose de cualquier objeto que hay encima de la mesa. Recojo mis cosas como puedo al tiempo que Galeo despliega un enorme pergamino que apesta. Lo clava con tres dagas en la mesa, una de ellas pasa a escasos centímetros de mi brazo.

—¿Es el alcantarillado de la ciudad? —pregunto.

Me inclino sobre el pergamino, con cuidado de no perder un ojo en el intento. A pesar de las manchas y el olor, se distingue el contorno de Porteo. Un anillo colosal que guarda un laberinto de callejones, túneles y venas subterráneas que fueron garabateados por algún cartógrafo ebrio o con prisa por terminar. No es propio de los Ancianos.

—Toda la red de la ciudad —asiente Galeo tirándome una mirada de desconfianza que, en ningún caso, me tomo como algo personal —. Incluidos los túneles que desembocan en la guarida del falso Dios, las rutas secundarias de los dos bastiones, las bocas bajo el Mercado Noctámbulo. Aquí está todo.

—¿De dónde lo habéis sacado? Ni en el Archivo hay mapas tan detallados.

—¿Acaso importa? —responde mostrándome su dentadura a medio hacer.

—¿Estamos ante la primera misión de la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux?

—¿Compañía de Espectáculos y Variedades Lux? —murmura Galeo.

—Le ha puesto un nombre a la banda —se adelanta Troi encogiendo los hombros—. Pasaremos a la historia como la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux, ¿no os gusta?

—Lux: Liga Unida por la eXistencia —digo.

—Por favor —dice Maniaco.

Mis manos se clavan en la mesa, rozando el papel arrugado del mapa.

—La Compañía de Espectáculos y Variedades Lux. Es un guiño a aquella troupe de Bota Mëmë que recorrió Nithium con sus teatrillos. ¿No los conocéis? En el *Códice XXI* hay un montón de historietas sobre ellos. Eran ingeniosos y tenían cierta malicia que los hacía muy divertidos. Actuaron en el Teatro Maravilla después de convertirse en unos proscritos. Lo hicieron, por supuesto, como condenados, encadenados a la escena por haber ridiculizado al anterior Alto Emisario en la obra *El portador de la mitra que (no) murió por ser un pederasta*. Vosotros no tenéis tanto talento, pero es un buen nombre para unos rebeldes que no quieren dejar de existir. Además, toda banda necesita un nombre. Los nombres son importantes.

—Troi, si tu mascota vuelve a interrumpirnos, perderá las manos. —Maniaco inclina su máscara escrutando los canales de La Capital.

—Tú callar —farfulla Bola—. O morir.

La llama de elanthar que baila sobre el candelabro se refleja en los ojos claros de Troi.

—El charlatán vendrá con nosotros, Maniaco. Todavía huele a leche materna, podría sernos útil.

—¡¿En serio?! —exclamo pegando un brinco en el asiento.

El gruñido de Bola me hace retroceder y sentirme diminuto.

—No te emociones, muchacho. Muy probablemente acabes con un corte profundo en las costillas antes de que empieces a andar por el Mercado Noctámbulo.

—Sea lo que sea lo que necesitéis, no puede ser tan malo —digo adelantándome a Troi—. Pongámonos manos a la obra. A ver…, ¿dónde estamos nosotros exactamente?

Bola agarra el borde de mi silla y con un leve movimiento la convierte en leña haciéndome caer al suelo. Galeo suelta una carcajada mientras rodea la mesa junto a los otros, dándome la espalda.

Observan el mapa en silencio esperando a que el pergamino roñoso les dé las respuestas que buscan.

—Los Ruiseñores dicen que el Khoen ha mandado varios Escuadrones a los confines de nuestro mundo. Tres, cuatro a lo sumo. Otros cinco se dirigen en estos instantes a las inmediaciones de Damaskia. Les han dado el chivatazo, saben que algo se mueve en el sur. Además han reforzado toda la guardia de la Magistratura Magna desde la llegada de la chica, Maniaco. Tenemos que aprovechar la situación y entrar en el Mercado Noctámbulo en la próxima luna. No vamos a tener una oportunidad mejor.

—¿Qué pasa con los Ruiseñores? Los burdeles estarán abarrotados de esos inútiles —dice Maniaco—. Si sospechan lo más mínimo, darán la voz de alarma.

—Recibirán un bonito regalo de Galeo —dice dejando que la daga recorra lentamente el surco de su lengua bífida.

—¡Sesos! —amenaza Bola apretando los puños.

Asomo la cabeza entre Maniaco y Galeo espiando el mapa replegado sobre la mesa. Unos caminos marcados en azul serpentean hacia el Mercado Noctámbulo, cruzando unas cámaras

de ventilación olvidadas y los túneles inundados por el río Muxi.

—Nadie reventará nada, Bola —protesta Troi—. Y esto es importante que lo grabéis bien en vuestras mentes. Nada de arrancar cabezas y desmembrar cuerpos.

—¿Ni cortar una mísera lengua? —sisea Galeo.

—Hombres… —suspira Maniaco.

—Venga, chicos. Esto se pone serio y no podemos fallar —sigue Troi—. Es el momento. Los rebeldes que se esconden entre los Comunes necesitan recibir el mensaje alto y claro para movilizarse. El mundo entero tiene que saber que Damaskia está lista para luchar. Si no lo hacemos bien, no habrá revolución.

Maniaco señala un punto en el mapa.

—La Bella Corazón está avisada, espera nuestra señal —dice Maniaco alargando las vocales con tono insinuante, para que sus camaradas capten el mensaje—. Accederemos por la casa de Lys y nos guiará por el Mercado Noctámbulo hasta el faro.

—¿Qué pasa con el Arco Oxidado? Nadie pasa por allí sin una autorización —pregunta Galeo.

—De un Custodio —se adelanta Troi señalándose— que llevará una ofrenda de carne al Alto Emisario.

—Se te olvida el Callejón de los Titiriteros.

—La luna ha empezado a cambiar, esos devotos estarán entretenidos rezando frente a la verja de la Magistratura Magna o a lo largo del Camino del Magnífico Creyente.

—¿Estás insinuando que tengo que usar mi cuerpo? —pregunto mirando de arriba abajo mi delicada figura—. No es que no esté apañado, que también, pero desearía no tener que ver el miembro de esa… cosa.

Bola me lanza al suelo con un solo dedo.

—Llegamos al Faro, entendido. ¿Y entonces? —pregunta Galeo.

—Y entonces Maniaco y tú lo escaláis y… —Troi sonríe cuando mira de reojo la imponente figura de su compañero.

—Buuum —dice Bola.

—¡Bum! —dicen los tres a la vez.

Temo bostezar y apagar la vela.

Aprovecho que todos duermen para escribir unas últimas líneas. La tinta vuelve a resbalarse sobre el pergamino mientras rebusco las palabras que mejor expliquen lo que tengo que decir. Pero ¿cómo se explica que estoy a punto de ser cómplice de un atentado dentro de la ciudad que nunca duerme?

> La Compañía de Espectáculos y Variedades Lux se enfrenta a su primera misión. Me han pedido que acompañe a un grupo de rebeldes inestables a infiltrarse en el lugar de La Capital en el que las Bella Corazón apaciguan las mentes de los hombres y mujeres que tienen recursos. Van a colocar un explosivo que desatará una revolución en la Edad del Glorioso Porvenir.
>
> Lo que mis compañeros ignoran —y prefiero que, por el momento, siga siendo así— es que mi verdadera misión no es ser cómplice del atentado que va a transcurrir en el corazón de la antigua Porteo. He venido a encontrarme con una Bella Corazón y la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux me lo ha puesto a huevo. Mientras Nithium cambia, yo, Milo, El Cronista, voy a descubrir la verdad sobre la amnesia selectiva de los Ancianos.

Doblo la hoja y la apilo junto el resto.

Martin se revuelve y se despierta, desorientado. Por un instante cree que está de vuelta en las habitaciones comunales de la Montaña Que Levita, durmiendo en la parte de arriba de la litera. No obstante, el estruendo nasal de Galeo le pasa por encima como una apisonadora, devolviéndole a la cruda y reconfortante realidad que se respira en los bajos fondos de La Capital.

—No te va a gustar lo que viene ahora, amigo.

29

> Mayhem es el nombre de pila del Alto Emisario, designado en el tiempo que sucedió a la Edad Oscura y que se refirió en términos como la transición a la Edad del Glorioso Porvenir. El Khoen, en su ímpetu por preservar un sistema representativo en su hemiciclo, sometió a votación entre los Ruiseñores esta elección. De los candidatos, uno enfermó y otro fue acusado de servir a los antiguos barones de Damaskia. Mayhem, por lo tanto, fue elegido por descarte como el noveno Alto Emisario de la Aristocracia Escarlata.
>
> *Códice III: La Edad Oscura de Nithium*,
> por el Gran Maestre

SKY

Llego a los Jardines del Eco para recibir mi primera instrucción bajo la tutela del Khoen. Me siento en uno de los bancos de piedra que rodean un pequeño lago en forma de Z, ignorando las miradas cruzadas entre los Custodios y las cortesanas.

Es curioso que justo aquí, en el corazón del Edificio Destino, un lugar sobrio y sin color, la vida insiste en abrirse paso. Alrededor de

este pequeño oasis, se extienden cientos de hectáreas verdes; parterres geométricos, con avenidas arboladas que se pierden en los límites que abarca el complejo de la Magistratura Magna.

A pesar del frío, la naturaleza crece en este lugar que se abre majestuosamente entre arbustos y un olor dulzón que he identificado en cuanto he puesto un pie aquí adentro. La Flor de Artemisa brota entre las fuentes silentes y los senderos de grava blanca que dibujan arabescos sobre el suelo. En cada rincón, aguardan estatuas de musgo, observando con sus ojos mientras los cipreses se alzan en líneas rectas, haciendo de muros intransitables.

—Precioso, ¿verdad?

—¿Lleva mucho tiempo ahí?

—El suficiente para saber que mira con buenos ojos este rincón sagrado.

—¿Usted cree?

Me levanto con celeridad en cuanto la voz profunda del Khoen suena a mis espaldas.

—No la esperaba tan pronto, Sky. Supongo que, una vez más, me he equivocado al confiar en las voces extrañas que llegaban de La Ciudadela —responde—. Qué contradictorio, ¿no? La puntualidad, a veces, dice mucho de cómo somos. Mis Ruiseñores, por ejemplo, mandarían colgar a cualquiera que se demore un segundo en su cometido. Como habrá comprobado, son impacientes, se desesperan con facilidad. Luego están los que no guardan respeto por el tiempo de los demás.

—Como su hijo Chaos —interrumpo ofreciéndole una reverencia profunda.

El Khoen asiente dejando entrever una media sonrisa.

—¿Y usted, Sky, en cuál de los dos extremos se reconoce? En el pasado ha sido desobediente y hoy está aquí cumpliendo con su

palabra, haciendo honor al juramento escarlata. ¿Qué pasará mañana? ¿También acudirá a la cita con el mismo compromiso?

—Ya veremos, depende de lo que pase hoy. Si le digo que sí, estaría mintiendo. He aprendido a ser cauta. He sido más obediente de lo que debería, pero la paciencia se agota. Eso no quiere decir que no me preocupen los demás. Simplemente, y aunque suene egoísta, prefiero pensar más en mí que en el resto. Hoy, aunque no lo parezca, he pensado en mí.

—Se ha adelantado para tantear el terreno, chica lista.

—Dejémoslo en que me apetecía dar un paseo a solas para pensar en mis cosas. ¿No lo sabe? A veces, me gusta creer que soy libre de ir donde me plazca.

—Curioso —murmura al tiempo que extiende una mano suave pero imperiosa, invitándome a caminar a su lado por el sendero que serpentea alrededor del lago—. No es la primera vez que escucho algo parecido.

—¿Se lo dijo una persona resignada a vivir con cadenas?

—Me lo dijo una mujer extremadamente sabia, aunque perfectamente rota.

Caminamos un rato en silencio. A cada paso, el crujido sutil de la grava bajo nuestras botas y el sonido del agua lamiendo las orillas del lago componen una melodía áspera que nos acompaña. El sendero, flanqueado por sauces delgados y flores de tallo alto, nos conduce hacia zonas más resguardadas, donde la vegetación se hace más tupida.

Me arrodillo ante una de las flores de pétalos rosáceos y vetas púrpuras. Me inclino hacia ella y aspiro hondo.

—La Flor de Artemisa —digo girándome hacia él con una mezcla de sorpresa y alegría—. Tengo entendido que no pueden crecer lejos de los bosques de Nithium.

El Khoen entrecierra los ojos y coloca una mano sobre el tallo.

—Aquí, en los Jardines del Eco, crece lo que tiene vida en todas partes —dice con voz queda—. ¿No se imagina por qué, Sky? Vamos, es una chica inteligente. Durante ese paseo solitario, ¿no se le ha ocurrido pensar por qué, de todos los lugares, la he citado aquí?

Claro que lo he pensado, desde el instante en que he puesto un pie entre estos setos impolutos y he escuchado cómo el viento, aun siendo tan tenue, traía el eco de otro lugar lejano que existe en alguna parte.

—Los Jardines del Eco no son un simple jardín —apostillo sin atreverme a mirarle—. Es aquí, ¿verdad? El umbral.

—¿Un umbral hacia qué lugar?

—Al Otro Lado —me atrevo a decir.

Él asiente lentamente, como si el tiempo lo empujara con desgana.

—¿Conoce la geografía de Nithium? —Inclino la cabeza en señal de asentimiento—. Supongo que ha leído el primer códice de los Ancianos.

—*El origen de Nithium* —digo de memoria—. ¿Es ahora cuando me examina?

Con una mirada calculadora, se deshace de su túnica y, en un instante, un criado se presenta a nuestro lado, con los brazos extendidos, esperando a que su amo y señor lo use como un perchero.

—Ese tomo, aunque se ha quedado algo obsoleto, tiene un fragmento que podría contener la clave de todo. Asegura que las raíces de Nithium están interconectadas a través de sus tres bosques.

—El Bosque Azul, el Bosque Oscuro y el Bosque Trémulo —

murmuro.

—Eso es. Sin embargo, hubo un cartógrafo, Floyd Muser, que vivió aquí, en la Magistratura Magna hace muchos soles y demasiadas lunas. Descubrió la existencia de un cuarto bosque. Uno al que no se llega en un carromato o surcando los mares y los vientos con uno de los barcos de mis Custodios. Está en otra parte, pero, a su vez, al igual que los demás, permanece conectado estrechamente a este mundo.

—¿Quiere decir que ese lugar no está en este mundo, que hay otros mundos?

—Este hombre, antes de morir, encontró una entrada. No la pudo cruzar, no contaba con el beneplácito de Nithium. Aun así, aseguró que los Jardines del Eco son la puerta a ese lugar que, comúnmente, nosotros conocemos como el Otro Lado. Aunque él lo llamó de otra manera. Lo acuñó con el nombre del Bosque Reminiscente.

¿El Bosque Reminiscente? Las palabras del Khoen rebotan en mi cabeza como el eco que bailaba con el viento hace un rato. De pronto, obtengo respuestas en forma de preguntas. ¿Y si todo lo que creía conocer de Nithium no era más que la superficie? ¿Y si el Otro Lado no es una leyenda ni un mito, sino una extensión real que ha estado siempre a nuestro alcance? A mi alcance y al de todas las demás. Al alcance de las Damas Reminiscentes.

—Usted no ha encontrado el acceso.

—Jamás —contesta, y capto en sus ojos un rastro de codicia disimulada tras su expresión serena.

—Entonces ¿qué hacemos aquí? ¿No se suponía que usted me iba a enseñar a controlar lo que tengo aquí dentro?

—Para eso estamos aquí, para descubrirlo. Para aprender juntos. Reconozco que esperaba que la Dama Reminiscente tuviera cierta perspicacia. Seguro que usted, al igual que yo, ha sentido que el aire

aquí corre denso.

—Y he escuchado… unos ecos.

—Los ecos de Nithium —aclara—. ¿Ha probado a seguirlos?

Me quedo inmóvil, procesando sus palabras.

—No, pero creo que puedo.

Y entonces los vuelvo a oír.

No sabría explicar de dónde vienen. No se parece a nada que haya escuchado antes. Es como si alguien hablara desde muy lejos, desde debajo de todo esto, desde dentro de mí. Como el murmullo de una corriente cuando metes la cabeza bajo el agua y todo lo demás desaparece.

Mis pies se mueven antes de que mi cabeza dé la orden y camino hacia el lago sin decir nada.

El agua me refleja por un segundo antes de romperse. Me quito los zapatos y meto los pies. Primero hasta los tobillos. Luego hasta las rodillas mientras el frío me hiela los huesos. Me dejo caer de espaldas y floto, inmóvil, con la mirada fija entre el cielo y la pared gris y sin adornos del Edificio Destino que me da la espalda. El agua me sostiene, como si el lago me hubiera estado esperando.

Mis ojos siguen clavados en el cielo, pero algo me hace parpadear. Un movimiento, apenas un destello, en lo alto del Edificio Destino. Giro ligeramente la cabeza y entonces veo una figura en una de las ventanas.

Su cabello, tan dorado que parece tejido con hilos de nieve, cae recto sobre los hombros, enmarcando un rostro pálido. Y los ojos…, nunca he visto unos ojos tan rojos, igual de rojos que el sol que cae plomizo sobre los días calurosos en la comarca yerma de Arety. Me mira como si ya supiera quién soy. Como si me hubiera estado esperando también.

El frío del agua me muerde de golpe, como si ahora lo sintiera de

verdad. Me incorporo con dificultad, tragando aire. Entonces, igual que han venido, los ecos se desvanecen y vuelven los ruidos que entran y salen de estos jardines por la verja que desemboca en la ciudad.

—¿Qué ha visto? —pregunta el Khoen, ansioso. Se encuentra a mi lado, con el agua cubriéndole la cintura.

—Alguien me observaba, ahí arriba.

La decepción nubla su rostro al confirmar que la ventana está vacía, justo donde, un segundo antes, había visto a la mujer.

—Discúlpeme.

—¿Es su mujer? ¿El Oráculo?

—Me temo que tenemos que dejarlo en este punto, Sky.

—No pasa nada, puedo volver a intentarlo…

—Por hoy es suficiente. —El Khoen da media vuelta y sale del lago con aire solemne—. Unos asuntos me reclaman en otra parte. No se preocupe, volveremos a intentarlo mañana. Además, tengo entendido que hoy disfrutará de un agradable paseo por la ciudad. —Su expresión se relaja un instante, volviendo a ser un hombre afable—. Espero que no le moleste la compañía.

—¿Compañía? Creo que fui clara: dos Custodios a lo sumo.

—Nada de Custodios esta noche. Pero, como ya le dije, su seguridad es nuestra máxima prioridad y ¿quién mejor que el Consorte de Nithium para enseñarle lo esplendorosa que es la ciudad que nunca duerme?

—Mierda, Dante —murmuro.

—Aunque no lo crea ahora, hoy hemos hecho grandes avances en nuestro propósito. Ahora, por favor, disfrute mucho de su tiempo libre, Dama Reminiscente.

Me quedo un momento más en el agua, sola, sintiendo cómo el frío se me clava en los huesos y me devuelve, poco a poco, a los

Jardines del Eco.

El Khoen ha mentido hoy, lo sé. No porque sus palabras fueran falsas, sino porque ha dicho menos de lo que sabía. Y su rostro contenía algo más que decepción. Algo turbio, más parecido a la ira. Lo que no alcanzo a entender es si se debe a que el Oráculo nos ha interrumpido o al hecho de que, por primera vez, el Otro Lado ha respondido, creando conmigo una repentina conexión con el lugar que ahora se presenta ante mí como el Bosque Reminiscente.

30

> Con base en los testimonios, antiguos y nuevos, que han pasado de una generación a otra, hay una alta probabilidad de que las Bella Corazón lleven afincadas en Nithium desde la Primera Edad. No hay que dejarse engañar por su apariencia excesivamente juvenil, por sus cuerpos han pasado más edades que por la de cualquier otro hombre. Lo que sigue siendo un auténtico misterio es si su inmortalidad se debe a la memoria de su piel y a la habilidad que, supuestamente, poseen sus manos.
>
> *Códice VIII: La ciudad que nunca duerme*, por el Maestre Louis

SKY

El carruaje espera pacientemente tras la verja de la Magistratura Magna. El atardecer se cuela detrás de la ciudad, iluminando de un naranja intenso el camino pavimentado que desciende hacia su núcleo urbano, que bulle con el ruido de la multitud.

Veo a Dante a un lado del vehículo, vestido con una chaqueta, pantalones y botas de cuero del mismo gris gélido que sus ojos. Una

espada recta cuelga de su espalda, dotándolo de una elegancia sombría. Parece que nuestra pequeña salida nocturna va a ser más divertida de lo que imaginaba.

—Veo que el guardián está listo —digo con sorna—. ¿Lo de la espada es absolutamente necesario?

Sus ojos saltan de mi boca a las botas, altas y reforzadas, del tono de la arcilla. Creo ver rubor en sus facciones afiladas, aunque, seguramente, sea producto de mi imaginación. Los chicos como Dante no se ruborizan. Se tensan, como la cuerda de un instrumento demasiado afinada.

—Pareces distinta —dice haciendo como si no le diera importancia.

Visto un mono de una sola pieza, entallado, de un verde esmeralda. Sobre los hombros, llevo una camisa de lino blanco, ligera, de mangas anchas que caen hasta las muñecas, recogidas por unos guantes. En la cintura, un arnés cruzado sostiene un pequeño cinturón en el que he guardado una daga pequeña y pequeñas bolsas con algunas monedas.

—Entiendo que «distinta» es la mejor forma que se te ha ocurrido para decir un cumplido.

Yo también he intentado llevar conmigo a Promesa, solo por si acaso, pero las cortesanas hubieran separado la cabeza de los hombros.

—Déjalo, no sé ni para qué he abierto la boca. Sube al carruaje, cuanto antes empecemos antes acabamos con esta pantomima.

—Tú primero, milord —exclamo dedicándole una reverencia impostada.

El carruaje, una especie de habitación flotante, se estremece cuando emprende la marcha. Ambos tomamos asiento, uno enfrente del otro, fingiendo que miramos por las pequeñas ventanas y nos entretenemos con las callejuelas que van pasando. Completamente

falso; estar tan cerca de Dante me inquieta, y no de la forma que pensaba. Ya no le tengo miedo. Sin embargo, le odio con mayor intensidad.

También sería completamente falso si dijera que el compromiso con Dante ha sido una idea brillante. Tengo que reconocer que nunca en mi vida me he arrepentido tanto de algo. Solo me han hecho falta unas noches de insomnio para entender que, en la Sala de los Lúcidos, no sopesé lo suficiente las consecuencias de mis actos. Quería salvar a Alaric a toda costa e intentar ayudar a Nairobi en la medida de lo posible. Con ella he ganado algo de tiempo mientras pienso en la manera de cambiar su destino marcado por el fuego. Con él no puedo dejar de pensar que lo he condenado a algo peor que la muerte.

—Esas casas que tienes a la izquierda, las que están talladas con madera negra, pertenecen a Lúmen, el barrio en el que viven los Ruiseñores —dice Dante rompiendo por fin el silencio. Pequeñas linternas de vidrio azul cuelgan sobre la fachada iluminando la entrada. En cada umbral, además, arde un incienso—. Las viviendas no son gran cosa. Se supone que los Ruiseñores, al cantar el juramento escarlata, se despojan de todas sus pertenencias materiales, pero me juego cien monedas a que tienen las despensas llenas de joyas y de los licores de las mejores destilerías.

—¿Pretendes entablar conversación? Pensaba que querías una cita silenciosa. —Dante frunce el ceño y mueve la cabeza de izquierda a derecha, tirando la toalla—. Está bien, está bien. Hagamos una tregua… ¿Sabes por qué los llaman Ruiseñores?

—Buena pregunta —responde con una sonrisa seca—. Empiezas a mostrar algo parecido a la inteligencia.

Entrecierro los ojos, evaluando si vale la pena devolvérsela, pero me limito a soltar un suspiro. Bueno, espera un momento…

—¿Sabes?, a veces me pregunto si siempre fuiste así o si es el uniforme de matón lo que te hace insoportable.

—No es el uniforme, es la compañía. —El carruaje se sacude al girar una esquina, y por un segundo nuestras rodillas se tocan. Ambos fingimos no notarlo, pero el aire entre nosotros ya no es tan fácil de ignorar. Menos mal que habla antes de que el oxígeno se evapore por completo—. Los llaman así porque, antes de jurar, cantan. Pero no con la voz, al menos no como lo hace uno de esos ridículos bardos. Cantan desde el borde del acueducto mientras tiran las pertenencias que abandonan al río Muxi.

—Mi padre era un Ruiseñor. —Mi pensamiento se cuela en el interior del compartimento sin querer.

—Lo sé. Los Ruiseñores van y vienen, pero los que se convierten en Consortes reciben una mención especial en los libros de historia. Los Ancianos no tardaron ni dos soles en redactar el epitafio del señor Comet. Dicen…, dicen que era una persona con carácter, aunque mucho más comprensivo que los demás. —Seguramente, Dante sepa más de mi padre que yo misma. Apenas lo recuerdo. Conforme pasa el tiempo, su rostro afable, cubierto de una densa barba, se va desenfocando. Es como si la maldición se estuviera alimentando de los pocos recuerdos felices que me quedan—. ¿Por eso quieres ver el acueducto desde abajo?

—No, no tenía ni idea. No sé mucho de él, hace tiempo que… se fue. El Ma… —«El Maestre Simon», estoy a punto de decir—. Mi tutor me dijo que las vistas desde la orilla del río, frente al acueducto, merecen la pena.

—No se equivocaba. Realmente merecen mucho la pena.

Dante se remueve en su asiento un instante, me esquiva, y sus ojos grises vuelven a parpadear con las luces que entran y salen de la ciudad que nunca duerme. Volvemos al punto de partida, de modo

que trago saliva y levanto de nuevo la coraza, esperando que el tiempo pase rápido. Aunque el silencio me asfixia.

—¿Por qué el Khoen dejaría que su hijo cumpliera con la condena que debe cumplir un Ruiseñor?

A juzgar por su ceño fruncido, la pregunta le pilla por sorpresa.

—Puede que no vista la túnica blanca y puede que las habladurías hagan que el resto del mundo me vea con ojos diferentes, pero, a casi todos los efectos, lo soy.

—Reformulo la pregunta entonces: ¿por qué un padre dejaría que su hijo fuera arrastrado por la maldición que persigue a las Damas Reminiscentes? Los Consortes nunca terminan bien. Obligarte a serlo es… cruel.

Dante estira levemente los labios, pero la respuesta se queda en la punta de su lengua.

El carruaje desacelera con un crujido suave al detenerse en una plazoleta de piedra, justo al borde del río. Las puertas se abren con un golpe metálico, y el aire húmedo del Muxi se cuela de golpe, cargado con el olor a agua estancada, barro y flores.

Desciendo con paso firme, sin mirar atrás. El cielo se ha tornado más oscuro, como si alguien hubiese apagado las luces de Nithium y dejado encendida solo una lámpara de elanthar sobre el horizonte.

Delante de mí, el río se extiende como una cinta de tinta, dividiendo la ciudad en dos. A este lado, hay estandartes y cúpulas salpicadas de yeso; al otro, se levantan tejas de colores, el aroma a humo de leña y una sucesión de calles que no tienen nombre. Justo en la mitad se alza el acueducto que atravesé el día que llegué a La Capital, como una columna vertebral petrificada, sostenida por decenas de arcos monumentales que trepan desde la orilla.

—¿Dante? —El Príncipe Zafiro permanece inmóvil, erguido sobre un pequeño desnivel, con la mirada clavada en un punto que solo él

parece ver—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —contesta con frialdad—. Solo estaba pensando.

—Ignoraba que supieras pensar.

—Intento hacerlo… cuando me dejan.

Un grupo de niños, probablemente Comunes, corretea entre los huecos del acueducto, descalzos, y, a pesar de la altura, saltan entre un portal y otro sin miedo a tropezar y caerse.

—Es curioso porque nunca he estado aquí y, sin embargo, no siento que sea la primera vez que piso este lugar. —Una niña con trenzas plateadas salta de un arco a otro, y por un instante su silueta se funde con el cielo púrpura—. Es como si ya lo hubiera visto…

Y entonces ocurre algo extraño.

Mi mente proyecta una sucesión de imágenes y el pecho se contrae.

El frío sube por mi columna como una aguja. Esa imagen, los niños correteando bajo los arcos de un acueducto, reaparece en mi mente con nitidez, como si pudiera agarrar el recuerdo con mis propias manos. La primera vez que soñé con la Mujer sin Rostro, eso fue lo que vi, esa misma escena, solo que menos precisa, con un velo rojizo que manchaba el cielo, la estructura de piedra y las profundas aguas del río Muxi.

—¿Ahora eres tú la que piensa? —Siento que algo me oprime el pecho, pero finjo observar el río para que no se dé cuenta.

—Necesito un momento.

—No tardes mucho en volver a estar cuerda, tenemos que regresar.

—Eras tú el que hace un momento se ha quedado embobado mirando a unos críos. ¿Qué pasa, Dante? ¿De pronto han salido todos los traumas? —suelto enderezando los hombros.

—Volvamos al carruaje.

—Estás de broma, ¿no? Continuemos el sendero hacia el otro lado del acueducto.

—Por hoy has tenido suficiente, vámonos.

Las palabras de Dante se pierden entre la corriente del río, que arrastra con fuerza otros recuerdos que no quieren ser dichos en voz alta, ni por su parte ni por la mía. Las botas saltan entre las piedras con cuidado de no resbalar. Me adelanto un poco, con los brazos estirados como si pudiera atrapar el equilibrio con las manos.

—¿Qué son todas esas luces? —pregunto señalando una zona que cae en cascada al otro lado del acueducto, donde un faro brilla como una luciérnaga que intenta alcanzar el cielo.

—Nada que te interese, zona no apta para las Damas Reminiscentes —responde, con ese tono suyo tan insoportable.

—¿No es donde vas todas las noches?

—Tengamos la fiesta en paz, pajarito.

—¿Sabes? Probablemente seas la persona menos divertida que conozco.

—Lo que tú digas.

Seguimos bordeando el río mientras la ciudad se abre.

A medida que avanzamos, las sombras se desvanecen y unos reflejos dorados salpican el agua. La Capital es como una cebolla, pero cada capa es completamente diferente. Solo hay que seguir el murmullo del agua para descubrir que la ciudad que nunca duerme, al igual que sus mandatarios, tiene cientos de rostros.

—Me han comentado que no has cumplido con éxito tu misión en los Jardines del Eco. —Dante me mira de soslayo. No sé si por su afán de molestarme o porque realmente tiene curiosidad.

—Veo que las noticias vuelan aquí igual de rápido que en La Ciudadela.

—La luna está a punto de ponerse escarlata, es normal que los Ruiseñores estén más ansiosos que de costumbre. Quieren resultados. Además son sumamente cuadriculados. Hasta que no vean que haces lo que sea que tienes que hacer no van a dejar de susurrar por las esquinas. Quieren que sientas la presión.

—Hubiera avanzado «en lo que sea que tengo que hacer» si esa mujer no me hubiera desconcentrado.

—El Oráculo… —Y le respondo con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Por qué no sale nunca de su habitación? —pregunto—. Cuando me miró… me hizo sentir una melancolía profunda.

—Es una persona extraña. E inestable —dice con cuidado, como si la palabra pudiera desatar algo que no sabría manejar.

—¿Te tiene simpatía?

—Siempre haces muchas preguntas —se queja.

—Perdóname si me esfuerzo en conocer a mi futuro marido.

—Cállate —me pide, aunque percibo que su mentón se estira en una leve sonrisa—. Nadie le tiene mucha simpatía a un bastardo, por mucho que sea el hijo del Khoen.

—¿Ni siquiera al niño bonito de La Capital?

—¿De verdad crees que mi aspecto me ha permitido prosperar en esta ciudad?

—O sea que estás de acuerdo en que tu físico es la mayor de tus virtudes —digo inclinándome un poco hacia él, lo justo para obligarlo a mirarme a los ojos.

—Yo no he dicho eso.

—Indirectamente sí.

Dante se aclara la garganta y baja un poco la mirada.

Le rodeo un paso, fingiendo un traspié que termina con mi cuerpo demasiado cerca del suyo. Él se tensa como si un alambre se le

hubiera enganchado en la columna.

—Te estás acercando demasiado, estás invadiendo mi espacio personal.

—¿Qué pasa? ¿Te incomoda el contacto visual? ¿O es que nadie se te ha acercado tanto?

—Sky… —advierte, y pronuncia mi nombre de otra manera. Con menos frialdad, con algo que podría identificar como anhelo si no se tratara de Dante.

—¿Sí?

Miro de reojo hacia un ramal del sendero, uno más estrecho, flanqueado por faroles temblorosos y escaleras empedradas que se sumergen en un callejón.

—¿No me vas a decir qué hay al otro lado? —pregunto con una voz dulce impropia de mí.

—Nada que te interese —dice por segunda vez dando otro paso hacia atrás.

—El Mercado Noctámbulo.

—Un lugar al que no te conviene ir.

—Una pena que, una vez más, no esté de acuerdo contigo.

Dante da otro paso atrás esquivando mi mirada, y entonces lo empujo con fuerza. Él intenta frenar la caída con un movimiento rápido y certero, pero la gravedad hace el resto y cae en el río.

Mi risa, una que no recordaba que podía tener, rebota contra las piedras mientras mis botas suenan sobre la tierra.

Dante grita mi nombre mientras la corriente lo arrastra. Sin embargo, a partir de este momento, he dejado de ser su responsabilidad. Ya no soy la Dama Reminiscente. Ni una reliquia clave para la supervivencia de Nithium. Solo soy una chica corriendo cuesta abajo, dejándome arrastrar por la gravedad y por algo mucho más salvaje: la necesidad de saber qué se esconde donde nadie

quiere que mire.

Y juro que esta noche pienso mirar hasta que se me cierren los ojos.

31

> Preservarás la pureza del cuerpo, pues todo contacto no consagrado por el juramento escarlata corrompe la sangre y mancilla el legado de Nithium.
>
> Sexto mandamiento
> de la Aristocracia Escarlata

Sky

En cuanto me alejo del río, las palabras de Dante se quedan flotando en la corriente del Muxi. Solo escucho las pisadas de mis botas bajando por una cuesta serpenteante. Este lado de La Capital también es distinto. La ciudad vuelve a cambiar, como si hubieran echado el telón del Teatro Maravilla para cambiar la función. Los tejados, más estrechos y resquebrajados, ocultan el juego de luces que antes se veía martillando un firmamento ennegrecido. La calle se estrecha, engullida por una hilera de faroles que parpadean. El hedor a comida podrida y a cuero mojado se hace más intenso conforme avanzo. Y, aunque la oscuridad se precipita sobre mí, siento algunas miradas indiscretas desde los huecos ruinosos de las fachadas.

Casi me da por pensar que, tal vez, no haya sido tan buena idea

librarme de Dante.

Mi mano roza el cinturón, extrayendo sigilosamente un estilete. Lo acaricio con el pulgar y continúo caminando. ¿La verdad? Más por tozudez que por otra cosa.

Es entonces cuando los veo. Son dos niños, los mismos que hace un instante saltaban entre los arcos del acueducto. Uno de ellos me lanza una sonrisa mellada; la otra, la de las trenzas plateadas, se esconde tras un farol con los ojos muy abiertos, como si esperase que yo tome la iniciativa.

—¿Buscas el Mercado? —pregunta el primero.

—Tal vez —respondo sin dejar de sujetar la empuñadura.

Ambos ríen antes de echar a correr.

Por puro instinto, y la estupidez que a veces me caracteriza, los sigo. Saltan de lado a lado, colándose entre unos callejones cuyas paredes parecen estar a punto de chocar, entre puestos levantados con lonas harapientas. Poco a poco, la contaminación lumínica reaparece para encapotar el cielo, pero sigo sin ver el faro que se alza como una torre en alguna parte del Mercado Noctámbulo.

—Por aquí —grita la niña—. Sigue la melodía.

Llegamos a una especie de pasillo desértico donde solo hay basura, telas rotas que cuelgan de las barras del techo y cartones tirados por el suelo que hacen de camastros. Suena lo que parecen los acordes de un arpa. Sin embargo, en cuanto cruzo el umbral, la música se apaga de golpe y se hace el silencio.

Uno de los niños desaparece por una abertura de uno de los laterales. La otra se queda justo delante de mí, quieta como un gato que ha cazado algo sin tener muy claro si se lo quiere comer. Detrás, tres sombras emergen de la penumbra. No llevan uniforme ni tienen máscaras que oculten sus rostros, pero por sus barbas perfectamente recortadas y los hombros anchos como puertas

deduzco que deben ser Custodios.

—Mira tú por dónde —dice uno de ellos—. Una flor de invernadero perdida en un lodazal.

—Lo del lodazal lo decís porque apestáis a alcohol, ¿no? —digo sin retroceder.

—Una flor con espinas… ¿Desde cuándo los Ruiseñores dejan a sus hijas ilegítimas merodear por estos lares? El Mercado Noctámbulo no es lugar para señoritas de alta cuna, por más que hayas dejado los vestidos bonitos en el armario.

La empuñadura del estilete vuelve a mi mano. Y algo tiembla. No son mis manos ni mis pies.

—¿Sabes lo que hacen las flores aquí abajo? —continúa el otro, más bajo, con una sonrisa que se arrastra por el suelo—. Marchitarse.

—Y otras… se adaptan a las circunstancias —respondo echando la capucha hacia atrás.

El estilete apenas brilla cuando lo extraigo completamente de la funda. Debería ser suficiente para ahuyentarlos, pero solo aviva un destello hambriento en sus ojos. Me están oliendo como lo que creen que soy: una presa a punto de ser desgarrada.

—Hacía tiempo que no encontrábamos un tallo tan delicado y a la vez tan puntiagudo, ¿verdad, chicos?

Los tres hombres se separan, acorralándome contra la pared. No puedo leer sus mentes, pero los pensamientos, más sucios que este lugar, revolotean en sus pupilas contraídas.

—Dejadme pasar, tengo que entrar en el Mercado —añado con una sonrisa educada.

Pero los Custodios me cortan el paso, acercándose más.

—El Mercado está justo ahí detrás, pero no creerás que te vamos a dejar ir así porque sí, ¿verdad? Antes vamos a divertirnos un rato.

Contigo.

Los apunto con el arma y esos hombres ni siquiera retroceden. Se limitan a reírse y a seguir desnudándome con sus asquerosas miradas. El filo del estilete los excita en lugar de ahuyentarlos.

—Os lo advierto, dejadme pasar —digo dando un paso atrás—. No queréis meteros en problemas.

—Créeme, florecilla. Cuando terminemos contigo dudo mucho que puedas decir ni media palabra. Y, aunque nuestros caminos vuelvan a cruzarse, recuerda que las máscaras nos protegen siempre.

—Mi nombre es…

Pero mi boca se cierra y mi cabeza gira al recibir el impacto de una mano. Un fuerte sabor a metal me salpica en el paladar y el olor es tan intenso que las náuseas me suben como una ola traicionera. Intento gritar, pero la misma mano que me ha golpeado se posa sobre mis labios como el cerrojo de una puerta.

Los otros dos me agarran por las piernas y me tumban en el suelo.

—Será mejor si no te resistes.

—Ven a mí —susurro girando la cara a un lado cuando me inmovilizan y noto varias manos ascendiendo por mis piernas—. Poder, ven a mí.

—Tranquila, pequeña flor. Mi poder está a punto de alcanzarte —gruñe otro.

—Por favor, por favor, por favor —suplico.

El miedo me entumece los músculos y me provoca temblores involuntarios en las articulaciones. Trato de buscar en lo más profundo de mí una chispa que pueda encender. Algo, lo que sea antes de que sea demasiado tarde. Cierro los ojos para concentrarme. Porque, aunque el suelo esté frío bajo mi espalda, sé que dentro de mí hay algo más que arde con una fuerza indomable.

Lo sentí en La Ciudadela. Lo toqué en los Jardines del Eco. Una puerta invisible, intangible, que forma parte de mí y que guarda la fuente de todo mi poder.

Palpita como una estrella antigua, esperando que cruce el umbral otra vez. La abro con un pensamiento desesperado, y entonces la electricidad se desliza por mis costillas, por mi garganta y por las yemas de mis dedos. Las venas de mis brazos empiezan a brillar y, bajo la piel, la luz se derrama con la misma fuerza que el río Muxi ha arrastrado a Dante hacia el lado más oculto de la ciudad.

Los Custodios retroceden, confusos y tambaleándose. La galería entera parpadea con mi pulso y, durante un segundo, la basura, el miedo y la oscuridad se disuelven bajo una claridad cegadora. Las cuerdas del arpa se tensan de nuevo, recuperando una suave melodía mientras el temor se fija en sus caras con la misma facilidad que esas máscaras de hierro forjado que ahora echan de menos.

—¿Qué… eres… tú?

Antes de que pueda decir nada, unos aplausos resuenan en el corredor, por encima de la música, acompañados de una sonrisa indecentemente satisfecha. La sombra se levanta al fondo, detrás de una tela hecha jirones.

—¿No los vas a matar después de lo que han estado a punto de hacerte? —murmura una voz, acompañada de una risa ronca y perturbadora—. Vamos, Dama Reminiscente. Aniquílalos.

La corriente agita la tela descubriendo el rostro desencajado de Chaos. Sus ojos se clavan en los míos, saltando inmediatamente después a los tres Custodios, que ahora me observan aterrados al saber quién soy y lo que creen que soy capaz de hacer.

Parece distinto a nuestro primer encuentro en la Sala de los Lúcidos. Entonces era todo fachada, arrogancia y vanidad, con un peinado impecable y las cadenas colgando del cuello como

condecoraciones de una guerra. Ahora, en cambio, el cabello rubio le cae en mechones húmedos sobre la frente. El sudor le mancha la nuca y empapa los bordes de su casaca desabrochada. Y sonríe diferente, como si estuviera fuera de sí. Como si fuera el lunático del que todos hablan.

—¿Has estado ahí todo el tiempo? —pregunto con la respiración entrecortada y las venas replegándose sobre mi piel blanquecina, de la misma forma que las raíces del Bosque Trémulo volvían a ser engullidas por la tierra.

—Solo quería comprobar el inmenso poder de la Dama Reminiscente —dice con tono burlón—. Esperaba que hicieras explotar todo por los aires o que los derritieras con solo rozar tu delicada piel sobre estos valerosos guerreros, pero, a la hora de la verdad, no has podido. Has estado a punto y la misma conciencia que lo desató hizo que vacilaras. ¿Qué son capaces de hacer esas manos, milady?

Los Custodios se ponen de rodillas, estirando los brazos en una reverencia torpe.

—Perdonadnos, mi señor —lamenta el más corpulento—. No queríamos hacerle ningún daño a la dama. No sabíamos… Solo queríamos…

Chaos suelta un silbido breve, pisoteando su cabeza con las botas.

—Solo queríais probar su cuerpo. Besar sus labios. Saborear su interior más profundo. ¿Me equivoco? No seré yo quien niegue que el placer violento resulta tentador, a veces hasta adictivo. Pero, como comprenderás, soldado, no puedo dejarlo pasar al tratarse de la mismísima Dama Reminiscente. Bueno, y el pequeño detalle de que pronto se casará con mi hermano. Por cierto, ¿no se supone que debería estar contigo? Ay, este Dante tendrá que ser castigado.

—Por favor, mi señor —gime, apenas un segundo antes de que

Chaos le hunda la cabeza contra el suelo de un pisotón seco.

—Otros asuntos lo han reclamado.

—¿Cómo ha osado dejarte sola e indefensa? Imagínate que no hubiera llegado a aparecer yo. —Chaos aprieta la lengua con los dientes mientras la suela de su bota se vuelve más pesada contra el cráneo de ese Custodio—. Aunque no sé si detesto más que pusieran sus sucias manos sobre algo que no les pertenece o que fueran tan cafres como para no reconocer a la heredera de Nithium.

—Como ya has podido observar, me las apaño bien yo sola —digo —. Ahora tengo que irme.

Doy media vuelta, pero la fiesta de Chaos no ha hecho más que comenzar.

—Milady, no tan rápido. Después de todo, se me ha ocurrido que podríamos terminar esta frenética aventura tomando el té, ¿no te parece? Conozco un lugar estupendo unas calles más arriba, en el corazón del Mercado Noctámbulo. No me mires así, es la excusa perfecta para conocernos sin tanto alboroto.

—Tú eres todo ruido… y caos.

Los ojos de Chaos brillan, amenazantes.

—Pero también tengo mi corazoncito. Déjame demostrarte que soy un ser maravilloso. Te juro que no te vas a arrepentir. ¡Será divertido!

Por mucho que no me apetezca compartir tiempo con el hijo chiflado del Khoen, la alternativa es volver sola a los callejones de un lugar que acaba de recordarme —con bastante claridad— lo rápido que se pueden torcer las cosas aquí abajo. Además, no me hace gracia la idea de que Chaos corra a su padre y le diga que no soy capaz de controlar ni una caminata sin acabar en el suelo. Necesito mantener «mis privilegios» mientras esté aquí, al menos por ahora.

—¿Qué va a pasar con ellos?

—¿Qué castigo deseas que reciban? ¿Tal vez quieres estirar las sonrisas de sus bocas? —Chaos dibuja una media luna con la mano sobre sus propios labios mientras una daga le acaricia la sien a uno de ellos, apenas rozando la piel—. Si lo prefieres, también puedo cortarles los dedos de los pies. ¿O mejor lo que cuelga de sus entrepiernas por incumplir uno de los mandamientos más sagrados de la Aristocracia Escarlata? El pecado debe ser erradicado, ¿no cantan eso los Ruiseñores?

—Que sean juzgados igual que los demás. En la Magistratura Magna —digo dejando que el silencio pese un segundo antes de continuar—: Y que el castigo sea acorde a sus actos y a lo que sus sucias mentes pensaban mientras me manoseaban.

—Así será, milady.

—Bien…

La cuerda chirría al apretarse contra las muñecas de los Custodios.

—Os habéis portado muy mal, camaradas.

Estos se estremecen, encogidos sobre sí mismos, incapaces siquiera de levantar la vista cuando Chaos atrapa la mano temblorosa de uno. Desliza la hoja de la daga hasta su uña con una lentitud calculada, dejando que el acero arañe apenas la superficie. El jadeo entrecortado del Custodio resuena en la galería, uniéndose al eco de las cuerdas del arpa, que vibran por sí solas, tensadas por una mano invisible que parece tocar al compás del miedo.

—No es necesario que hagas eso. Se encargará la Magistratura Magna, ¿recuerdas?

Las pupilas de Chaos se encogen.

—Por supuesto, milady. Por supuesto.

Aunque estoy fuera de peligro, mi cuerpo sigue rígido, alerta. Puedo notar cómo las puntas de los dedos podrían volver a brillar en

cualquier momento. De alguna manera que todavía no alcanzo a comprender, mi poder se activa cuando estoy en peligro. Aparece en el momento que más lo necesito. Se supone que estoy a salvo, pero algo en mi interior aguarda para volver a explotar. Creo que considera a Chaos una persona peligrosa.

Y lo es, es la persona más peligrosa de Nithium.

32

> En algunas pequeñas localidades de la región de Syval, donde la Aristocracia Escarlata tiene sus granjas de elanthar, muy cerca de los pozos, se producen frecuentemente hurtos y, en contadas ocasiones, robos a gran escala. El elanthar se ha convertido en un recurso muy valioso desde que es gestionado por la Magistratura Magna. No solo para que haya luz en las casas o para mover grandes estructuras, también es utilizado para la creación de armas. Según los últimos datos recogidos por nuestros kakapos, los contrabandistas trapichean con ella y se la venden a mercenarios para la creación de explosivos caseros.
>
> *Códice IX: Caos al borde del abismo*,
> por el Maestre Máximo

El Cronista

El Arco Oxidado, un pórtico hecho de hierro corroído, marca la entrada al Mercado Noctámbulo.

Troi camina en el centro, con su armadura de Custodio, mientras que Martin y yo avanzamos a un lado, todavía vestidos con la túnica

negra de la Montaña.

—Genial, vendidos al mejor postor. Nos hemos convertido en el blanco fácil —suspira Martin maldiciendo a los merodeadores, oportunistas y hienas nocturnas que no nos quitan los ojos de encima cuando pasamos junto a unos contenedores de chapa en los que una mujer mayor, sin pelo y con el pecho descubierto, vende escorpiones con aguijones recubiertos de metal—. ¡¿Habéis visto eso?!

—Son alacranes de los Pueblos del Aire —digo.

—Seguid andando, no querréis que esos bichos claven sus pinzas en alguna parte de vuestra túnica.

—¿Qué hace esa cosa aquí? Es casi imposible capturarlas, y mucho menos domesticarlas.

Troi gira la mandíbula con chulería.

—Nada es imposible en el Mercado Noctámbulo, mis pequeños escribas. La oferta siempre supera a la demanda, porque ni los propios compradores saben todo lo que pueden encontrar aquí. ¿Veis al final de la explanada esas cabañas hechas con yeso y tapadas con lonas negras? Ahí venden réplicas exactas de las armaduras de los Custodios. No están hechas del mismo material, pero son bastante resistentes y dan el pego. —Troi levanta el dedo al mismo tiempo que bordeamos un enjambre de tenderetes torcidos. Están levantados con maderas húmedas, huesos cubiertos de pintura y planchas de latón abollado. Los vendedores gritan, subidos sobre unas jaulas. Dentro tienen perros con los hocicos rodeados de máscaras de algún metal que tintinea con el alumbrado de las lámparas de tubo—. A los Ruiseñores más especiales les gusta montar batallas clandestinas con estos sabuesos. Se sacan una fortuna con las apuestas de los Comunes. Los despluman.

—Son prácticas crueles, y están penadas con varias lunas en el

Bastión de los Ingratos —dice Martin.

—Lo sé, pero, amigo mío, ¿no te parece todo esto absolutamente fascinante? —pregunto. ¡Esto es el mundo real!

—Claro que no, pedazo de cafre.

—¿Ves lo que tengo que soportar, Troi? Constantemente sometido a estos impulsos violentos.

Troi parece no oírme; sus dientes se aprietan y su mirada salta hasta un muro derruido en el camino.

—Hay varios Custodios merodeando —farfulla—. Démonos prisa, no conviene que me vean.

—¿Dónde? No veo ninguna armadura que…

Martin me da una colleja.

—Así pasan desapercibidos mientras hacen algunas compras inocentes en este pozo lleno de contrabandistas y delincuentes. ¿Verdad, Troi?

La mano del Custodio se agarra al pescuezo de Martin.

—Baja el volumen. No querrás que nos descubran, ¿verdad?

—Es justo lo que quiere —lamento.

Martin levanta las manos pidiendo clemencia.

—Juro que en ningún momento se me ha pasado por mi cabeza, valeroso caballero Troi.

—Es por aquí, valeroso escriba Martin.

Con un pequeño empujón, el joven Anciano traspasa una cortina de tiras y suelta un pequeño grito.

Al otro lado nos espera una callejuela en penumbra, donde las paredes de ladrillo sudan y se estrechan de la misma manera que los conductos que nos llevan al anfiteatro de la Montaña Que Levita. De muro a muro cuelgan cuerdas tensadas, y de esas cuerdas penden cientos de cuerpos inmóviles meciéndose con el aire. El Callejón de los Titiriteros.

—Por Nithium, el Khoen y el maldito Alto Emisario, ¿era absolutamente necesario pasar por aquí?

Retengo en la pupila las ropas que visten los muertos que se balancean sobre nuestras cabezas. Visten con andrajos diminutos, que apenas cubren los cuerpos de niños Comunes, mezclados con túnicas de Ruiseñores.

—Es el camino más rápido a la casa de las Bella Corazón, y llegamos tarde. A estas horas, Galeo, Maniaco y Bola deberían estar escalando el faro. Nos hemos retrasado.

Martin y yo cruzamos la mirada un segundo y nos leemos el pensamiento: esto en la Montaña no pasaba.

—Las bombas, claro —digo tragando saliva.

—Las bombas, Milo. Las bombas —repite Martin.

Troi tuerce la boca.

—Estos Ancianos…

Salimos del Callejón de los Titiriteros, dejando atrás el hedor de los muertos convertidos en espantapájaros.

Aparecemos en otra parte del Mercado Noctámbulo, frente a la casa de las Bella Corazón. El corazón me da un vuelco y me sale de forma natural agarrar el zafiro blanco que me cuelga del cuello.

—¿Estos son los famosos burdeles de La Capital? —pregunta Martin sin disimular la decepción que brota de su molesta bocaza.

Desde fuera no llama demasiado la atención. Un farolillo en forma de manzana alumbra una fachada discreta, encajada entre dos paredes pintarrajeadas de colores de tono pastel.

—Estamos aquí, lo hemos conseguido. —Martin se queja cuando estrujo su mano de la emoción—. Esto es más fuerte que la noche que Merek tuvo la desgracia de bañar al Gran Maestre y comprobar que no todas sus partes están tan muertas como parece.

Troi mira hacia los dos lados antes de tocar el chapado de la

puerta tres veces. La mirilla, redonda y dorada, se abre y un ojo del color de la miel parpadea, desconfiado.

—Venimos de parte de Lys —contesta Troi.

—¿Quién la reclama?

—Los verdes. Los verdes de siempre.

El cerrojo cruje y la madera cede dándonos la bienvenida a otro mundo dentro de los mil mundos que esconde el Mercado Noctámbulo.

—La lavandería, ¿en serio? —protesto sentándome encima de un montón de sábanas limpias que hay apiladas junto a la pared.

Troi y Martin se inclinan sobre un par de mirillas. Hay cientos de ojos repartidos por toda la sala, vigilando otras partes del Mercado Noctámbulo.

—Todo marcha —comenta Troi.

—¿Dónde está la Bella Corazón? Tengo que hablar con ella.

—¿Hablar con la Bella Corazón? No será hoy, charlatán.

Martin se aparta de la rendija para dedicarme una mirada de «te lo dije, maldito inútil».

—Es estrictamente necesario que…

—Veo a Maniaco y a Galeo. ¿Dónde cojones se ha metido Bola? Algo no marcha como debería… ¡Necesitamos las malditas cargas! —exclama golpeando la pared con el puño.

Troi dice que, cuando entra en contacto con el promitio, el elanthar combustiona y se vuelve inflamable. Si a eso añades un artefacto rudimentario hecho con barras de aluminio y fragmentos de vidrio, el resultado es un objeto con la capacidad de destruir una superficie lo bastante grande como para montar una buena humareda.

Me pongo de rodillas y me asomo por otra de las mirillas. No muy

lejos veo a Maniaco y Galeo clavar unas barras metálicas sobre la superficie del faro, usándolas para escalar hacia la cima de la linterna, que no para de hacer giros de trescientos sesenta grados. El rastro de luz dibuja circunferencias en la pequeña plaza que hay más abajo.

—¿Tan importante es que Damaskia recupere el gobierno? El Lord Esmeralda debería saber que la muerte no es la solución. —Martin me mira de soslayo, sorprendido—. Morirá gente. Gente que no ha hecho nada, y va a morir porque unos pocos verdes tenéis ganas de venganza.

Troi me agarra por el cuello de la túnica con fuerza y me arrastra contra la pared, acercando su cara a la mía. Tanto que mi pie zapatea en el aire buscando el suelo y un poco de gravedad.

—¿Cuestionas nuestros motivos, Anciano? —me suelta, y ajusto la túnica con torpeza—. No van a morir más de los que ya han muerto. Deberías anotar eso en tu cuaderno, plumilla de tres al cuarto. Solo así se pueden cambiar las cosas. Nosotros, los verdes, luchamos porque tenemos una memoria que todavía conservamos. Tú solo luchas por un sueño que está vacío, que no tiene nada. Ahora, hazme el favor. Quédate quieto y no molestes. Por mucho que te diga, no lo vas a entender.

La puerta se abre con un quejido de bisagra y entra la Bella Corazón a quien todos llaman Lys.

Tanto Martin como yo no podemos ocultar el asombro al verla. Nos quedamos con la boca absolutamente abierta, observando al ser etéreo que acaba de entrar en la lavandería. No parece mucho mayor que nosotros, pero sus ojos, dibujados en una pequeña línea, son más antiguos que los del Gran Maestre.

—Es como si las harpías oceánicas del Bosque Azul que describe el *Códice XII* no fueran seres del agua, sino de tierra, con piernas y sin

colmillos —dice Martin, pero mis rodillas ya están en el suelo, cerca de la Bella Corazón.

—Soy Milo, antiguo aprendiz de la Montaña, cronista de Nithium y miembro honorífico de la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux.

Ella, con un suave gesto, se aparta de mí y se acerca a Troi deslizándose en el aire.

—Me temo que tenéis que iros, soldado renegado. El Príncipe Carmesí ha llegado, y han visto a su hermano cruzar el Arco Oxidado. No es lo habitual, algo extraño sucede. No queremos más problemas de los que ya tenemos, de modo que os invito a salir.

—Te entiendo, Lys, pero solo necesitamos algo de tiempo extra. Los chicos tienen que bajar del faro después de poner las cargas y…

—Conoces la reputación del señor Chaos, cielo. Sabes de lo que es capaz si le da por sospechar que nosotras hemos tenido algo que ver en todo este entuerto. No pondré en peligro a las Bella Corazón por algo más de ruido en este nido maloliente. Os he ayudado por deferencia al Lord de Syval, pero no me jugaré el cuello.

Troi nos mira fugazmente.

—Al menos déjame avisar a mis camaradas. No podrán salir del Mercado Noctámbulo sin un salvoconducto. A cambio te puedes quedar con este par de plumillas, seguro que algún Ruiseñor estará encantado. Créeme, tienen bastante conversación. —Martin se aparta de la mirilla y me lanza una mirada de súplica.

—No estás hablando en serio —digo.

—Lys, por favor.

La Bella Corazón se lo piensa un larguísimo segundo antes de asentir.

—¡No pienso quedarme aquí! —exclama Martin, pero Troi lo silencia con un caponazo en la cabeza.

—A mi amigo Martin…

El maldito traidor de la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux mete la mano en el bolsillo y extrae un objeto, una esfera irregular que palpita con la energía azul del elanthar.

—El detonador —susurra colocándolo en la palma de mi mano—. Solo frótalo.

—¡¿Qué?! ¿Cuándo? ¿Cómo?

—¡No le puedes hacer responsable de algo así! —grita Martin.

Troi se da media vuelta percatándose de que la Bella Corazón no nos oye.

—¿Te sabes «La fábula del kakapo y el vuelo alrededor del sol»?

—¿Cómo dices? Claro que no.

—«La fábula del kakapo y el vuelo alrededor del sol» cuenta la historia de un Ruiseñor tan ambicioso que mandó forjarse unas alas descomunales, tan grandes como las de un kakapo. Su deseo era tocar el sol. Cuando alzó el vuelo y alcanzó la altura que quería, la luz lo cegó por completo y no advirtió que aquellas alas se consumían lentamente en el fuego de la estrella. Murió, claro.

—Chico listo —dice Troi—. ¿Y el cuento de «El ejército que no sabe beber cerveza en el Condado Desconocido de Elyar»?

—Todo esto me parece una absoluta pérdida de tiempo —digo.

Troi resopla, desesperado.

—Cuenta trescientos latidos, ¿de acuerdo? Trescientos malditos latidos de tu corazón y frota el detonador con todas tus fuerzas.

—Trescientos latidos, entendido. Pero ¿cómo sabré que son los latidos correctos? Seguro que mi corazón no late igual que el tuyo.

Troi coge mi mano y la pone en su pecho.

—¿Ves? Más o menos es lo mismo —dice, aunque yo, ahora mismo, estoy concentrado en que la saliva pase por la garganta.

—Qué lindos —sesea la Bella Corazón—. Ahora largo.

No pasan ni sesenta pulsos de corazón cuando la puerta vuelve a abrirse y Lys regresa. La Bella Corazón se ciñe con una cuerda el albornoz de seda ocultando su cuerpo de sílfide.

—Así que aprendices de la Montaña…

—Uno…, dos…, tres… —murmuro para mis adentros con la garganta seca.

—Solo somos simples escribas, milady. No tenemos nada que ofrecer…

La voz de Martin se convierte en un susurro molesto mientras me debato entre seguir contando los latidos que golpean debajo de mi pecho o aprovechar la bendita oportunidad que se me ha presentado delante.

—¡Necesito que me toques! —exclamo al final.

La Bella Corazón ladea el rostro, con el ceño fruncido, aunque ni una línea de expresión se dibuja en su cara ovalada.

—¿Cómo dices?

—¡No, no de esa manera!

Vamos, Milo. Piensa, reformula en tu cabeza las palabras correctas y entonces mueve la lengua.

—No puedes estar hablando en serio —dice Martin llevándose las manos a la cabeza.

—Sé lo que podéis hacer las Bella Corazón. Quiero saber quién he sido. O sea, recordar mi pasado.

Lys levita hacia mí, y una sombra tan fina como una aguja crece por encima de mi cabeza.

—Oh, cielo, llevo viva mucho tiempo, sé que vuestro origen no está escrito, pero no hay nada que puedas hacer.

Mi corazón se dispara de pronto.

—¿Por qué? ¡Puedo pagarte! —Se me ocurre, y busco la cuerda que rodea mi cuello—. No tengo monedas, pero… ¡tengo un zafiro!

¡Uno blanco! Los azules son más o menos fáciles de encontrar en el Océano Inmenso, pero sabrás que los blancos son algo muy exclusivo. Solo los Ancianos…

La mano de la Bella Corazón me roza la mejilla, igual de tibia como este lugar.

—No eres el primer Anciano que viene a mí pidiéndome recordar, muchacho. Pero algo más poderoso que mis manos, la propia Nithium, no me deja ver más allá.

—No puede ser…, ¿qué interés iba a tener Nithium en que unos insignificantes Ancianos sepan de dónde vienen?

—Asuntos de Nithium, cielo. Lo mejor que puedes hacer es vivir este presente maravilloso aquí, en la casa de las Bella Corazón. Veamos…, ¿cuál de los dos prefiere estrenarse? Tengo a un Ruiseñor esperando en una de nuestras estancias más exclusivas, pero el Alto Emisario no tardará en llegar.

Martin abre los ojos y señala el detonador.

—Muchas gracias por la oferta, milady, pero no creo que ninguna de esas excepcionales personas estén interesadas en mí. Si quieres, puedes quedarte con él —dice Martin.

Aunque, esta vez, la verborrea no corre a mi boca.

Después de todo, no puedo dejar de pensar que todo lo que he hecho no ha servido para nada. Si una Bella Corazón no puede leer lo que se esconde entre los poros de mis brazos, nadie más puede darme lo que quiero.

—Oh, cielo, no puedes irte. El caballero y yo hicimos un trato. En el Mercado Noctámbulo, los tratos se cumplen o se pagan con sangre.

Con una sensación que catalogo como «enfado nivel dos», saco el detonador y se lo pongo delante a Lys.

—Lo siento, pero ninguno de los dos va a acompañarte. Créeme,

es lo mejor. En la Montaña Que Levita no nos enseñan a exhibir nuestros cuerpos, y tampoco lo vamos a hacer ahora, aunque seamos dos peritas en dulce. El Mercado Noctámbulo va a cambiar, querida Lys. Recoge el chiringuito porque esto saltará por los aires.

33

> Tal como se ve en los mapas, el Mercado Noctámbulo tiene forma de S, un laberinto que se pierde en su propio caos. En su vértice más antiguo está la Última Taberna del Hastío, donde sirven la cerveza más fuerte de Nithium, capaz de tumbar al más corpulento de los Custodios. A unas calles, la casa de las Bella Corazón esconde una encrucijada de cortinas rojas y susurros malintencionados. En la punta contraria, traficantes de tónicos y fragancias venden brebajes tan potentes que podrían nublar el juicio al mismísimo Khoen. El mercado no pertenece a nadie; respira solo, como un corazón que no deja de latir.
>
> *Códice VIII: La ciudad que nunca duerme*, por el Maestre Louis

Sky

—¿Desea más té, milady?

—Por favor —respondo levantando la taza al mismo tiempo que la Bella Corazón inclina la tetera.

Su nombre es Moira. Se mueve como si pesara lo mismo que la

pluma de un kakapo. Un largo vestido de rejilla negra cubre una parte de su cuerpo desnudo. A juzgar por cada pliegue de su piel, tan tersa como la arcilla, parece unos años más joven que yo. Sin embargo, hay algo más inquietante que su silueta perfecta, la quietud de su rostro. No hay edad en sus ojos, sino paciencia; y algo más viejo que el propio tiempo.

Chaos se relame el labio inferior cuando el borde de la taza roza mis labios.

—¿Y bien? —pregunta, expectante.

—Reconozco que no es lo que esperaba —respondo.

Por fuera, el burdel se mimetiza con el resto de las construcciones del Mercado Noctámbulo. La fachada, encajada entre dos edificios de colores vivos, no desentona. Una puerta de madera repintada muchas veces y un farolillo con la forma de una manzana son todo lo que delata que hay vida en su interior. Dentro, el mundo se transforma. Hay columnas doradas sosteniendo un tejado demasiado bajo, y divanes tapizados en cuero suave sobre los que se tumban las Bella Corazón. En ocasiones con hombres, en ocasiones con mujeres. Las cortinas, de terciopelo rojo, hacen las veces de paredes. Y todo huele a especias dulces, a tabaco perfumado y a algo más que, por más que lo intento, no consigo identificar.

—¿Qué esperabas?

—Me imaginaba otra cosa.

La sonrisa de Chaos se ensancha.

—Sé perfectamente lo que te imaginabas, milady.

—Aun así, dudo mucho que al Khoen le parezca bien que la Dama Reminiscente se pase por estos lares. Sus Ruiseñores no tardarán en chivarse.

—Suerte que el Príncipe Carmesí apareció para salvarte.

Vuelvo a beber sintiendo cómo el calor de la infusión calma mis

nervios.

—¿Te enorgullece ese título? —pregunto, más por curiosidad que por provocarle.

—Un título que me concedieron los Comunes. Esas ratas de cloaca sienten devoción por mí. Me idolatran. Sus mujeres se mueren de ganas de sentirme dentro. Algunos de sus maridos también. Sus hijos quieren ser como yo. Me ven como un salvador —contesta con un deje de orgullo en sus palabras.

—Déjame adivinar: salvaste a una pobre dama de sus malhechores —digo arrastrando las palabras con un aburrimiento que no me molesto en disimular.

Chaos se incorpora y apoya los codos en la mesa dedicándome una sonrisa lenta y descarada.

—Le saqué los ojos a un Ruiseñor que pillé azotando con el látigo a una pobre mujer. Se negó a darle placer y le propinó veinte azotes. Cuando llegué estaba inconsciente y ese rufián se la sacó y pretendía penetrarla sin su consentimiento. De modo que le saqué los ojos de sus cuencas con mis propias manos y luego hice lo mismo con los hijos que había ido dejando por fuera del barrio de Lúmen. No sabes cómo gritaban, pero era mi deber hacerlo, erradicar el problema de raíz. A fin de cuentas, ¿no somos lo que somos por nuestros padres?

—Los hijos no siempre son como los padres, y menos unos niños que no tienen culpa de nada.

—¡Claro que sí! —celebra—. Todos estamos malditos, milady. No te sientas tan sola, a todos nos persigue la maldición de nuestras familias. El patrón genético se repite cada generación. Por ejemplo, mi pobre hermana Asya. En lugar de ser bendecida con el poder de la visión, ha sido castigada con la misma mente quebrada que mamá. Está rota, hecha añicos, como un cristal hecho trizas. La

pobre no es más que un lastre, pero, claro, la sangre del Khoen es demasiado valiosa. Su sangre corre por nuestras venas y eso nos hace excepcionales.

—Como a Dante.

Una risa nerviosa escapa de la boca de Chaos y me hace estremecer.

—Mi querido hermano, el niño bonito de la capital. ¡El Príncipe Zafiro!

—Y, sin embargo, no ocupa un asiento en la primera línea del hemiciclo.

—¿Te preocupa su posición en la Aristocracia Escarlata?

—Simplemente me llamó la atención. ¿No se supone que «la sangre del Khoen es demasiado valiosa»? Él tiene el mismo derecho que tú.

—¡La misma sangre! —exclama de pronto.

Pero no me detengo. Repentinamente siento la necesidad de darle a Dante el lugar que le corresponde. Y recordárselo a Chaos.

—Eso es. Por mucho que sea un bastardo, la sangre del Khoen corre por sus venas y, por lo tanto, su sangre es igual de valiosa que la tuya. Suponía que este pequeño dato lo tenía muy en cuenta el Príncipe Carmesí.

—¿Osas tratarnos como iguales? —Las manos de Chaos se mueven con pequeños temblores mientras su boca se desencaja y los ojos saltan de una columna a otra, como si estuviera cerciorándose de que nadie me ha escuchado.

—Solo digo que…

El Príncipe Carmesí chasquea los dedos, llamando la atención de Moira.

—Mi señor, ¿me necesita?

—Dile que venga.

La Bella Corazón asiente y su vestido de rejillas se mueve con gracia cuando da media vuelta y desaparece entre las cortinas de terciopelo.

—¿Has pedido compañía? Bien, creo que va siendo hora de volver a la Magistratura Magna. ¿Puedes pedir que me recojan?

—Siéntate, quiero que conozcas a alguien. —Su tono de voz cambia, más bajo, casi un susurro, pero cargado de una tensión peligrosa, como si cada palabra contuviera un hilo de locura a punto de reventar.

Las cortinas no tardan en abrirse, revelando otra figura salpicada por la juventud.

Tiene el cabello castaño recogido en un moño flojo del que escapan mechones que le rozan el cuello largo y fino. Lleva puesto un vestido blanco de seda tan ligero que parece flotar alrededor de su piel, dejando apenas un velo entre mi mirada y las curvas de su cuerpo. Al caminar, no hace ruido, como si los pies no tocaran el suelo del todo. Sonríe, pero la sonrisa no llega nunca a sus ojos.

—Qué gusto volver a verle, mi Príncipe Carmesí.

—Ven aquí, Eris —ordena Chaos.

La Bella Corazón se sienta sobre el regazo de Chaos, posando sus finos labios, pintados de un rosa salmón, en su mentón. Al contrario que Moira, Eris me mira con recelo.

—¿Crees que me voy a ruborizar? —le reto.

—Cielo, te presento a la Dama Reminiscente —dice dirigiéndose a la Bella Corazón. Esta inclina la cabeza en señal de saludo y sus ojos apagados vuelven a caer sobre la boca de Chaos—. ¿Sabes que pronto se desposará con mi hermano? Antes de la próxima Luna Quemada. ¿Querrás acompañarme? Sería una bonita forma de cerrar el círculo, ¿no crees? Bueno, espera, ¿puede una puta ser la acompañante de un príncipe? Desde luego daríamos un buen

espectáculo.

Las carcajadas desquiciadas de Chaos reverberan por cada rincón de la casa de las Bella Corazón, sacudiendo las cortinas de terciopelo y arañando la calma artificial del burdel.

—Creo que ya he visto bastante. Si me disculpáis…

La cabeza de Moira asoma entre un pliegue de las cortinas.

—Mi señor, su hermano…

Antes de terminar la frase, unos brazos corren las cortinas y los ojos grises de Dante buscan los míos con desesperación. Se cruzan un instante y, por un momento, creo ver alivio en ellos. Aunque no tarda en poner su expresión seria y dura cuando se da cuenta de que no estoy sola.

—¡Esto se pone interesante! —celebra Chaos. Se levanta de un salto y lo abraza, aunque su hermano no le corresponde, se limita a quedarse rígido, con los hombros tensos y las manos oprimidas contra el cinturón—. ¿Dónde te has caído, en el Muxi? Estás empapado. ¿Por los viejos tiempos, tal vez? Moira, trae algo de ropa seca. Por nada del mundo quiero que enferme.

—Moira, no traigas nada —dice dirigiéndose a mí—. ¿Estás bien?

—¿Cómo me has encontrado?

—No es difícil seguirte el rastro, y menos si te paseas por el Mercado Noctámbulo con él. Levanta, volvemos al Edificio Corazón. Suficiente diversión por una noche.

—No seas aguafiestas, hermano. Estamos pasando una agradable velada, toma asiento. Justo estaba a punto de contarle a Sky que, a pesar de ser tan diferentes, estamos unidos por esta preciosidad. —Las palabras de Chaos se deslizan por una lengua inusualmente larga, y Eris, con un movimiento burlón, abre sus piernas a propósito, dejando a la vista sus partes más íntimas.

—Sky, levanta. Ahora.

Chaos aparta a la Bella Corazón de un empujón haciéndola tropezar con el borde del diván. Agarra a su hermano por los hombros, y sus rostros quedan a una distancia corta, casi ridícula. No me había fijado hasta ahora en lo diferentes que son, tanto como el sol y la luna de Nithium.

—He dicho que te sientes —ordena Chaos apretando la mandíbula.

—Y él te ha dicho que nos vamos —digo entonces yo levantándome de un salto.

Después de unos segundos de tensión, Dante me indica que vuelva a sentarme y se acomoda a mi lado, aunque deja un espacio prudente entre los dos. Permanece en el borde del diván y, aun así, la separación entre nosotros se siente como si nos dividiera un mundo entero.

La mirada desquiciada de Chaos salta de Dante a mí, y vuelta a empezar. Su mente perversa trabaja con rapidez, pero, mientras tanto, disfruta al ver que estamos inquietos, a la espera de descubrir por dónde sale.

—¿Sabes que, por poco, pierde su virtud… a la fuerza? Ahora que lo pienso…, ¿todavía la conservas? Tiene que ser difícil que una joya así guarde tanta pureza. —Se relame mientras su mirada escudriña mi cuerpo—. Te la quitó ese hombre al que quieres salvar, ¿verdad? Ese cerdo piojoso que se está consumiendo en el Bastión de los Ingratos.

—¿Es eso cierto? —pregunta Dante con los ojos abiertos y la expresión más endurecida que hace un segundo.

—Y tan cierto. Unos indeseables, hermano. Tres Custodios que, por petición de la propia Sky, serán acusados formalmente en la Magistratura Magna. Por suerte, estaba yo para cuidarla y protegerla. ¿Dónde estabas tú? ¿No se supone que deberías

cuidarla? ¿Quién mejor que el Consorte para evitar que esta delicia sea violentada?

—Estoy bien. De hecho…

—Porque todos los presentes estamos de acuerdo en una cosa. Nadie, repito, nadie, debería ser obligado de esa manera tan poco decorosa, ¿verdad, hermano?

—Cállate —dice Dante, pero agacha la mirada con vergüenza.

Chaos se levanta y salta por los tapices, riendo sin parar, completamente enloquecido.

—Si eres forzado, ¿dónde queda el placer? —farfulla—. ¿Se lo cuentas tú, mi dulce Eris, o se lo cuento yo?

—¡He dicho que te calles!

Sin embargo, un murmullo se levanta detrás de las cortinas. Pasos veloces van de un lado a otro, aunque son apenas imperceptibles. Es como si las Bella Corazón caminaran de puntillas por la casa.

—Deberíamos irnos, algo está pasando ahí fuera. —Pero solo me escucha Eris, quien estira las piernas sobre la parte acolchada al tiempo que disfruta del espectáculo de los dos príncipes de la Aristocracia Escarlata.

La boca de Chaos se pega a la oreja de Dante, y lo agarra del cuello de su chaqueta.

—Si vuelves a interrumpirme, habrá consecuencias. Te castigaré, ¿es eso lo que quieres? —dice deslizando un dedo por la espalda de su hermano.

Dante se estremece con el contacto de Chaos, provocando el disfrute de este.

—Decías, queridísima Sky, que Dante y yo somos iguales porque mi estúpido padre tuvo la indecencia de metérsela a una puta que se encontró en la calle y eso provocó esta incómoda situación de «compartir sangre». Pero te equivocas. Eres una delicia, aunque

igual de torpe que todas las demás. Dante me obedece. Hace lo que yo quiero que haga, porque sabe a qué atenerse si no cumple con mis pequeños intereses. —Chaos camina dando círculos, con el telón rojo de fondo resaltando su delgadez—. A cambio, yo le enseño a ser un hombre de provecho.

—Por favor, no sigas —le pide Dante, ya incapaz de levantar la vista del suelo.

—Por ejemplo, con la virtud intacta, en su decimocuarta edad, lo traje aquí para que la hermosa Eris lo encamara y lo hiciera un hombre. Pero no fue capaz. Porque es un simple perro callejero, sin hombría. Como su amo, por supuesto, tuve que castigarlo…

—Para —dice Dante, y ya no es una petición, es casi una súplica.

—Me di un buen festín, ¿verdad, Eris? ¡Y le obligué a mirar! Tuvo que volver varias veces a la casa de las Bella Corazón, pero no buscando su calor. Es tan absurdamente débil que les pidió una y otra vez que borrase ese recuerdo de su memoria. Por supuesto, Eris me guarda lealtad. Si hubiera accedido, hubiera perdido las manos y los pies. Y ya sabemos lo que pasa con las Bella Corazón que no tienen extremidades. No sirven para nada. Todavía recuerdo…

Me duele el pecho al mirar a Dante, tan encogido, tan roto, que apenas puede sostener la cabeza en alto. Un nudo se me forma en la garganta. Nadie merece ser humillado así, ni siquiera él, por mucho que me esfuerce en odiarlo.

—Es suficiente —exijo poniéndome de pie.

Las carcajadas de Chaos vuelven a resonar en toda la estancia como un eco cruel.

—¿Has visto las cicatrices de su espalda? —pregunta, extasiado y completamente fuera de sí—. ¿Todavía no has contemplado mi mayor obra de arte?

Su mano pasa suavemente por el hombro de Dante. Entonces, sin

pensarlo, le agarro por la muñeca, con fuerza.

—Creo que no me has escuchado: he dicho que es suficiente.

Un dedo suyo roza mi barbilla.

—No es hombre suficiente para probar una joya como tú. Avísame cuando necesites llenarte de placer, mi querida Sky. —Del mismo modo en que se había exaltado, una extraña calma regresa a Chaos. Se ríe entre dientes mientras se recuesta en el diván y se libra de los pantalones—. Eris, por favor.

Me doy la vuelta justo cuando la Bella Corazón se sienta sobre él.

Dante permanece de pie, compungido, con la mirada gris rendida. Mi mano se tambalea en el aire, aproximándome a su hombro. Sin embargo, algo me detiene. Es el murmullo de fuera, convertido ahora en un bullicio prolongado. Se entremezcla con los golpes y los jadeos que hasta ahora no había escuchado.

El calor de la casa de las Bella Corazón deja de envolverme como un abrazo reconfortante y, contradictoriamente, se transforma en un lugar frío y tremendamente hostil.

—Dante, vámonos. Creo que pasa algo ahí fuera.

De repente, Moira vuelve a entrar, pero ya no busca a Chaos, sino a mí. El Príncipe Carmesí ni siquiera se da cuenta. Está tan ocupado en su propio placer que no se percata de que la Bella Corazón posa sus labios muy cerca de mi oreja para advertirme. Con una voz lírica pero firme, y sin quitar la vista de encima a lo que sucede entre el vaivén de las cortinas, dice con total claridad:

—Las cosas se van a poner feas por aquí. Hay una salida al otro lado de la casa, da al Callejón de los Titiriteros. Después coge la calle de la derecha, estará libre y no tardarás en llegar al otro lado de la ciudad.

—No entiendo, ¿qué está pasando?

—Tú solo sal de aquí cuando se produzca la señal, Dama

Reminiscente.

—¿Qué señal?

Y entonces, un gran estruendo sacude los muros de la casa de las Bella Corazón, como si el aire mismo se quebrara en dos. Un estallido brutal revienta los cristales de las ventanas haciendo que las astillas de vidrio lluevan sobre nosotros como diminutos cuchillos brillantes. El suelo tiembla y el techo cruje al mismo tiempo que el bullicio estalla fuera en un coro de gritos. Un caos imparable se desata al otro lado de las cortinas de terciopelo rojo.

34

> En época de relativa paz, muchos soles antes del germen que dio paso a la Edad Oscura, el aquelarre de las Dréadas vivía entre el Bosque Trémulo y el Bosque Azul, a excepción de su lideresa, que, por su título y reconocimiento en aquel momento, antes de cometer alta traición, ocupaba un lugar honorífico en el hemiciclo de la Magistratura Magna. Su participación en las sesiones de control, por supuesto, no era tenida en cuenta en los asuntos de gobierno.
>
> *Códice III: La Edad Oscura de Nithium*,
> por el Gran Maestre

El Cronista

El faro del Mercado Noctámbulo estalla como un trueno seco, y, por un momento, temo que mi maravillosa y suave cara termine bajo los escombros que caen del cielo como meteoritos. El coloso de cristal y acero se cae a pedazos, convirtiéndose en una nube de fuego. La linterna, que había empezado a parpadear, no tarda en descolgarse, aplastando filas enteras del Mercado Noctámbulo, convirtiendo los toldos y las mercancías en astillas, trapos chamuscados y fuegos

artificiales que saltan de un lado a otro.

—¡Por Nithium!

No sé si ha sido Martin quien al final ha frotado el detonador o la propia Bella Corazón mientras su lengua infinita se retorcía alrededor de mi cuello, pero lo siguiente que sé es que estoy siendo arrastrado por una marea de cuerpos sudorosos y desesperados, que empujan y gritan con la misma intensidad que la bestia de cien patas que, según el duodécimo códice, *Mitos y leyendas de Nithium*, se oculta en los pozos próximos a Bota Mëmë.

Intento trepar y saltar por encima de la multitud buscando la máscara de Maniaco, la boca desdentada de Galeo o a Bola, que ocupa más espacio que cualquier Común corriente.

Un escuadrón de Custodios aparece al final de la plaza, alineado como una pared plateada. El reflejo de sus armaduras bajo las llamas frena la avalancha, pero los Comunes intentan regresar a la parte alta de la ciudad. Los soldados desenfundan sus lanzas de acero con un movimiento y avanzan en bloque haciendo retroceder al populacho hacia la parte central del Mercado Noctámbulo, donde la bomba ha dejado una montaña de escombros de la que no para de salir humo.

—Maldita sea, ¿dónde se han metido todos?

—Milo, ¡cuidado! —Escucho a lo lejos.

Recibo un codazo en la mandíbula y caigo al suelo.

Intento incorporarme. Sin embargo, una rodilla me hunde de nuevo contra la explanada.

Trato de rodar como lo haría Troi, con rapidez y algo de decencia, pero un pie me aplasta el tobillo y dejo escapar un grito de dolor.

—¡Milo! —Oigo la voz de Troi en alguna parte.

—Es… toy… aquí.

El oxígeno falta por aquí abajo y respiro con dificultad. Mi visión se

vuelve borrosa y hay partes de mi cuerpo que no hacen lo que quiero que hagan. De pronto, ya no me parece tan buena idea estar metido en este berenjenal. ¡Y encima no ha servido para nada!

¿Y si Martin tenía razón? Oh, por el Khoen, creo que voy a perder el conocimiento. Me da por pensar en la esquela que me gustaría que Martin escribiera en el *Códice VIII: La ciudad que nunca duerme:* «Milo el Cronista murió en el atentado orquestado por la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux. Fue un hombre valeroso y lleno de juventud. Dicen que se llevó a la tumba el secreto último de los Ancianos, pero así era él: misterioso, audaz y una mente sabia. Pobre Milo el Cronista, que murió con la piel tersa y los ojos llenos de vida». Dudo que el Maestre Louis le deje meter sus manos en su folletín propagandístico, pero, en mis últimos segundos de vida, prefiero pensar que el viejo Louis cumplirá con mis últimas voluntades.

Cierro los ojos y me preparo para contar mentalmente los segundos que me quedan. Unas manos firmes, sin embargo, me agarran por la capucha y me arrastran hacia un callejón lateral.

—¿Estás loco? —suelto, y Troi gruñe entre jadeos.

Caigo sobre los adoquines húmedos, con el corazón latiendo tan fuerte que creo estar al borde de un paro cardiaco.

—¿Tú me lo preguntas, plumilla? —responde poniéndome de pie de un solo tirón—. Se supone que tenías que contar trescientos latidos. ¡Trescientos! Ha sido un error traeros, casi la palmáis.

—¿Y eso te preocupa? ¡Nos has vendido, miserable! —Martin se acerca de puntillas, detrás de él.

—Martin, querido amigo. Menos mal. Creía que iba a reunirme con las raíces antes que tú.

—¡Insensato!

—Menos mal que el plan ha funcionado… por los pelos.

—Algo bueno ha pasado esta noche —digo ladeando la cabeza—. Un primer éxito para la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux. Aunque, claro, no es mi caso…

—¿Qué te crees, escriba de la Montaña? Date la vuelta y echa un vistazo.

Docenas y docenas de personas surgen de las sombras. Rebeldes e insurgentes vestidos del verde de Damaskia, los «perdedores» que Troi y su banda querían reunir en el Mercado Noctámbulo han respondido a la llamada. Corretean y saltan desde los tejados, blandiendo cuchillos, garrotes y machetes, cualquier cosa puntiaguda con la que puedan presentar batalla a los hombres de la Aristocracia Escarlata. El Mercado Noctámbulo se ha convertido en el campo de batalla. Estamos pisando el suelo donde va a empezar a escribirse la Edad Esmeralda.

—¿Quieres que lo anote en mi cuaderno? He traído uno que…

—Calma, Milo. —Troi me revuelve el pelo—. Todavía tenemos asuntos que atender.

A mi izquierda, Maniaco gira sobre sí mismo con dos sables relucientes, cortando a un Custodio de garganta a estómago antes de que pueda levantar su arma. Un segundo Custodio se desploma, esta vez con un tajo limpio en la base del cuello.

Maniaco no pierde el tiempo en coger aire. Es como una picadora de carne con patas.

—¡Bola está herido! —exclama Galeo, que se las ve y se las desea para arrastrar a su compañero de talla grande.

—¡Nos largamos! —ordena Troi sujetando mi brazo—. ¡Maniaco, nos vamos! ¡Ahora!

—Espera, espera, espera —digo, pero ya es tarde.

De un fuerte tirón, Troi me obliga a correr otra vez. Maldita sea.

Las callejuelas del Mercado Noctámbulo se estrechan conforme

nos abrimos paso. Se vuelven más oscuras y traicioneras según avanzamos, como uno de esos laberintos en los que parece imposible hallar una salida; y con el olor a humo y carne quemada persiguiéndonos.

—Aguantad un segundo —dice Troi—. Tres, dos, uno…

Las bocinas de La Capital suenan con fuerza, tan molestas como el graznido de cien kakapos. El líder de la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux nos regala una sonrisa de satisfacción que, reconozco, me deja embobado el tiempo suficiente para que Galeo se percate de mi descuido.

Oh, no. Debo decir algo. Cualquier cosa. Solo tengo que abrir la boca…

—No puedo creer que me entregaras a esa Bella Corazón. ¿Sabes que casi ahoga al pobre Martin con su lengua? Ha sido muy desagradable, por no hablar de que la tía ha destrozado mis ilusiones. He obtenido cero respuestas. ¡Cero! Estoy disgustado, camaradas. Muy disgustado.

—Troi, haz que el bebé deje de berrear —pide Maniaco.

—El bebé piensa cosas que no debe, ¿verdad?

Me encojo de hombros y trago saliva sin que nadie me vea.

Doblamos la esquina y mis pies resbalan sobre el empedrado húmedo. Si no fuera por los buenos reflejos de Maniaco, estoy a punto de estrellarme contra dos individuos que, como nosotros, huyen despavoridos del caos que hay más atrás. No somos los únicos idiotas que se han metido en un buen lío.

—¡Machacar! —gruñe Bola.

Veo a una mujer joven, de pelo castaño medio recogido, aunque unos mechones rebeldes le caen por la cara. Es guapa, lo admito; y tiene pinta de oler bien. Nos mira como si fuéramos unos Comunes desnutridos que acaban de salir de debajo de una piedra, aunque,

viendo a estos tres, no me sorprende. A su lado está un tipo de ojos grises, de una belleza de todo menos discreta. A juzgar por su cara, no ha tenido mejor noche que yo, lo cual ya es decir.

—¿Quiénes sois? —exige Galeo moviendo varios cuchillos entre sus dedos.

—¿Por qué extraña razón tendría que responder a tu pregunta? —dice ella extrayendo un pequeño estilete de su cinto. Es guapa y huele bien, pero su inconsciencia la va a matar.

Doy un paso atrás, con las manos en alto y el corazón golpeándome las costillas.

—Es el hijo bastardo del Khoen —dice entonces Troi inclinando la cabeza para ver a través de la chica, que se interpone entre nosotros y él.

—El señorito Dante —digo en un susurro—. El Príncipe Zafiro.

Martin me mira y asiente dos veces.

—Esto se pone interesante. —Galeo se desliza por la pared con una sonrisa mortífera.

—Dejadnos marchar —pide la chica—. No queremos problemas.

Maniaco no aparta los ojos de la chica. Parece hipnotizado, aunque no pueda ver a través de su máscara.

—Parece que la noche ha sido difícil tanto para vosotros como para nosotros, pero, claro, no sé si sabes que tu acompañante tiene un gran valor tanto dentro como fuera de la antigua Porteo. Maniaco, ¿tú qué dices? Matamos a dos pájaros de un tiro si acabamos aquí y ahora con el niño bonito de La Capital.

El señorito Dante desenfunda con torpeza la espada que lleva en la espalda, pero apenas la puede sostener en el aire.

—Maniaco mata a la chica y entre todos inmovilizamos al guaperas. No creo que aguante un asalto —masculla Galeo.

—Eso… no va a pasar esta noche.

Antes de que dé un solo paso hacia delante, el hijo del Khoen me atrapa y apoya el filo de la espada sobre mi impecable cuello.

—¿Por qué a mí? Por si no te has fijado, visto el negro, no puedes hacerme daño. ¿Verdad, Martin? ¡Martin, di algo!

—¿Qué quieres que diga? Yo también hubiera optado por capturar al más bocazas.

Me quedo quieto sintiendo el frío del acero en la piel.

—Mala suerte, príncipe. Has capturado al integrante menos valioso. La Montaña está llena de chavales como este, nadie lo va a echar de menos. —Troi ladea la cabeza y tuerce los labios en esa sonrisa de «no volverá a pasar» que claramente volverá a pasar.

—¿Eres un Anciano? —pregunta la chica.

—Técnicamente soy un aprendiz, pero te diré que tengo mucho más idea que cualquiera de los hombres seniles que se esconde allí arriba.

Ella me clava una mirada llena de una curiosidad tremenda, como si estuviera examinando a un bicho raro que no decide si aplastar o guardar en un frasco.

—Dante, suéltalo.

—¿Acaso quieres… que nos maten? —dice a duras penas.

—Nadie va a matar a nadie. —La voz de Maniaco resuena desde el interior de su máscara de metal—. Marchaos. Ahora.

—¿En serio? —pregunta la chica.

—¿En serio? —repite Galeo, atónito.

—¡No estás hablando en serio! —exclama Troi—. ¿Estás loca…, loco o qué te pasa? Si capturamos al hijo del Khoen, obtendremos una ventaja que ni habíamos imaginado. ¿No te das cuenta?

Maniaco enfila el callejón que queda a la izquierda.

—Estás tan obcecado en tu rabia interior que no puedes mirar más allá, ¿verdad? —Maniaco baja sus sables—. He dicho que os

marchéis, ahora. No hagáis que me arrepienta.

Nos quedamos ahí plantados, mirando como unos idiotas a Dante y su misteriosa acompañante desapareciendo entre las sombras de la ciudad.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso?

—Decidí unirme a ti a cambio de una sola cosa. Piensa un poco, no es tan difícil.

—¿Y qué parte del trato no he cumplido? ¿Acaso he hecho daño a la jodida… Dama Reminiscente?

Troi estira las palabras como si fuera lo más obvio del mundo, pero nadie le contesta. Bueno, nadie menos yo, claro.

—¿La Dama Reminiscente? ¿Esa chica? Por favor, todos estamos muy cansados, pero demostremos tener un poquito de cabeza. Quiero decir otra cosa —añado levantando la mano—. Creo que cuando lleguemos a nuestra base de operaciones deberíamos reflexionar juntos sobre lo que significa la palabra «ventaja». ¿En Damaskia no tenéis manuales de estrategia? No me extraña que perdierais el gobierno de Nithium. Acabáis de dejar marchar al Príncipe Zafiro.

Todos me fulminan con la mirada. Hasta Bola, que bastante tiene con seguir respirando. Galeo hace un ruido que no distingo si se trata de una risa seca o un gruñido. Maniaco hace rato que ha emprendido la marcha, y Troi…, bueno, Troi parece a punto de arrancarme la lengua.

—Milo —farfulla Troi entre dientes dándome un empujón—. No te quedes ahí soñando, vamos.

—¿De verdad nadie va a explicarme qué acaba de pasar? Estos rebeldes…

La Compañía de Espectáculos y Variedades Lux se lanza por un callejón oscuro, de vuelta a los túneles subterráneos que nos van a

devolver a la periferia de la ciudad. Mientras corro, dando bocanadas de aire para oxigenar los pulmones y no tentar a la suerte, vuelvo a tener el mismo pensamiento de siempre: cuando salga vivo de esta, voy a tener mucho pero que mucho que escribir.

35

> Aún desconocemos el verdadero alcance del poder consciente de Nithium. Las raíces que serpentean bajo la superficie parecen tener un propósito más allá del simple equilibrio entre la luz y la oscuridad. Algunos registros antiguos y casos recientes sugieren que ciertas personas nacen enlazadas, como si estuvieran predestinadas a cumplir un papel específico en su vasto y misterioso plan. Aunque no podemos probarlo, la evidencia apunta a una inteligencia que selecciona y guía a estos individuos, tejiendo sus destinos en una red que nadie, todavía, alcanza a comprender del todo.
>
> *Códice IX: Caos al borde del abismo*,
> por el Maestre Máximo

SKY

Cuando la verja se cierra detrás de mí, arrastro los ojos por los tejados que caen en pendiente sobre La Capital. No puedo evitar sentir algo muy parecido a una especie de abrazo reconfortante. La sensación de estar en casa, a salvo y fuera de peligro.

La nube de humo que escala por encima de la ciudad desvela la ubicación exacta donde se ha producido la explosión, y donde todavía reina el caos. El Mercado Noctámbulo tomado por los rebeldes. Ese Ruiseñor que habló en la Sala de los Lúcidos estaba en lo cierto: algo está creciendo ahí fuera. Tantos años preocupados por la amenaza oculta tras la Frontera y parece que hay algo más, un movimiento, que va contra todo lo que es y representa la Aristocracia Escarlata. Y, sobre todo, busca su capitulación.

Me pregunto si ese grupo tan variopinto con el que Dante y yo nos hemos cruzado también juega al juego de los rebeldes…

Un poco más arriba, la oscuridad de la noche deja que el Despertar, la espada luminosa clavada en el firmamento de Nithium, se vea con mayor nitidez, al igual que las grietas que se retuercen como enredaderas. El veneno en forma de raíz se expande con rapidez, y cada vez abarca más espacio en la cúpula nocturna.

Al girarme, encuentro a Dante en el mismo sitio, inmóvil, con la mirada clavada en el suelo.

—Oye, Dante… —digo poniendo mi mano sobre su hombro.

Se aparta con brusquedad y las cortesanas, petrificadas sobre la puerta del Edificio Corazón, dan un pequeño respingo.

—Ni se te ocurra tocarme.

—Yo solo…

—Tú has provocado esta situación.

—No tenía idea de…

La sombra de sus ojos se alza en mitad de la noche. De pronto, el niño bonito de La Capital se ha deshecho de la máscara y solo queda una figura preciosa, pero quebrada hasta la médula.

—¿De qué? ¿De que era un monstruo? Lo que has presenciado esta noche no es nada comparado con lo que es capaz de hacer. Y te lo dije. Te lo advertí y decidiste no escucharme.

Me estremece pensar en cómo Chaos logra doblegar a Dante, en cómo lo reduce a un simple eco de lo que es. No sé si es miedo lo que veo en sus ojos. Puede ser miedo…, o quizá la resignación por entender demasiado bien el lugar que le ha tocado jugar en este tablero hecho de hormigón, sangre y un puñado de juramentos.

—¿Por qué dejas que te trate así? ¿Por qué dejas que te controle? Tú eres mejor que él.

Dante me fulmina con la mirada.

—¿Ahora también vas a fingir que me conoces, Dama Reminiscente? No me conoces, en absoluto. ¿Qué pasa, ya no te acuerdas de las cosas que te he hecho? Casi mato a tu amigo. Es más, me quedé con ganas de hacerlo. Quizá me deje caer por el Bastión de los Ingratos y le haga una visita al tal Alaric. O puede que espere a que entre en uno de los Escuadrones. ¿Sabes todo lo que le harían los Custodios si se lo pidiera? Bastaría una orden para hacer de su vida un infierno.

—Te esfuerzas en ser como ellos —digo señalando la fachada del Edificio Destino—, pero ¿sabes qué creo? Que no eres así.

—Te capturé, te quité la oportunidad de ir en busca de tu hermana y te traje al sitio más siniestro de toda Nithium. ¿Se te ha olvidado lo mucho que me odias? ¿Por qué? ¿Porque le has visto los dientes más largos a una bestia más feroz? —Dante recorta la distancia entre los dos—. A veces se me olvida lo estúpida e ingenua que puedes llegar a ser, Sky.

—Fíjate, soy tan estúpida que empiezo a creer que no me odias tanto como dices. De hecho, hoy me he dado cuenta de que disfrutas de mi compañía.

—Eres…

—¿Qué soy? —le reto.

—Eres absolutamente insufrible.

Las puntas de nuestras botas se besan. El espacio entre nuestros cuerpos apenas es el necesario para seguir respirando.

—Y tú eres mejor de lo que pretendes hacer ver. Y te importo más de lo que estás dispuesto a admitir.

Dante suelta una carcajada con una pose teatral.

—¿Importarme? ¿Tú? ¿A mí?

De pronto, Dante cambia, se esconde detrás de otra máscara. Vuelve el niño bonito de La Capital, solo que el iris de sus ojos brilla con mayor intensidad. Sobre ellos se intuye un anhelo mucho más profundo y sus labios se abren como si estuvieran sedientos.

—Diría incluso que, después de todo, estás deseando casarte conmigo. —Mi subconsciente habla por mí al mismo tiempo que la mandíbula de Dante se endurece cuando repara en el pequeño punto que tengo encima de la boca—. Te has dado cuenta de que, puestos a elegir, entre susto o muerte, yo soy tu mejor opción.

Mi ritmo cardiaco se dispara al sentirlo cerca. La gravedad me empuja contra él y la Magistratura Magna se calla en un silencio latente. Sin remedio, una burbuja que no existe nos atrapa. Ambos nos olvidamos de que estamos en mitad de un patio, con un millar de ojos observándonos desde los diferentes rincones de los edificios Corazón, Destino y Maestro.

—Y, si eres mi mejor opción, ¿por qué te detesto tanto? —La mano de Dante agarra con suavidad mi mentón—. Y, si eres mi mejor opción, ¿por qué quiero que desaparezcas del mapa para siempre?

—No…, no estás hablando en serio.

Por un instante, me olvido de todo. Del juramento escarlata que me ata a él sin que yo lo haya elegido. De la manera tan feroz con la que hizo arder La Ciudadela. Aparto el rostro ensangrentado del Maestre Simon y la pena que me comprimió el pecho cuando Chaos lo maltrató con esa crueldad. De pronto, solo somos dos chicos

solitarios unidos por una cuerda que ha tirado Nithium desde alguna parte, a conciencia. Me olvido de todo y, por primera vez, reconozco que me muero de ganas por probar sus labios, que se tantean en un suspiro.

Abro la boca esperando que su aliento me roce la piel, igual que una promesa que ahora mismo, en este instante, no quiero romper.

—No debería… —Y, sin embargo, su boca se acerca a la mía. La inclina, con los ojos encendidos en un fuego imparable. Sus labios acarician mi mejilla hasta que se quedan cerca de los míos.

—¿Por qué no?

Levanto la mano y la deslizo por detrás de su cabeza, rozando su pelo corto en una caricia que nos hace temblar a los dos.

—He dicho que… No. Puedo.

Dante se aparta de golpe, como si algo dentro de él saltara y le hubiera gritado que ponga distancia. Sin mirarme, gira sobre sus talones y se pierde hacia el Edificio Corazón, todavía mojado.

Me quedo quieta viendo cómo su figura se encoge entre las luces parpadeantes, preguntándome qué es aquello que no le deja llegar hasta mí. Entregarse a mí.

Mientras respiro hondo y ajusto el cinturón, el peso de la noche termina por alcanzarme. El cuerpo me exige descansar. Quizá un baño de agua fría y unas horas de sueño sin interrupciones. Aunque, por encima de todo, lo que más necesito es un poco de silencio. Después de lo que acaba de pasar, sé con absoluta certeza que, mientras Dante siga cerca de mí, el ruido de mi cabeza nunca se va a apagar.

36

> El Ciclo Hostil se le concede a la Dréada siempre y cuando esté asegurado el futuro del aquelarre en la edad vigente, eso quiere decir que la tierra de Nithium dé una nueva cosecha. Aunque no es un hecho que hayamos contrastado, Ruiseñores de antaño aseguran que las Dréadas pertenecientes al Ciclo Benévolo también pueden transitar por la Serendipia Invertida a cambio de sacrificar soles de su línea de vida.
>
> *Códice III: La Edad Oscura de Nithium*,
> por el Gran Maestre

NAIROBI

He perdido la cuenta de los soles que llevo encerrada en este agujero. ¿Tres? ¿Treinta? ¿Tres mil, quizá? Aquí abajo la oscuridad se lo traga todo como una trituradora con las hojas bien afiladas, engullendo el tiempo, el hambre…, se me han quitado hasta las ganas de arañar las paredes.

Suelto el aire por la nariz, despacio, tragándome la rabia que me hace cosquillas en la garganta. Me obligo a intentarlo otra vez, porque qué sería de mí sin mi gloriosa terquedad, pero es inútil. Más

allá de estos barrotes oxidados que me mantienen a raya no hay nada. Nada salvo ese maldito chisporroteo constante, ese crepitar empalagoso que se arrastra por mis oídos. No lo consigue, claro. Pero no deja de intentarlo una y otra vez.

No he vuelto a escuchar las voces de mi aquelarre. Las interferencias persisten, burlonas, mordisqueando las últimas píldoras de paciencia que me quedan. Cada día que paso en este lugar siento cómo el Bastión me engulle un poco más entre sus tripas podridas, como si se alimentara lentamente de mí, sorbo a sorbo, hasta dejarme hueca.

—¿Sigues murmurando el nombre de tus muertos? —La voz cavernosa de Alaric llega desde su celda.

—¿Sigues respirando para decir estupideces, hombre gigante?

Lo escucho reír por lo bajo. Un sonido gastado, como si hasta usar la lengua le supusiera un esfuerzo titánico.

—Te lo pregunto porque llevas horas así. No suena muy… efectivo. Igual que ayer. Antes de ayer. Y antes de antes de ayer…

—Tú ocúpate de no pudrirte en tu rincón mientras lloras a la Dama Reminiscente. Yo me ocupo de lo mío, que es buscar la manera de encontrar ayuda y salir de aquí.

—¿Rezando a los muertos?

Pongo los ojos en blanco dejando escapar un suspiro cargado de hastío.

—Mis hermanas todavía respiran. Más les vale hacerlo porque la estancia en este lujoso habitáculo se me empieza a hacer insufrible. No te ofendas, pero lloras demasiado por las noches, y me resulta un poco incómodo.

—No te ofendas tampoco tú, Dréada, pero no vas a salir de aquí. Ya te lo dije: nadie sale del Bastión de los Ingratos, no con vida o una condena a muerte.

Me recuesto contra la pared sintiendo cómo la humedad me trepa por la espalda como un gusano vyserio.

Briviesca, Viorica… y las demás. Las veo en mi mente, una por una, como un desfile de fantasmas. ¿Habrán regresado con vida al Bosque Oscuro?

Me río para mí misma, con un sonido corto y seco. Artemia siempre supo que las posibilidades eran mínimas. Y, aun así, las mandó a los confines de nuestro mundo, al Condado Desconocido de Elyar, empujándolas hacia la podredumbre mientras ella se quedaba atrás para jugar a ser la madre de todas.

La verdad es que no sé si quiero que hayan sobrevivido. Si regresaron, quizá estarán a punto de ser alcanzadas por el veneno de La Ciénaga. Si no…, bueno, al menos ya no están atrapadas como yo, esperando a que el aburrimiento me consuma completamente.

—No han muerto —me repito a mí misma—. Lo hubiera sentido. El Bosque Oscuro todavía no ha caído. Por más que el Bastión bloquee mis poderes, lo sabría.

El chico guarda silencio unos segundos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Cuando esos peones que visten el metal escarlata quemaron el Bosque Trémulo, algo se quemó dentro de mí, de todas nosotras. La línea de vida de las Dréadas depende de las raíces de Nithium. Somos criaturas enlazadas, ¿entiendes? Nosotras no caminamos solas. El bosque nos insufla vida. Si los bosques mueren, nosotras morimos con ellos. Quizá no sea inmediato, pero nos marchitamos igual que las flores. —Me obligo a seguir, aunque siento la voz temblar—. ¿Y yo qué hago dando explicaciones a un simple mortal? ¿Ves? Unos días respirando el mismo aire y ya me he vuelto detestablemente débil.

Alaric se ríe entre dientes, pero, pronto, el gesto se le quiebra; un quejido áspero le corta la carcajada y acaba tosiendo cuando intenta articular palabra.

—¿Qué sentiste exactamente? Cuando el bosque se quemó…

—Cuando el Bosque Trémulo fue reducido a cenizas…, lo sentí. El tiempo me cayó encima de golpe. Es difícil de explicar, pero la piel de mis manos se agrietó. Las uñas se volvieron amarillentas; algunas se han roto. Mi pelo es un incordio, pero me gustaba el brillo que tenía. Lo peor han sido las articulaciones. Me han empezado a doler como si me cayeran cien inviernos encima. Como si mi magia hubiera sido lo único que me sostenía joven y, de repente, alguien hubiera decidido cobrarse la deuda de golpe. ¿Me entiendes? Qué vas a entender tú, solo eres un hombre gigante que se enamoró de la chica que no tocaba y acabó en el lugar equivocado.

—Creí que eras más dura, Dréada. Suerte para ti que todavía quedan dos bosques intactos.

—Por ahora. El Bosque Oscuro está a punto de desaparecer, y los humanos lo saben. Si mis hermanas no han conseguido contener la enfermedad, sucumbirán antes de la próxima Luna Quemada. ¿Y qué crees que harán estos humanos cuando lo sepan? Irán al Océano Inmenso y talarán hasta el último árbol del Bosque Azul. En cuanto se ocupen del pequeño problema que tienen, claro.

—No pinta bien la cosa.

—Oh, no quiero tu compasión, hombre gigante. Para cuando llegue ese momento ya me habrán colgado, quemado o lapidado. No será un problema para mí.

Alaric suelta una carcajada seca.

—Y vas a pasar tus últimos días con un humano —dice, y no puedo evitar echarme a reír, sintiendo unas punzadas en el

estómago.

—¿Vamos a llorar juntos ahora?

Pero las risas se quedan en un murmullo cuando escuchamos el cerrojo de la puerta y los barrotes de la celda vibran con un estremecimiento.

—¿La Libélula otra vez? —murmura Alaric.

—Oh, perfecto. —Me incorporo y cada movimiento se siente como una colección de cristales puntiagudos clavándose en mis extremidades, como si mis músculos estuvieran hechos de carne magullada—. Sufriré otro episodio de náuseas por culpa de ese insecto.

La Libélula abre el desfile con su risita de rata hambrienta, pero no viene solo.

—Inclínate, sucio traidor —dice la Libélula—. Estás ante el Príncipe Carmesí, único heredero del Khoen.

—Déjate de presentaciones, bicho raro.

—¿El señor Chaos? —pregunta Alaric con la voz entrecortada.

—¿Me conoces? Oh, claro que me conoces. ¿Sabes, grandullón? Yo también he escuchado hablar de ti. Alaric, ¿cierto? —Lo dice con una voz dulce, tan suave como un hilo envenenado—. La Dama Reminiscente te tiene en sus oraciones. De hecho, por ella estoy aquí.

—¿Cómo…? ¿Sky está bien?

—Póstrate, rata callejera —exclama la Libélula con una risa aguda.

—Está perfectamente. Lo que no consigo entender es cómo una persona tan anodina como tú le ha arrancado su virtud. La Dama Reminiscente es un hueso duro de roer, me extraña que regalara sus encantos tan libremente. La forzaste, ¿es eso?

—¿Yo? Jamás le haría daño, ella es… —Alaric recibe un bofetón de la Libélula y cae de espaldas al suelo.

Enciendo el fulgor de mis ojos levemente y cruzo las sombras que separan los barrotes de mi celda.

Al lado de la Libélula se inclina sobre Alaric una figura esbelta, de movimientos elegantes, con un cabello rubio que brilla como un faro dorado entre la oscuridad infecta del Bastión de los Ingratos.

—La Dama Reminiscente ha solicitado que se tramite tu alta como Custodio. El mismísimo Khoen lo ha autorizado, por lo tanto se te entrenará como es debido cuando te cures de tus heridas.

Alaric se incorpora, parpadeando, confuso.

—¿Custodio? ¿Qué…? —Se levanta—. Estoy bien, algo hambriento, pero estoy bien…

Pero no termina la frase.

—Estás herido, ¿no lo ves? —El Príncipe Carmesí chasquea los dedos y la orden suena como una pena de muerte.

De la nada, aparecen varios Custodios enfundados en sus relucientes armaduras. Aprisionan a Alaric inmovilizándolo de piernas y brazos, como si lo ataran en forma de cruz, o, mejor dicho, como una gran X de carne y hueso lista para ser sacrificada—. Ella lo pidió y el deseo le fue concedido. Sin embargo, la ley de la Aristocracia Escarlata es clara con respecto a los Custodios. Debes dejar atrás aquello que más anhelas para incorporarte a cualquiera de sus brigadas.

Chaos saca un cuchillo fino, bellísimo, un objeto tan perfectamente tallado que casi parece una joya.

—Quitadle el pantalón.

—¿Cómo? Espera, espera, espera. —La desesperación en el rostro de Alaric se me queda grabada en la retina.

—Serás un valeroso guerrero, pero hay que cortar lo que no se va a usar.

—¡¡¡POR FAVOR!!! ¡¡¡NO!!! ¡¡¡POR FAVOR!!!

Y en un solo movimiento, sin pausa, sin drama, hunde el cuchillo entre las piernas de Alaric.

El grito que le sigue no se parece en nada a algo que un humano pueda emitir por la boca. Jamás he escuchado algo así.

Por primera vez desde que me encerraron aquí, el miedo me raspa la espalda como unas uñas frías y me sube por la nuca.

Chaos limpia su cuchillo con un pañuelo blanco, sin prisa, como si acabara de mancharse de tinta. Se gira, despacio, deliberadamente, y camina hacia mi celda.

Cada paso suyo retumba en mis sienes, interrumpiendo las interferencias a las que me agarro con desesperación.

Se detiene frente a los barrotes de mi celda.

Inclina la cabeza, con curiosidad, con un divertimento enfermizo, como quien examina a una criatura excepcional, pero no particularmente valiosa.

Y sonríe.

—¿Y qué voy a hacer contigo, sucia Dréada?

Frente a mí veo a la tormenta con forma de hombre. Un veneno más letal que el que genera La Ciénaga caminando sobre dos piernas. Su sola presencia convierte el aire en algo corrosivo y afilado, de una tensión que se clava en la piel como agujas. Hasta la Libélula se encoge un poco cuando camina a su lado.

Mi último pensamiento suena alto y claro en mi cabeza: «Ay, Nairobi, querida, ¿y ahora qué vas a hacer?».

37

> Se hallan en nuestro poder los escritos que redactó Nébula durante las largas noches en las que sucumbió al delirio. Estos diarios, lejos de ser una guía para las que caminarán después de ella, para las siguientes Reminiscentes, es un panfleto cursi y pretencioso de una mujer que se rindió a la locura por un amor imposible.
>
> *Códice X: Las Reminiscentes*,
> por el Gran Maestre

SKY

El ambiente se enrarece en la Magistratura Magna los días siguientes al incidente. Refuerzan la seguridad alrededor de la valla y los plenos han quedado suspendidos hasta nuevo aviso. Solamente los Ruiseñores de alto rango pueden acceder al complejo. Según tengo entendido, el Khoen los ha convocado para maquinar una estrategia, contener el desastre y moldear a su favor el relato que revolotea por las esquinas.

Dicen que un nuevo enemigo amenaza con romper la armonía de La Capital. La Aristocracia Escarlata ha empapelado la ciudad con los

retratos de algunos de los miembros que forman parte de «la célula terrorista damaskiana». Al mirarlos, no puedo evitar soltar una pequeña carcajada: un hombre que viste el uniforme reglamentario de un Custodio; dos maleantes cuya piel está salpicada de tinta, y el enmascarado que me dedicó una mirada intimidante cuando Dante y yo cruzamos nuestros pasos en el Mercado Noctámbulo. Son ellos, los mismos rebeldes que vimos casi como un espejismo. Se han infiltrado en la ciudad y se ocultan entre nosotros, campando libremente por nuestras calles y atemorizando a nuestros pequeños. El miedo es el mejor aliciente para movilizar a los Comunes, y desde la Magistratura Magna están echando los restos.

A pesar de todo, el carácter afable del Khoen no se resiente. Incluso tira de humor en nuestras siguientes visitas a los Jardines del Eco. Llevamos días apareciendo por aquí. Mientras la ciudad que nunca duerme hace por contener a los rebeldes que han salido a jalear las calles, el Khoen y yo acudimos todas las mañanas, siempre a la misma hora, al lugar en el que, según un cartógrafo con la cordura justa como para no ser tenido en cuenta, se esconde, al otro lado, el Bosque Reminiscente.

No obstante, lo cierto es que, por mucho que regresemos, no ocurre nada. Me mojo los pies, me hundo en el agua helada y ningún umbral se despliega ante mis ojos. No hay nada más allá de los susurros que sobrevuelan los Jardines del Eco como fantasmas.

—¿Preparada, Sky? —dice el Khoen.

El viento sopla diferente hoy en los Jardines del Eco. El agua me congela los tobillos cuando mis pies juguetean en la orilla del lago.

—Igual de preparada que ayer. Y antes de ayer… ¿Cuántos días llevamos ya con esto? —Levanta una ceja dedicándome una mirada de resignación—. Lo sé, lo sé. Se acabaron los juegos, toca ponerse a trabajar.

El Khoen alza los brazos con solemnidad. Aunque no puedo verlo, imagino el blanco de sus ojos borrándose bajo una capa de pintura negra mientras mi pelo se despliega en abanico bajo el agua. A su vez, un manto de tinieblas se arquea sobre mí como un cielo artificial, tapando por completo la luz del sol. Él cree que ese truco me ayuda a concentrarme, pero, si soy del todo sincera, lo único que consigue es despistarme y pensar qué tipo de criatura es él y cuál es su fuente de poder.

—Concéntrese, busque los ecos. Atrápelos.

—Como si fuera tan fácil.

—Sky…

—Está bien, está bien —digo con apatía—. Allá voy.

Cierro los ojos e inhalo y exhalo varias veces. Es un ejercicio que, a veces, me ayuda.

Dejo que el silencio me penetre, que la piel se me erice con el roce imperceptible de algo que flota en el aire, como si el agua hablara en un idioma que no alcanzo a entender. Mi respiración se hace más lenta. Me sumerjo mentalmente, tratando de seguir esos ecos que intentan esquivarme como las esporas brillantes que suelta la Flor de Artemisa. Trato de atraparlos antes de que se disipen. Es entonces, justo cuando estoy a punto de alcanzar ese hilo invisible, cuando algo se tuerce… otra vez. Hay una especie de destello, un giro brusco en mis pensamientos, y, de pronto, aparece él. El maldito Dante.

Su imagen irrumpe en mi cabeza colándose por una rendija. Lo abarca todo, y puedo volver a sentir su aliento acariciándome la mejilla. Todo lo demás se desvanece: los ecos, el lago, incluso la voz del Khoen, que me anima a no parar, a seguir buscando. Solo queda Dante flotando en mi mente, llenándolo todo con un peso dulce y doloroso que me arrastra hacia la superficie, alejándome del umbral,

interponiéndose entre el Bosque Reminiscente y yo.

Abro los ojos de golpe, jadeando, y siento cómo el latido de mi corazón se me sale por la boca.

—Tiene que haber otra forma en la que puedas ayudarme. —Me incorporo y siento el pelo mojado pegado en mi espalda.

—Está desconcentrada. ¿Dónde tiene la cabeza?

Con Dante, quiero decir. Pero incluso admitirme a mí misma que lo tengo tan presente me revuelve por dentro, como si me pellizcaran las entrañas.

—Con nada. Solo estoy cansada.

—¿Qué le preocupa, Sky? Creía que habíamos establecido cierto vínculo de confianza. —El Khoen me ofrece su mano—. Puede contármelo.

—Y yo creía que esto no nos iba a llevar tanto tiempo.

¿Cómo se supone que voy a establecer un vínculo con él? Con el enemigo.

Aunque a veces lo olvide, porque se desliza con la voz tranquila de un tutor, el Khoen es el motivo por el que estoy aquí, atrapada, atrapada en todos los sentidos posibles. Por su culpa estoy lejos de mi hermana, por su culpa me veo obligada a aprender a controlar un poder que no pedí para una guerra que no quiero. Y, aun así…, cuando lo escucho hablar, cuando alza una ceja como si fuera simplemente un maestro, es como si me encontrara de nuevo en la biblioteca de La Ciudadela escuchando otra de las interminables lecciones del Maestre Simon. Y por un instante, solo un breve y traicionero instante, olvido que debería odiarlo, igual que debería odiar a todos aquí. Porque no odiarlos me hace más débil de lo que ya soy.

—No siempre podemos elegir a quién nos une el destino, ¿cierto?

—Tampoco podemos evitar a quién acabamos escuchando más de

la cuenta.

El Khoen arquea los labios en una mueca.

—No se hace una idea de lo mucho que se parece a su padre. Sin embargo, la forma que tiene de observar su alrededor, con esa curiosidad por todo; el carácter indómito que ya conocen en el Mercado Noctámbulo… Incluso el tono de su voz. Si cierro los ojos es como si tuviera aquí al lado a Nébula. A tu madre.

—¿Es una manera bonita de decirme que enloqueceré pronto? —Intento que suene como una broma, que no pese demasiado en el aire, pero noto un nudo apretándome el pecho. Nunca antes me había hablado de mis padres, y algo en esa grieta nueva me duele por dentro.

El Khoen deja escapar una risa contenida mientras sus manos se agitan en el aire y el sol vuelve a iluminar los Jardines del Eco.

—Pensé que le gustaría saberlo. ¿No le parece bonito recordarla?

—Oh, sé muy bien los parecidos razonables que tengo con mi madre —contesto—. Y no son recuerdos bonitos los que guardo de ella. Tampoco son muchos, siempre hay una especie de neblina tapándolos. Pero, créame, por más que pasa el tiempo, no consigo olvidarme de los gritos. Se escuchaban en toda La Ciudadela, y tras sus muros. Sonaban con fuerza en el Extenso Páramo de Yakarta y hacían temblar al Bosque Trémulo más que el propio bosque. Su excelencia fue muy afortunado de conocerla… cuerda.

Dos cortesanas me esperan en la orilla del lago con un albornoz.

—¿Excelencia? Ya sabe que no me gustan las formalidades, milady. —El Khoen me lanza una mirada cargada de melancolía. Entrelaza las manos a la espalda y se toma un momento antes de continuar, como si escarbara en una caja polvorienta buscando las piezas perdidas de un puzle antiguo—. Al igual que a usted, conocí a su madre aquí, en La Capital, pero las circunstancias eran diferentes.

Yo era más joven, menos sabio. Sin embargo, cualquiera, hasta el más torpe de los Comunes, podía ver que cargaba con el peso de algo inmenso. Fue trasladada a La Capital cuando mis Ruiseñores constataron que su lucidez pendía de un hilo, que su locura era demasiado peligrosa para criarla, para criar a la próxima Dama Reminiscente. Su vida, Sky, corría peligro y tuvimos que intervenir. —El Khoen hace una pausa y el reflejo del sol en el lago tiembla—. También recuerdo sus gritos. Lo peor eran las noches. Esperó tanto el encuentro con la Mujer sin Rostro que la locura la alcanzó antes que su don. El insomnio puede llegar a convertirse en un veneno que se propaga lentamente. Tan implacable, y terriblemente cruel.

—Tanto miedo teníais a que me pasara algo que preferisteis arrancarme a quien más podía cuidarme.

—Sé que es difícil de entender, y más cuando ha crecido con ese resentimiento, pero, igual que la figura del Khoen está por encima de sus responsabilidades paternofiliales, el Consorte de la Dama Reminiscente, directamente, no tiene familia ni las obligaciones que van intrínsecas a esta. Es hija de Nithium, Sky, no del señor Comet. Por más que parezca perverso, el deber de su padre era…

—Preservar la vida de mi madre para que «la Dama Reminiscente pueda preservar Nithium» —recito cada palabra de memoria.

—Es importante que lo entienda, Sky, que entienda cuál es su deber. Al igual que el mío, está por encima de los asuntos del corazón. Cuando lo sepa, verá las cosas de otra manera. Quizá, cuando despeje de la mente esos recuerdos empañados por el dolor, escuche con nitidez las voces que viajan en los Jardines del Eco y consiga dar con la entrada del Bosque Reminiscente.

Le doy la espalda, perdiendo la mirada en el horizonte, por encima del lago y más allá de las copas de los cipreses que amurallan este lugar.

—En la vida hay cosas más importantes que el deber. Es importante que un hijo sienta el cariño de sus padres. O, al menos, si no lo tiene, que haya una figura adulta para él que le ayude a distinguir lo que está bien de lo que está mal. Si no, corre el riesgo de convertirse en una persona sin alma.

—Intuyo que intenta decirme algo. —La sonrisa del Khoen se ensancha.

No debería abrir la boca. No debería, pero todavía no he aprendido a cerrarla cuando toca hacerlo.

—¿Conoce a sus hijos? Obviamente los conoce. Me refiero a si los conoce de verdad. ¿Sabe cómo son realmente? Sus inquietudes, sus miedos, sus formas de comportarse con el mundo…

—Veo que Chaos ha enseñado el colmillo. Le confesaré que ha tardado más de lo habitual, especialmente tratándose de usted.

—¿Y no hace nada? Su hijo es un demente, y un sanguinario. Dante… Dante no es mucho mejor, pero, por lo menos, tiene alma. En cambio, no lo sentáis a su lado en la Sala de los Lúcidos.

La capa del Khoen se desplaza con elegancia sobre el césped, como una sombra que no toca el suelo.

—Me conmueve que lo vea así, de verdad. Dante es un chico excepcional, sí que lo es, pero no es extraordinario. En cuanto a Chaos… —Pero la palabra se le atasca en la punta de su lengua.

—Pensaba que habíamos trazado un vínculo de confianza —me adelanto.

—¿Qué le puedo decir, Sky? Chaos ha heredado la fragilidad de su madre, pero, aun así, esa fragilidad, ¿no le parece fascinante? No hay que juzgar las mentes débiles, sobre todo aquellas que poseen motivos y recursos tan milagrosamente útiles en el devenir de la historia. —El Khoen mira de soslayo hacia la ventana en la que vi al Oráculo el primer día que puse un pie dentro de los Jardines del Eco,

pero la ventana solo me devuelve un cristal impasible y una cortina que permanece en su sitio, sin movimientos extraños.

Y es justo ahí cuando lo recuerdo.

Por más que el Khoen juegue a ser amable conmigo, por más que sus palabras suenen con calidez y estén cargadas de comprensión, no deja de ser lo que es: el rey cruel de la Aristocracia Escarlata. La figura más alta del sistema que me arrancó de mi familia, que domesticó a mi padre, que encerró a mi madre, que convierte a sus hijos en las armas más afiladas de la armería. Encuentra fascinante a un hijo que mutila y mata por placer y rechaza a otro porque es una persona normal y corriente.

Así que no, no puedo permitirme el lujo de confiar.

—Voy a volver a intentarlo —digo dejando caer el albornoz sobre mis hombros e internándome de nuevo en el lago.

—Es mejor que sigamos mañana. No hay que ser impaciente o Nithium se cerrará en banda, Sky. Piense en lo que hemos hablado hoy, reflexione sobre ello y mañana, quizá, escuche algo más que unos ecos.

Pero apenas reparo en las últimas palabras del Khoen. Su voz apenas se convierte en un susurro en cuanto el agua helada me entumece el cuerpo y mis oídos dejan de escuchar el exterior, solo reciben el ruido metálico que hay bajo la superficie. La parte buena de la conversación con el Khoen es que he dejado de ver a Dante en todas partes. La parte mala es que un sentimiento de culpabilidad se me ha agarrado a la garganta. Porque sigo sin poder perdonar a mi madre. Porque no quiero este deber que me manda Nithium. Porque aborrezco este nido de serpientes en el que estoy metida. Porque el Bosque Reminiscente se mantiene en un silencio sepulcral.

El Edificio Corazón emite latidos constantes, aunque apenas

perceptibles. Sin embargo, en alguna parte, los estacazos de la espada rompen con la armonía de los pasillos, ya vacíos a esas horas de la noche. Con el vaso de agua en la mano, sigo las sacudidas como si fueran tirones de una cuerda tensa, que estiran desde allá donde la sombra del silencio todavía no ha conseguido imponerse.

Me asomo por el recoveco de la puerta entreabierta que queda en la otra ala de la casa, lejos de los dormitorios y los salones principales. En el interior, en medio de su jardín, con las paredes cubiertas de zafiros, la silueta de Dante se mueve rápido, feroz, asestando golpes contra un maniquí de madera que ya ha perdido su forma original.

No hemos vuelto a coincidir desde nuestra particular noche en el Mercado Noctámbulo. Ni en el desayuno ni en los suculentos banquetes que sirven a la hora de la comida. Él me evita porque siente un desprecio profundo hacia mí; yo le evito porque, sin quererlo, cada día le odio un poco menos, y tendría que acabar con semejante estupidez.

Lleva los ojos tapados con una venda. Su abdomen, perlado por el sudor, se contrae sin parar mientras su cuerpo danza alrededor de la sala, tan mortífero y a la vez tan hermoso.

Aunque la luz es tenue, cuando se da la vuelta, me paraliza el horror al contemplar todas las cicatrices que surcan su espalda.

—No… —murmuro alertándole de mi presencia.

Dante se quita el pañuelo y viene directo a mí, con la mirada de un animal salvaje. Cierro los puños con fuerza, esperando su próximo movimiento. Entonces, me cierra las puertas en las narices. El golpe seco me arranca el aire de los pulmones y me descubro respirando con dificultad. Intento recuperar el oxígeno dando bocanadas de aire, pero me cuesta hacerlo. Este es el efecto que causa en mí el Príncipe Zafiro, nerviosismo, taquicardias y algo más

profundo, casi puntiagudo, que me encoge el pecho.

38

> En un panfleto encontrado recientemente, vemos una programación del Teatro Maravilla que data de la Edad Oscura, en concreto del último sol antes de la próxima Luna Quemada. El título dice lo siguiente: «La vida es pesadilla». También, aunque borrosa, le acompaña una pequeña descripción: «En la función de hoy, el elenco de actores y actrices representará los horrores de Nithium. Contará, además, con la aparición estelar de la Dréada Aseventa un día antes de su ejecución».
>
> *Códice IX: Caos al borde del abismo*,
> por el Maestre Máximo

Sky

—¿Al Teatro Maravilla? No, gracias. Declino la invitación.

Mojo el dedo una vez más en la crema pastelera y la saboreo bien, aunque me arrepiento en cuanto los ojos de besugo del Alto Emisario se regodean en ese gesto inocente.

—Grrr, no es una invitación, milady. Han preparado toda una exhibición en honor a la Dama Reminiscente y su Consorte. Acudirá la plana mayor de la Magistratura Magna y algunos socios

potenciales de La Capital. Vienen desde todas partes de Nithium para verla. De todas partes menos, claro está, del lugar infectado por esos malnacidos insurrectos. Imagina el desplante. No, no, no. Todos deben acudir, sin excepción.

—¿Todos?

—¡Por supuesto, milady!

El servicio, con sus bocas cosidas en cruz, me miran de soslayo sin parar de trabajar. Les incomoda mi presencia, no les gusta que baje a las cocinas, pero, después de tantos años, he aprendido que las cortesanas les tienen tal animadversión que jamás me siguen hasta aquí. No puedo decir lo mismo del Alto Emisario. Esa rata es capaz de meterse en las alcantarillas de la ciudad solo para escupir alguna de sus órdenes.

—¿También los hijos del Khoen?

—Chaos y Asya se mueren de ganas, grrr. No se lo perderían por nada del mundo. El Teatro Maravilla les fascina. Hasta el Oráculo hará acto de presencia. Su salud es delicada, pero, como le decía, milady, esta cita no se puede eludir. Es hora de presentar a la familia, a toda la familia, en sociedad.

De modo que el Khoen quiere presumir de su lista de trofeos…

—Lo que quiere es lanzar un mensaje a Nithium.

—¿Qué mensaje va a querer lanzar? Grrr…, no hay mensajes más allá que el anuncio de un enlace que cambiará el curso de la historia de Nithium. No sea conspiranoica, milady. No vea fantasmas donde no los hay o, tal vez, la gente piense que ha perdido la cabeza… Grrr.

Una carcajada se escapa de su boca.

Encima de la mesa, un cuchillo de grandes dimensiones reluce bajo la luz de los fogones. No puedo evitar mirarlo y, por un segundo, me imagino hundiéndoselo en su pecho, directo al

corazón. Desde que vivo en La Capital, he fantaseado con mil formas de vengar al Maestre Simon. Esta sería tan buena como cualquier otra.

—Dudo que Dante quiera formar parte de esta pantomima —murmuro.

—El señor Dante ha accedido de buena gana. Él, al contrario de cierta persona, sabe muy bien cuáles son sus responsabilidades. —El Alto Emisario mira por encima de mis hombros lanzándole una mirada asquerosamente lasciva a las mujeres que cocinan en silencio —. El carruaje la recogerá a la hora más caliente del sol, milady. Sea puntual y, sobre todo, acuda absolutamente arrebatadora. Todos los ojos estarán puestos en la Dama Reminiscente. No querrá decepcionarlos, ¿verdad?

Lo último que me apetece es prestarme a uno de sus espectáculos de feria, seguir fingiendo que formo parte de algo sagrado cuando en realidad solo soy una pieza más en el tablero de juegos de la Aristocracia Escarlata. No estoy aquí para desfilar como una marioneta adornada ni para sonreír como si todo estuviera bien. No consigo entrar en el Bosque Reminiscente, la Mujer sin Rostro no ha vuelto a hablarme en sueños y, por momentos, me convenzo de que tal vez nunca estuvo ahí, de que puede que todo fuera una alucinación alimentada por el agotamiento y la necesidad de creer en algo más grande.

Y luego está Dante.

Me niego a caminar del brazo de alguien que apenas puede mirarme a los ojos. Y, si el Khoen piensa que puede utilizarme como símbolo de unidad y poder, va a descubrir lo poco que me interesa formar parte de su puesta en escena.

He aprendido algo en esta ciudad. No hay gloria en fingir que todo está bien cuando en realidad todo se está pudriendo desde dentro.

—Me lo pensaré.

Los dedos del Alto Emisario se sumergen en el bol y se llena la boca de crema, masticando con los labios abiertos mientras chasquea los dedos en un deleite fingido.

—Oh, más le vale pensarlo. Pero ya nos vamos conociendo y sé que, al final, será razonable y cederá, porque no hay nada ni nadie que pueda cambiar el parecer de la Aristocracia Escarlata. Además, milady, no puede perdérselo. Grrr, el espectáculo final la va a dejar sin aliento.

El Alto Emisario estaba en lo cierto.

De nuevo, como en tantas otras ocasiones, no me queda más remedio que comerme el orgullo y acatar las órdenes. «Soy la maldita Dama Reminiscente. ¿Acaso tengo opción?», me tengo que decir a mí misma. Esta vez, sin embargo, viajo sola en un carruaje, uno casi igual de grande que los barcos voladores que utilizan los Escuadrones I y II para vigilar la periferia de la ciudad. Esta bestia rodante viste de un naranja fosforito, con detalles de espinas en el bastidor y cuatro kakapos dorados sellados en las cuatro esquinas de la cabina. Por un momento, pienso que voy de camino a mi propio funeral. Tal vez, así sea, ¿no?

—Gracias, Alto Emisario. Muy acogedor —murmuro con amargura, batiendo las pestañas para intentar barrer el resentimiento de mis ojos.

La puerta se cierra tras de mí, y el carruaje echa a andar con un estremecimiento suave. A través de la ventanilla, el tridente de la Magistratura Magna se aleja hasta volverse una silueta difusa, pero igual de imponente que siempre. En la distancia, los edificios parecen gigantes de yeso cegados por la luz del sol, y me pregunto si no es exactamente eso lo que quiere la Aristocracia Escarlata, que

los Comunes, cuando miren hacia la cumbre de la colina, el punto más alto de La Capital, se sientan como unos insectos a punto de ser aplastados por la grandiosidad de la Magistratura Magna.

No sé cuánto tiempo pasa. Tal vez una hora. Tal vez solo unos minutos. Pienso tantas veces en tirarme del carruaje en marcha por puro aburrimiento que, antes de tomar la decisión, dejamos atrás el barrio de Lúmen y descendemos por la vertiente opuesta, tomando la calzada que llaman El Camino del Magnífico Creyente.

Si Lili estuviera sentada delante de mí, descifraría mi cara de circunstancia. Ella no habría fruncido el ceño ni un segundo; se habría alisado el vestido con cuidado y asumido el deber con la frente en alto. A veces me pregunto si su deber era más fuerte que mi voluntad, o si simplemente yo soy un cero a la izquierda en absolutamente todo lo que tiene que ver con ser la Dama Reminiscente.

He escuchado muchas historias acerca del Teatro Maravilla, pero al Maestre Simon se le olvidó un detalle importante. Porque lo que se dibuja ante mis ojos no es un teatro normal y corriente. Por supuesto que no. Ni siquiera tiene los elementos propios de uno. No hay un patio de butacas ni un enorme telón rojo ocultando el escenario donde luego se va a celebrar la función. El Teatro Maravilla se alza al final del valle, sobre la parte más caudalosa del río Muxi. Las barcazas avanzan lentamente entre los islotes de marfil que flotan en el agua, con sus toldos ondeando como pensamientos suaves al viento. Sobre ellas, una gran orquesta teje melodías que se quedan atrapadas entre las montañas que ejercen como paredes.

Las multitudes se apretujan sobre las laderas bañadas en tonos dorados. Se supone que son meros espectadores. No obstante, todo está dispuesto de tal manera que parece que sean una parte más del Teatro Maravilla.

—¿Por qué será que no me sorprende?

El cochero inclina la cabeza en una ligera reverencia cuando salgo del carruaje. Sin que nadie lo anuncie, el silencio cae como una cortina de lluvia, como si algo o alguien hubiera atrapado el ruido y lo hubiera metido en un bote de cristal. Es raro, pero me siento más observada que nunca, más incluso que el día que llegué a La Capital y me hicieron cruzar ese desfile tan irreal que llegué a dudar de que estaba despierta.

Esto tampoco parece muy real, o puede que tenga algún sentido.

Un corpiño blanco de tiras cruzadas, bordado en dorado como si el fuego bañara sus hilos, me ciñe el torso. La falda corta de cuero marfil apenas cubre lo justo, dejando a la vista unas medias altas que se funden con mis botas hasta el muslo, cuyas hebillas tintinean al ritmo de mi respiración. Las mangas, sueltas, cuelgan desde anillos de metal en mis hombros, y una capa corta ondea con la brisa del río.

—Grrr… Señoras y señores, habitantes de Nithium, almas creyentes y fieles testigos del porvenir… Ante vosotros se alza la esperanza encarnada, el faro entre las sombras, la promesa viva de la redención de nuestro mundo. Contemplad, pues, a la mujer destinada a cambiar el curso de nuestra historia. Una belleza excepcional con el mayor propósito escrito en los códices antiguos y nuevos. Ella es… ¡la Dama Reminiscente! —La voz amplificada del Alto Emisario abarca todo el Teatro Maravilla.

De un segundo a otro, el bullicio se levanta. Primero hay gritos de sorpresa, algunos fingidos; después todo se vuelve todavía más incómodo cuando el dogma de la Aristocracia Escarlata escala las montañas como un cántico maldito: «Libre sea el que no da por sentada la vida. Castigado el que muere por su falta a la moral de nuestro mundo. Cuidemos el milagro divino. Preservemos el legado

de nuestros antepasados. Elijamos vivir con dignidad y no morir con el pecado. Esta es la palabra de vuestro Khoen».

—El espectáculo ya está en marcha —murmuro ahora que nadie me escucha.

Una de las barcazas me lleva al portal central que corona el curso del río. Las butacas que se extienden sobre la superficie, recubiertas de terciopelo rojo, ya están ocupadas. Los rostros, encuadrados entre columnas de mármol y cortinas de hilos plateados, me observan con una mezcla de morbo, admiración y algo parecido a un desprecio ceremonioso.

Dirijo la mirada hacia la fila que tengo delante, y ahí están, sentados en una línea perfecta, las personas con las que estoy obligada a compartir escena: Dante, con el ceño fruncido y las manos enguantadas cruzadas sobre el regazo; a su lado está Asya, sin parpadear, perdida en algún rincón de su mente, como si estuviera escuchando otra música en alguna parte lejos de allí. Chaos se relame cuando nuestras miradas se cruzan. El lunático está tan fuera de control que ya ni siquiera se preocupa de controlar sus impulsos.

El Khoen, imperturbable como un dios sabio, inclina apenas la cabeza en un gesto que parece benevolente, aunque no logro descifrar del todo su intención. Y, junto a él, una figura que me hiela la sangre: una mujer cubierta con una mantilla negra y semitransparente. No puedo verle el rostro, no del todo, pero sí sentir su atención clavada en mí como la daga más afilada. Un temblor me cruza las puntas de los dedos cuando el Oráculo se deshace de su capucha y su pelo rubio, tan brillante como el sol, me ciega.

—Milady… —Dante se esfuerza en hacer una reverencia, ofreciéndome la silla vacía que queda al lado.

—Oh, ¿ya te dignas a dirigirme la palabra?

Paso por delante de él sin mirarle y ocupo mi asiento cuando el público se une en una ovación teatral. «¡Bendecidos sean, en nombre del legado de Nithium y su redención!». «Honor eterno para la Dama Reminiscente y su Consorte». «¡Que el río los lleve y la montaña los recuerde!». Los cánticos se suceden, cada cual peor que el anterior. Perfecto, justo lo que hacía falta para recordarme por qué estoy a punto de ponerme a gritar.

—Solo interpreto mi papel —contesta extendiendo la mano en silencio, esperando la mía.

—Así que esto va a ser mi vida a partir de ahora: una función absurda sobre un romance que no existe.

—Creo recordar, por lo que pasó antes de que me lanzaras al río, que tus dotes interpretativas no estaban nada mal.

—Pobre Dante, herí su orgullo y ahora quiere castigarme. ¿Es eso?

Pero no, lo que le dolió fue que le viera tan vulnerable en el Mercado Noctámbulo, tan frágil a los pies de Chaos.

—Suficiente castigo es estar aquí ya, y si no espera a ver lo que tienen preparado. No sé qué cosas has oído hablar del Teatro Maravilla, pero te aseguro que es una coreografía de monstruos, un espectáculo macabro que no te gustará, pajarito.

El Khoen se inclina para dedicarnos una mirada reprobatoria antes de decir:

—¿Ocurre algo?

La mano de Dante se acerca peligrosamente a la mía.

—Coge mi mano. Ahora.

—Ni hablar.

—¿Tienes que ser siempre tan insufrible? Todavía no te has enterado, esto no va de ti o de mí. Va de ellos, de los que aplauden, de los que están observando, de los que deciden cuánto dinero van

a dejar en las arcas de la Magistratura dependiendo de lo mucho que les guste el espectáculo. Y el espectáculo empieza por cómo actuemos tú y yo.

—Oh, no te hagas ahora de nuevas, Dante. A ti se te da de fábula.

—¿Y quién ha dicho lo contrario? —responde con una sonrisa arrebatadora que parece ensayar solo para los momentos en los que sabe que puede salirse con la suya.

Mis dedos tiemblan un segundo antes de rendirme.

Detesto que tenga razón. Detesto aún más que el tacto de su piel sea cálido y firme. Pero, cuando nuestras manos por fin se entrelazan, el efecto es inmediato: el Teatro Maravilla estalla entre gritos y aplausos. El aire se llena del sonido de las campanadas que se alzan entre las orillas del río. Ya tienen lo que querían. Toda esa gente a la que no conozco y a la que no le debo nada más que desprecio. Me pone enferma satisfacer esa necesidad ridícula de espectáculo que tienen, como si nuestro dolor o nuestra gloria les pertenecieran.

—¿Quiénes son? —pregunto mirando con disimulo hacia la grada que se levanta en el portal que queda a nuestra derecha. Ahora, todas las miradas convergen en una plataforma flotante, donde varios hombres ultiman los preparativos para el verdadero espectáculo.

Dante se toma su tiempo antes de contestar. Estará sopesando el tipo de persona que quiere ser, si un capullo ingenioso o un capullo a secas.

—¿Ves a esos dos hombres, los que visten con túnicas de lino y lucen collares de diamantes de elanthar? No son más que comerciantes de Bota Mëmë, pero controlan las cosechas de las granjas, por lo que, a todos los efectos, son los que controlan Bota Mëmë, además de toda la región del sur, al menos la que no ha sido

conquistada por los rebeldes. —Siento que la cabeza de Dante se mueve lentamente—. ¿Y los que visten de azul, los que ocultan sus ojos con antifaces de cristal? Son los guardianes del Océano Inmenso. ¿Sabes que son mudos? Una cualidad que no te vendría mal tener en ciertas ocasiones.

No puedo evitar soltar una risa por lo bajo y a Dante no le queda otra que permitir que las comisuras de su boca se estiren en una sonrisa sincera.

—El comandante Steiner…

—Supongo que a él ya lo conoces.

—Lo conozco muy bien, es el padre de Alaric. ¿Fue idea suya bombardear la fortaleza? —La pregunta es completamente retórica, pero Dante asiente levemente con la cabeza. En lugar de enfadarme, me invade una extraña calma saber que no fue él quien dio la orden de reducir a escombros La Ciudadela. Era una prisión hecha de arcilla, pero, a fin de cuentas, era mi prisión—. ¿También quemó el Bosque Trémulo?

—Steiner odia todo lo que tenga que ver con las Dréadas. Una larga historia, pajarito, que dejaremos para nuestra siguiente incursión al Mercado Noctámbulo —vuelve a bromear—. Ha solicitado expresamente patrullar la Frontera, no quiere que ninguna otra Dréada se cuele en nuestros dominios. No entiendo qué hace aquí…

Antes de que siga, Chaos se levanta de un salto haciendo tambalear su butaca. Dante, por su parte, a modo de respuesta, se hunde en su asiento.

—Qué pareja más encantadora, de verdad que sí —Chaos se lleva un dedo a la barbilla con una inocencia fingida—, aunque, ahora que lo pienso, ¿desde cuándo, querido Dante, te he dado permiso para mostrar felicidad, simpatía o ternura? Por si se te ha olvidado,

hermanito, tu bienestar tiene dueño y no quiero ver una sonrisa en tu patética cara si no tiene nada que ver con el dolor propio o ajeno. El resto del tiempo, solo se te está permitido sonreír cuando yo lo diga, ¿recuerdas?

—Y yo creo recordar, excelencia… —adelanto el torso para que el Khoen me mire de frente—, que este acto se organiza en honor a la Dama Reminiscente y su futuro Consorte, por lo que agradecería que se mantuviera a raya a los perros rabiosos que han salido de la caseta sin su bozal. No queremos que el resto de los líderes de Nithium piensen que las mentes que conviven en la Magistratura Magna tienen tal fragilidad. ¿Qué cree que pensarían si ven que están dejando el futuro de nuestro mundo a personas con unas capacidades afectivas tan reducidas?

Sacudida por mis palabras, la cabeza del Oráculo se inclina hacia delante, clavando sus ojos rojos sobre mí antes de ocultar el cabello hecho de oro bajo el velo negro. Agacha el mentón para pronunciar unas palabras que nadie oye, que se entremezclan con el murmullo del Muxi.

—A la Zorrita Reminiscente le están creciendo las uñas demasiado rápido… —dice Chaos soltando una risita estrangulada mientras tamborilea los dedos en el aire—. Alguien debería advertirle de que me canso rápido de los juguetes bonitos, aunque…

—Siéntate —le ordena el Khoen con voz dura—. Si vuelves a faltarle el respeto a Sky, si te atreves a amenazarla siquiera una vez más, no me dejarás opción: te enviaré directo al Bastión de los Ingratos. Quizá, después de unos días limpiando letrinas, consigas recuperar algo de juicio y entiendas que todo esto está muy por encima de tu escurridiza grandeza y tu miserable arrogancia. A veces, eres una completa decepción, Chaos.

Él echa la cabeza hacia atrás y empieza a reír como un auténtico

maniaco. De su boca sale una carcajada tan aguda como desquiciada, tan afilada como un cristal roto, que rebota por las gradas como una pelota. Una parte del público, el que lo conoce, hace como que no lo escucha, esperando que la locura de Chaos no los alcance. La otra estalla en carcajadas, encantada con el prólogo retorcido protagonizado por el Príncipe Carmesí antes de que empiece el verdadero espectáculo.

—No necesito que me defiendas, no vuelvas a hacerlo, ¿me oyes? —protesta Dante con el semblante tenso—. ¿Por qué te empeñas en desafiarlo constantemente? No te das cuenta de que así solo complicas más las cosas.

—Y eso te hace detestarme un poco más —le digo recordando las palabras que me dijo tras regresar del Mercado Noctámbulo—, pero no me importa. No le tengo miedo y tú tampoco deberías tenérselo. Existen cosas mucho peores que su necesidad patológica de atención.

—No es miedo, Sky. Es sentido común. Algo que a ti, claramente, te cuesta practicar cuando está cerca.

A mi lado, una sombra pelirroja me mira con una curiosidad tremenda.

—Me gustas. —La voz de Asya apenas es un hilo fino y delicado.

Justo antes de que vaya a decir algo más, el Alto Emisario hace sonar una bocina que corta el aire como un filo, reclamando toda la atención. Y ella, ella solo vuelve al rincón seguro de una mente hecha pedazos.

El silencio se apodera del Teatro Maravilla como un sudario del mismo terciopelo rojo que las butacas. Mayhem levanta ambas manos hacia el cielo, y su voz, amplificada por un artefacto que cuelga de su cuello, resuena por el valle como si hablara el propio río.

—El Teatro Maravilla vuelve a abrir sus puertas para ofrecer un espectáculo especial con motivo del enlace que se celebrará con la próxima Luna Quemada. Grrr, hoy, damas y caballeros, no veréis ni actores ni acróbatas. La música no guiará los pasos del exquisito cuerpo de danza. —El hombre deforme, que ha cambiado su sotana blanca por una larga túnica que se sumerge en las aguas turquesas del Muxi, hace una pausa dramática y medida—. Como portavoz de la Aristocracia Escarlata, en mi deber de preservar la rectitud a través del castigo justificado, la obra de hoy simboliza la correcta animadversión, no siempre justificada, de las piezas que pierden su humanidad. Grrr… Comenzamos esta ceremonia de verdad y penitencia con el «Acto I: El rencor». Un rencor que ni la muerte logra apagar.

Los tambores de la orquesta hacen retumbar las laderas de las montañas. Una de las plataformas flotantes, la más grande, se separa con la ayuda de unas cuerdas de las que tiran algunos Comunes, haciendo que avance lentamente hacia el centro del Teatro Maravilla. Las barcazas se abren para dejarle paso. Sobre ella, dos figuras femeninas emergen de entre unas columnas de humo blanco. Ambas llevan máscaras ornamentadas, parecidas a las de los Custodios, pero con detalles distintos: una tiene lágrimas pintadas en oro; la otra, hecha del mismo material, una sonrisa dibujada del revés. Las dos mujeres llevan vestidos de seda rasgada. Tendrán más o menos mi edad, además de la misma estatura y el mismo pelo caoba recogido en una trenza.

—Son cortesanas —alcanzo a decir—; son la número dos y la número seis.

Y entonces comienza.

Las cortesanas se lanzan la una sobre la otra con una furia salvaje. Con un movimiento certero, una de ellas, la número seis, le

muerde la oreja con tanta fuerza que le arranca el lóbulo a la otra, provocando que las gradas estallen en aplausos. Su rival se arranca la máscara y la tira al río. Espero ver dolor en su rostro, pero la sangre cubre una sonrisa pegada a sus mejillas. El espectáculo debe seguir. De un salto sobrenatural, enrosca las rodillas sobre el cuello de su compañera, haciéndola caer al suelo. Sus uñas se clavan en los ojos con tanta violencia que ni siquiera el chorro de sangre parece distraerla de su ímpetu salvaje.

—No apartes la vista, lo considerarían una falta de respeto —dice Dante.

—Esto es una brutalidad.

—Y, sin embargo, observa la grada, mira cómo disfrutan.

Me encojo y me retuerzo sobre mi asiento, sintiendo náuseas y vértigo, no por la violencia, sino por la situación que se sucede ante mis ojos, un espectáculo feroz aplaudido por las personas más poderosas de Nithium.

A pesar de los dos huecos enormes que hay en su cara, la número dos se desliza por el suelo con la misma facilidad que un animal moribundo pero aún hambriento, arrastrándose entre charcos de su propia sangre. La otra cortesana, todavía en pie, esquiva a su compañera de un salto y aprovecha su descuido para arrancarle el brazo izquierdo con un fuerte crujido. Y luego el otro. Cuando pierde las piernas, todo su cuerpo se sacude hasta que se desborda por el lateral de la plataforma y la corriente del río Muxi se lleva lo que queda de ella como si fueran restos de basura.

Ingenua de mí, inspiro profundamente pensando que todo ha acabado. Pero no es la única batalla de la que será testigo hoy el Teatro Maravilla. Las cortesanas caen, una tras otra, convertidas en cuerpos sin corazón reducidos a trozos de carne.

Cuando la primera plataforma se aleja con la corriente, otra ya se

está acercando entre cánticos guturales y redobles de tambores. Dos nuevas figuras emergen, vestidas con sedas aún más ajadas y más transparentes. Y después otras dos. Y dos más. Cortesana tras cortesana, por parejas, se enfrentan hasta la muerte. Cada combate es más salvaje que el anterior, más grotesco, y lo peor de todo es que no puedo dejar de mirar.

—Grrr, no tema, milady. —La voz escurridiza del Alto Emisario vuelve a propagarse por toda la apertura del Teatro Maravilla—. Ya hemos solicitado una nueva remesa de cortesanas a nuestros fabricantes de confianza.

Las carcajadas se propagan por las gradas, están encantados con el espectáculo.

—¿Podemos marcharnos ya? —pregunto.

—Oh, claro que no, milady. —Chaos cruza las piernas y se acomoda en su asiento con la misma impaciencia que un niño pequeño—. El segundo acto te va a fascinar. No me mires así. Qué pensabas, ¿que os iba a dejar sin regalo de bodas? Lo que viene a continuación te va a entusiasmar, mi bellísima Sky.

—Recuerde lo que le dije la primera vez que nos vimos, milady. —El Khoen, con una calma inquebrantable, se mantiene firme, con la vista fija al frente—. Miramos al futuro sin olvidar el pasado. El Teatro Maravilla sirve para alimentar el hambre de los más osados, pero también para aplacar cualquier mal pensamiento que atente contra el dogma de la Aristocracia Escarlata. El orden a través del desorden.

—Si esto es orden, prefiero el caos. Y, por mucho que lo adornen, sigue oliendo a podredumbre.

Las islas artificiales se abren paso en direcciones contrarias, cada una rumbo a una orilla distinta del río. En el lado izquierdo, un grupo de Custodios escolta a tres hombres, que caminan completamente

desnudos por la hondonada. Los llevan esposados a una correa, con las cabezas cubiertas con un saco de tela.

—Grrr, «Acto II: La vergüenza». —El Alto Emisario se coloca la mitra para ganar un aspecto más solemne—. La vergüenza que sienten aquellos que, con sus actos, denigran lo que son y lo que representan. La vergüenza, mi agradecido público, por insultar nuestro pasado. La vergüenza por entrar en lugares que se nos están prohibidos.

En cuanto veo la lengua de Chaos deslizarse, saboreando una sonrisa, lo entiendo de inmediato: son los Custodios, los mismos Custodios que me acorralaron e intentaron abusar de mí en el Mercado Noctámbulo.

—Me prometiste que serían juzgados en la Magistratura Magna. ¿Qué pretendes trayéndolos aquí, que se destripen entre sí?

Los ojos de Chaos se abren con un deleite enfermizo.

—Milady, me duele tanto que me subestimes. ¿De verdad me crees capaz de ofrecer un espectáculo tan aburrido?

Sus dedos chasquean con fuerza y escucho un golpeteo hueco, seco, multiplicado por el eco de la piedra y el agua. Del otro lado del Muxi, emergiendo entre los árboles que rozan la superficie del río, aparece una estructura de hierro y madera: una celda sobre ruedas, arrastrada por varios hombres.

Incluso a esta distancia, reconozco la silueta que permanece en el interior de la celda, encorvada. Su melena azabache, ahora enmarañada, su rostro demacrado, los ojos encendidos por una furia azul… No puede ser, pero ahí está: enjaulada, expuesta delante de toda esa gente.

—Ahora sabemos por qué está aquí el comandante Steiner —murmura Dante, y mis sospechas se confirman de inmediato—. ¿Cómo iba a perderse esta parte del espectáculo?

—Nairobi…

Y sus ojos, incluso desde esa distancia, se clavan en los míos. Ya no queda rastro de orgullo en ellos. Por primera vez veo desesperación, miedo y una súplica muda que me hace estremecer. Sabe lo que viene, que la ley de la Aristocracia Escarlata no tiene piedad. Que su castigo apenas está a punto de comenzar.

39

> El Filo Mortem o el Vacío es el castigo que se aplica solo a los condenados al peor de los infortunios. Su uso es exclusivo del Khoen y consiste en la extracción y destrucción del alma.
>
> *Códice VII: Civismo*,
> por el Maestre Amadeus

NAIROBI

La noche que broté de la tierra, manchada de barro, sangre y estiércol, sepultada entre cientos de gusanos vyserios, tuve que escarbar el suelo con mis propias manos para salir a la superficie. Nadie me ayudó en mi natalicio, a pesar de que no estaba sola en la Simiente del Bosque Oscuro. Artemia esperaba cruzada de brazos mientras me observaba con la pose estirada de siempre, con el mismo entusiasmo que si estuviera viendo el cuerpo viscoso de uno de esos gusanos contraerse.

Cuando di la primera bocanada de aire, la lideresa del aquelarre, sin esforzarse siquiera en ocultar su profunda decepción, y regodeándose en mi lamentable aspecto, notificó mi fecha de nacimiento:

—En el milésimo cuadrigentésimo quinto sol de la Edad del Glorioso Porvenir, impuesta por los Débiles Mortales, Nithium bendice a este aquelarre con otra mujer vestida de sombras. A todas luces, otra decepción con piernas, portadora de las migajas que nos ceden estas raíces polvorientas.

Las mismas raíces que me vomitaron después de la lastimosa muerte de la Dréada Aseventa, con la cual estaré permanentemente agradecida. Si Artemia me profesa tal repulsión es porque yo llegué cuando no se me esperaba y ella, Aseventa, se fue antes de lo que le tocaba.

Nithium, en su afán por mantener el equilibrio, hizo un intercambio extraño y poco habitual. Un intercambio que, francamente, solo me ha traído infortunios y quebraderos de cabeza.

Recuerdo que Artemia se inclinó ligeramente. No llegó a agacharse del todo porque eso hubiera sido más de lo que merecía y mi nacimiento no fue ningún milagro, sino más bien un castigo impuesto por la Conciencia truculenta de Nithium.

De algún modo, esta quería que Artemia supiera que sus acciones, a veces, tenían consecuencias que trascendían a ella, aunque eso marcara para mí un camino largo, curvilíneo y rebosante de espinas.

Yo solo era una Dréada recién brotada de la tierra, un intercambio impuesto por Nithium por razones que ni se dignó a explicarme en su momento. Pero esa mujer, rota hasta lo irreparable, tan ciega de odio por haber perdido al amor de su vida, me lanzó a la cara todo el veneno que le fermentaba en la punta de la lengua.

Con la mirada ponzoñosa posada sobre mí, Artemia habló, y su voz, una vez más, procedía de lo más profundo del Bosque Oscuro:

—Escucha atentamente porque diré solo una vez lo que los árboles me han contado. Saben que, a lo largo de tu insignificante vida, hay tres cosas que serás y una que, tal vez, si eres lo bastante

estúpida, podrás alcanzar. Primera, no ocuparás nunca el hueco de Aseventa en el aquelarre. Por justicia y por su memoria. Segundo, no conocerás el poder más sagrado que se nos es otorgado, pues no serás merecedora de ello. Nunca.

»Y, tercero, no vivirás más que los bosques. No lo harás porque te alejarás de la espesura a su debido tiempo y conocerás algo peor que la muerte. Conocerás el odio vestido de carne y huesos. Conocerás formas de tortura que te estremecerán y verás una delirante forma de hacer el mal que ni siquiera alcanzas a entender. Cuando ocurra, cuando estés cara a cara con los verdaderos monstruos que merodean a sus anchas por este mundo despiadado, pedirás a las raíces que te traguen viva, y solo entonces mostrarás un mínimo de dignidad.

Aunque en ese entonces sus palabras me parecieron solo otra forma de escupirme en la cara, hoy, después de todo, entiendo que no eran una advertencia, sino una profecía escrita en el Bosque Oscuro, maquillada por la propia Artemia de un desprecio poco sutil.

Ay, hermana de aquelarre, cuánta razón tenías.

El metal de la jaula chirría como si se quejara por llevarme dentro. Cada bache del camino sacude la estructura con violencia, y el traqueteo de las ruedas retumba en mis costillas con un dolor punzante, revolviéndome el estómago, ya vacío tras lunas enteras sin probar bocado.

Intento mirar más allá de mis pies descalzos. Sin embargo, habituada a la oscuridad del Bastión de los Ingratos, cuesta que la vista se haga al sol molesto que cae sobre este lugar como una lluvia luminosa.

La situación se ha vuelto claramente compleja, por no decir desastrosa. Un murmullo sincronizado se arrastra por unas gradas

atestadas de manchas de diferentes colores cuando —oh, por la Conciencia de Nithium— se percatan de que una Dréada ha hecho su aparición estelar en este sepulcro. Supongo que deben de ser los rastrojos vivos que se han desplazado hasta aquí para ser testigos, en riguroso directo, de la forma en la que ese Príncipe Carmesí ha decidido acabar con mi agónica existencia. Espero que, por lo menos, sea una muerte original y sangrienta, que genere algo de revuelo. No me gustaría pasar a la historia como una Dréada más que murió en la horca o ahogada en un río. O la Dréada que murió y ya está. No quiero formar parte de tal deshonor en la historia negra de mi aquelarre.

Cuando las compuertas de la jaula se abren, me incorporo despacio. Apenas me sostengo por mis rodillas temblorosas, pero hago un esfuerzo sobrehumano para intentar marchar con dignidad.

—El maldito orgullo terminará matándome —protesto.

Permanezco justo en el borde, donde el metal deja de protegerme y ese mundo infectado de alimañas empieza a devorarme con los ojos. Sé lo que pasará en cuanto ponga un pie fuera. Mi cabeza se llenará de voces, si es que alguna de mis hermanas sigue con vida, lo cual me daría una jaqueca gloriosa. Por no hablar de que las raíces de Nithium me volverán a insuflar poder. Pero estoy tan débil que el solo pensamiento de huir me resulta una gran estupidez. La flamante Aristocracia Escarlata habrá soltado a sus perros de guerra. Ah, y me olvidaba de que tengo un cepo de hierro alrededor del cuello.

La punta del pie asoma fuera del límite de la celda, y noto cómo el ambiente se carga igual que una tormenta a punto de aliviar todo su potencial. Casi no recordaba esa sensación, como si unas uñas invisibles me arañaran los huesos desde dentro. Tanto tiempo sin dejarme llevar por la corriente de Nithium que mi memoria había

pasado por alto que su poder duele tanto.

—Grrr, a un lado de este emblemático escenario, tenemos a antiguos hombres honorables, corrompidos por los placeres de la carne. —Casi me había olvidado de la voz gangosa que contiene ese cuerpo castigado por la naturaleza. Las palabras del Alto Emisario se cuelan entre los barrotes de mi celda, pero no consigo encontrarle entre la cañada en la que han erguido este lugar de columnas y mármol que pronto se convertirá en mi mausoleo—. Los once mandamientos de la Aristocracia Escarlata deben ser adheridos y puestos en práctica, si no, damas y caballeros, las circunstancias pueden volverse poco favorables, ¿verdad? No obstante, hoy, aquí, en el Teatro Maravilla, se les dará la oportunidad de expiar sus pecados. ¿Y qué mejor que hacerlo enfrentándose a la sombra que lame los talones del infierno? Porque los rumores son ciertos, mis más leales compañeros. Grrr… ¡Claro que sí! Dentro de la jaula, aguarda una especie en extinción capturada en los confines de nuestro mundo. Ante ustedes se presenta una Dréada del Bosque Oscuro que osó atentar contra la vida de la Dama Reminiscente. ¡Quería matar a nuestra gloriosa esperanza! ¡Acabar con nuestro maravilloso porvenir! —Los murmullos se contagian a ambos lados de las gradas sujetas sobre pequeñas montañas—. A la Aristocracia Escarlata no se le puede desafiar y, si se hace, hay terribles consecuencias. Para todos.

—¿Atentar contra su vida? Embustero… —murmuro, todavía cegada por el sol.

Unas bocinas estallan con tanta fuerza que me hacen dar un respingo y traspasar el umbral de la celda que me separa del otro lado.

—Sin más preámbulo, ¡que comience la función!

El poder de Nithium, sin siquiera invocarlo, me roza la piel, me

olfatea como un chucho sarnoso y eriza el vello de mis brazos. Poco a poco, se filtra por los poros con la misma precisión y tensión que unas agujas, y la sed que arrastraba desde que ingresé en el Bastión de los Ingratos se apacigua, aunque a cuentagotas, como si Nithium aún midiera que soy merecedora de su fuerza después de tanto tiempo apartada de sus escurridizas raíces.

—Sí, soy yo, estúpida Conciencia etérea. Más te vale fiarte de mí o pronto cubriré esta tierra con mis vísceras. —Mis ojos se abren con el fulgor azul de antaño—. Ahora empezamos a entendernos.

Las siluetas que me rodean se vuelven nítidas, pero ya es demasiado tarde: un hombre completamente desnudo avanza directo hacia mí dando grandes zancadas, saltando de una plataforma a otra como un animal desbocado. Su cuerpo es una montaña de músculos, cruzado por algunas cicatrices. Otro, aún más corpulento que el hombre gigante con el que comparto agonía, emerge a mi lado como si hubiera brotado del mismísimo mármol. Su piel es oscura, brillante por el sudor, y cada movimiento suyo vibra con precisión.

Estoy metida en un buen lío.

No me da tiempo a reaccionar. Agarra la cadena aún enganchada al cepo de mi cuello y, con un tirón brutal, me lanza por los aires. Caigo de bruces contra el suelo frío de este islote errante y el público, tan considerado, celebra mi primera derrota en esta batalla que empieza a darme flojera.

—Eso ha dolido —admito saboreando un regusto metálico en la boca.

No me da tiempo a levantarme. Unas manos se enredan en mi cabellera azabache y un tercer hombre me levanta por los aires como si fuera un trozo de madera, haciéndome besar el suelo una vez más. Un crujido seco me estalla dentro del cráneo. Siento cómo

se abre una brecha en mi frente y la sangre se derrama por mi cara al instante, tan cálida y espesa que estoy a punto de beber de ella.

—¡Fascinante! ¡Absolutamente fascinante! —celebra el Alto Emisario relamiéndose con cada palabra—. ¡Continuad!

Con un fuerte suspiro, hago que una de mis manos arda con una chispa inofensiva.

—¿Esto es lo mejor que puedes darme, maldi…?

Antes de que termine la frase, otro ser gigante aparece de la nada y me aplasta la mano con tal fuerza que mis huesos se parten con un sonido seco y humillante. Aunque cierro la boca, un chillido de dolor se me escapa por los dientes. Las llamas se extinguen al instante, escupiendo apenas un hilo de humo que se disuelve en el aire.

—¿Qué pasa, sucia salvaje? ¿No funcionan tus trucos de magia?

Me trago las ganas de vomitar —con dignidad, claro— cuando levanto la vista un instante y lo único que encuentro es una cosa viscosa colgando de las dos piernas del Débil Mortal que tengo encima de mí.

—¿Me dais un minuto? La mano izquierda me va a servir de poco y acabo de fijarme en ese pequeño pez rosado que tienes como aparato reproductor. Si no fuera porque tengo el estómago vacío, habría ensuciado este estupendo suelo de la bilis que me está subiendo por la garganta. Qué cosa más desagradable. —Entonces la vuelvo a ver, sentada, reposando sobre un portal flotante como si no llevara la muerte bordada en el dobladillo del vestido—. Sky…

Discute con el hombre de los ojos grises que nos capturó en el Bosque Trémulo. Otra escena perfectamente representada que atrae la curiosa mirada de varios parásitos que visten la capa escarlata y están cubiertos de joyas que chillan más que sus repugnantes conciencias.

—Tú. Dréada.

Desde luego, pago el despiste caro.

Un puño me impacta en el estómago con tal fuerza que lo más profundo de mi alma se pliega en cientos de fragmentos minúsculos. Otro me revienta la mejilla lanzándome la cabeza hacia un costado con un chasquido. El dolor llega tarde, pero inevitablemente termina por aparecer. Escupo un grito seco que trepa por las gradas como lenguas de fuego. Se cuelan por los resquicios del mármol, escalando las montañas que nos vigilan desde su altura impasible.

Y entonces ocurre.

Nairobi, ¿puedes oírme?

—Briviesca…

Nairobi, estás viva.

—Buena apreciación, aunque no por mucho tiempo.

No dejes que te maten.

—Como si fuera tan fácil.

Piensa fríamente, usa la lógica.

—¿En serio vas a soltarme el sermón en mi lecho de muerte?

Tienes que sobrevivir…

Si salgo de esta, lo negaré hasta la tumba. Pero, maldita sea…, qué alivio saber que Briviesca y mis hermanas de aquelarre siguen vivas.

—¿Y qué se supone que puedo hacer?

Por una vez, deja de ir a contracorriente.

Me doy cuenta de que los tres hombres discuten con una ferocidad que raya lo ridículo. Se empujan con sus pronunciados músculos. Se señalan como la carroña que son, escupiendo palabras entre dientes como perros rabiosos peleando por el mismo trozo de hueso. Y sí, ese trozo de hueso, al parecer, soy yo. No se ponen de acuerdo en quién va a darme el golpe de gracia, quién será el

afortunado en ganarse la gloria de matar a la sucia, salvaje e indomable Dréada del Bosque Oscuro.

—Qué honor tan admirable el de estos caballeros —mascullo con media sonrisa, saboreando la sangre que aún gotea en mi lengua—. Que alguien les dé una medalla antes de que se maten entre ellos por mi cadáver.

El río. Nairobi, concéntrate.

—¿El río? ¿Qué río?

Sí, Nairobi…, ¡el río!

De pronto, llueven sobre mí cáscaras de fruta podrida y restos de flores marchitas. Los Débiles Mortales, tan considerados como de costumbre, se molestan en decorar el lugar donde tendrá lugar la tragedia. Sin embargo, apenas me alcanzan, las aguas marinas del río lo engullen todo como una apisonadora. Claro, ¡el maldito río!

Sin detenerme a pensar todo lo que puede salir mal, y con el cuerpo malherido, ruedo a través del pavimento frío como una espiral. Las gradas enseguida advierten mis intenciones y los grandullones no tardan en alcanzarme con sus largas extremidades. Estoy a punto de llegar al borde. Solo un poco más y dejaré mi cuerpo al destino que se cruza con la corriente del río Muxi.

Pero, ah, uno de ellos deja caer su pie sobre mi estómago con la misma gracia que una lápida, clavándome al suelo como una estaca y dejándome sin aire. Si me pisa un poco más fuerte, me reventará las tripas y adiós mundo cruel.

—Briviesca…

Nairobi, déjalo en manos de la Voluntad Ardiente.

—No puedo…, no puedo volver a usar el Ciclo Hostil. Me consumirá por completo.

Escúchame, Nairobi.

La Voluntad Ardiente… Un nombre bonito para algo que puede

convertirme en cenizas. Es uno de los conjuros más antiguos y destructivos de la Serendipia Invertida. Solo las Dréadas del Ciclo Hostil pueden usarlo sin dejarse la piel en el intento. Si lo canalizo, si siquiera dejo que me roce, perderé más que magia, perderé cientos de lunas. Años enteros de mi vida arderán en un solo latido, y mi cuerpo envejecerá tanto que las raíces de Nithium me considerarán una rama seca más que desechar.

—Si lo hago, despertaré con setenta inviernos encima.

Solo escúchame. Escúchame y déjame ver a través de ti.

La sangre salta de mi boca cuando el pie del gigante desnudo oprime mi estómago con furia.

—Voy a morir. Briviesca…, lo siento.

Voy a morir de verdad.

Me falta la respiración.

La vida se escapa de mi cuerpo. También la magia.

Voy a morir.

En ese instante, su voz, vestida de un terciopelo sombrío, dicta el conjuro.

El juicio que arde antes de ser nombrado.
El aliento que calcina lo que no obedece.
La furia sellada en la yema de los dedos.
La chispa que no espera.
El tacto que convierte la materia en recuerdo.
Que se abran las bocas del fuego.
¡Que se cumpla la Voluntad Ardiente!

La humedad de mi cuerpo se evapora en cuanto un calor abrasador circula por mi corriente sanguínea. Mis ojos se cierran, apagando el fulgor azul, y vuelven a abrirse con un rojo incandescente.

Con la mano que me queda intacta, rodeo el tobillo del hombre que me aplasta.

—¿Qué pasa, salvaje? ¿Quieres un poco de diversión antes de que acabe con tu mísera existencia? —bromea ladeando las caderas para que aprecie su virilidad. Sin embargo, el ceño se le arruga cuando repara en la amenaza de mi mirada.

Apenas puedo parar la sonrisa que se asoma por la comisura de mi boca con desdén antes de decir:

—Arde.

Como si fuera una de esas bombas que cayó sobre el Bosque Trémulo, mis manos explotan en llamas y el cuerpo del gigante se incendia con la misma rapidez que la mecha de un corazón lleno de pólvora.

Lo primero que suenan son sus gritos de agonía, que me paro a escuchar igual que disfruto de las noches cubiertas por los chillidos hambrientos de los Espectros. Lo segundo que ocurre es que los espectadores, completamente encolerizados, piden justicia a ese Alto Emisario, también estupefacto con lo que acaba de ocurrir en su espectáculo de monstruos y variedades. Y, lo tercero, giro sobre mí misma, dejando que la gravedad me haga resbalar por el borde de la explanada.

Lo último que recuerdo es la corriente devastadora del Muxi arrastrándome río abajo como si fuera otro insecto insignificante.

40

> No hay mayor verdad que el hecho de que la Luna Quemada marca el fin de una edad y el comienzo de otra, y siempre viene acompañada de un hecho extraordinario o uno lo suficientemente ordinario como para cambiar el devenir de la historia. Ojo, siempre ocurre de manera aleatoria, por eso cada edad tiene una duración diferente a la anterior. Por azar o por justicia, así lo quiere Nithium.
>
> *Códice I: El origen de Nithium*,
> por el Primer Maestre

SKY

La fuga de Nairobi desata el caos en el Teatro Maravilla.

Los Custodios escoltan a los grandes señores de Nithium a través de los caminos que se abren como venas hacia las salidas de la ciudad. El comandante Steiner despliega a los Escuadrones IX y XI, los más preparados y letales que tiene a su disposición, para hacer una batida a ambos lados del río Muxi, desde el barrio de Meyen —donde, según dicen, se preserva la fe de Nithium en cúpulas de cristal traslúcido— hasta los bajos fondos. Dante y Chaos los

acompañan. La prioridad es encontrar a la Dréada que anda suelta y restablecer la seguridad antes de que la noticia llegue a los Comunes y se difunda el falso rumor de que La Capital ya no es un lugar seguro. Eso solo complicaría todavía más las cosas con los damaskianos.

—Me prometisteis que no le pasaría nada. —El Khoen me sostiene la mano, ayudándome a montar en la embarcación que nos va a sacar de esta trampa preciosa en mitad del valle—. Teníamos un trato. Si no cumple con su palabra, yo tampoco cumpliré con la mía.

Detrás del Khoen, el Oráculo me observa con la cabeza inclinada. Aunque su rostro está cubierto por la gasa oscura, puedo sentir cómo me taladra con sus ojos rojos.

—Sky, ¿de veras cree que este es un buen momento para conversar? ¿Justo ahora?

—La Capital salta por los aires un día sí y otro también. Tal y como yo lo veo, me parece un buen momento como cualquier otro.

El Khoen asiente con una sonrisa cortante.

—Le prometí que la Dréada no moriría hasta la próxima Luna Quemada, y así será. En cuanto a sus amenazas veladas, ¿en qué momento le dio la impresión de que habíamos hecho un trato, Sky? —dice con brusquedad—. Perdóneme si soy demasiado franco, pero hizo un juramento. Y un juramento escarlata es sagrado, irrompible. Sabe bien que soy un hombre paciente, que escucha, que conoce muy bien la carga que arrastra… Pero no se atreva a echarme un pulso. La paciencia es una virtud que valoro demasiado como para desperdiciarla con alguien a la que verdaderamente aprecio, pero que no se toma en serio nuestro propósito. A veces, me da la impresión de que sigue sin asumir el rol designado por Nithium. Si es así, dígamelo. Sería una completa decepción, pero, al menos, sabría qué cartas jugamos cada uno.

Empequeñezco cuando la sombra del Khoen se hace grande, como una mancha que aumenta de tamaño sobre las aguas, alzándose sobre la barca en la que estoy montada. De pronto, el hombre que tengo delante se parece mucho a aquel al que culpé de todos mis males cuando tomé conciencia de lo que significaba ser la Dama Reminiscente… y quién me había condenado a esta maravillosa maldición.

—Mi paciencia también tiene un límite.

—Entonces céntrese en una sola cosa: encontrar el Bosque Reminiscente. Se le resiste porque no está enfocada. Sus relaciones mundanas la limitan. ¿Por qué le importa tanto una Dréada que quería robar lo que le hace ser quien es? —Detecta mi ceño fruncido y lo interpreta como un reproche—. ¿Qué se pensaba?, ¿que sus intenciones eran honestas? Las Dréadas son chupópteras, su condición las hace ser ansiosas y querer más poder del que les entrega Nithium por cortesía. Lo destruyen todo, y a la vista está.

En la plataforma flotante, varios Comunes friegan el suelo con esponjas tratando de limpiar la sangre que cubre el mármol con la misma apariencia que la pintura fresca. El cuerpo carbonizado del hombre que Nairobi ha hecho arder permanece en el borde, convertido en una estatua de humo y ceniza.

—Eso. No. Es… Cierto.

—Sí, es cierto, y lo sabe, pero es demasiado joven y orgullosa como para admitirlo. No importa. Solo quiero que se centre en lo importante, lo demás es ruido. El Bosque Reminiscente, céntrese en el Bosque Reminiscente. Cuanto antes encuentre el umbral que se le muestra, antes quedará libre. Tal vez si lo enfoca de otra manera, su mente expulse los lastres que le pesan y pueda ver lo que tiene delante de las narices.

El Khoen ladea la cabeza con aire pensativo y chasquea los dedos.

Otra barca emerge a lo lejos, moviéndose lentamente bajo los últimos rayos del sol. Distingo la silueta de varios Custodios sujetando a un hombre enorme por los brazos.

—Alaric. —Lo reconozco enseguida. Es mi Alaric, vestido con la armadura reglamentaria, aunque no es el mismo que dejé en La Ciudadela. Tiene la mirada apagada y apenas le quedan fuerzas para tenerse en pie; intenta decir mi nombre cuando me ve, pero la palabra se le quiebra en los labios.

—Otra prueba de que cumplo con mi palabra, Sky —dice el Khoen moviendo la mano hacia él—. El… armero, como verá, ha salido del Bastión de los Ingratos y pronto se incorporará al Escuadrón IX. Algunos Ruiseñores me recomendaron encarecidamente aplicarle el Filo Mortem, pero quiero que sepa que yo, nunca, jamás, falto a mi palabra. La palabra del Khoen es sagrada.

—¿Qué le habéis hecho? No parece el mismo…

El Khoen chasquea la lengua.

—Bueno, solicitó expresamente su admisión en nuestras filas, pero no tuvo en cuenta las posibles dificultades que podría encontrar. El camino de un Custodio no es sencillo. La excelencia es nuestra máxima, sea cual sea el rango que tengas dentro de la Aristocracia Escarlata. Como le comentaba, Sky, el éxito depende de la motivación que tenga y la determinación que le ponga a aquello que quiere conseguir.

El barquero da las primeras paladas tras una leve señal de mi mano.

—¿Quiere determinación? Está bien, la tendrá.

La embarcación se desprende de la plataforma, deslizándose en silencio hacia la otra orilla. El mismo carruaje negro en el que vine me espera pacientemente para llevarme de nuevo a la Magistratura Magna como un paquete que ha de ser devuelto.

El Khoen cree que sigo caminando a ciegas por el sendero que otros eligieron para mí. Me habla como si fuera una niña perdida en el Abismo, incapaz de ver la diferencia entre lo que es una promesa o una cadena atada al tobillo. Pensaba que algo había cambiado viniendo a La Capital, pero todos me siguen viendo igual, como la heredera maldita de Nithium, la esfera de cristal con un poder que todos anhelan, pero manipulable y débil.

¿Quién más anda por ahí queriéndome encontrar? ¿Los rebeldes de Damaskia? ¿Las otras Dréadas del Bosque Oscuro?

Todos quieren a la Dama Reminiscente. Pues bien, ha llegado la hora de que todos la conozcan.

41

> Las raíces de Nithium hicieron brotar piedras preciosas a lo ancho y largo de este mundo. Las esmeraldas y los zafiros son las más codiciadas, pues su belleza hipnotiza a los hombres y mujeres más insaciables. No obstante, hay un misterio sin resolver. Nadie, desde la Primera Edad, ha sido capaz de averiguar dónde, cuándo y por qué crece el exclusivo zafiro blanco que poseemos nosotros, los Ancianos de la Montaña Que Levita.
>
> *Códice XII: Mitos y leyendas de Nithium*,
> por el Maestre Augusto

El Cronista

Pongo el pie sobre una viga de acero y esta se tambalea. Me lo pienso un segundo antes de saltar al borde del desfiladero artificial que separa los suburbios de las afueras de La Capital. Solo soy un cronista. Un simple y prescindible escriba de la Montaña Que Levita.

Desde aquí arriba se intuyen los tejados de Hirlay, el pueblo que queda en el punto más al este de la región de Korvan, cubiertos de una paja gruesa. Últimamente no hago otra cosa que subir aquí,

sentarme y contemplar el mundo exterior sin pensar nada en concreto. El Maestre Louis estaría orgulloso de mí: por fin he podido alcanzar lo que el viejo cascarrabias llama «la plenitud de la mente», aunque de poco me va a servir.

Llevo sin escribir una sola palabra desde nuestra pequeña incursión en el Mercado Noctámbulo. La inspiración se ha esfumado; ahora tengo una especie de nudo en el estómago. Se me han quitado las ganas de comer y las ganas de hacer de vientre, lo cual es estupendo para la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux, porque nuestros recursos empiezan a escasear.

Me quito el collar y miro de refilón el zafiro blanco. ¿Qué pasaría si…? Retrocedo y balanceo el brazo como para lanzarlo al otro lado.

—No creo que sea buena idea. —La voz de Maniaco suena hueca dentro de la máscara.

—¿Qué haces aquí?

—Troi me ha pedido que me asegure de que no haces ninguna tontería.

Cierro los dedos alrededor de la cuerda y vuelvo a colgarme el zafiro del cuello.

—¿Desde cuándo haces lo que dice Troi?

—Eso me gustaría a mí saber.

Maniaco se sienta, dejando a un lado sus sables. Este chico nunca se separa de sus juguetes.

—Aquí estamos, viendo la vida pasar… Un sol detrás de otro. Lo único que cambia es la luna, lo cual no augura nada bueno.

—Oh, vamos, Milo. ¿Desde cuándo te has convertido en un Anciano tan aburrido? Antes eras un auténtico coñazo, pero al menos, no sé…, hacías cosas. Incordiabas, todo lo vivías como si fuera el último descubrimiento de Nithium. ¿No eras tú el que quería vivir la historia en primera persona? Poco vas a vivir desde aquí

arriba, muchacho.

—Tampoco ahí, en una base de operaciones hecha de hojalata. Hemos cambiado las letrinas de la Montaña Que Levita por un excusado hecho de chapas. ¿Sabes lo complicado que resulta para mis intestinos?

—Sabía que me iba a arrepentir de esta charlita…

—No creía que tuvieras la capacidad de hablar tanto. —A Maniaco se le escapa una carcajada, que se convierte en un sonido metálico por culpa de la cubierta que le tapa la cara—. ¿Y ahora te ríes? Estamos peor de lo que pensaba. Si Maniaco ríe es que estamos ante un desenlace truculento de la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux.

—Antaño reía más. Nunca he sido la persona más risueña del mundo, pero, antes, la vida era distinta.

—Por lo menos tú conoces tu pasado.

—Conozco mi pasado y ¿sabes qué? Me duele recordarlo.

—¿Dolerte? Es imposible que al gran Maniaco le duela nada.

—De alguna manera retorcida te envidio un poco. Para mí eres un afortunado. No es que quiera olvidar lo que viví y las personas con las que tengo tantos recuerdos, pero es un verdadero coñazo pensar que nunca más volveré a vivir todo aquello. Hacerse mayor es un fastidio.

—¿Echas de menos Damaskia? —pregunto.

—Echo de menos muchas cosas. Por eso estoy aquí, contigo. Es imposible recuperar la vida que tuve una vez, pero quiero intentar conseguir acercarme a lo que tuve todo lo que pueda.

Me tumbo en el suelo y me asomo por el desfiladero de metal, con las dos manos sujetándome la barbilla.

—¿Ves? Tienes un propósito.

—¿Crees que tú no? Por favor, deja de lloriquear, Milo.

Abro los ojos mucho.

—Es la segunda vez que me llamas por mi nombre.

—Sí, pero no te des tanta importancia —dice Maniaco—. ¿No te das cuenta? Todos estamos intentando, de una u otra manera, sobrevivir. Nos aferramos a algo, a lo que sea, para seguir tirando hacia delante. Y, si no me crees, echa un vistazo tú mismo.

En la cara interior del desfiladero, en el descampado que se extiende hasta nuestra base de operaciones, veo a Martin sentado en una roca, enseñando a Bola a leer. Marca las sílabas de una palabra con el dedo y Bola repite.

—Es-pe-an-za.

—Es-pe-ran-za. ¡Esperanza! —le corrige Martin—. No es tan difícil, vuélvelo a intentar.

—No. Querer.

—Una vez más.

No muy lejos, Galeo está sentado sobre una alfombra pequeña, con las manos juntas. Como cada noche, antes de la puesta de sol, dedica sus minutos a rezar en la lengua de los Pueblos del Aire.

—Que una Bella Corazón no pueda ayudarte a recordar no significa nada —dice Maniaco—. Tal vez no puedas recuperar el pasado, pero puedes hacer algo por vivir un presente más o menos interesante. Ahora eres parte de la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux, ¿no? Tienes una oportunidad de oro. El mundo está a punto de cambiar y a ti te va a pillar en el escenario principal. Aprovecha eso.

Maniaco se levanta, y sus botas se quedan justo en el borde de la cornisa metálica.

—¿Ya te vas? La conversación se estaba poniendo interesante y me ha dado la impresión de que estábamos estrechando unos bonitos lazos de amistad.

Su risa vuelve a sonar hueca.

—Tenemos visita.

Vuelvo a asomarme desde lo alto del desfiladero.

—¿Quiénes son esos tipos? —pregunto.

Veo a Troi salir de uno de los túneles subterráneos que conectan los suburbios con los barrios altos de La Capital. Le acompañan varios hombres, todos con el rostro cubierto por máscaras hechas de diamante, con sonrisas escalofriantes dibujadas y ojos tan grandes como los del Maestre Amadeus, coronadas por penachos azulados.

—Los barones de Damaskia.

—No estás hablando en serio, parecen bufones sacados del Teatro Maravilla.

—Oh, yo siempre hablo en serio, cronista —dice Maniaco—. Parece que hay prisa por imponer la siguiente edad. Solo eso explicaría que el mismísimo Lord Esmeralda se haya tomado las molestias de infiltrarse en la antigua Porteo.

Me entra un cosquilleo en los pies y empiezo a zapatear el suelo.

Después de días sin oler la tinta, la inspiración me muerde otra vez los dedos. Tengo que coger mis plumas y mis cuadernos cuanto antes.

42

> A tu destino puedes llegar por varios caminos. Ninguno es completamente correcto ni completamente incorrecto. Todos tienen sus pros y todos tienen sus contras. A la hora de la verdad, sin embargo, tendrás que tomar uno, el que sea. No importa cuál, pues ya sabes que el destino solo es uno.
>
> Lección del Maestre Simon

Sky

La verja de la Magistratura Magna se cierra con el grito de las bisagras oxidadas. Durante un segundo, miro de reojo hacia la fachada del Edificio Corazón, como si la puerta o los dos Custodios que la flanquean pudieran darme la respuesta que busco. Apenas hay un cruce de miradas, pero no dudo.

Enfilo el sendero difuso hacia el armazón de yeso situado a mi derecha. El Edificio Destino, como todo aquí, permanece impasible a lo que pasa en el exterior. Y mucho menos se imagina lo que pretendo hacer detrás de sus muros.

Los guardias no se molestan en detenerme. El Khoen debe haber

avisado de que la Dama Reminiscente pretende colarse en los Jardines del Eco y, en todo momento, se le debe permitir el acceso. No porque crea que pueda conseguirlo, sino porque quiere darme una lección.

Otra más.

Otra que me subestima.

Otra que pretende domarme igual que a una bestia.

Otra que juega a controlarme.

Pero las lecciones terminaron para mí.

Avanzo guiada por los pasillos gracias a la luz temblorosa de los candelabros, que cuelgan altos de las paredes. Conozco el camino de memoria. Sin embargo, dos mujeres del servicio, silenciadas por la mordaza que cruza sus bocas, me acompañan hasta los Jardines del Eco. Por más que insisto en que no hace falta, se empeñan en seguirme, anclando el peso de sus ojos sobre mi espalda. ¿Será porque todavía me ven como una intrusa o porque ellas más que nadie desean que cumpla con el juramento escarlata? Están condenadas a una vida miserable y, aun así, quieren seguir viviendo, formando parte de este mundo que las trata con tanta crueldad.

—Ojalá pudiera ayudaros. —Se me escapa este último pensamiento, aunque ellas apenas se inmutan. Solo siguen caminando, igual que yo.

El umbral de los Jardines no tarda en abrirse con un crujido húmedo. Todavía no es noche cerrada, pero los primeros pétalos de la Flor de Artemisa empiezan a despegarse, soltando sus pequeñas estrellas flotantes. La única luz que hay aquí fuera, más allá de la contaminación lumínica que se levanta por encima del cercado que rodea a la Magistratura Magna.

—¿No entráis? —les pregunto mientras me descalzo. Dejo las botas a un lado, junto a la falda de encaje. Me quedo en ropa

interior y con la camiseta vaporosa puesta para no congelarme—. Claro que no, qué pregunta más absurda. Terreno sagrado, ¿verdad? Vaya chorrada. En fin, si algo sale mal…, no dejéis que me ahogue. Os doy permiso para entrar a los Jardines. Seguramente, no ocurra nada, pero, si ocurre, entráis, os dais un chapuzón y me sacáis del agua, ¿entendido? Después de todo sería un poco ridículo convertirme en la primera Dama Reminiscente en morir sumergida en estas aguas… —Las dos mujeres no levantan los ojos del suelo—. Vale…, espero que me hayáis escuchado…

Lo espero, pero me preparo para que pase cualquier tragedia. Tampoco pueden gritar si me sucede algo, ¿verdad?

Una vez me introduzco en el lago, el aire cambia. Se vuelve más espeso, y mucho más frío. Acompañada de las primeras sombras de la noche, una corriente helada cae sobre los Jardines del Eco.

Los ecos no tardan en abrirse camino entre los árboles, que se mueven en una danza brusca, de izquierda a derecha.

—Solo tengo que concentrarme, abrir bien los oídos.

Floto de espaldas sobre el agua inmóvil, con los brazos abiertos como las alas de un pájaro. Cierro los ojos esperando que pase algo. No sé, tal vez eche a volar junto a las voces susurrantes que me rozan las orejas con palabras que casi entiendo, pero no llego a descifrar. Sin embargo, igual que las veces anteriores, el aire se lleva los ecos que intentan acercarse a mí, huyen despavoridos, como animales asustadizos. Mierda, no.

¿Y si no estoy en el lugar correcto? Debe de ser eso, tal vez si nado hacia el otro lado lo encuentre. ¿Y si todo es mucho más sencillo? ¿Y si no hay ningún Bosque Reminiscente? No existe un lugar que me vaya a dar todo ese poder para proteger al mundo de la Mujer sin Rostro. Si existiera, debería ser sencillo. ¿No se supone que soy la Dama Reminiscente? Debería ser obvio y, sin embargo,

estoy flotando como una idiota sobre un charco que no me habla. ¿Qué se supone que tiene que pasar? ¿Que me trague? ¿Que me acepte como si fuera digna?

Siento cómo la rabia se me empieza a acumular en la boca del estómago, arrancándome el frío del cuerpo. Debería respirar tres veces, tranquilizarme y seguir intentándolo, pero, en lugar de eso, dejo que un rencor conocido corra por mis venas.

Estoy harta de que me traten como si fuera una reliquia a punto de hacerse pedazos, o una herramienta al servicio de la Aristocracia Escarlata. Estoy harta del peso del juramento escarlata. Estoy harta de sentirme culpable por Alaric; por abandonarle a su suerte una y otra vez. Estoy harta de echar de menos al Maestre Simon cuando sé que no va a volver. Harta de fingir que tengo que odiar a Dante cuando hace tiempo que mi corazón ha cambiado de parecer. Estoy harta de ser la Dama Reminiscente y que nadie se preocupe por lo que me pueda pasar a mí. Puedo morir y a nadie parece importarle. Estoy…

—¡Harta de todo!

Me sumerjo en el agua para calmar el fuego que me quema la piel, y el mundo, de pronto, da un vuelco, como si se plegara en otra dirección.

Mis venas se encienden bajo la superficie con un resplandor, y en ese instante el agua deja de sostenerme y me traga sin previo aviso. Pasa de una calma intensa a convertirse en un torbellino que succiona todo a su paso, y yo solo soy una hoja más, otra mota de luz expulsada por la Flor de Artemisa.

Grito debajo del agua y el lago no se molesta en ahogar el sonido, lo multiplica dentro de mí. Siento el poder rebosando por los poros de mi piel, empujando desde dentro como si no pudiera soportar un segundo más encerrado. Mis venas arden. Literalmente. Arden con

la misma furia que el fuego. El resplandor que antes chisporroteaba ahora se desborda, corre por mis brazos, por mis muslos, por mi cuello, iluminando la oscuridad de las profundidades. No sé si voy a explotar o si por fin me estoy abriendo como debía hacerlo desde el principio. Y entonces, de un segundo a otro, mis pies pisan suelo firme.

No sé cuándo ni cómo, pero ya no estoy flotando y respiro con normalidad.

Alrededor hay árboles tintados de blanco, con ramas finas, quebradizas, que cuelgan como estalactitas hechas de hueso y escarcha. El suelo está cubierto de nieve blanda y no cruje al pisarla.

Un poco más adelante, al borde del claro, hay una puerta de cristal medio abierta, traslúcida y fría. La entrada al lugar en el que reside el mayor poder de Nithium.

—El Bosque Reminiscente… —Pero el hilo de mi voz se rompe con el grito metálico que emerge de todas partes.

Un latido intenso se pega a mi pecho.

Doy vueltas alrededor de mí, buscando esos ecos que ahora escucho con mayor nitidez. Son gritos de lamento que escapan de algún rincón fuera del bosque.

Miro hacia arriba y lo primero que veo es un cielo encapotado, rígido como una losa de hielo suspendida sobre mi cabeza, que tapa las estrellas y la luna. Solo está una inmensa cúpula opaca que parece crujir por dentro.

La distingo a lo lejos, arañando la capa de hielo, una figura que se mueve a contraluz, reptando. Se desliza como una araña sobre el cristal, con los codos doblados en ángulos imposibles y las piernas plegadas como cuchillas. Tiene el pelo blanco, larguísimo, tan largo como las ramas de estos árboles helados, y le cae desde lo alto como un velo que se agita, aunque aquí no corre ni una pizca de

aire.

—No…, no puede ser… ¿Qué hace *ella* aquí? ¿Qué hace la Mujer sin Rostro en el Bosque Reminiscente? —En cuanto pronuncio su nombre, su cuerpo se arquea como un animal a punto de lanzarse, con los músculos tensos y la cabeza baja, preparada para atacar—. ¿Eres tú?

Entonces, sin previo aviso, una ventisca helada surge de la nada, arremolinándose con furia a mi alrededor. Fragmentos de escarcha vuelan como cuchillas diminutas dentro del remolino, cuya fuerza, en un instante, cierra la puerta de cristal, la entrada al Bosque Reminiscente, con un sonoro estruendo.

Se escucha un grito desgarrador, procedente de la garganta de la Mujer sin Rostro. Esta se lanza desde la cúpula acristalada que se cierne sobre mí, descendiendo a toda velocidad, furiosa.

El pelo, blanco como la nieve, oculta sus facciones cuando sus manos, con las uñas tan afiladas como puñales, se clavan en mis sienes. Como si quiera aplastarme la cabeza.

Empezamos a forcejear, y mis dedos tropiezan con el lugar donde debería estar su rostro. Sin embargo, solo tocan un espectro hecho de frío y metal.

Y entonces la escucho de nuevo, su voz, atrapada en este lugar, intentando decirme algo. Volviéndome a advertir del peligro que ronda fuera del Bosque Reminiscente, pero muy cerca del umbral que hay al Otro Lado.

Sky…
No los escuches, no los mires.
Sky, querida…
Ellos quieren lo que no les pertenece.

Sky…

No busques la entrada, no regreses jamás.
Sky, mi dulce niña…
No entres por esa puerta si no quieres ocupar mi lugar.

A continuación, mis pulmones se cierran como un puño y mi corazón empieza a no responder, aflojando sus latidos. Todo se vuelve oscuro y la gravedad desaparece.

Me falta el aire. Y, sin embargo, me maravillo observando desde las profundidades cómo la noche se posa sobre los Jardines del Eco y las luces de la Flor de Artemisa rascan la superficie del lago. Hasta que lo veo.

A Dante, buceando hacia el fondo mientras yo floto hacia la luz. Nuestras manos se estiran, desesperadas por alcanzarse a través del agua del lago que nos separa. Tengo la necesidad física de tocarlo justo cuando termina la tregua que me dan mis pulmones y pierdo el conocimiento.

43

> No darás falso testimonio en el pleno de la Magistratura Magna. De lo contrario, la Aristocracia Escarlata se guarda el derecho de castigarte con su máxima pena, que no es otra que la aplicación del sagrado Filo Mortem.
>
> Décimo mandamiento
> de la Aristocracia Escarlata

Sky

Lo siguiente que recuerdo es despertar y doblarme sobre mí misma para escupir el agua que ahoga mis pulmones. Toso tan fuerte que creo que las costillas se me van a romper.

Dante se encuentra a mi lado, arrodillado, con unas pequeñas gotas resbalando por el puente de su nariz. Me sujeta con ambas manos, todavía temblorosas por el esfuerzo y el frío. Tiene los ojos bien abiertos y también respira con dificultad, aunque detecto alivio en sus ojos grises, brillando bajo una capa cristalina. Me acaba de salvar la vida.

—No vuelvas a hacerme esto, ¿me oyes? —dice apartándome la mirada por alguna extraña razón que no acabo de entender. ¿Es

vergüenza lo que asoma por sus mejillas? Sea lo que sea, el rubor se esfuma enseguida, barrido por el enfado—. ¿Cómo se te ocurre meterte sola en el lago? Si las criadas no me hubieran avisado… Tú… Te habrías… Yo…

La angustia invade su cara de facciones perfectas. Puedo ver algo parecido a miedo en sus iris preciosos, miedo a perderme. Sin embargo, mi cabeza sigue más allá de las profundidades del lago, en la fría linde del Bosque Reminiscente.

—La he visto, Dante —balbuceo con la garganta hecha trizas.

—¿Cómo dices?

—La Mujer sin Rostro. La he visto, junto a la entrada. Es cierto, existe. Todo era verdad, ese cartógrafo decía la verdad. El Bosque Reminiscente siempre ha estado ahí, igual que en mis sueños. No es exactamente un lugar que puedas encontrar en el mapa, está en otra parte, en el Otro Lado. Pero está. Creo que, de alguna forma inexplicable, la Magistratura Magna y La Ciénaga están conectadas.

—Sky, respira. ¿De qué demonios estás hablando? Es normal que estés en shock, casi te ahogas. La cabeza, a veces, juega malas pasadas y…

—Dante, mírame, por favor. —Pero apenas levanta la cabeza cuando mi mano acaricia su mentón. Se pone tan rígido como el metal que le cuelga del cuello—. Los ecos que se escuchan en este lugar… No es el Bosque Reminiscente el que habla, es su voz. Los gritos de la Mujer sin Rostro. ¿No lo ves? Algo no encaja. Está atrapada en el Otro Lado, como si alguien la hubiera encerrado ahí.

Dante ladea la cabeza de un lado a otro sin llegar a comprender.

—No puede ser, Sky. Ella se esconde en La Ciénaga, en los confines de nuestro mundo, preparándose para atacarnos. Tú, al igual que yo, has visto el rayo que atraviesa el cielo. Es imposible que…

—No tiene sentido, lo sé, pero es así. Lo he visto. No sé cómo, pero Porteo y La Ciénaga, de alguna manera, están conectadas a través del Bosque Reminiscente… Por favor, no me mires así.

—¿Mirarte cómo? Sky, ha sido un día largo. Volvamos al Edificio Corazón. Necesitas descansar. Los dos necesitamos descansar.

—No me crees.

—Claro que te creo, pero ha sido un día de muchas emociones. No ha tenido que ser fácil para ti presenciar todo lo que ha pasado en el Teatro Maravilla. Será mejor que…

Me levanto con dificultad, todavía débil, pero aparto las manos de Dante cuando intenta ayudarme.

—No, no me crees. Me miras como si me hubiera vuelto loca.

¿Así es cómo se sentía mi madre cuando enloqueció? ¿Incomprendida frente a alguien que no podía ver más allá? Sé lo que he visto. He sentido sus manos heladas agarradas a mi cara, desesperadas. He escuchado su voz, clara y urgente, diciéndome que no los mire, que no los escuche. Pero ¿a quién se refería? ¿A Dante? ¿A toda la maldita Aristocracia Escarlata?

Me aparto de él y sigo la senda que conduce a la salida de los Jardines del Eco.

—Sky, no te vayas así. —Su mano se posa en mi brazo como un ancla—. Entiende que todo esto, a veces, es difícil de procesar. No creo que estés…

—Loca —termino la frase por él, deshaciéndome de su tacto—. No importa, no eres el primero ni serás el último que lo piensa… ¿Dónde está tu padre? Tengo que hablar con él.

Dante suspira con resignación.

—¡Para un momento! ¡Sky!

—No quiero parar, solo quiero encontrar a tu padre.

—Mi padre no ha vuelto todavía… Sky, mírame.

—Tenemos que hacer algo, tenemos que ayudarla…

Con una torpeza impropia de él, el Príncipe Zafiro vuelve a cambiar de máscara para hacerme frente. Esta dulcifica su expresión. Los ojos se deshacen de la armadura, la boca deja de ser una trampa mortífera y su cuerpo está un poco menos erguido. Por primera vez, muestra el rostro que de verdad le pertenece. Y me gusta lo que tengo delante. No porque sea perfecto e insufriblemente bello, sino porque por fin es de verdad. Un Dante más sensible, que me mira bonito, que cree en mí y en lo que soy. Ese momento, intenso, fugaz e inmenso, me atraviesa con más fuerza que cualquier grito que quiera soltar.

—Claro que te creo, ¡pero ponte en mi lugar, joder! Tu corazón ha dejado de latir, tu cuerpo parpadeaba con un brillo extraño, como si la luz de tu cuerpo se apagara. He visto cómo te morías, Sky, y no podía hacer nada por evitarlo. ¿Sabes cómo me he sentido? Casi vuelve a pasar… No podría haber soportado perderte a ti también.

—No vas a perderme.

Sin poder evitarlo, deslizo mis dedos por su mejilla, que ahora se siente más suave. Cubre la mía con la suya y cierra los ojos como si quisiera grabar ese instante para toda la vida. Cuando vuelve a encenderme con su mirada y hace por recortar distancia con mis labios, mi cuerpo da una sacudida que casi me despega del suelo. Ya no nos molestamos en fingir que nos odiamos. Estamos a punto de sellar algo más poderoso que el juramento escarlata. Solo un poco más y nuestros labios serán uno.

—Ven, quiero enseñarte algo.

44

> Siempre ha existido un dilema bastante discutido entre la región de Syval y la región de Korvan en lo que concierne a la Congregación de las Vástagas Eternas. Los habitantes del sur creen que las mujeres nacidas después de la Reminiscente poseen un gran valor, simbólico, pero un gran valor, al fin y al cabo. Las veneran como a diosas y disfrutan de su convivencia, siempre que esté limitada a sus fronteras. La región de Korvan, por el contrario, es firme seguidora de la opinión populista que promueve la Aristocracia Escarlata desde su sillón imperial: si no nace con el don de la Reminiscencia, es solo una mujer más.
>
> *Códice II: El sistema de clases*,
> por el Maestre Amadeus

SKY

Dante me coge la mano cuando el Edificio Corazón nos recibe con un abrazo que me reconforta a medias. Me aferro a él, al niño bonito de La Capital, y me dejo llevar por los pasillos despejados del hogar

que hemos intentado fraguar juntos durante los últimos soles. ¿Quién me iba a decir a mí que encontraría algo de paz aquí, si sigo siendo una prisionera? Aunque no soy la única. No puedo olvidarme de otra mujer que también está atrapada en alguna grieta que se abre entre Nithium y el Otro Lado.

—Tu jardín…

Dante empuja la puerta de cristal y esta retrocede.

—Pasa —dice con un pequeño rubor que le traiciona en las mejillas.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

El lucernario en lo alto del patio filtra la luz de la luna, ahora teñida de un rojo ominoso. Cae sobre las paredes cubiertas de peonías que se encaraman como si quisieran alcanzar el cielo, floreciendo en piedras preciosas, con tonos de un azul profundo y centelleante. Un lugar precioso, custodiado por una belleza como la suya, absolutamente letal, forjada en una soledad que compartimos, y un corazón herido casi tanto o más que el mío.

—Tus zafiros. —Me adelanto a él observando cómo las flores agitan sus plumas, igual que la vestidura alada de un kakapo, desvelando el resplandor de unas piedras preciosas.

—¿Conocías la Flor de Záfira? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Suelen crecer donde crece todo lo demás.

—En el Bosque Azul.

—En el Bosque Azul, y en mi jardín privado —dice con una pizca de orgullo—. Es el único lugar en el que me siento seguro y… siento que ella todavía me acompaña.

—¿Ella?

Asiente.

—Se llamaba Mina, era una chica Común que conocí casi por casualidad. La Magistratura Magna condenó a sus padres por rebeldes. No habían hecho nada, pero, lo has visto con tus propios ojos, en La Capital gusta mucho un buen espectáculo en el Teatro Maravilla. Ese día, mi padre se empeñó en que Chaos y yo fuéramos con él. Quería que aprendiéramos lo valioso que es el miedo. Chaos, por supuesto, se lo tomó al pie de la letra.

—En cambio tú…

—Obligaron a Mina a que mirara cómo ejecutaban a sus padres. Nunca había visto a nadie romperse tanto —dice Dante, y la voz se le apaga—. De alguna manera, me obsesioné con su bienestar. Quería que no le faltara de nada. Le di un hogar cerca de Meyen y le pedí al Alto Emisario que le diera un puesto dentro de la Magistratura. Pagué a varios Custodios para que estuvieran cerca de ella, para que nadie pudiera hacerle daño.

—Te enamoraste de ella.

—Cuando me quise dar cuenta, sí. Lo estaba. La Aristocracia Escarlata, por supuesto, tenía otros planes para mí. —Me mira de soslayo—. Un juramento escarlata se cumple, aunque todavía no esté escrito… El Alto Emisario me ayudó al principio, pero considera que los sentimientos nos hacen débiles y no tardó mucho en traicionarme; y hubo consecuencias.

—La mataron. La tiraron del acueducto.

—Recuerda: todos los Ruiseñores deben desprenderse de aquello que aman. —Se me viene a la cabeza la noche del Mercado Noctámbulo, antes de escapar. Dante se quedó mirando los portales que circundan la ciudad, como si esperara que alguien se asomase en el borde—. Siempre le traía una Flor de Záfira cuando iba al Océano Inmenso. Por las noches me escapaba al Bosque Azul. Allí la naturaleza crece en libertad, salvaje, pero tiene cierto orden. Los

árboles sumergidos se alzan como catedrales de coral, y sus hojas fosforescentes titilan al compás de las mareas. Las raíces flotan, enredándose con bancos de peces que parecen hechos de vidrio. Hay criaturas submarinas que miden cientos de varas, ocultas en las fosas, en las Cavernas de Cristal, donde nace la Flor de Záfira. A veces, allí, se oye cómo sueñan con otros mundos mientras duermen en la oscuridad. Si los miras demasiado tiempo, te arrastran con ellos. A no ser que tengas una de esas piedras azules.

—¿Por eso trajiste a La Capital un pedazo del Bosque Azul? ¿Para protegerte de las criaturas que habitan en este lado del mundo?

—Mina llevaba uno de mis zafiros en el bolsillo cuando… pasó. Lo planté justo ahí, en la celosía que marca el oeste. Ni te imaginas los códices que he leído de un tal Jeremías. Ese Anciano tiene un estilo empalagoso, pero es un buen horticultor. Gracias a él he conseguido que en el interior del Edificio Corazón haya una parte del Bosque Azul y otra parte de Mina.

—Has conseguido que siguiera floreciendo, Dante. Incluso estando tan lejos del mar.

Asiente, convencido, aunque empujando hacia atrás el dolor que le está pellizcando el corazón.

—Este es el lugar en el que me olvido de casi todo. Vengo aquí cuando Chaos me castiga y no quiero que nadie me vea. Cuando el Khoen me menosprecia en la Sala de los Lúcidos porque doy mi opinión, porque tengo más sentido común que todos esos bocazas. Cuando siento que no pertenezco a ningún sitio, vengo aquí. Cuando quiero pensar en Mina, vengo aquí. —Dante entrecruza las piernas y se gira hacia mí—. Cuando necesito esconderme del juramento escarlata que me ata a ti, vengo aquí. Cuando necesito olvidarme de la Dama Reminiscente, este es el lugar al que acudo.

Y, de todas las que se arremolinan en mi cabeza, esta es la única

pregunta que escapa de mi boca:

—¿Por qué me has dejado entrar? Significa mucho para ti.

—Es obvio, ¿no? Después de todo, creía que te vendría bien hacer un viaje exprés a mi Bosque Azul. No quiero que sientas que no tienes lugar en el que refugiarte.

—Gracias, gracias de verdad. —Me vuelvo hacia el jardín vertical contemplando cómo cada zafiro respira una luz distinta, pero igual de hermosa—. Creo que estoy respirando por primera vez en años.

Siento un fragmento de mi corazón alineándose con otro, cicatrizando. Una línea que acaba de ser curada.

—Estás llorando —dice Dante.

—Parece…, parece que ahora duele un poco menos lo que sea que tenga aquí. —Me llevo una mano al pecho.

Las dos manos de Dante cubren mis mejillas con una suave caricia.

—¿Quieres que te deje sola?

El tiempo toma aliento durante el corto trayecto en el que su boca se acerca a la mía, tanteando el movimiento de mis labios. Los zafiros se alinean en las paredes cuando Dante extiende su mano por mi cintura.

—No, no sé. Creo que he dejado de saber lo que quiero.

—Entonces, mejor me voy.

—No te vayas —musito con un ligero temblor.

Dante se separa de mí lo suficiente como para que algo diferente me oprima la garganta. Sus botas pesadas lo desplazan hasta el centro del cuadrado jaspeado. Se queda de espaldas, con la barbilla inclinada hacia abajo. El Príncipe Zafiro se deshace del chaleco de cuero y sin mangas, dejando a la vista su piel castigada. Duda unos segundos antes de quitarse las botas, pero lo hace. Por último, su pantalón resbala por sus rodillas hasta quedarse completamente

desnudo delante de mí.

La Flor de Záfira emite destellos en su piel, de tono marfil. Mis ojos descienden lentos por su espalda, deteniéndose en la parte alta de sus glúteos, tonificada y libre de cicatrices.

—No pienso hacerlo.

Corro hacia él con los brazos abiertos. Me aferro a su cuerpo apoyando mi mejilla en su espalda y rodeando su cintura con mis brazos. Sus músculos se contraen unos segundos, y una pulsación leve agita su superficie.

—No me quiero ir. Ya no.

Dante se da la vuelta con lentitud, y, al hacerlo, su entrepierna roza la tela fina de mi camiseta, cálido y vivo como una promesa. Mi aliento se rompe en el centro del pecho mientras el roce despierta un ardor repentino entre mis piernas.

—¿No incumpliríamos como diez normas? —pregunto, y me estremezco cuando una sonrisa traviesa se le marca en la mandíbula.

—Créeme, llevo tiempo queriendo incumplir todas y cada una de sus estúpidas leyes.

—¿Por mí?

Me estremezco cuando su boca me susurra al oído:

—Por ti, Sky. Por ti.

—Entonces…

Doy un paso hacia atrás y mis manos desenredan el nudo maniatado de mi espalda. La falda cede con un suspiro, resbalando por mi cuerpo hasta quedar a mis pies. Estoy desnuda frente a él, con la piel encendida y la adrenalina atravesándome como una corriente líquida y brillante. Temo que mi poder se desborde en algún momento, pero, antes de que ocurra, me echo a sus brazos y nuestras bocas se entrecruzan en un beso eterno.

La mía se abre sobre la suya con necesidad, contándole sin palabras todo lo que me ha faltado por decirle. Él lo nota. Lo sé porque su mano desciende lentamente desde mi pecho hasta perderse en la curva del abdomen. Mis piernas se separan y dejo escapar un gemido al sentir los dedos de Dante en mi interior.

—¿Por qué hemos tardado tanto tiempo en hacer esto? —pregunta explorándome con sus ojos grises. Deleitándose con mi placer.

El Príncipe Zafiro me recoge con cuidado, como si todavía no creyera que me tiene, y su mano en mi espalda me guía hasta el suelo. Las losas están tibias bajo mi cuerpo cuando él se coloca encima de mí. Me mira un instante, como si buscara el permiso en mis pupilas…, y entonces me penetra con un movimiento suave.

Mis manos se afianzan a su cuello antes de volver a sentirle muy dentro. Dante aumenta el ritmo con una urgencia contenida y sus jadeos se mezclan con los míos en un único susurro que llena su jardín.

Cada embestida despierta en mí chispas de poder que brotan en destellos diminutos, pequeñas luces que vibran al compás de su impulso.

Poco a poco, mi poder va creciendo, mi cuerpo irradia un resplandor que empieza a envolvernos, tan cálido y poderoso que nos aferramos a él de una manera casi salvaje. Y, justo al borde del éxtasis, la luz explota en un fulgor tan intenso como el brillo de una estrella inundando por completo nuestros cuerpos desnudos.

El resplandor se escapa entonces por el lucernario, cruzando el cielo de Nithium como un mensaje brillante. En ese mismo aliento, el cielo se parte en un sonoro estruendo, y, con él, el vidrio que nos mantenía ocultos.

Los fragmentos del lucernario caen mientras un torrente de luz,

brutal y absoluto, rompe el firmamento nocturno y se estrella no muy lejos de aquí. El impacto es tan atronador, tan real, que corta el aire entre nosotros como una cuchilla.

La superficie se resquebraja con un segundo impacto. Le siguen cuatro más.

Con la boca entreabierta, no sé si Dante y yo estamos a punto de besarnos o de desaparecer para siempre.

45

> La Aristocracia Escarlata asume la distribución del elanthar después de que la élite de Damaskia se enriquezca con el manejo irregular de la energía que mueve lo que está por encima de las raíces de Nithium. La Aristocracia Escarlata aprueba un decreto por el cual asume la gestión y el control de la Congregación de las Vástagas Eternas. La Aristocracia Escarlata desarticula el gobierno damaskiano y toma el control de los poderes principales del estado para preservar el bienestar de Nithium. Con una única excepción: la custodia de las Reminiscentes. Por el momento.
>
> *Códice IV: La Aristocracia Escarlata*,
> por el Maestre Benedicto

El Cronista

Somos un montón de ojos asomados detrás de un montón de chatarra. La Compañía de Espectáculos y Variedades Lux, colocada en una fila irregular, rodea una de las espadas luminiscentes que han descendido del cielo y se ha hundido en los suburbios de La

Capital, haciendo un socavón enorme.

—El Nuevo Despertar —anuncio.

—¿Hablas en singular? —pregunta Troi—. Por lo menos he visto descolgarse del cielo tres de esos chismes. Algo me dice que la Mujer Sin Rostro no le tiene mucha simpatía a esta ciudad.

Bola cae de rodillas y atrapa con sus manos enormes un montón de polvo.

—Ha hecho boom y ya no está. Pobre viejo Ras.

—Viejo Ray. Es viejo Ray, no viejo Ras —le corrige Martin.

—Tú callar o yo rajar.

—Recuerda, Bola. Rajar significa hacer daño. ¿Estás seguro de que quieres decir lo que estás diciendo? —pregunta mi compañero separando muy bien las sílabas de cada palabra.

Bola asiente varias veces.

El rayo, el proyectil o, como a mí me gusta llamarlo, la danza furiosa de la Mujer Sin Rostro, ha caído sobre la tienda en la que el viejo Ray, un hombre huesudo y maloliente, trapicheaba con baterías de elanthar. Galeo consiguió algunas a muy buen precio después de cortarle los dedos a tres carroñeros que intentaron saquear al tendero.

El Nuevo Despertar ha convertido su pequeño refugio y al propio Ray en polvo luminiscente. Otra tragicomedia de la Edad del Glorioso Porvenir.

—Brindemos por él y por las pobres almas que han perdido la vida en esta catástrofe enviada por el Mal —dice Galeo sacando una botella de licor que desprende un olor a algo parecido al amoniaco —. Que las raíces de Nithium los protejan y les den el calor que ahora necesitan en el Otro Lado. Pobres almas perdidas…

—¿Qué es esto? —pregunta Martin arrugando la nariz.

—Esto te va a hacer un hombre, escriba. Bebe, saborea el regusto

de los dioses y, cuando vuelvas a abrir los ojos, pasarás de ser Martin el Cobarde a Martin el Fuerte.

Maniaco coge la botella por el cuello.

—Acabemos con esto de una vez, tenemos trabajo que hacer. Si ella se empeña en convertir en ruinas la antigua Porteo, no habrá guerra alguna que podamos ofrecer al Lord Esmeralda. —Levanta la máscara que le cubre la cara hasta la mitad. Antes de que la curiosidad me reviente el párpado, miro de reojo para ver qué deformidad esconde. Sin embargo, solo alcanzo a vislumbrar unos labios rosados y una piel blanquecina, nada que ver con las caras tatuadas y costrosas de Bola y Galeo.

—No lo mires —me ordena Troi apareciéndose detrás de mí.

Maniaco se lo bebe de un trago y vuelve a colocar la máscara en su sitio, observándome a través de los dos agujeros de luz alineados con sus ojos.

—No te preocupes, Troi. No sé si somos amigos, pero creo que empieza a tolerarme.

—¿Tú crees? —pregunta con una sonrisa que saca de nuevo los hoyuelos que tenía escondidos.

—Necesito saberlo. ¿Tan feo es? Me parece imposible que alguien pueda ser tan desagradable a la vista. ¿Te has fijado en esos dos? —Señalo con el dedo a Bola y Galeo mientras doy un sorbo de la botella y mi garganta arde por culpa de ese fuego líquido—. ¿Qué es eso?

—¿Por qué le dais de beber? Apenas acaba de mudar los dientes de leche —dice Galeo provocando la risa atronadora de Bola.

Me aparto el pelo que me cae por encima de las cejas y señalo con el dedo a otra parte, tratando de averiguar si el alcohol me está nublando la vista y estoy perdiendo facultades o he encontrado lo que para la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux supone un

problema de grado tres. Es decir, algo o alguien que ha de ser eliminado.

—¿No lo veis? Ahí, en el fondo del canal, donde el río termina…

Los últimos esfuerzos del Muxi dejan un charco de agua estancada donde flotan hojas muertas, residuos que viajan desde el Mercado Noctámbulo y el cuerpo inerte de una persona.

—Milo, espera, puede ser peligroso. ¡Milo! —grita Troi.

Mi curiosidad enfermiza, sin embargo, me obliga a hacer oídos sordos, pasar del capitán de la banda e internarme en la oscuridad de la periferia de La Capital como si fuera a buscar piedras preciosas en las granjas de elanthar.

—Solo es… una mujer… —farfullo caminando de cuclillas por el agua pestilente. Tengo cuidado de que mis valiosísimos pies no toquen nada que los haga sufrir. El agua suelta un olor tan repelente que temo que el solo contacto deshaga el calzado y me quede con dos muñones como recuerdo. Milagrosamente, antes de acercarme demasiado, la mujer moribunda tiene el detalle de moverse—. ¡Está viva!

La banda se acerca como una estampida, no sin antes cubrir sus manos con cualquier cosa que esté lo suficientemente afilada como para hacer cortes profundos o atravesar las córneas de los ojos. Mis chicos siempre tan dispuestos.

—Cabellera morena, tan rizada como los sauces que se levantan en el Eliseo de Damaskia. Piel teñida con la oscuridad del demonio…, este bicho viene directamente del infierno. —Galeo escupe al suelo y reza las mismas oraciones que canturrea al atardecer.

—Troi, es… —advierte Maniaco.

—Es la Dréada, lo sé.

—¿Una Dréada? Milo, ¿lo has escuchado? —Martin se esconde detrás de mí, dando tirones a mi túnica—. ¿Cómo que una Dréada?

No es posible, no hay Dréadas en la región de Korvan. Primero el cielo desata su furia, ahora una Dréada aparece de la nada, a los pies de nuestra «casa». Fantástico, realmente fantástico. ¿Qué será lo próximo, la Montaña Que Levita perdiendo gravedad y chocando contra la superficie?

—No lo digas muy alto.

Troi se inclina, examinando a la Dréada que reposa sobre los restos de basura.

—¿Matar? —pregunta Bola chocando los puños entre sí.

—De momento no, amigo.

Maniaco se agacha y le mete un par de sacudidas a la Dréada como si quisiera quitarle el polvo a una alfombra sucia.

Tarda en reaccionar, pero da un respingo y suelta un ruido raro, como el gruñido de un gato, antes de recuperar la consciencia.

—Está herida, pero vivirá —dice.

Los ojos de la Dréada cambian de color.

No sé qué clase de criatura hace eso, pero nunca he visto tantos tonos de azul distintos; pasa de uno más oscuro a otro tan claro como el cielo los días previos a la primavera. Martin, por supuesto, no deja de balbucear y sigue tirando de mi túnica instándome a hacer lo que mejor sabe un cronista: no meterse en asuntos que tengan que ver con una Dréada o cualquier otra bestia de Nithium.

—Maniaco, átala —dice Troi.

Antes de que sus manos alcancen su muñeca, la Dréada se incorpora y da un salto levitando por encima de nosotros.

Sale corriendo hacia el desfiladero de chatarra que se levanta al fondo. Maniaco va detrás de ella, clavando unos cuchillos rectangulares en los bordes, uno tras otro, acorralando a la mujer del Bosque Oscuro. Llega hasta ella con una velocidad imposible. Aun así, la bruja levanta la mano, con un hechizo chispeando

alrededor de la yema de sus dedos, y agarra a Maniaco por la máscara, haciéndola crujir.

—Mi máscara.

Esta cede bajo los dedos de la Dréada, resquebrajándose como una cáscara seca y revelando el rostro de una mujer.

Maniaco tiene la piel blanquecina y unas facciones suaves, nada que ver con el resto de los miembros de la Compañía de Espectáculos y Variedades Lux. Es solo una chica, joven y de ojos verdes. Aparentemente inofensiva.

—¡Una mujer, Maniaco es una mujer! —dice Martin.

—¿Quién es? —pregunto—. ¿Quién ha sido todo este tiempo?

Troi se acerca a ellas con una sonrisa divertida mientras ambas se miran con cautela, como si estuvieran acorraladas.

—Bueno, supongo que en algún momento tendría que pasar… —dice—. ¿No, Lili?

46

> El Oráculo es la brújula que la élite de Damaskia entregó a la Aristocracia Escarlata como ofrenda de paz cuando todavía se guardaba algo de esperanza. Pese a su naturaleza humana, el Oráculo es considerado un instrumento dotado del don de la adivinación, una herramienta útil y eficaz para conocer lo que nos depara el futuro, ya sea uno rebosante de luz u otro hundido en la oscuridad.
>
> *Códice IV: La Aristocracia Escarlata*,
> por el Maestre Benedicto

SKY

Las sirenas de La Capital resuenan como grajos encerrados en una jaula de acero oxidado. Dante y yo, cogidos de la mano, corremos por una escalera interminable hacia la cúspide del puerto dejando más abajo una ciudad que ya parece diminuta. En las plantas intermedias, transparentes a ojos de los demás por el cristal que las separa, los navíos más descomunales de la Aristocracia Escarlata abren sus compuertas desplegando unas rampas enormes hacia el interior del muelle. Los Custodios, en grupos de doce, armados y

uniformados con sus placas metálicas y con sus máscaras ocultando sus caras, esperan para embarcar y echar a volar. Parece que se preparan para la guerra, y, sin embargo, ningún enemigo espera ahí fuera. Al menos no uno de carne y hueso. No uno al que se le pueda atravesar con una espada o prenderle fuego en el Teatro Maravilla.

—No puedo más. —Dejo de correr y me recuesto sobre la pared recuperando el aliento. Dante apenas arquea los hombros y abre los labios para que algo de aire se cuele entre los labios y oxigene sus pulmones. Aunque algo ha cambiado entre nosotros, no va a dejar que vea cómo unos simples escalones le hacen parecer débil.

Se adelanta por la pasarela y se queda justo en el borde de la plataforma dejando que la corriente zarandee las esquinas de su chaleco negro.

—Mira, ven. ¿No es impresionante?

Me acerco con cautela, sintiendo el vértigo en los tobillos y en la boca del estómago. Dante estira el brazo, y atrapo la palma de su mano con cuidado de no resbalar. Aquí arriba hace tanto aire que, si tengo un descuido, podría precipitarme al vacío.

El suelo acristalado es escurridizo y no hay redes de seguridad entre los pilares de acero que sostienen la estructura, que se abren como balcones suspendidos sobre el muelle vertical.

No sé a qué altura estamos, pero no debe de haber mucha diferencia con la Montaña Que Levita. De hecho, el montículo de tierra de los Ancianos, suspendido como una pompa de jabón, no queda muy lejos. Si no me equivoco, debe de estar al otro lado de uno de los rayos que han caído (o han salido de la tierra) como espadas luminosas, afiladas por los dos extremos.

La que tenemos más cerca atraviesa la corteza nocturna, rompiendo completamente el tejido oscuro impregnado; otra se ha hundido cerca de los suburbios de La Capital, perforando la zona con

la misma efectividad que un proyectil de fuego. Entre un extremo y otro, una corriente de luz deslumbrante serpentea con la potencia del río Muxi, igual que un torrente incansable que arrasa todo a su paso.

—¿Adónde van? Son muchos, son… —pregunto viendo cómo las naves despliegan sus alas hechas de lino para separarse de la dársena, alzando el vuelo por encima de los tejados, esquivando hábilmente el soplo letal de la Mujer sin Rostro.

—Son todos. Mi padre ha movilizado hasta al último Escuadrón —contesta—. Antes solo estaba nervioso, pero ahora tiene miedo. Lo conozco, no lo haría de otro modo. Este ataque no ha sido como el primero. Ha logrado entrar en La Capital, en el nervio central de la Aristocracia Escarlata. ¿Y en qué posición lo deja eso frente a los Ruiseñores o frente a los rebeldes de Damaskia? *Ella* lo ha ridiculizado delante de todos. ¿Quién va a creer en el poderoso Khoen si no puede detener a un demonio que dormita en La Ciénaga?

—¿Quiere asustarla o está a punto de desencadenar una guerra?

—¿Se puede asustar a un monstruo?

—No sé, dímelo tú. —La mirada gris de Dante se apaga un segundo—. No estoy diciendo que tú seas un monstruo, me refiero a…

—No te preocupes, sé lo que quieres decir.

Mantiene la espalda recta y los hombros tensos.

—¿Qué va a pasar con los rebeldes? Están aquí, dentro de la ciudad. En cualquier momento pueden hacer estallar otra de sus bombas. No creo que se queden quietos, y más sabiendo que La Capital ha dejado de estar vigilada.

Al menos así Nairobi tendrá una oportunidad.

—¿Te preocupa la seguridad de la Magistratura Magna, pajarito?

—Me preocupa que nuestro pequeño… desliz… haya provocado todo esto. —Le oigo reír. Apenas es un murmullo, pero tiene algo que me desarma y me hace reír también.

—Así que un desliz…

—Un pequeño y placentero desliz.

Sin decir nada, me acerco a él borrando el espacio que nos separaba, buscando de nuevo su calor.

—Entonces ¿no te importará que haga esto?

Conforme lo dice, los pies de Dante se ponen de puntillas sobre la plataforma, dejándose vencer por la gravedad. Se desliza suavemente mientras sus ojos se fijan en mi cara de pánico cuando cae y se funde con el aire.

—¡Dante!

Corro deprisa, con los brazos estirados para alcanzarlo, pero no llego.

Me invade, de repente, la idea de no volver a verlo, lo que hace que algo en mi interior se rompa y se libere.

La electricidad, esa que ya es una vieja conocida, me atraviesa desde el pecho hasta la yema de los dedos haciendo que suceda.

La luz vuelve a salir de mí, como si la ramificación de un árbol naciera de un segundo para otro a través de los conductos sanguíneos, convirtiendo esos hilos rojos en unas cuerdas gruesas y brillantes. Mi don explota y lo abrazo antes de que sea demasiado tarde.

Los barcos, suspendidos en pleno despegue, se congelan como insectos atrapados en el ámbar. El soplo mortal de la Mujer sin Rostro se quiebra a medio camino. Los Custodios, a punto de subir por las rampas, se detienen con un pie en el aire, como si el tiempo hubiera olvidado que existían. Las sirenas de La Capital suenan a lo lejos, pero son diferentes, están deformadas, como si vinieran de

otro lugar. Del Otro Lado.

—He vuelto a hacerlo…

He vuelto a congelarlo todo. Y ahí, suspendido entre dos segundos muertos, está Dante flotando. Sus brazos abiertos, los pliegues del chaleco ondeando como banderas. Corro hacia él sin pensar y lo envuelvo con mi luz. No sé si vuelo o si simplemente me niego a aceptar, una vez más, las leyes del mundo, pero, cuando mi abrazo lo alcanza, los dos caemos hacia atrás, unidos por un mismo corazón a punto de desbordarse.

Y Nithium vuelve a ser Nithium.

—¿Cómo…? ¡Lo has vuelto a hacer!

—¡Me has dado un susto de muerte! —protesto sin escucharle, plantándole una mano en el pecho.

Tiene razón.

He vuelto a parar el tiempo, y esta vez, más o menos, con cierto control sobre lo que estaba haciendo. Me he visualizado desde fuera de mi cuerpo y he agarrado la luz como si fueran las riendas de un caballo, moviéndolas a mi antojo.

—Sabes que lo tenía todo controlado, ¿no? ¿Te pensabas que ibas a librarte de mí tan fácilmente? —Las manos de Dante atrapan las mías, pero deja que se queden encima de él, a la altura del corazón —. Y menos ahora que te he dejado entrar a mi jardín de zafiros…

—Entonces, si está todo controlado, ¿por qué te late tan deprisa?

Antes de que responda, un armatoste recubierto de madera y acero pasa a escasos centímetros de nosotros. El aire nos empuja hacia atrás con tal violencia que ahora soy yo la que está a punto de resbalar. Enseguida, Dante me rodea con sus brazos y, por pura inercia, me acurruco contra él dejando que mi frente repose donde su cuello se curva hacia el hombro, como si ese pequeño refugio pudiera protegerme de cualquier cosa.

—Parece que ahora es a ti a la que le late el corazón muy deprisa… —Me aparto con brusquedad y, sin que me vea, dejo escapar todo el aire que había atrapado en los pulmones—. ¿Ves ese barco, el que casi nos arrastra? Lo llaman La Gran Flecha. Es el navío de mayor capacidad, por eso parece un castillo flotante. Puede llevar hasta cuatro Escuadrones completos, además de almacenar comida para más de treinta soles. Suele utilizarse para misiones de larga duración. Exploración a través del Extenso Páramo de Yakarta o vigilancia autorizada en los puntos más alejados de la Nithium conocida. Es la nave nodriza. Un buque indestructible.

—Antes de que se la llevaran a la Congregación de las Vástagas, le prometí a Lili que intentaría cambiar las cosas. Le prometí que iría a por ella y, juntas, viajaríamos al punto de quiebre, donde acaba el Océano Inmenso y comienza el Bosque Azul.

—No me digas que Sky, la chica que congeló a los valerosos guerreros de la Aristocracia Escarlata, que se internó en el Bosque Trémulo mientras caían bombas de elanthar, la chica que desafió al Khoen en la Sala de los Lúcidos y se enfrentó a mi hermano sanguinario, ya no cree que pueda cambiar las cosas… Deja de intentar decepcionarme, ya no puedes.

Frunzo el ceño y dirijo la vista hacia el pequeño recordatorio que nos ha dejado la Mujer sin Rostro.

—Las cosas se están complicando y no sé qué es lo siguiente que tengo que hacer.

Dante vuelve a sonreír y el tiempo se para de nuevo, aunque, por esta vez, yo no he tenido nada que ver.

—¿Es más tranquila o igual de terca que tú?

—¿Lili? Te caería bien. Es responsable, le encanta acatar las normas. Además es amable y paciente con todo el mundo. Tiene esa forma de mirar que te hace sentir en casa, siempre dispuesta a

escucharte, y no te juzga, aunque tiene carácter, no te creas. No soporta las injusticias, pero prefiere resolver los problemas hablando antes que pegar un grito o salir corriendo.

—¿Te refieres a actuar como lo haría la Dama Reminiscente?

—Eso ha dolido, pero lo pienso ahora y… sí. —Mis ojos se pierden en otro horizonte, en uno en el que a muchas millas de aquí imagino La Ciudadela como antaño, amarillenta, calurosa, pero con el brillo del último atardecer. Cuando todavía era casa y no una cárcel hecha con arcilla. Cuando todavía éramos Lili, Alaric, el Maestre Simon y yo —. Cuando le dijeron que tenía que partir a Damaskia no protestó, ni siquiera derramó una lágrima, lo cual te he de reconocer que me dolió bastante. Se puso su vestido negro, se recogió el pelo debajo de la cofia y se esfumó. Tan solo era una niña e hizo lo que sabía que tenía que hacer.

Dante se tumba sobre la plataforma de cristal, con la espalda perfectamente alineada a la superficie, sujetando la cabeza entre sus manos. Hago lo mismo cambiando el cielo por los últimos balcones que quedan más arriba, en el extremo más alto del puerto.

Algo se apaga en su mirada.

—Mina también era noble, optimista y compasiva. Creía en un mundo mejor.

—Lo dices como si fuera malo.

—En este mundo lo es. ¿Quién sobrevive en la Aristocracia Escarlata confiando en esos Ruiseñores? Mina, desde luego, no. ¿Quién sobrevive imaginando una Nithium justa y en armonía? ¿Quién sobrevive sin castigar a los hombres que te traicionan en cuanto les das la espalda? Nadie puede ser noble, optimista y compasivo hasta que algo cambie este mundo. O alguien lo haga cambiar.

La cicatriz le tira del rostro hasta rozarle la nariz.

—¿Por qué me da la impresión de que crees que soy yo la que tengo que hacer algo?

Dante me dedica una mirada bonita y llena de luz. De esperanza.

—¿Qué otra cosa puedo esperar? No creo en la Dama Reminiscente, pero sí creo en ti, Sky. —Dante se incorpora y el fulgor brillante arde en sus pupilas—. Llevamos media vida haciendo tantos juramentos que nos hemos olvidado por completo de que lo que necesitamos es una promesa. Una persona a la que seguir, por la que luchar. Todos te ven como el escudo más poderoso de Nithium. Yo te veo como la única espada capaz de acabar con todo lo que está mal. El verdadero símbolo de la rebelión.

—Quieres acabar con la Aristocracia Escarlata.

—Quiero acabar con lo que representa. No es más que una fe basada en mentiras y muerte. No quiero que nadie más sufra injustamente.

—Pero, Dante, tú eres… Tú formas parte de la Aristocracia Escarlata.

—Lo he hecho por supervivencia, y porque no creía que las cosas pudiesen cambiar. Me resigné a esta vida, pero ahora creo que las cosas pueden ser diferentes. Y, si puedo hacer algo, cualquier cosa, por pequeña que sea, lo haré. Porque ahora estás tú. Porque ahora creo en ti.

Me doy la vuelta sintiendo la mochila llena de piedras que Dante acaba de colgar sobre mis hombros.

—Eso da igual, tampoco puedo hacer nada. ¿No has visto lo que ha pasado esta noche? Casi me ahogo. Puedo entrar en el Bosque Reminiscente, pero *ella*, aunque está atrapada, no me va a dejar ir más allá. Y, si no consigo entrar, no voy a poder encontrar ese poder inconmensurable que podría hacer cambiar las cosas.

Dante se gira. Yo también, y el aire nos rodea con una vibración

extraña, como anticipando otro movimiento en la historia de Nithium. Desde abajo, encerrados en esta torre de cristal, parecemos dos amantes a punto de huir en uno de esos barcos voladores con destino al Albor. Nosotros, en cambio, estamos a punto de decidir cuál será nuestro lugar en la guerra que se avecina, qué papel jugaremos en ella y en qué bando vamos a posicionarnos cuando ya sea imposible distinguir en cuál hay más oscuridad.

—Necesitas aprender a usar a esa Promesa puntiaguda que guardas. Y necesitas respuestas, más respuestas que unos paseos matutinos en los Jardines del Eco.

—Y, dime, ¿tú las tienes?

—¿Me lo estás preguntando en serio, pajarito? Claro que no, pero sé quién puede dártelas —asegura—. Hoy no es un día lucido para ella, pero ¿cuándo lo es?

—El Oráculo.

—Es hora de que alguien más que el Khoen y el Alto Emisario conozca las visiones que quedan atrapadas en el Edificio Maestro.

—¿Y después qué?

—Después veremos cuál de estos barcos es el mejor para salir de La Capital.

Me quedo en silencio. No porque no tenga nada que decir, sino porque no sé cómo responder a alguien que, sin romper su juramento, acaba de deshacerlo todo.

Dante acaba de elegir otro camino. Uno que no empieza ni termina conmigo, pero que me incluye, como si yo fuera parte de un plan que no sé muy bien hacia dónde nos conduce. Me mira como si esa promesa de la que habla, pero que todavía no está escrita, estuviera grabada en esa piel que ahora también es suya.

Por primera vez, no sé si temo más a la guerra que espera paciente detrás del acueducto que separa la ciudad del mundo

exterior… o a las consecuencias de lo que estamos a punto de desencadenar.

Ni siquiera el hijo del Khoen está a salvo de la ley de la Aristocracia Escarlata, y eso me aterra más que nada en el mundo. Ahora que soy una promesa, su promesa reminiscente, no tengo ni idea de lo que me depara este futuro incierto.

Epílogo

Grrr, me cuesta caminar por estos pasillos revestidos de mármol negro. La oscuridad es tan profunda que incluso yo, que he visto casi todos los horrores que sucumben en este mundo, no me acostumbro al aire corrosivo. Es como si la misma muerte se abriera paso entre las rendijas que trepan por las paredes.

El Edificio Maestro posee el mismo efecto que la tela de una araña: es retorcida, confusa y letal. Es la trampa perfecta, y eso resulta muy estimulante para una persona como yo, que aprecia la belleza cuando es tan retorcida.

Apenas avanzo y el pasillo se curva como una arteria, devolviéndome el reflejo de una versión borrosa de mí. Veo mi figura encorvada bajo la túnica blanca que rebosa mis tobillos. La pared me marca con una especie de velo negro hecho a tirones, otorgándome un aspecto siniestro.

Me gusta… Grrr, me gusta quién soy aquí. Mi reflejo es poderoso y exquisitamente perturbador.

—Llegas tarde.

Al final del pasillo, en medio de una galería, se alza la delicada figura de una dama con la habilidad más provechosa de Nithium. A través de sus ojos, del color de las llamas, puede ver más allá de los límites de la tierra y el océano. El Oráculo atesora el don que, a mi parecer, es el más ventajoso, pues ve antes que nadie; y la vista es

fundamental para cambiar el destino que es impuesto por la conciencia de este mundo. Una pena que el Khoen esté tan cegado por sus propios vicios. Ella podría ser su salvación; sin embargo, finalmente, será la que lo guíe a su propia destrucción. Tarde o temprano caerá en la tela de la araña.

—Perdóname, milady. Como sabrás, asuntos importantes me reclaman tras las verjas de la Magistratura Magna. El mundo se empeña en cambiar —digo, y no puedo evitar relamerme los labios.

La sala tiene la forma de un pentágono y está hecha de la misma corteza pétrea que me envuelve desde que me interné en el hogar de la clarividencia. Cada uno de sus lados custodia una puerta blanca que ansía ser abierta. Solo hay que empujar desde el pomo negro y redondo que cuelga como un ojo dormido en medio de la superficie.

—La chica viene hacia aquí, Mayhem. Antes de lo previsto.

El Oráculo me rodea, imperturbable, deslizándose como una culebra venenosa.

—¿Y le contarás la verdad?

—La verdad tiene tantas caras como este lugar. La Sala de los Espejismos solo muestra una historia hecha de pequeños retazos y pequeñas mentes. Las visiones van y vienen, no son certeras. ¿No dice eso mi amado esposo?

—Mucho me temo que el Khoen se salió del camino de la Aristocracia Escarlata hace muchos soles. Perdió la fe… y algo más. Es lo habitual en los hombres codiciosos que tienen ataduras mortales. La culpa le ha arrancado sus creencias y el miedo lo ha convertido en una persona descuidada —digo—. Sky no debe verlo todo, Ginebra. Es demasiado impulsiva y tan indómita como su madre. Necesita tener los fragmentos justos del pasado y del futuro. Ni más ni menos, o nuestros planes se echarán a perder.

—¿También dudas de ella? ¿Acaso no es la elegida de Nithium? La verdadera elegida.

—Sin duda lo es, grrr. Sin embargo, es fundamental que todo suceda a su debido tiempo. Ahora mismo cada pieza está donde debe estar. Una marea de capas verdes se acerca por el sur, capitaneadas por su medio hermano, el Lord Esmeralda. El Aquelarre de las Dréadas se aproxima a la Frontera para enfrentar a los Escuadrones que generosamente ha mandado el Khoen. Y aquí, en el corazón de Nithium, los Príncipes están donde queremos que estén, acorralados, aunque se crean libres.

Todo está tal y como yo quiero que esté. Con paciencia, y haciendo viajar en susurros las mentiras adecuadas, he dispuesto todo para la guerra que se avecina. No contra el demonio que existe en los confines de nuestro mundo, sino contra todo lo conocido. Pretendo restaurar el orden. Voy a purificar Nithium de los herejes que amenazan el verdadero dogma, empezando por la máxima autoridad de la Aristocracia Escarlata.

—Crees ver las cosas antes de que pasen, Mayhem, y ese don solo me pertenece a mí —dice con un pequeño silbido—. Crees conocer a las personas sin saber que hay mucho más en lo más profundo de sus corazones. Lo he visto, Sky terminará por saber, mi fiel Emisario. Y entonces ¿qué? ¿Qué pasará cuando sepa que otra Dama Reminiscente se oculta en La Ciénaga y que ella está destinada a ser la siguiente en dormir en el largo letargo? ¿Qué hará Sky cuando se entere de que es su madre la que espera en el trono de cristal, lista para cobrarse su venganza?

Me coloco en la tercera puerta y apoyo mis manos en el pomo.

—No hace falta tener el don del porvenir para saberlo, Ginebra. Hará justo lo que queremos que haga. La verdad romperá su mente, terminará con su lucidez y entonces, tal y como teníamos previsto,

desatará el caos sobre esta ciudad del pecado —digo girándome una vez más para enfrentarme de nuevo a los ojos rojos del Oráculo—. Ahora sé buena chica y déjame volver.

El Oráculo asiente. Empujo la puerta hacia delante. En cuanto cruzo el umbral, una neblina se enreda a mi alrededor. Avanzo dejando atrás el pentágono de la Sala de los Espejismos. Cuando por fin se desvanece, una aldea de cúpulas de barro se dibuja ante mí. Reconozco las chozas horadadas en la arena alrededor de una pequeña torre de metal. Una mujer arrodillada acuna a un bebé entre los brazos; a su alrededor yacen, sin vida, varios cuerpos pequeños envueltos en harapos o semienterrados en la arena, entre centenares de flores. Los pétalos se arrugan con el polvo que mueve el viento descubriendo unos destellos cristalinos. El zafiro blanco.

—Grrr, ya estoy en casa.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero dar las gracias a todo el equipo de Penguin Random House por darme la oportunidad de seguir contando las historias que quiero contar. Y a Roca Editorial, mi nueva casa, por dejar que me desarrolle como autor de fantasía.

A mi editora, Ana Lozano: gracias por acompañarme en esta nueva y loquísima aventura a la que dijimos que sí juntos. Te pido perdón por los audios interminables, por mi lista de dudas y deseos y por todas las veces que estuve a punto de ahogarme en un vaso de agua. Gracias infinitas por todo. ¡Eres absolutamente increíble!

Gracias también a Silvia García, Marta Martínez y Gastón Mendieta, el ilustrador de esta portada. Le has dado forma a la Sky de mis sueños.

Gracias a toda mi familia: a mi madre, por quererme tan bonito y llenarme la estantería de libros y autores que me hacían viajar a otros mundos; a mi padre, por cuidarme desde algún lugar que no alcanzo a ver; y a mis hermanos y sobrinos, por hacer que todo tenga sentido. Gracias también a mi madrina, que ya desde bien pequeño consiguió que despertara en mí esa inquietud por contar historias. Millones de gracias.

Noelia, María, Cachero, Ana María, Chema, Belén, Chuzo, Sergio, Isa… Nos elegimos hace unos años y, aunque está demostrado que no podemos convivir más de siete días, me encanta esto que

tenemos y que hemos hecho perdurar en el tiempo. Gracias por estar ahí incondicionalmente. Y gracias a la nueva incorporación, al pequeño Chema: bienvenido a esta *family* que crece un poco más contigo.

A mis amigos del colegio, especialmente a Raúl y a Azahara. Compartisteis conmigo el amor por lo *fantasy* —ese lugar al que, cada uno por sus motivos, se escapaba cuando más lo necesitaba—. Esta historia tiene un poco de cada uno de vosotros, de modo que gracias.

A mis amigos y compañeros de LOS40: gracias por las sobremesas después del Mario's, los debates acalorados sobre la música (y sobre cualquier aspecto de la vida) y las risas entre noticia y noticia. Sois maravillosos. Mención especial para Mikel, chico 3D y persona que acuñó el término «Dréadas» y me lo regaló. Muchísimas gracias.

A mi otra familia, la de Madrid: Dani, Alejandro, Palao, Gonzalo, Cristian, Alba *la Carcelaria*, Arnau…, mis picantes. Gracias por revolucionarme, por las historias que jamás podré contar y por ser tan imprescindibles. No os cambiaría por nada del mundo.

Gracias, Alfonso, por ser mi inspiración, mi lugar seguro y parte del cuento que siempre quise. Te quiero más de lo que puedo escribir en palabras.

Y gracias a ti, lector o lectora. Esto, lo que hago, es para ti. Este juramento escarlata, el que nos une desde ahora, es por y para siempre.

Adriano Moreno se estrena en el género *fantasy*: una historia irresistible llena de magia, deseo y lucha, perfecta para las lectoras que devoran el género del momento.



Las tierras de Nithium se sostienen en un equilibrio entre la luz y la oscuridad, bajo la amenaza de una furia que permanece enterrada. La joven Sky sabe que la mujer sin rostro está despertando: su voz aguda llena sus sueños y sus manos heladas quieren arrastrarla con ella a las profundidades de La Ciénaga. El maestre Simon la ha educado para ser la única esperanza de este mundo, pero Sky no quiere ni cree en el poder que se le ha concedido.

Cuando llega el momento de acatar el Juramento Escarlata y contraer matrimonio con el cruel Dante, también conocido como el Príncipe Rubí, decide renegar de su destino y huir de la Ciudadela.

Su fuga, sin embargo, la conduce directa al corazón de Porteo, un lugar majestuoso donde las intrigas se tejen como el veneno y donde habitan horrores disfrazados de capa y armadura. Allí, Sky deberá dominar el poder que arde en su interior antes de la próxima Luna Quemada… mientras lucha por no enamorarse del hombre al que más odia.

Entretanto, un movimiento silencioso comienza a levantar la voz contra la tiranía de la Aristocracia Escarlata. En él se entrecruzan las voluntades de una bruja arrogante dispuesta a desatar su propia guerra y un cronista sin recuerdos que podría reescribir el destino del mundo entero.

Adriano Moreno (Almansa, Albacete, 1990) es periodista y escritor. Estudió Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid y posteriormente cursó el máster de Guion de Cine y Televisión en la Universidad Carlos III. Inició su carrera profesional como periodista televisivo, pero en los últimos años se ha especializado en periodismo musical de la mano de LOS40. Aitana es su artista más escuchada en Spotify y en su lista de deseos está el verla protagonizar su propia Super Bowl. Y sí, ya tiene pensado el setlist. Tras debutar con *Si me dijeras que sí* (Suma, 2021), Adriano Moreno regresa con *Un juramento escarlata*, su primera novela de fantasía.



Primera edición: noviembre de 2025

© 2025, Adriano Moreno
© 2025, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Ricardo Sánchez Rodríguez, por el mapa

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Ilustración de la cubierta: ©Gastón Mendieta

Roca Editorial de Libros, S. L. U., es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10274-55-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un juramento escarlata

Prólogo

Parte 1

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Parte 2

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Epilogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Adriano Moreno
Créditos